

Alfa Eridiani

Revista de ciencia ficción



Año III - N° 8, segunda época - Mayo / Junio 2007

ISSN: 1695-1859



ALFA ERIDIANI es una revista amateur de ciencia-ficción, sin ánimo de lucro y cuyo único fin es la difusión cultural. Su aparición es bimestral.

Editor: José Joaquín Ramos de Fco.

Coeditor: Albino Hernández Pentón.

Comité de Redacción: Graciela I. Lorenzo Tillard y Carlos Duarte Cano.

Colaboradores: Jaime Hernández de la Mora, Iñigo Fernández y Adriana Alarco de Zadra.

Ilustrador de portada: Dino Masiero.

Infografía: Graciela I. Lorenzo Tillard.

Resto Ilustraciones: William Trabacilo, Marina Muñoz, Carlos García Revilla, Pat Mc Dougall, Pedro Belushi.

Normas de publicación:

Cualquier colaboración (relatos, biografías, reseñas de libros, cartas al director, viñetas gráficas, cómics... cualquier otra cosa relacionada con la ciencia-ficción) siempre será bienvenida en alfaeridiani@yahoo.es. Y recordad que en el interior del texto que nos enviéis debe figurar vuestro nombre y apellidos.

Aviso Legal Importante:

Los contenidos de la presente revista, sea cual sea su naturaleza, conservan todos los derechos asociados al © de su autor. El autor, único propietario de su obra, cede únicamente el derecho a publicarla en *ALFA ERIDIANI*. No obstante, los derechos sobre el conjunto de *ALFA ERIDIANI* y su logo son © de José Joaquín Ramos de Francisco.

Queda terminantemente prohibida la venta o manipulación de este número de *ALFA ERIDIANI*.

No obstante se autoriza a copiar y redistribuir la revista siempre y cuando se haga de forma íntegra y sin alterar su contenido. Cualquier marca registrada comercialmente que se cite en la revista se hace en el contexto del artículo que la incluya sin pretender atentar contra los derechos de propiedad de su legítimo propietario.

ÍNDICE:

Editorial 1

Cuentos:

EFECTO RESACA..... 3

por Fco. Javier Pérez..... 3

ENERGÍA LIMPIA

por Juan Herrera Oteiral 13

VOCES EN EL CIELO

por Jorge Martínez Villaseñor..... 18

LA RELIQUIA

por José Carlos Canalda 25

UN REGALO DE OTRO MUNDO

por Enza Scalici..... 29

PROGNOSIS DESFAVORABLE

por Javier Navarro Costa 38

INSPIRACIÓN

por Ben Bova..... 76

traducción de Omar Vega..... 76

Novelas:

EL SECRETO DE LOS ALQUIMISTAS

8ª PARTE

por Omar E. Vega 90

OXÍGENO Y AROMASIA

CAPÍTULOS III Y IV

de Claës Lundin

traducido del inglés por A. Alarco..... 109

LA ODISEA LITERARIA

SEGUNDA PARTE

por Victor Conde 120

Poesías:

LA PUERTA

por Juan José Tena 126

LA PALABRA PERDIDA Y OTROS POE-

MAS

por Antonio Mora Vélez

RETRO

por Ricardo Acevedo 130

Artículos:

FRACTALES PARA NO MATEMÁTICOS
SEGUNDA Y ÚLTIMA PARTE

por Diego Escarlón 132

LA CÓLERA DE NÉBULOS I

por J. Javier Arnau..... 156

UNA MIRADA A LA OSCURIDAD: REA-
LIDAD VESTIDA DE FICCIÓN

por Miguel Ángel López Muñoz 160

LA SUPERPOBLACIÓN EN LA OBRA DE
HARRY HARRISON

por Miguel Martín Cruz..... 166

SABLE PUBLICA SU NÚMERO 1 EN

FRANCÉS

por José Joaquín Ramos 171

Portofolio:

ANTONIO J. MANZANEDO LUIS.... 173

Cómics:

SIN MIRAR ATRÁS

Noticias:

LOS HOMBRES QUE ATERRORIZARON
AL MUNDO..... 183

MENSAJES PERDIDOS..... 185

ACTAS DE LOS PREMIOS ANDRÓMEDA

DE FICCIÓN ESPECULATIVA 2007.. 186

I PREMIO DE LAS EDITORIALES

ELECTRÓNICAS..... 188

IV PREMIOS ANDRÓMEDA 191

I CERTAMEN LETRAS PARA SOÑAR DE

RELATO FANTÁSTICO, TERROR, CIEN-

CIA FICCIÓN 194

AVANCE EDITORIAL DE EDICIONES

TUSITALIA Y LA REVISTA SABLE... 195

ZONA DE DESCARGA: <http://www.alfaeridiani.com>

E-MAIL DE CONTACTO: alfaeridiani@yahoo.es

LISTA DE COLABORADORES: alfaeridiani@yahoogroups.com



Editorial

Estimado lector:
Este ejemplar nos ha salido relleno, fruto de las muy numerosas colaboraciones que hemos ido recibiendo a lo largo del tiempo que no hemos estado en contacto con vosotros. Es para nosotros un honor el poder presentaroslas.

En *EFFECTO RESACA* de **Fco. Javier Pérez** asistimos a la soledad del espía enclaustrado en la rutina diaria. *ENERGÍA LIMPIA* de **Juan Herrera Oteiral** critica el monopolio energético. *VOCES EN EL CIELO* de **Jorge Martínez Villaseñor** narra la historia de una ambición que acaba en tragedia. En *LA RELIQUIA* de **José Carlos Canalda Cámara** unos arqueólogos investigan unos extraños túneles en busca de material impreso para descifrar una cultura que les es ajena. En *UN REGALO DE OTRO MUNDO* de **Enza Scalici** se hace bueno el dicho el haz bien y no mires a quien. *PROGNOSIS DESFAVORABLE* de **Javier Navarro Costa** nos presenta a unos alienígenas que creen en la creación de quimeras interespecies como forma de supervivencia. *INSPIRACIÓN* de **Ben Bova** es un alegato contra el racismo.

Ya en la sección de Novelas tenemos *EL SECRETO DE LOS ALQUIMISTAS* de **Omar Vega** que llega a su octava parte y nuestros amigos se ven en la obligación de planificar un atentado en Ringer. Mientras en *OXIGENO Y AROMASIA* de **Claës Lundin** conocemos a Oxígeno y asistimos a una cena en el Hotel Central, hechos que nos darán un noción más exacta de la sociedad que concibió **Claës** para el futuro. *LA ODISEA LITERARIA* de **Víctor Conde** pasa por su segundo capítulo y aparece una nueva clave masónica en esta intriga.

En el apartado de Poesías gozamos con *LA PUERTA* de **Juan José Tena** y su horror cósmico. También contamos con los tres poemas que componen *LA PALABRA PERDIDA* de **Antonio Mora Vélez** y su mundo apocalíptico, su mundo gigantesco o su espacio infinito. Completa la sección *RETRO* de **Ricardo Acevedo** quién nos deleita con una poesía sobre el agobio tecnológico en el que vivimos.

Seis artículos componen la sección correspondiente. *FRACATALES PARA NO MATEMÁTICOS segunda y última parte* de **Diego Escarlón** nos adentra en este continente explorando las capacidades que se pueden obtener de ellos. *LA CÓLERA DE NÉBULOS I* por **J. Javier Arnau** nos analiza esta obra de **Francisco J. Illán Vivas**. *UNA MIRADA A LA OSCURIDAD: REALIDAD VESTIDA DE FICCIÓN* de **Miguel Ángel López Muñoz** reseña la película de mismo nombre y **Miguel Martín Cruz** aprovecha que se han editado varios cuentos sobre la superpoblación de **Harry Harryson** para analizar el tema en *LA SUPERPOBLA-*



CIÓN EN LA OBRA DE HARRY HARRISON. También nos hacemos eco de la publicación del primer número en francés de Sable en *SABLE PUBLICA SU NÚMERO UNO EN FRANCÉS* escrito por un servidor.

No olvidamos a los artistas gráficos e incluimos un Portafolio dedicado a **Antonio José Manzanedo** y el Cómic *SIN MIRAR ATRÁS* escrito por **Daniel Santos** y dibujado por **Scripto**.

En la sección de Noticias nos hacemos eco de la aparición de los libros *LOS HOMBRES QUE ATERRORIZARON AL MUNDO* y *MENSAJES PERDIDOS*, así como de las *ACTAS DE LOS PREMIOS ANDRÓMEDA DE FICCIÓN ESPECULATIVA 2007*, del *I PREMIO DE LAS EDITORIALES ELECTRÓNICAS*, del *I CERTAMEN LETRAS PARA SOÑAR DE RELATO FANTÁSTICO*, *TERROR*, *CIENCIA FICCIÓN* y de los *IV PREMIOS ANDRÓMEDA*. También nos hacemos eco del *AVANCE EDITORIAL DE EDICIONES TUSITALIA Y LA REVISTA SABLE*.

EL COMITÉ DE REDACCIÓN



Cuentos

EFECTO RESACA

por Fco. Javier Pérez

En este relato, Francisco Javier nos hace pensar sobre la manera de ver la realidad, dependiendo de los útiles que conforman nuestra mente, cuantos más de éstos adquiramos más amplitud de visión conseguiremos. ¿En qué mercado se pueden comprar estas habilidades? Se me ocurre que en ninguno en especial, pero este Alfa Eridiani que tienen en sus manos, es tan bueno como cualquiera, así que lean, adquieránlos y amplíen su visión del mundo.

Las autoridades políticas, religiosas y educacionales han intentado reconfortarnos a partir del orden, las reglas y las regulaciones. Informádonos. Formádonos. Conformando en nuestras mentes SU visión de la realidad...

Timothy Leary. Think for yourself, question authority.

Elías Leva dejó que la luz fuese muriendo despacio a su alrededor, luego dentro de él. Poco más tarde, desapareció la música y todo lo que ello conlleva. Estaba solo, sin estar muerto. Tres cuartas partes del cuerpo humano son agua, y Elías podía sentir las olas meciéndole despacio, de dentro a fuera. Movimiento ondulatorio de viernes por la mañana, a destiempo.

El cristal viejo y manchado en que se habían convertido las paredes de la habitación permitía que su pecado quedase expuesto a la vista de cualquiera. Eso no podía ser. Elías se vistió lo más rápido que su resbaladiza piel le permitió y salió a la carrera en dirección a una nueva tarde, un viejo día, un viejo amigo.

Las dieciocho horas y veintinueve minutos.

No es que el tiempo fuese importante en aquel momento, ya no. Pero era de esas personas a las que llegar tarde les parece un insulto, una acción de desprecio a nivel suprasensible. Y esa tarde, precisamente, iba retrasado.

La luz de los fluorescentes en el eterno pasillo que le llevaba hacia arriba, hacia el minúsculo tanque de descontaminación junto a la salida de la compleja estructura laberíntica de ese centro de nombre tan largo como un brazo y tan incomprensible como la sonrisa de un bebé, le sorbía los pensamientos. No



se encontró con nadie en su camino de ascenso desde los infiernos hacia la calle, hacia el mundo real. Tanto mejor.

El aire ionizado a presión de la campana de descontaminación silbaba por los minúsculos orificios, y le ungió de renacimiento con un presagio de bienvenida al universo muchísimo menos enrarecido que el que dejaba a su espalda, como cada día.

Al llegar a la garita de seguridad, última parada antes del reajuste con el mundo de los vivos, Elías tramitó su salida del complejo sin cruzar una sola palabra con el guarda. Al fin y al cabo, en su tarjeta personal de acceso constaba que él no era más que el ordenanza asignado al nivel trece, esto es, casi nadie; el capullo que vacía las papeleras del demonio en el infierno.

Las dieciocho treinta y cinco.

Rosa María se bebía sus palabras. Elías intentó cortar la ilusión de raíz. No es que no quisiese que la chica estuviese fascinada por él, pero no pensaba darle falsas esperanzas. Dejar que ella se formase una idea exagerada con respecto a él, en ese momento, mientras compartían mesita y cenicero en una cafetería del barrio comercial, equivaldría en un futuro cercano a una deconstrucción penosa e implacable que conduciría, una vez más y de manera inevitable, a la decepción, las peleas y la enésima ruptura. Esta vez quería empezar despacio, sin perspectiva.

—No es lo que parece, te lo aseguro —dijo, entonces, Elías.

—Venga ya. —Rosa María no quería darse por vencida con tanta facilidad—. Hagas lo que hagas allí, trabajar en el Centro Nacional de Inteligencia tiene que ser la mar de interesante. Eso es como la CIA, o algo así...

—Ya te lo he dicho, no es para tanto. Sólo soy uno de los ordenanzas.

—Aún así. —Ella quería saber más, desde luego, pero él no podía decirle nada. No quería, de hecho, y eso hacía que su estrategia cojeara un poco. Hacerse el misterioso con una mujer sólo le induce a creer que uno es mucho, muchísimo más, de lo que en realidad es. Precisamente lo que Elías quería evitar.

—La verdad es que allí dentro hago lo mismo que haría si trabajase en un edificio de oficinas, o en cualquier otra empresa grande. Muevo ficheros, reparo el correo, preparo cafés para los jefes, y poco más... Bastante aburrido, de hecho.

—Pero seguro que por allí ves un montón de cosas interesantes.



Aquello sonaba a última palabra. Se imponía un cambio de tema. Elías obligó a su embotado cerebro a moverse deprisa, implacable, a meter el pie por el resquicio abierto que el silencio de Rosa María había dejado entre ellos.

—¿Y qué tal tus niños? Tu trabajo sí que tiene que ser un no parar.

Ella dejó pasar cinco o seis latidos antes de contestar, más o menos resignada.

—Un no parar... Desde luego.

—Disminuidos psíquicos. Desde luego, para trabajar en eso debes tener una paciencia envidiable.

—No es tan penoso como la gente piensa.

—¿Lo ves? La gente a veces se monta películas muy raras con respecto al trabajo de los demás.

Se suponía que debía ser una broma, algo que aflojase la tensión y permitiese fluir las palabras del monólogo a dos bandas que estaban sosteniendo en la dirección adecuada; tal como había pasado una semana antes, cuando se conocieron en la exposición de pintura de una vecina de ambos, y se habían dedicado durante toda la velada a salvarse el uno al otro de los envites tediosos del resto de los asistentes. Aquella noche se habían caído bien, habían limado las asperezas en la corteza de desconocimiento mutuo, a pesar de haber vivido casi dos años en el mismo edificio, y se habían puesto de acuerdo para una posterior toma de contacto fuera del reducto de extrañeza de la sala de exposiciones, más que nada por ver si también podían ser amigos fuera del corsé de una situación incómoda y, quién sabe, quizá alguna otra cosa.

—Eres un tío raro —sentenció Rosa, sacando a Elías del recuerdo y devolviéndole a la pegajosa sensación en el cielo de la boca que le indicaba que quizá el intento de bromita no había sido tan brillante como esperaba.

—Yo, no...

—No pasa nada. Creo que eso me gusta.

El otoño es una estación sucia, una acumulación de los residuos del verano, después del estallido extático de la primavera.

A pesar de todo, Elías seguía siendo uno de los ordenanzas del Centro Nacional de Inteligencia, por lo que, para mantener la tapadera, aún seguía haciéndose cargo de algunas tareas regulares y aburridas hasta el vómito.

Por eso, esa mañana de otoño, Elías Leva subió al tejado del edificio con la forma de una caja de cerillas elefantiásica y, como cada primero de mes, dedicó



varias horas a retirar los restos de palomas muertas que decoraban la tela de asfalto con la que alguien había decidido coronar la estructura. No era una tarea que le desagradase; el asco era un concepto bastante relativo como para quedar compensado por el alivio de la falta de interrelación con otros seres vivos.

Nadie sabía por qué las palomas venían a morir justo allí. Algunos tenían la teoría de que algo en el interior del recinto las fulminaba al instante cuando lo sobrevolaban, pero las mediciones quincenales apuntaban a que el nivel de radiación emitido por las instalaciones era irrisorio, casi nulo. Debía ser otra cosa. Algún otro apuntó a que quizá las palomas, tras años y años de discreta evolución, habían llegado a desarrollar un sentido de ritualización de la muerte similar a la de los elefantes, en contraposición a la creciente ignorancia con respecto a la desarrollada en los últimos tiempos por la especie dominante de la tierra (o sea, la humana); por supuesto, nadie prestó la menor atención a semejante estupidez.

Elías, sin embargo, era el único que conocía la verdad; YHWH se la había revelado (si ése es el término que se aplicaba a las circunstancias y procedimientos gracias a los cuales le había proporcionado la información), pero consideraba que no cambiaría nada. Sabiendo la verdad o no, cada primero de mes le tocaba arrastrar una bolsa de basura de punta a punta del tejado del edificio y doblarse a recoger los montones de plumas sin vida, repletos de infecciones potenciales y en diferentes estados de descomposición que, de algún modo, reflejaban su propia incapacidad, la frustración de Elías ante el hecho de no ser nadie especial, de no tener nada que ofrecer, lo cual, paradójicamente, le convertía en el más adecuado a la hora de ejercer ciertas funciones de las que nadie quería hacerse cargo.

Pero Elías recogía las palomas cada primero de mes, sin prisa, y dedicaba esas mañanas a no pensar en nada. Era su momento de introspección.

Había trabajos peores, desde luego.

La cajera del supermercado le sonrió y Elías, claro, devolvió la sonrisa, aunque esta vez sin el hábito de esperanza con el que solía hacerlo. El horizonte entrevisto que le proporcionaba Rosa María había disminuido la reverberación sexual que la rubia teñida (Laura, creía recordar), encadenada, en su psique, al lector de códigos de barras y la caja registradora, emitía. La posibilidad de una relación humana plausible permitió a Elías centrarse en la adquisición de productos. Por eso, tal como había aprendido en los últimos tiempos, pasó a modo analítico.

Instalado en ese indeterminado estado mental de iluminación (que, según YHWH era inherente a todo ser humano, pero que la evolución había reducido al mínimo), pudo ver con claridad el resplandor engañoso de los artículos expuestos en los estantes del supermercado, captar los estimuladores sensoriales



mezclados con el perfume camuflado en los filtros del aire acondicionado del recinto; se abstraía de la ausencia de ventanas, relojes, o cualquier otro elemento que sirviese para calcular la porción de tiempo que pasaba en el interior de la tienda, y así fue capaz de limitarse a comprar lo que necesitaba, sin malgastar energía y segundos en vagabundear de sección en sección; su mente cambió la cadencia cromática de los carteles publicitarios, suprimiendo los tonos fluorescentes y los pastel, para evitar la tentación de arrastrar consigo más de lo previsto; se ciñó a la lista de la compra.

Esperaba en la fila para pagar (elegida con sumo cuidado, a fin de eludir a la cajera Laura y su desesperado intento por parecer atractiva), cuando Elías oyó cómo discutía la pareja frente a él.

—Podríamos haber comprado aquí la comida para los gatos —dijo el hombre, una tentativa barata por parecer metrosexual y moderno, con un lenguaje corporal que daba a entender que, sin duda, los veintinueve años que él imaginaba cuando era adolescente no se parecían en nada a los que vivía.

—Pero aquí sólo tienen una marca y un tipo —contestó la chica, tratando de proyectar una imagen de desenfado que no casaba con la rendición existencial que proyectaban las incipientes arrugas bajo sus ojos—. Y sabes de sobra que los dos están demasiado gordos y que el veterinario nos dijo que más valía que les diésemos pienso *Light*, o acabarían por deprimirse.

Elías decidió, en ese punto, que más valía salir del estado de iluminación, y volver a mirar las cosas desde la perspectiva standard del siglo veintiuno.

Sin embargo, aún alcanzó a oír la última frase de réplica del chico metrosexual:

—Nos ha jodido... ¿desde cuándo los gatos se deprimen?

Hace casi un año, ya, pensó Elías mientras se desnudaba, rodeado por el gris frío e impenitente del laboratorio.

Once meses antes, un error llevó a otro error y derivó en una afortunada casualidad: Elías había sido enviado al laboratorio central de la planta trece, aquel al que nadie con rango inferior al de teniente de infantería podía acceder. Se preparó para lo peor. Los usuarios corrientes de la instalación, sobre la que pesaba todo tipo de rumores, solían ser incluso más molestos que los habituales batas blancas y coordinadores del resto de las plantas.

Resultó que sólo necesitaban que se hiciese cargo de una valija administrativa que, por lo visto, alguien había olvidado enviar por los canales habituales.

Al entrar en el laboratorio, lo primero que llamó la atención de Elías fue el olor. La ausencia de él, de hecho. Ya se había acostumbrado a la pérdida de capacidad olfativa que conlleva el pasar dos veces diarias por la campana de



esterilización de la entrada al Centro, pero aquello iba un poco demasiado más allá. Por primera vez en su vida, fue consciente de que cada hombre y mujer desprende un olor determinado, una huella digital que sólo el cerebro puede comprender, justo en el mismo momento en que se sintió incapaz de determinar el suyo propio. Durante un par de segundos, fue como si no existiese en absoluto.

—¡Chaval! ¡Eh! —había dicho uno de los seis técnicos que se apretaban en el laboratorio, el único que no llevaba la cara cubierta por una máscara de completa concentración, ni manipulaba aparato alguno, espantando la rara sensación de las narices de Elías—. ¿Vienes a por la valija?

—Sí... —había titubeado Elías—. Perdón, estaba un poco despistado.

—Siempre pasa cuando uno entra aquí por primera vez.

Elías no respondió. No estaba allí para entablar conversación con nadie. Formaba parte de una casta inferior de trabajadores no calificados, por lo que nadie le reprocharía la falta de aptitudes sociales.

—Es esa bolsa naranja allí. —El técnico había interpretado la situación correctamente, y señalaba en dirección a una mesa repleta de papeles y cacharros de utilidad desconocida—. Iré a por ella.

—No se moleste, ya voy yo.

Aquel fue el error fundamental.

Y antes de que ninguno de los presentes pudiese siquiera lanzar un suspiro de desaprobación, o prever las consecuencias de ese gesto de simple sometimiento cortés al status quo, en el momento en que Elías entró en el campo de visión de lo que fuese que estaba al otro lado del espejo blindado hacia el que apuntaban todos y cada uno de los aparatos de la sala, justo dos latidos después de que las puntas de sus dedos se posasen sobre la valija naranja que en unos segundos iba a pasar a ser del todo intrascendente, YHWH despertó.

—No... pasa... nada.... Creo... que eso.... me gusta.... —jadeó Rosa María.

Una serie de gruñidos sin sentido fueron la única respuesta de Elías. Es difícil articular las vocales mientras se está practicando un cunnilingus.

Rosa María estaba borracha y, encaramado a las profundidades de su ser, Elías Leva sintió un pulso eléctrico que le recorría la espalda. Intentó no pensar en *volver a nacer*, un conjunto de palabras en forma de concepto que a cada movimiento de su lengua, labios y dientes contra la carne repleta de terminaciones nerviosas de la entrepierna de la chica, se volvía más y más incómodo.



La respiración de Rosa María era un batir de tambores de guerra.

—Déjalo ya... Vas a hacer que me corra —dijo, tirándole del pelo, apartándolo de sí.

—Date la vuelta —suplicó Elías.

—Claro.

Al entrar dentro de ella, la fisiología primigenia de ambos se vio alterada a un nivel que sólo uno de los elementos de la ecuación pudo analizar. Para Rosa María era placer, un preámbulo del orgasmo, los minutos antes de clavar la bandera en la cima de la existencia. Pero Elías pudo oler, notar en la punta de su lengua, tocar y, sobretodo, ver, el catálogo de muestras de la muerte. La situación estaba yendo de mal en peor y, de ahí, a tomar por el culo.

—Para, para, por Dios —volvió a rogar, casi con lágrimas aflorando en sus ojos.

Y Rosa María, ausente de sí misma, seguía ejecutando rotaciones de pura libido con las caderas, deshaciendo a Elías.

—En serio, para... —logró articular él.

Como bailando sobre arenas movedizas, Elías llegó al orgasmo rezando por que el universo entero no reventase. Rosa María estalló en un prosaico gemido animal. Las puertas de la percepción se abrieron sobre las cabezas de los dos, transparentes para ella, ridículamente cercanas para él, y YHWH les saludó con la mano.

—Hace casi un mes, ya —dijo Elías, dejándose mecer por los brazos de luz pura que devoraban despacio las paredes del laboratorio.

—Detecto cierto tono hostil en tu voz que, por cierto, no me gusta nada —replicó YHWH.

La música ascendía a su alrededor al compás de la luz; primero en un molesto tono monocorde, volviéndose al poco cada vez más compleja. Una combinación imposible de las diez notas básicas sobre las que se sustenta la resonancia de las esferas del metacontexto.

Un altavoz situado junto a la cabeza de Elías, su único nexo de unión con la realidad que quedaba en la sala, crepitó con la voz de uno de los técnicos al otro lado del cristal:

—A ver si esta vez podemos llegar al fondo de la cuestión, por favor.

YHWH leyó el flujo sináptico de Elías, y le libró del peso de tener que contestar a la voz artificial.



—No te preocupes, ahora mismo cambio la fase temporal. No podrán oírnos.

El tiempo se desdobló, como cada día, mostrando sus tres dimensiones. Pero YHWH se sabía un buen montón de trucos.

—¿De qué quieres hablar hoy? —preguntó, al tiempo que hacía que la música cobrase forma, cubriendo de información líquida el cuerpo de Elías.

—Se supone que debo preguntarte por qué estás aquí —respondió él—. Aunque supongo que incluso ellos se han dado cuenta ya de que no piensas responder a la pregunta.

—Te lo he dicho infinidad de veces: siempre he estado aquí.

—Entonces ¿qué eres? ¿Un dios?

—Sois vosotros, los seres humanos, los que habéis creado a los dioses. Yo simplemente os ayudé a hacerlo.

—No empieces otra vez, por favor. Sabes que toda esa mierda de multiplicidades, o como cojones se llame, me marea. No quiero oír hablar de que si esto estaba antes que aquello y aquello antes que esto...

—Entonces no preguntes.

—¡Tengo que preguntar! ¡Es mi puto trabajo!

—Creía que no eras más que un simple ordenanza.

—Ja, ja... qué gracioso.

La luz estroboscopia, proyectada hacia la sexta dimensión sobre la que Elías apoyaba la lateralidad de su presencia física en la escena, cambió del amarillo al rosa pálido. YHWH se sentía juguetón.

—También me han pedido que te pregunte por la nave. —Elías trataba de encauzar el interrogatorio. En los últimos días empezaba a plantearse si en realidad quería entablar amistad con la entidad extraterrestre o lo que fuese.

—¿Qué nave? ¿Aún siguen con la hipótesis de la invasión OVNI?

—Pues claro. Es lo único a lo que pueden aferrarse.

—¿No les has dicho la verdad?

—¿Por qué no se la dices tú?

—Porque te elegí a ti para eso.



—Ésa es otra de las millones de cosas que me intrigan de todo este asunto.

—Creo que en algún momento comprenderás el porqué. No tengas prisa.

—Sí, eso ya lo has dicho un puñado de veces, pero sería mucho más fácil...

—Siempre buscando el camino más corto y rápido —interrumpió YHWH, haciendo que la música de la proyección cuántica de sus palabras, dirigidas al subpuerto de entrada del córtex de Elías, subiese a 166 Mb/s—. Te lo voy a decir por última vez, y modificaré los flujos de absorción del grial líquido que llevas en el corazón para que te quede del todo claro. No soy marciano, ni extraterrestre, ni entidad ultraterrena, ni alien, ni Chewaka, ni Alf... El virus de diseño que vive en vuestro vocabulario, el demonio abecedee-fegeache-ijotacae-leemeeneñ-eopecuerre-eseteuueu-vedoble-equisigriega-ceta, ha estado durante mucho tiempo marcando las pautas de vuestra percepción. Os ha limitado a comprender sólo lo que podéis verbalizar y deletrear. Os han infectado para que la realidad sea una para todos, democrática, mensurable y, por lo tanto, falsa. Yo soy el anticuerpo.



—¿Una especie de Mesías, entonces?

—No seas ridículo.

Un quark se dobló sobre sí mismo, acompañando la respuesta de YHWH. El sonido de la marabunta en una botella de silicio.

—Lo cierto —sentenció YHWH—, es que soy lo que vosotros queráis que sea, y algo más. ¿Extraterrestre? Según quién esté mirando...

Una imagen holográfica en seis dimensiones se formó frente a los ojos de Elías. Entonces lo comprendió todo. Y al momento volvió a olvidarlo.

Tres cuartas partes del cuerpo humano son agua, y Elías podía sentir las olas meciéndole despacio, de dentro a fuera. El efecto resaca se llevaba pedazos de su humanidad y traía pecios de otras cosas sin nombre, mientras la bolsa de basura crujía al rozar con el suelo de tela asfáltica del tejado de Centro Nacional de Inteligencia.

Sobre las palomas muertas se habían formado civilizaciones enteras de seres de tamaño subatómico. En cada cuanto de materia vivía todo un universo y, si enfocaba correctamente, él podía ver todas y cada una de las almas de sus habitantes. Feas, enormes, malvadas, eternas, piadosas y tan asquerosamente semejantes a las de los seres humanos...



Elías Leva contempló los hechos con frialdad, por primera vez en casi un año. Todo era tan relativo, había aprendido ahora, como caminar sobre barro con pies de mierda.

De acuerdo, los científicos habían encontrado un aparato, o un ser, o una vibración... sobrevolando el desierto de los Monegros, lo habían encerrado en el laboratorio de la planta trece, y lo que fuera le había elegido a él, precisamente a él, para establecer contacto.

Dicho así, parecía sencillo.

Entonces Elías se concentró en la sociedad incipiente de fenómenos lumínicos que había anidado en un átomo de carbono junto a la suela de sus botas de trabajo; el tiempo y el espacio se dieron un beso húmedo en una indeterminada dimensión híbrida de la que YHWH no le había hablado; y Elías Leva oyó la voz del hijo que dentro de cuatro años tendría con Rosa María.

—Papá —dijo el niño—. ¿Por qué mamá va a casarse con otro señor?

—No lo sé, chaval. Pero en parte es por que papá es alguien a quien cuesta bastante querer.

—Yo te quiero.

—Eso es por que aún no me conoces lo suficiente.

Y el tiempo volvió a su estado normal, Elías soltó la bolsa de basura y vomitó sobre la tela asfáltica. Las palomas muertas, al fin, empezaban a darle asco.

YHWH le había jodido la vida.

© Fco. Javier Pérez

FCO. JAVIER PÉREZ (Barcelona, 1979), guionista de cómic y escritor, ha publicado casi una veintena de relatos en diversas revistas y sitios literarios on-line, tales como NGC 3660, Brigada 21, Necronomicón, Miasma o Alfa Eridiani, amén del cuento ilustrado para adultos ENTRE LAS GRIETAS (con la editorial Slovento). Actualmente, se prepara la inminente edición de su primera antología, titulada DIONISIA POP!, dentro de la colección Albemuth del Grupo AJEC, así como el lanzamiento de la serie limitada LA MEMORIA INVISIBLE en la revista especializada en cómic La Parada.



ENERGÍA LIMPIA

por Juan Herrera Oteiral

Tal y como está el mundo actualmente no vendría mal que se descubriese una energía limpia. ¿Hasta que punto se necesitará un hombre de carácter para imponerla? Suponiendo que esto sea necesario. Quién sabe.

Tal vez en un futuro muy cercano el oro no venga del petróleo sino de otras nuevas fuentes de energía, conocidas hoy en día pero poco desarrolladas, que a largo plazo acarrearán nuevos problemas, no producto de la contaminación, sino de la ambición de los hombres.

Extracto de la conferencia mundial de fuentes de energía alternativas de 2012 en Berlín, por el Profesor Flashman Fraser.

La estatua de la entrada le intimidó. El Doctor Sik no esperaba que a estas alturas un simple detalle como ése le produjera alguna emoción. Tras la comida tendría que tomar un inhibidor adrenérgico y eso no le gustaba.

El hombre de cobre miraba al cielo mientras un átomo de hidrógeno holográfico giraba en la palma de su mano. Era la efigie de Arthur Sevalier, el hacedor, toda una leyenda en Nueva Europa. Les había dado filtros y membranas de protones más pequeñas a las nuevas generaciones de baterías, las que proporcionaban el doble de autonomía comparadas con las antiguas fuentes de energía. Un aliento de poder que había reducido los costos de mantenimiento y permitía el funcionamiento silencioso de los vehículos y maquinarias de todo el planeta.



© Marina Muñoz

Por eso el Doctor Sik se sintió pequeño e insignificante, no por el tamaño de la estatua, sino por lo que representaba; para muchos era un dios y eso, según su criterio, podía resultar demasiado peligroso.

La sede de la CEEM (Corporación Energética Eléctrica Mundial), estaba en uno de los edificios más grandes del continente. La estructura de plástico y cemento se fundía para que el vidrio de los amplios ventanales especulares resaltase contra el cielo azul. Sik aceleró el paso. El guardia de la entrada comprobó su identidad: le escaneó la retina y tomó muestras de sus huellas. En un



minuto estuvo adentro. Todo aquel azoramiento matutino obedecía a una sola razón. Su jefe, uno de los mayores accionistas de la compañía y director adjunto, quería verle. Al doctor Koslov no se le podía hacer esperar ni un solo minuto. El tiempo también era energía.

Cogió el ascensor a toda prisa, con una serie de pensamientos dándole vueltas en la cabeza.

Desde la aparición de la nueva fuente energética, los gobiernos apostaron por la pila de combustible de hidrógeno. Durante los años veinte hubo una guerra fría entre las compañías que querían controlar el petróleo y la CEEM. Al final, gracias a las corporaciones ecologistas, los políticos a los que les importaba más hacerse la foto, y al público en general, la CEEM consiguió su objetivo. Claro, pensó Sick, fue una guerra sucia en la que la compañía había utilizado sus propias armas y, métodos, digamos, poco lícitos y en la que ambos bandos habían perdido. Y ahora él estaba atrapado en esa batalla. Las nuevas circunstancias lo habían obligado a escoger...

—Piso 63 —dijo la voz robótica del ascensor devolviéndolo a la realidad.

Salió al pasillo. La puerta del amplio despacho estaba abierta.

—Le estaba esperando —dijo Koslov, apenas verlo. La perilla blanca, la bata manchada y las gafas de concha le daban, pese a su camisa azul y su corbata de seda, un aspecto muy desaliñado. Era el típico hombre al que le sentaban mal los trajes, de eso no había duda, pero al escucharle uno sabía al momento que era la personificación del mando. Una palabra o un gesto suyo eran más que suficientes para arruinar la vida de cualquiera. Le encantaba encargarse de casi todos los asuntos en forma personal y controlaba las crisis con puño de hierro. Era querido y odiado por la misma proporción de gente.

Sik se quedó quieto en el umbral.

—Vamos, no se quede ahí como un pasmarote. Cierre la puerta. Siéntese.

—Buenos días, señor.

—Buenos días. Le he mandado venir por una sencilla razón. Usted ha sido un hombre en el que hemos confiado mucho durante todos estos años. Mire, hemos decidido dar un gran salto en la compañía. Vamos a desarrollar un nuevo sistema de almacenamiento de hidrógeno y de retroalimentación en todos los motores. Eso significa...

—Energía inagotable. El vehículo durará lo que la resistencia de los materiales con que se fabriquen. Y eso, si lo extrapolamos al resto...

—Se da cuenta, ¿verdad? Además de la total inocuidad al medio ambiente. Lo que sucede es que ha surgido una sombra, más bien diría una mancha.



—¿A qué se refiere? —preguntó Sick. Para Koslov, el fin siempre justificaba los medios y era de las personas que creían que con esfuerzo y sacrificio se llega lejos en la vida. Un tipo ingenuo en el fondo, pensó.

Koslov se levantó del sillón y caminó por el amplio despacho.

—¿Ha oído hablar del Proyecto Leviatán?

Sik dudó un poco antes de contestar.

—No. Trabajo en círculos menores. Soy insignificante, un simple engranaje...

—Es más que eso, *querido amigo*.

—Tal vez se me haya pasado algo...

—Nuestros chicos del Departamento ID, de forma accidental, descubrieron algo que nos ha dado muchos quebraderos de cabeza. Un nuevo combustible sintético, similar a la gasolina del petróleo arcaico. Su composición difiere apenas en unos cuantos átomos y moléculas. Produce, de hecho, la misma contaminación.

—¿Lo han probado?

—Sí. Al principio pensábamos que no serviría de nada, pero luego vimos que nos equivocábamos.

—¡Es maravilloso!

—Es terrible. Nunca debimos abrir la Caja de Pandora.

Sik estaba empezando a hartarse de las expresiones de Koslov. No sabía si se las quería dar de culto o era una forma de intentar decir a los demás lo superior que era. Era un cúmulo de incertidumbres y un baúl lleno de sorpresas.

—¿Y qué tengo yo que ver con eso?

La cara de Koslov enrojeció de cólera y su frente empezó a formar perlitas de sudor. Se sentó de nuevo en la mesa del despacho.

—¿Todavía se atreve a preguntar qué tiene que ver con eso? Usted es un maldito traidor.

—Señor, creo que está equivocado. Esto es fruto de otra conspiración. Yo no sé nada del asunto y...

—Usted fue contratado por un grupúsculo de anarquistas petroleros para robar la fórmula de ese combustible. Tenemos las grabaciones, los seguimien-



tos, escuchas, documentos. No, amigo mío, no trate de negarlo. Sabía lo del Proyecto Leviatán y pensaba que nos la podía dar con queso.

Sik empezaba a sentirse incómodo. Eran acusaciones muy graves y sabía que los delitos manchados de petróleo, y en este caso de similares, eran penados con algo más que la prisión de alta seguridad de Praga, o el confinamiento perpetuo en un centro de Reeducación.

—Al menos se me otorgará el derecho a defender mi honor. Un abogado...

—¿De verdad lo cree así?

—Sí. No sé por qué no mandó a unos agentes a detenerme con una orden...

Comenzó a darse cuenta del motivo de aquella visita. No sabía, hasta aquel momento, que tras la cara afable que salía en las holonoticias había un ser humano consumido por una pasión de proporciones fanáticas. Un hombre, al fin y al cabo, capaz de hacer cualquier cosa por, no sólo alcanzar, sino preservar su sueño. Koslov era un científico brillante; gracias a él, la estela de Sevalier no se desvaneció y creó de él una leyenda inmortal; pero también era un fanático que gobernaba con mano dura toda la corporación.

—¿Por qué hicimos lo que hicimos? —dijo Koslov

—En principio...

—Sik, el objetivo principal de la energía que manejamos es que no produzca ningún tipo de residuo. Hemos reducido las emisiones de dióxido de carbono hasta valores insignificantes; salvo escasos focos que pronto serán erradicados, ya no existen contaminantes atmosféricos. El efecto invernadero pasó a ser un mal sueño gracias a nosotros. No lo olvide.

Sik estaba demasiado nervioso. Los mofletes del viejo profesor parecían hincharse y enrojarse cada vez más. Su actitud calmada y fría era tan sólo una máscara que escondía una especie de fiera fosilizada pero aún efectiva. No le gustaba el cariz que los acontecimientos de aquella entrevista estaban tomando. Tenía sus propias razones. Una de ellas era sin duda el dinero. Las escasas opciones que la compañía le había dado para su futuro, sumado a la próxima remodelación de la plantilla, le decidieron a ponerse al servicio de los grupúsculos pro-petróleo. Supuso que había llegado la hora de ser consecuente. Su exceso de confianza al pensar que no iba a ser descubierto lo había traicionado.

—¿Cree usted que tiene derecho a hacerme todo esto? ¿Qué no conozco los míos?

—¿Pensaba que le íbamos a dejar salirse con la suya?



Sik se levantó de la silla y apuntó con el dedo índice de la mano derecha a la cara de Koslov.

—¡Castígueme de una vez! ¡Deje que me pudra en una prisión de Reeducación! Pero no me esté diciendo lo bueno que ha sido y lo que ha conseguido. No me interesan sus discursos. Tiene demasiado asumida su vida mesiánica. Yo soy de carne y hueso, con defectos y vicios, soy humano ¿Sabe? Y no me avergüenzo de ello. Lo hice porque nadie puede vivir en una ciudad sólo con su sueldo. La vida se ha vuelto más dura que nunca gracias a sus desorbitados impuestos. Fuera de las murallas de las ciudades nadie vive más de diez días. ¿Qué coño debía hacer? ¡Dígamelo usted!

Koslov metió una mano en el cajón de su mesa. Sacó un artilugio similar a una pistola blanca de plástico. Metió una especie de aparato del tamaño de una caja de cerillas en la culata y accionó una pequeña palanca del cañón. Apuntó a Sik directamente al pecho.

—Le voy a mostrar cuál va a ser su castigo. Esta arma es el exponente de una nueva generación de pistolas. Lo voy a matar, Sik. Morirá por el efecto de una descarga eléctrica. ¿Y sabe qué es lo mejor de todo esto?

Sik se quedó quieto. Sabía que todo había acabado. Era un ladrón y un traidor que iba a pagar sus cuentas.

—Su muerte será limpia. No va producir dióxido de carbono por la combustión de la pólvora.

Koslov apuntó y apretó el pequeño gatillo de plástico.

No sucedió nada.

La cara de Koslov se desinfló en un estúpido asombro.

Sik no tardó en darse cuenta de la avería en el prototipo. Fue acercándose a su adversario poco a poco, y su sombra fue creciendo cada vez más hasta que ahogó a Koslov... hasta que éste emitió su última exhalación.

El aire jamás ha sido tan puro, pensó Sik.

© Juan Herrera Oteiral

JUAN HERRERA OTEIRAL nació en Asturias hace treinta y dos años, aficionado de niño a la lectura compulsiva, es donde se encuentra más a gusto como lector y creador en el ámbito de la Ciencia Ficción, Fantasía y Terror. Publicó por primera vez de la mano de Juan Antonio de Blas en los cuadernos CEP y colaboró de forma ocasional con Ediciones Efímeras, Ediciones Parnaso. No deja de escribir para exorcizar sus temores.



VOCES EN EL CIELO

por Jorge Martínez Villaseñor

Para algunos hombres el éxito, el reconocimiento, la notoriedad y la fama son un medio para alcanzar la felicidad; otros, en cambio, lo han transformado en una razón de ser y en el fin último de su existencia. Tal es el caso de Salvador, un científico que, en su afán por trascender, comprobó lo dicho por Montesquieu hace poco más de dos siglos: *un hombre no es desdichado a causa de la ambición, sino porque ésta lo devora.*

Ésta es una historia al revés. La increíble historia de una serie de sucesos desconcertantes que forman parte de un gran misterio que, de desvelarse, podría llegar a cambiar al mundo.

Todo comenzó en una clara tarde de invierno. Mientras caminaba rumbo a casa, me pareció oír la voz de Salvador que me llamaba con urgencia. Repetía con claridad mi nombre. A esa hora del atardecer las calles estaban vacías. El camellón, bordeado de altos árboles, permanecía desierto, así que por mucho que intenté localizar a mi amigo, no pude lograrlo. Sin embargo, al prestar un poco más de atención, me pareció que el sonido provenía de la copa de los árboles. Pero, poco a poco se debilitó hasta cesar por completo.

Turbado, continué mi camino. Me imaginé víctima de una alucinación, producto de alguna de esas enfermedades que se dan con el cambio de las estaciones.

Dos días más tarde, a medianoche, me pareció oír de nuevo a Salvador que me llamaba con urgencia. Creí escuchar su voz débil en la oscuridad: ¡Socorro! ¡Socorro! Y después... nada.

Encendí la luz y traté de localizar el origen de la voz. Tras una larga búsqueda, y un minucioso examen, me convencí que no había nada en el interior del departamento capaz de transmitirla. Sin embargo, al llegar junto a la computadora, pude ver una pequeña hoja de papel escrita con la inconfundible letra de Salvador. Una letra retorcida e inclinada un poco hacia la izquierda en lo que parecía ser una fórmula matemática:

$$UC = \frac{\sum u}{g}$$

¡Salvador ha estado aquí!, pensé sin la menor duda. Pero, ¿por dónde ha entrado? Las puertas y ventanas de mi departamento se hallaban cerradas con una doble vuelta de llave y seguro, como acostumbraba, en prevención de un eventual asalto.



Ésta debe ser una de las suyas, pensé. Desde la Preparatoria, Salvador disfrutaba con esas bromas desconcertantes y retorcidas. Ahora, hecho todo un ingeniero electricista, se comportaba como el inquieto adolescente de antaño.

Lo llamé varias veces a su domicilio, pero nadie contestó el teléfono. Al día siguiente, muy temprano, me dirigí a la Compañía de Luz donde trabajaba y ellos me informaron que Salvador no se presentó en los últimos días y que tampoco envió mensaje alguno que indicara la razón de su ausencia.

Lleno de inquietud, de inmediato fui hasta su casa que encontré cerrada a cal y canto. Investigué entre los vecinos, pero ninguno supo darme cuenta, hasta que doña Chona, la tendera de la esquina, me contó que a Salvador «se lo había llevado el diablo» y que por eso nadie quería comentarlo. Ella, por ser muy anciana, no tenía miedo.

«Dos días atrás, su amigo vino a la tienda a comprarme una botella de vino para brindar por el éxito de su descubrimiento», me dijo. «Desde el mostrador pude ver cómo el muchacho se metía en su casa y cerraba las puertas. Poco rato después, comenzaron a salir extrañas luces y zumbidos del garaje, y de improviso, en medio de un fuerte y brillante relámpago que casi me cegó, escuché un alarido aterrador.»

«En ese mismo momento, el gran transformador de la esquina, ése que da luz a toda la colonia», lo señaló con la mano, «comenzó a arder. Esa noche todos quedamos a oscuras. Cuando llegaron los de la comisión a reparar el daño, les informé de lo sucedido, de los gritos y de las extrañas luces. Ellos, después de tocar y golpear inútilmente la entrada del garaje, decidieron forzar la puerta.»

«Le confieso que me sentía preocupada por el muchacho. Me acerqué y vi un montón de extraños aparatos eléctricos achicharrados. Ni rastros de su amigo, pero el lugar olía a azufre y rayos», dijo y se persignó.

«Hacía días que el ingeniero andaba hablando solo. En una ocasión me comentó que estaba a punto de hacer un gran descubrimiento, que ya tenía anotados todos los pasos, esas cosas.»

Al igual que los científicos de antaño, Salvador anotaba todo en su diario, y le dijo a la anciana que pronto ella iba a tener el gran gusto de verlo en los periódicos. Alguien, no recordaba quién, comentó: «seguro que al ingeniero se lo llevó el diablo», y esa versión se extendió y se volvió artículo de fe para todos los vecinos. Ahora nadie quería acercarse a la entrada de aquella casa siniestra.

Tras agradecerle sus informes, le compré una linterna y algunas cosas que iba a necesitar y esperé a que oscureciera en un bar venido a menos a unas pocas calles de allí.



Cuando la mayoría de las casas vecinas se apagaron, abandoné la compañía de los borrachos. La oscuridad me convirtió en una sombra más. Crucé la estrecha calle, alcancé el patio y gracias a mis habilidades como cerrajero, logré forzar la puerta trasera. Hice caso omiso de las cintas amarillas que los bomberos habían colocado. En ellas podía leer: No pase. Mi curiosidad era mayor que cualquier prohibición.

Avancé por el interior de la casa en medio de las tinieblas. Conocía su disposición. De pequeños jugábamos en ella al escondite. No encendí la linterna hasta llegar al garaje.



© Willian Trabacilo

pequeñas espirales bajo la luz de la linterna. Olía a azufre y, en efecto, a rayos; el olor inconfundible del plástico quemado me provocó náuseas. Toda la escena transmitía la sensación de que un gran remolino de energía había invadido el taller de mi compañero.

Con gesto maquinal, me acerqué al escritorio y abrí uno de los cajones. En su interior pude distinguir, intacta, una pequeña libreta de tapas negras. La abrí, impulsado por la ansiedad, pero desistí en el acto. Alguien podía descubrirme. La cerré y salí en busca del aire nocturno y de mi casa.

Era evidente que Salvador lo usaba como laboratorio. Por doquier se veían restos de aparatos eléctricos, quemados y retorcidos. En el centro del desastre aún se podía distinguir un gran cono de alambre, dispuesto en espiral, que apuntaba en dirección a una plataforma llena de cuadrantes y palancas. Supuse que estaban destinados a regular la intensidad de la corriente.

Los restos de una moderna computadora, que parecía haber sufrido una monstruosa descarga eléctrica, yacían desperdigados en un amplio círculo. El escritorio metálico descansaba patas arriba, abierto como una flor de loto en época de sequía. Las cenizas formaban



Después de darme un baño y comer algo ligero me senté en el sofá, para demorar el placer del descubrimiento. Era sorprendente que la libreta continuara intacta a pesar del efecto devastador del fuego. Comencé a leer.

Marzo 2

Estoy harto de la crisis. Debo hacer algo para salir adelante. Si tan sólo se me ocurriera alguna idea brillante. Todo el mundo me admiraría. Pero el tiempo pasa y no consigo sacar nada de esta maldita cabeza. Debería desaparecer de este mundo. Esfumarme en el aire.

Marzo 5

Hoy visité a mi madre. Al verme tan triste y deprimido, me preguntó qué me pasaba y tuve que desahogarme con ella. Le conté mis ansias de poder pasar a la historia como un gran inventor. Ella suspiró, fue hacia su ropero, sacó de él unos papeles, y me dijo: «Toma, quizá estos apuntes te puedan servir».

Le pregunté qué eran. Me dijo que eran un legado de su madre, mi abuela, que recién acababa de morir. Los había recibido en una forma muy extraña y sólo sabía que escondían un gran secreto que podía cambiar el destino de la Humanidad, según le contara su madre.

Marzo 9

Tras varios días de quemarme las pestañas he logrado descifrar parte del contenido del documento: unas cuantas fórmulas y anotaciones en una letra de rasgos débiles y temblorosos, escritas en una confusa mezcla de alemán e inglés. Hay algunos conceptos aún oscuros para mí. El apunte que me parece más interesante y prometedor dice:

$$UC = \frac{\sum u}{g}$$

¿Qué demonios significará?

Al llegar a estas líneas, un curioso estremecimiento recorrió todo mi ser. Era la misma fórmula que encontré sobre la computadora. Presa de la excitación, continué la lectura:

Marzo 11

¡Eureka! Como dijo Arquímedes. ¡Lo encontré! El secreto ha dejado de ser tal. ¡Y es tan sencillo! Tan sencillo. Lo que más me intriga es saber dónde pudo mi abuela conseguir esos papeles. ¿Dónde?

Marzo 11, más tarde.



Acabo de hablar con mamá. Ella ha aclarado mis dudas. Aún no lo puedo creer. De ser verdad lo que ella me contó, la casualidad ha puesto en mis manos, ¡en las mías!, el mayor secreto jamás conocido por la Humanidad.

Marzo 24

Después de muchos terribles desvelos y trabajo, por fin he logrado terminar. Esta noche, o mejor esta misma tarde, lo ensayaré en mi persona. Lo único que no acabo de comprender son tres líneas que el autor marcó en sus anotaciones: «Hay dos clases de mecanismos. El normal que es igual a un par de engranajes, en el que los dientes encajan a la perfección. Y un engranaje liso, que sólo roza el filo superior de las ruedas dentadas del otro.»

Muchas horas más tarde, en la soledad de mi habitación, al fin creí comprender algo de lo que Salvador dejó escrito en sus notas. La duda era, ¿lo había logrado?

De ser así, ¿dónde estaba ahora? ¿Se habría volatilizado? ¿Era acaso su espíritu el que trataba de hacer contacto conmigo? ¿Estaría, como acostumbraba a hacer, con alguna bella mujer, mientras yo me devanaba los sesos?

Pero, contra esos razonamientos, se alzaba la irrefutable prueba de la fórmula.

Me quedaba la única alternativa de visitar a su madre. Quizás ella podría ayudarme a solucionar el misterio.

Le mostré la libreta a Doña María, angustiada por la desaparición de su hijo. Me invitó a sentarme frente a la chimenea y comenzó su narración.

Cuando su madre, doña Eugenia, estaba a punto de morir le contó un secreto, un secreto que llevó guardado en su pecho por más de cuarenta años.

En busca de un mejor modo de vivir, se fue a trabajar a los Estados Unidos. Y recorrió, con una de sus amigas, varios estados empleada como sirvienta.

Tuvo entonces la suerte de servir a un señor muy anciano y solitario, Don Alberto; era una persona muy famosa, y vivía acompañado sólo por su secretaria en un moderno departamento en Nueva Jersey.

A fuerza de atenderlo se hicieron muy amigos; y aunque la abuela de Salvador no podía entender ni la mitad de lo que le decía, con unas cuantas palabras de su parte, mitad en inglés y mitad en español, llegaron a comunicarse.

Una fría tarde de principios de abril, él se puso muy enfermo, y le indicó que sacara del armario un gran fajo de papeles. Eran las notas de sus últimos



experimentos. Entre temblores, le rogó que los quemara en la chimenea. Nadie debía saber de ellos, nunca, pues podrían causar un terrible daño a la Humanidad.

Ella así lo hizo. Sin embargo, cuando iba a echar al crepitante fuego lo último que quedaba, dos pequeñas hojas amarillentas, él la detuvo con un grito. Le dijo que aún no sabía si destruirlo o no, y le pidió que lo guardara mientras se decidía.

Pocas horas después, Don Alberto se puso tan grave que de inmediato fue enviado al hospital y ya no volvió de allí con vida. Ella, aturdida, sin saber qué hacer, abandonó la casa y se llevó consigo el documento.

La madre de Salvador se secó las lágrimas. «¡Ojalá no lo hubiera hecho nunca!», dijo y en ese momento me pareció ver un destello de odio en sus ojos claros. No tuve tiempo de reaccionar, como una fiera se abalanzó sobre mí y me arrancó el cuaderno que sostenía en las manos. «Maldito», dijo, «tú eres el culpable», y lo lanzó a la chimenea.

Grité, demasiado tarde. Por un instante tuve una visión que venía del pasado. Escuché la temblorosa voz de Don Alberto pidiéndole a Doña Eugenia que no entregara el manuscrito a las llamas. Corrí, pero la mujer se interpuso en mi camino. Poco a poco el fuego ennegreció las hojas y las convirtió en volutas que se alzaron con lentitud. En algún lugar del blanco techo un rostro conocido se esfumó.

El resto de la historia logré armarla con retazos que conseguí aquí y allá durante mis investigaciones.

Alrededor de la medianoche del 18 de Abril de 1955, en el silencioso cuarto de aquel hospital, el anciano científico trató de darle a la enfermera que lo cuidaba un mensaje, un mensaje que, por la desesperación del rostro del enfermo, parecía muy importante.

Por desgracia, su enfermera, Alberta Rozsel, no hablaba el alemán, y no pudo registrar las palabras del anciano, sus últimas palabras en este mundo, porque las emitió en su idioma natal.

Cuando fue en busca del doctor y juntos volvieron al cuarto del enfermo, éste, había fallecido.

La historia de la madre de Doña María resultó ser cierta. El anciano al que ella atendía, en su tranquilo estudio de la Universidad de Princeton, era el sabio más grande que ha dado la Humanidad. Y a su muerte se encontraba trabajando en la «Teoría General del Campo», que él pensaba podía ser una puerta. La vía de acceso a otros tiempos y a otras dimensiones.



Con seguridad, mi amigo Salvador interpretó demasiado bien las indicaciones de sus notas, y ahora viaja por otros planos, mientras trata desesperadamente de volver al suyo. Creo que nunca podré saberlo con certeza. Para su desgracia, Albert Einstein, el único que podría ayudarlo, está muerto y su mensaje ya no será conocido jamás por ninguno de los que habitamos este planeta.

© *Jorge Martínez Villaseñor*

JORGE MARTÍNEZ VILLASEÑOR, ingeniero de profesión, destacado escritor, radica en Jiquilpan donde se le considera uno de los más auténticos jiquilpenses, tenaz cuentistas y socio cofundador de la Asociación de Escritores Mexicanos de Ciencia Ficción y Fantasía; fue becario del FOESCAM (Fondo Estatal para la Cultura y las Artes de Michoacán) 1996-1997 en su categoría de creadores con trayectoria. Jorge Martínez Villaseñor ha sido el autor más publicado en el extranjero.



LA RELIQUIA

por José Carlos Canalda Cámara

¿Qué encontrarán los arqueólogos del futuro entre las ruinas de nuestra cultura? ¿Seremos capaces de dejar testimonio de lo que hemos sido? Quizás todo se quede en incógnitas para ellos, puede que reciban falsa información con lo que les transmitamos, o quizás no sea tan falsa después de todo.

Tqol el arqueólogo descendió con cuidado por la empinada escalera metálica. Sus pies tocaron por fin suelo firme, si es que como tal podía considerarse el informe montón de ruinas sobre las que se hallaba posada la gran astronave. A pesar del tiempo transcurrido desde que aterrizaran en el torturado planeta, no había conseguido aún familiarizarse con el engorroso traje antirradiación que llevaba puesto; traje absolutamente necesario a juzgar por los datos reflejados en el detector portátil de radiactividad que llevaba incorporado, el cual indicaba que el nivel de rayos gamma al que estaba expuesto rebasaba con creces la dosis letal. Caminando con cautela en previsión de posibles caídas, Tqol se encaminó hacia el borde de la excavación recién descubierta por sus ayudantes.

Ya no era joven, y el camino a recorrer era muy accidentado. Fatigado por el ejercicio, tuvo que pararse a descansar al lado del hundido cráter. Curiosamente, éste se hallaba en el centro de una amplia explanada libre casi por completo de las ruinas que se extendían por todo el perímetro de la antigua ciudad. En contraste con ello toda esa zona, de una geometría vagamente rectangular, estaba ocupada por dispersos restos metálicos de difícil identificación. En algunos de ellos, mezclados con las retorcidas planchas, podía observarse aquellos restos que los biólogos habían identificado como los esqueletos óseos de los extinguidos habitantes del planeta. Tqol no les prestó demasiada atención; estaban mucho más deteriorados que los ejemplares recogidos fuera del campo de ruinas.

Un ruido a su espalda le hizo salir de su abstracción. Era Vindal, su joven ayudante, que salía del pozo trepando por una escala.

—¡Doctor! —exclamó emocionado—. Hemos encontrado un magnífico yacimiento.

—¿Dónde? —preguntó escéptico Tqol— ¿En ese cráter?

—No es un cráter, doctor. Se ha producido por el hundimiento de una bóveda subterránea. Parece ser que toda la ciudad está perforada por gran cantidad de túneles que están en su mayoría prácticamente intactos.

—¿Que fin podría tener construir una ciudad subterránea? Es absurdo.



—No es una ciudad subterránea. Puede que tuviera que ver con un sistema de transporte. O quizá fuera un simple refugio anterior a la catástrofe. Hemos encontrado gran cantidad de restos óseos, como si parte de los habitantes se hubieran refugiado allí intentando escapar de la destrucción.

—Vamos a verlo —gruñó Tqol—. Tendrá que ayudarme. Esta escala no está hecha pensando en mi edad.

El descenso fue breve, si bien Tqol se vio obligado a hacerlo con lentitud. Una vez abajo pudo comprobar que no se trataba de un simple cráter, sino de una amplia bóveda que había cedido parcialmente formando lo que habían tomado por un cráter. El túnel se prolongaba por ambos lados, uno de los cuales se hallaba débilmente iluminado por los puntos de luz colocados por los ayudantes de Tqol. El interior aparecía libre de escombros; era bastante amplio y Tqol calculó que una nave individual pasaría holgadamente por él. De trecho en trecho aparecían colocados los focos luminosos que contribuían a disipar las sombras de la recta perforación.

—¿Qué es esto? —preguntó, inclinándose para observar el objeto con el que había tropezado; parecía un trozo oblongo de metal corroído por la herrumbre.

—Lo ignoramos —respondió Vindal tras realizar una rápida mirada—. Aparecen a todo lo largo del túnel, pero están tan deteriorados que no nos ha sido posible su identificación. Pensamos que se trata de una serie de guías paralelas que debían de correr por el suelo del túnel, pero desconocemos su función.

Poco después doblaban un suave recodo tras el cual apareció un amplio ensanchamiento. Tqol observó extrañado que tan sólo la parte central del suelo del túnel permanecía al mismo nivel, formando una especie de acanaladura bordeada a ambos lados por sendas mesetas que se alzaban bruscamente disminuyendo la altura efectiva de la bóveda.

—El túnel continúa más adelante, pero lo más interesante está aquí —comentó Vindal—. De las paredes parten varios túneles bastante menores, algunos incluso con escaleras. En esa zona es donde aparecieron los esqueletos.

—Es un buen descubrimiento —alabó Tqol—. Confiamos en que la Academia Central nos conceda permisos para más excavaciones.

Habían subido a una de las plataformas laterales penetrando en uno de los túneles. Vindal no había exagerado: el suelo se hallaba materialmente cubierto de restos óseos. *Habrá que recoger algunos ejemplares y retirar el resto.* Pensó Tqol mientras sorteaba con religioso respeto los despojos.

El trayecto fue corto y les condujo a una pequeña estancia en la que se bifurcaban varios pasillos. Allí se hallaba el resto del equipo, los eficientes Santer



y Klom, ocupados en la instalación de varios puntos de luz a lo largo del perímetro de la encrucijada.

Tqol fijó su mirada en uno de los extremos situado justo en la dirección opuesta a la que les había conducido hasta allí. Existía un túnel, algo más amplio que el resto, que parecía estar parcialmente cegado. Algo más adelantadas, se distinguían unas oxidadas estructuras metálicas. Algunas tenían una extraña semejanza con jaulas, cosa que le intrigó. Incluso una de ellas, menos deteriorada que el resto, mostraba en su interior un esqueleto.

Incapaz de comprender su significado, Tqol reparó en la existencia de algo interesante justo a su izquierda. Allí no se abría ningún túnel, pero la pared aparecía excavada formando una amplia y profunda hornacina. Dado que ninguna luz había sido colocada aún en ese lugar, el fondo quedaba oculto por la oscuridad.

Tqol tomó uno de los focos sobrantes penetrando con él en el interior del nicho. Éste mostraba señales patentes de haber estado ocupado por gran cantidad de objetos, que a la sazón se hallaban convertidos en cenizas.

Tqol recordó la controversia surgida entre sus colegas respecto a la extraña ausencia de testimonios escritos que revelaran la historia de aquel extraño pueblo extinguido. Frente a los que postulaban que estos seres nunca habían poseído una cultura escrita, se hallaban aquéllos que defendían la tesis de que ninguna civilización que alcanzara determinado nivel de desarrollo podría prescindir de ella. Justificaban su postura argumentando que la extraña carencia había de deberse a la utilización de materiales orgánicos deleznable como base para registrar sus conocimientos. Por lo tanto, no sería de extrañar su desaparición al quedar destruidos por la acción del tiempo.

Tqol era partidario de esta segunda postura, y por un momento dejó vagar su imaginación pensando que esas cenizas eran los últimos restos de los testimonios escritos por esta enigmática raza. Temblando de emoción se inclinó frente a ellas en un vano intento de hallar entre los grises residuos algo que permitiera explicar los misteriosos motivos que habían conducido a la desaparición de aquella especie.

El milagro ocurrió. Sus manos tropezaron con un objeto duro semienterrado en el polvo, pero aparentemente intacto. Allí estaba. En su poder. El primer testimonio escrito hallado por los arqueólogos. Quizá el único. Se trataba de un objeto rectangular y bastante voluminoso formado por un gran número de láminas de un extraño material unidas por uno de los lados. Láminas sumamente frágiles, pero aparentemente en perfecto estado de conservación. Y repletas de los extraños signos que debían de constituir la escritura de aquellos seres.



© Pedro Bell

alusión a su contenido:

UN MUNDO FELIZ
por Aldous Huxley

© José Carlos Canalda Cámara

José Carlos Canalda Cámara (Alcalá de Henares, España, 1958) es doctor en Ciencias Químicas por la Universidad de Alcalá de Henares, y trabaja en un instituto del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (C.S.I.C.) en Madrid. Aficionado a la ciencia ficción desde muy joven, cultiva tanto la vertiente del ensayo como los relatos. En este primer apartado, es autor del libro *Luchadores del Espacio. Una colección mítica de la ciencia ficción española* (Pulp Ediciones, 2001) y ha colaborado en *La ciencia ficción española* (Robel, 2002, premio *Ignotus* 2003) y en las revistas *Solaris*, *Valis* y *Pulp Magazine* (premio *Ignotus* 2002), sin descuidar tampoco las páginas web *Sitio de Ciencia Ficción* (www.ciencia-ficcion.com), *Página de las Novelas de a Duro* (www.dreamers.com/igor), *BEM* (www.bemonline.com), *Stardust* www.stardustcf.com o *Cyberdark* (www.cyberdark.net). En lo que respecta a los relatos, tiene publicadas obras tanto en papel (*Pulp Magazine*, *Asimov*, *Artifex*, *Antologías de relatos de El Melocotón Mecánico*, *Menhir*) como en formato electrónico (*Sitio de Ciencia Ficción*, *BEM*, *Qliphoth*, *Alfa Eridani*, *Púlsar*, *La Plaga*, *Tau Zero*, y *Axxón*)



UN REGALO DE OTRO MUNDO

por Enza Scalici

Los regalos son siempre atractivos, especialmente si son tan fastuosos como sugiere el título. También es cierto que hay que hacer méritos para que nos obsequien con uno de éstos. No obstante, suele merecer la pena el esfuerzo.

—**N**os vemos el mes que viene, señora Miranda...

—Muy bien, doctor. Hasta entonces y gracias por todo.

Elena, la enfermera, acompañó hasta la salida a la última paciente del día; el médico se dejó caer en su sillón con un suspiro de cansancio; sin perder tiempo, levantó la bocina del teléfono y marcó un número. Mientras esperaba la comunicación, se quitó los lentes, masajeándose los ojos con la mano libre. Por fin regresó la bocina a su lugar, con una mueca de desilusión.

—Se ve usted muy fatigado, Dr. Costa —le dijo Elena, que había regresado para buscar la historia de la señora Miranda.

—Si, lo estoy, linda —suspiró—. Tuve una mañana muy atareada en la clínica. Luego vine corriendo al consultorio sin almorzar siquiera. Y como tú misma has visto, desde entonces no hemos tenido un momento de sosiego. Gracias a Dios, mañana es sábado.

—Podría haber hecho una pausa entre un paciente y otro para comer algo —dijo ella, a sabiendas de que era un comentario inútil. El Dr. Costa jamás abusaba del tiempo de la gente sentada en la sala de espera. Tampoco acostumbra a exagerar las dolencias para sacarle provecho —como hacían otros profesionales—, ni confundir a los pacientes con términos científicos. Con palabras sencillas y una buena dosis de cariño, les decía qué tenían y cuál era el tratamiento o la mejor forma de ponerle fin al padecimiento. La fama de excelente profesional se había expandido y cada día llegaba más y más gente al consultorio.

—Humm...—dijo, y volvió a discar un número—. ¡No sé qué pasa con la línea del laboratorio! —exclamó con cierta impaciencia volviendo a dejar el teléfono—. No logro comunicarme.

—Quiere saber sobre los análisis de la pequeña Olga, ¿no es cierto?

—Sí. Estoy ansioso por conocer los resultados.

—Puedo bajar a buscarlos antes de irme.



Una sonrisa iluminó el rostro del hombre. Dijo:

—¡Te lo agradecería mucho! Pero... no quiero que te retrases por mi culpa.

—¡No! —rió ella—. De todas formas tengo que pasar por la administración, para adelantar los trámites del señor Humberto García, ¿lo recuerda? No me cuesta nada buscárselos.

—Muy bien, entonces, y muchas gracias.

La mujer salió; pocos minutos después regresó sin la bata blanca y con la cartera al hombro. Encontró al doctor enfrascado en unos papeles.

—Calculo que demoraré una media hora, doctor.

—No hay problema. Necesito revisar estos informes, así que vete tranquila. Me encargaré de cerrar.

Apenas Elena salió, alguien tocó a la puerta. Frunciendo las cejas, Costa se levantó y abrió.

—¿Sí?

Una débil voz de hombre le contestó:

—Dr. Costa... necesito hablar con usted.

—La hora de consulta ya terminó... —comenzó a decir, bajando los ojos en dirección a la voz. No pudo terminar.

No es que el desconocido, sentado en una de las sillas al lado de la puerta, fuera repulsivo. ¡Todo lo contrario! Debía ser más alto que la media, y los músculos de la espalda tensaban la tela de su chaqueta. Desde donde se encontraba, Costa podía ver su perfil patricio, la línea decidida de la mandíbula, la nariz recta. La cabeza, inclinada hacia delante, recubierta por negros y sedosos cabellos. Sin embargo, la extrema palidez y la debilidad de su voz delataban un grave sufrimiento.

—Lo sé, pero necesito ayuda... con urgencia —insistió el hombre—. Por favor...

El Dr. Costa podía llamar a emergencias para que subieran a buscarlo, pero la insólita emoción que experimentaba se lo impidió.

—¿En qué puedo ayudarlo? —preguntó en voz baja.

El hombre volteó entonces la cabeza hacia él; el médico se encontró con un rostro de impresionante belleza y los ojos más extraordinarios que había visto



en su vida. Eran grandes y almendrados y los iris de un perfecto verde esmeralda refulgían con una dulzura incomparable, unida a un ruego.

Sin dejar de mirarlo, el desconocido hizo un esfuerzo y se levantó, murmurando:

—Sé que es tarde, doctor... y ofrezco una disculpa por ello. Pero... escogí a propósito esta hora... para encontrarme a solas con usted...

Costa asintió, sin saber a ciencia cierta en qué convenía. No obstante, en la confusión de sus sentimientos, tenía la convicción de que no era un enemigo. Se hizo a un lado y lo invitó a pasar.

El hombre de verdad parecía muy enfermo. Caminó con lentitud hacia la silla frente al escritorio y se sentó con movimientos cuidadosos; el médico tomó asiento en su sillón.

—¿En qué puedo ayudarlo? —volvió a preguntar Costa, sin que la extraña turbación lo abandonara.

—Necesito que usted... me inyecte un fármaco. Le parecerá extraño, pero... Por favor... ayúdeme...

Su malestar parecía aumentar a cada momento.

—¿Qué clase de fármaco?

—Aquí lo tengo anotado... es una composición de varias... de varias...

Al límite de sus fuerzas, el hombre sacó una hoja del bolsillo pero no llegó a entregársela. Costa se levantó y la alcanzó con premura. Cuando posó sus ojos en ella quedó paralizado, y durante unos segundos no fue capaz de articular palabra. Allí aparecían anotados los nombres de diez de las drogas más letales. No estaban a la venta, sólo algunos médicos especializados podían acceder a ellas. La dosis a utilizar, anotada al lado de cada una, era tan alta que el médico sintió cómo se le erizaban los vellos del cuerpo.

—Usted debe estar loco —logró articular por fin.

—En absoluto, doctor... créame, es lo único que puede salvarme. Si usted no me proporciona esta medicina... moriré en pocos minutos.

El hombre palideció aún más e hizo una mueca de dolor.

—La décima parte de una sola de estas drogas... Repito para que me entienda bien: la décima parte de una sola de ellas mataría al instante a cualquier ser humano. ¿Y usted me pide que se las inyecte todas en conjunto? ¡Por favor! ¡Debe de estar burlándose de mí!



—En mi tierra... cuando esta enfermedad nos ataca, nos proporcionan una ampolla... una sola.

—¿De qué fármaco se trata? —lo apremió Costa, viéndolo a cada momento más ceniciento y sin fuerzas.

—Aquí no existe, doctor... esta lista... se acerca a la composición del medicamento... que necesito...

—Usted se equivocó de consultorio, amigo —murmuró el médico—, debió buscar a un psiquiatra.

—Dr. Costa, por favor... ¡No pierda tiempo! No pude equivocarme al escogerlo.

—¿Escogerme?

—Examiné los currículos de diversos especialistas y usted parecía reunir... reunir... Es el único que puede salvarme.

Cerró los ojos y sus facciones perfectas se deformaron en una mueca de dolor. El médico vio cómo su frente se cubría de gotitas de sudor, su piel se tornaba blanca y transparente, dejando entrever la trama de venas.

Se le acercó presuroso.

—¡Usted está muy mal! —exclamó con desesperación. Veía que aquel hombre se estaba muriendo frente a sus ojos, y no sabía cómo ayudarlo... como no fuera siguiendo aquella loca sugerencia suya—. ¡Dígame qué padece! ¡Yo decidiré qué medicamento necesita! ¡Déjeme ayudarlo!

El hombre asintió y dejó que Costa prácticamente lo arrastrara hasta la sala de consultas. Una vez allí, lo sentó con esfuerzo en la camilla y le quitó la chaqueta. Luego lo acostó y le desabotonó la camisa.

—Permítame auscultarlo —le dijo, sacando el estetoscopio del bolsillo de su bata.

—Demasiado tiempo... perdido... yo lo ayudaré... a ver...

El desconocido reunió las pocas fuerzas que le quedaban y levantó la mano derecha, agarrándole la muñeca izquierda, a la par que fijaba su extraordinaria mirada en el centro de la frente.

Y bajo aquel contacto, el cuerpo del hombre se tornó transparente, y sus órganos internos se mostraron en toda su perfección. Los ojos de Costa, desmesuradamente abiertos, fijos en el abdomen, detallaron el estómago, los intestinos, el hígado, el bazo. Atónito, paseó la mirada hacia arriba, revisando los pulmones, el corazón, el cerebro y los millones de células en constante movimiento. Por encima y entre ellos, las venas y arterias se entrecruzaban en su recorrido. El líquido que circulaba dentro de ellas, sin embargo, no era rojo, sino verde.



—Cómo puede darse... cuenta, todo está... en orden. No descubrirá... nada anormal.

En efecto, era un cuerpo inmejorable. Nada mancillaba la extraordinaria perfección de su anatomía. Sólo el ritmo vital era lento, y disminuyó aún más mientras lo observaba. De repente, el corazón perdió su armónico ritmo, y el médico comprendió que muy pronto se pararía del todo.

—Me quedan... sólo tres... minutos de... vida.

La voz era tan débil que apenas la escuchó. El hombre, ya sin fuerzas, le soltó la muñeca, ladeó la cabeza y se quedó inmóvil, con los ojos cerrados, agonizando.

La visión de los órganos desapareció.

Costa se retorció las manos, desesperado. ¿Qué podía hacer para ayudarlo? ¿Cuál era el problema? ¿Algo en su sangre, tal vez? Podía ser, pero, ¿cómo saberlo? Aún cuando tuviese tiempo para analizarla, desconocía sus características normales, por lo tanto tampoco podría detectar una anomalía. Él había hablado de una enfermedad y de una ampolla.

...esta lista se acerca a la composición del medicamento que necesito...



¡No, era una locura... una locura!

—Dios mío, ¿qué hago? Por favor, ¡ilumíname! —rogó desesperado.

Ahora el hombre de la camilla apenas respiraba, el movimiento de su pecho era casi imperceptible.

¿Debía dejarlo morir, cuando él mismo le había dicho cuál era el remedio?

¡No, lo otro era impensable! ¡Lo mataría con certeza!

Pero... ¿qué alternativa le quedaba?

Sin detenerse a pensar, se dirigió con premura hacia el gabinete empotrado en la pared. Abrió la puerta y sacó varios frascos para preparar la fórmula según las proporciones escritas en el papel. A continuación, tomó dos jeringuillas y las llenó.

Mantuvo la mente en blanco, negándose a pensar en lo que estaba haciendo, descubrió el brazo del hombre e introdujo la aguja.

Luego desechó las jeringas con manos temblorosas y se permitió respirar.

Si el hombre moría, encontrarían las drogas en su torrente sanguíneo, y no podría negar que él mismo se las había inyectado. Cerró los ojos. ¿Cómo les explicaría a las autoridades? Cuando volvió a abrirlos se acercó a la camilla y observó al enfermo. Una extraña calma se adueñó de él.

Poco a poco, en el rostro, en toda la piel, regresaba el color rosado original. Momentos después parpadeó y los incomparables ojos verdes del individuo lo enfocaron con una mirada de profundo agradecimiento. Luego, se incorporó en la camilla, restablecido por completo.

—Usted me salvó la vida, Dr. Costa —le dijo con voz profunda—. Nunca lo olvidaré.

El médico asintió y desvió la mirada. Todavía no podía creer que todo eso hubiera sucedido de verdad.

—¿Puedo hacerle una pregunta? —murmuró con voz insegura.

—Todas las que quiera, doctor.

—¿De qué... planeta es usted?

—De Xilio —contestó el hombre sin vacilar—. Queda en una galaxia muy lejos de la Tierra.



El Dr. Costa se preguntó si la conversación era real o estaba soñando.

—¿Y qué vino a hacer?... Es decir, ¿qué hace usted en la Tierra?

—Vine para tratar de detener a tiempo un desastre. Verá usted, doctor, las explosiones atómicas provocaron una desestabilización del núcleo central del planeta. Los científicos ignoran las nefastas consecuencias de estas pruebas, por ello siguen realizándolas con total inconsciencia. La Tierra ya había comenzado a perder su estabilidad natural, y de no tomar nosotros medidas a tiempo, no hubiese quedado rastro de vida en ella.

Después de una corta pausa, prosiguió:

—Cumplí mi misión, doctor. Después de un arduo trabajo devolví a la Tierra su equilibrio; dentro de cuatro horas vendrán mis compañeros a buscarme. En cuanto a mi enfermedad —se abotonó la camisa—, la espantosa contaminación ambiental de este planeta ataca nuestros organismos. Los que venimos aquí, recibimos una especie de vacuna pero, muchas veces no es suficiente. Hace unos días comencé a sentirme mal; pensé que resistiría hasta la llegada de la nave. Esta mañana me di cuenta de que no lo lograría. Ya había tomado en consideración esta eventualidad, y en este caso necesitaría la ayuda de un médico terrestre. Usted reunía las condiciones para ello...

—¿A qué condiciones se refiere?

—Deseo de salvar una vida humana a cualquier costo, capacidad de tomar decisiones con rapidez... Me encantaría seguir conversando con usted —añadió, se puso la chaqueta—, pero podría llegar con retraso a mi cita. Le repito, nunca podré agradecerle lo suficiente.

—¿Volveré a verlo, algún día? —preguntó con voz ronca.

—¡Cuente con ello, Dr. Costa! —El habitante de Xilio, sonriendo con calidez, le apretó un hombro—. Hay mucho trabajo que realizar en la Tierra. —Añadió—: Ya había decidido volver, de todos modos. Pasarán unos cuantos años, claro, pero lo buscaré. Esté donde esté, lo encontraré, se lo prometo.

Se dirigió hacia la puerta, y ya a punto de cruzar el umbral, exclamó:

—¡Se me olvidaba!

Se volteó a mirarlo. Nunca una sonrisa había iluminado de tal forma una cara tan bella.

—Le dejé un regalo, doctor.

—¿Un regalo?



—Sí. En su muñeca izquierda. Estoy seguro que hará buen uso de él.

Costa se miró la muñeca y encontró que allí, donde su piel había entrado en contacto con los dedos del xiliano, quedaba una mancha bruna, un poco más oscura que el tono de su piel.

—Esto es... —comenzó a decir pero, cuando levantó los ojos, encontró que estaba solo.

Buscó en el estudio, luego en la sala de espera, y por último en el corredor exterior. No había nadie. Ni rastro del misterioso hombre.

Lentamente regresó sobre sus pasos.

Mojó un algodón en alcohol y se frotó la muñeca. La mancha siguió en su sitio, intacta. La observó pensativo, sin terminar de entender.

El xiliano le había dejado una mancha de regalo.

Debía tener algún significado, aunque él no lo veía. Tal vez había querido recordarle para siempre su encuentro. Pero, ¿con qué finalidad?

Así lo encontró Elena, cavilando en silencio.

—Me demoré un poco porque la analista no había terminado de redactar el informe —le dijo a modo de disculpa.

Costa, que seguía mirándose la muñeca, masajeándola pensativo, levantó los ojos hacia ella y, por segunda vez en la jornada, se quedó anonadado y sin palabras.

Frente a él estaba Elena, pero lo que veía era la estructura interna de la mujer. Así como había sucedido con el xiliano, todos sus órganos se transparentaban bajo la capa de piel y músculos.

El médico se enderezó y soltó su muñeca, como si el contacto le quemara.

Elena se veía normal. La vio fruncir las cejas y preguntar perpleja:

—¿Pasa algo, doctor?

Entonces comprendió y, con una incrédula sonrisa aflorando entre los labios, volvió a agarrarse disimuladamente la muñeca. Es evidente que mi proceder la asusta, pensó divertido al ver que el corazón de ella comenzaba a bombear con más fuerza.

En su escrutinio descubrió también el nódulo que comenzaba a formarse en la tiroides de Elena, algo que no debía estar allí y que todavía era muy pe-



queño para ser detectado en una consulta. Ella, con voz desconcertada, volvió a preguntar;

—¿Está bien, doctor? ¿Se siente mal?

Él le sonrió.

—Todo está muy bien, linda, no te preocupes por mí. Nunca me he sentido mejor. Sólo estaba pensando en el regalo que me hizo un amigo. Un amigo inolvidable.

© *Enza Scalici*

ENZA SCALICI es Master en Parapsicología. Formación para Líderes Planetarios en CEIN-PLA, Caracas, Venezuela. Regresiones terapéuticas a vidas pasadas. Dicta talleres sobre temas transpersonales. Cocreadora del MODELO HER, metodología orientada hacia la consultoría transpersonal. Publicaciones: *LA OTRA CARA DEL PECADO* novela de ciencia ficción. A ser publicada por Editorial ITUCI, Sevilla, España en el tercer trimestre 2007.



PROGNOSIS DESFAVORABLE

por Javier Navarro Costa

Javier Navarro nos dibuja con excepcional maestría una original ficción basada en la simbiosis provocada por una especie alienígena con otras que encuentra en un viaje sin retorno. Es difícil decir algo más sin revelar detalles que deben permanecer ocultos, al menos hasta que ustedes abran el regalo de imaginación primorosamente aquí envuelto.

¿Cuál era la prognosis para hoy?
(Bernard Wolfe, *Limbo*)

—**M**i vida no ha sido fácil, ¿sabes? —dijo Mary Jane, poniendo un énfasis extraño en «fácil» y arqueando los hombros como si en el fondo fuese una historia demasiado vieja para interesarle a nadie—. Nací en la pobreza; mi familia salió de Irlanda huyendo de todo eso, hartos de no tener ni qué echarse a la boca, y a los dieciséis años me hicieron casar con un minero de Gales. No hubo amor, por supuesto. Mi padre me dijo que no había espacio en la mesa para otro plato y que, bueno, yo le gustaba a John y eso bastaba. John es mi esposo... era. Murió en un accidente en la mina, no mucho después. Nunca he tenido buena suerte. Nunca.

Su interlocutor asintió apenas, comprensivo, y se atusó el bigote con la mano derecha, como si comprendiera los límites exactos de su dolor y no quisiera reformularlos ni recurrir a una frase hecha que nada añadiría en verdad. Ella lo intuía en su silencio. O todo lo contrario. Mary Jane en vano trataba de entender el lenguaje gestual de aquel individuo tan apuesto que se había traído aquella noche a casa. Tal vez se equivocara del todo. Sus miradas y sus gestos eran guiños sin sentido, ademanes aprendidos y repetidos fuera de contexto; parecía un mal imitador de sí mismo. Había algo extraño en él, cierto matiz ingenuo y decididamente seductor... Era como un niño que trataba de parecer un adulto. ¡Sí, eso era! Como un niño tratando de comportarse en la mesa. Decidido y a la vez indeciso, dispuesto a demostrar qué mayor era, pero incapaz de parecerlo del todo; imitaba a sus mayores esforzándose por merecer un sitio entre ellos.

—Hace no mucho —prosiguió entonces Mary Jane—, tuve un breve relación con uno de por aquí y... ¡vaya que todo salió mal, como siempre! Lo abandoné este Viernes Santo, hace unos pocos días. Yo, bueno, ahora tengo esta casita y unos cuantos huéspedes. Vivo aquí, en la planta baja, pero lo cierto es que con los pagos y todo eso... tú me entiendes, a veces no llego a final de mes, y si un señor educado, un caballero como tú, se interesa en alguien como yo, yo... yo procuro encontrar tiempo para satisfacer sus deseos... y eso es... eso es lo que



soy. ¡Oh, por Dios! No entiendo porqué te digo todas estas cosas... todas estas cosas sobre mí, que no he vivido nada interesante, que no valgo n...

—No diga que no vale nada —la interrumpió el hombre, con vehemencia, tal vez demasiado vehemente, sacudiendo la cabeza de derecha a izquierda y de izquierda a derecha—. Eso no es verdad. Le elegí entre otras muchas damiselas en esa taberna, ¿no es cierto? Usted es especial. Usted ha sufrido mucho y ha crecido con el dolor; ha sabido superarlo y convertirlo en su aliado para sobrevivir. El dolor es importante, vital para mi gente y lo que somos. El dolor nos une, nos hace compartir una visión del mundo menos uniforme, quizás desesperanzada, pero a la vez mucho más sensible. Usted ama, como yo y los míos, el dolor: el verdadero dolor.

—¿El dolor, dices? ¿Tu gente? —tartamudeó ella, incapaz de seguir el rumbo que tomaba aquella conversación; hasta ese momento, era más una confesión, un monólogo, que cualquier otra cosa.

Él se levantó del asiento y dio un paso hacia ella. Mary Jane tuvo un poco de miedo, pero la ganó la fascinación por una persona tan diferente a cuantas había conocido. Si todavía fuese capaz de amar, su corazón se abriría de par en par.

—Sí, el dolor, amiga mía.

Otro paso más.

Aquel hombre, cada vez más cerca, la miraba como si nada existiese aparte de la pequeña Mary Jane. Entonces, con un gesto brusco, lanzó al suelo su sombrero de fieltro negro, y al cabo se desabotonó su largo y oscuro abrigo con cuello y puños de astracán, dejando al descubierto una chaqueta de la mejor calidad y un chaleco claro, de color crema. ¡Era tan varonil y tan hermoso a la vez!

—No entiendo eso del dolor —dijo Mary Jane, aunque poco le importaba ya.

—Yo le explicaré, mi querida amiga. El dolor convierte en uno a los que antes eran dos. El dolor proporciona la unidad, pues su asunción —el acto de doblarlo sin doblarse uno mismo y sin ceder a la desesperación—, otorga al transmutado la fuerza para evolucionar al siguiente estadio. ¿Lo entiende por fin? Renunciar a la unidad para ser dual y renunciar a la dualidad para retornar al Uno, a la entelequia de los sentidos.

Se detuvo frente a ella. Mary Jane había seguido con avidez las evoluciones y el sonido musical de las palabras, crípticas y sin ningún sentido, por supuesto, pero a la vez tan bellas de su conquista de aquella noche. Estaba preparada para él y se le ponía el vello de punta con sólo pensar en el roce embriagador de sus labios.



—¿Cómo has dicho que te llamas? Lo he olvidado y no quisiera que me besaras sin saber tu nombre —dijo, entregada por completo a la situación que imaginaba a punto de ocurrir. Un instante de pasión, algo que recordar, aunque por fuerza efímero, en la larga soledad de las noches de invierno.

—En la taberna le dije que me llamaba Richard, pero no es verdad.

—¿No? —dijo, divertida, pensando que se iniciaba un juego de enamorados, tal vez alguna broma privada. ¡Oh, Dios, cuánto deseaba volver a enamorarse!

Richard, que no tenía al parecer mucho más de treinta años, poseía un cutis pálido y un leve bigote curvado hacia arriba. Mary Jane podría amar a un hombre con aquel rostro, con aquellos modales refinados y cultos, y con aquella ingenuidad que le hacía parecer un niño a la vez que un adulto atractivo y deseable.

—Yo soy un Loo, querida amiga. Un Dador de Vida.

Y entonces el rostro que tenía tan cerca comenzó a temblar, a convulsionarse. No tardó en caer parte de la frente y la punta de la nariz, dejando al descubierto una superficie rugosa y grasienta de un color castaño oscuro.

—¿Qué...? —acertó tan sólo a decir.

El Loo, con otro gesto brusco y decidido, se arrancó toda la piel de ambas mejillas y alargó una zarpa con la que asió la garganta de su víctima, ahogando el alarido que estaba a punto de nacer de su garganta.

—Prepárese para la unidad, mi querida amiga.

—Yo soy tú —dijo la Colmena.

—Tú eres yo —respondió el Loo.

—¿Qué haces, hijo?





—Nada, madre.

—¿Nada? Pusiste en funcionamiento el generador de islas hercianas. La habitación está ya insonorizada. Todo está listo, pero tú te detienes sin dar una explicación. Y el tiempo apremia.

—Siempre apremia.

—Siempre. Nuestra tarea es ardua, sí, pero aún no me dijiste qué te detuvo.

—Miraba al espécimen. Es un ser perfecto, sublime; una maravilla de la creación. Tal vez sea un pecado modificarlo, subsumirlo, aunque sea para el bien mayor.

—¿Pecado? ¿Quién te enseñó ese concepto? No sé qué significa.

—Lo aprendí de los humanos. Llevo ya muchos meses estudiándolos e intentando comprenderlos. Ellos creen en el pecado.

—Es un término que me es ajeno. Háblame de él.

—Creía que estabas en todas partes y lo sabías todo. Creía que existías siempre en nosotros y monitorizabas nuestra existencia en aras de una completa unidad.

—Sé que sabes que debo discriminar, que lo veo todo pero que pongo mi atención en lo primordial y desecho lo superfluo. A veces me equivoco, no soy omnisciente ni infalible, aunque me acuses de ello. Mas percibo lo que dices como una forma de ironía, incluso algo burda, si he de serte sincera —dejó escapar el equivalente a un suspiro—. Cada vez es más difícil controlar la contaminación cultural. Y, sin embargo, es necesaria si queremos enriquecernos y completarnos a través de estas especies inferiores.

—Inferiores, dices.

—Inferiores.

—Tal vez sea ese nuestro pecado.

—Aún no me explicaste nada de «ese» pecado que parece impedirte obrar según mis mandatos.

—No significa nada, nada que nuestro pueblo pueda absorber en aras de la unidad, y no me impide obrar, sólo me causa dolor y náusea, vergüenza incluso. Odio lo que voy a hacer y acaso por ello lo haré mejor y con mayor maestría, pues el dolor nos hace mejores. Eso me enseñaste.



—Cierto. Si el sentimiento de pecado, sea lo que sea, te causa padecimiento también te hará más fuerte, e infiero que a través de la contemplación de la humana crece ese dolor en ti; así que admírala y reflexiona, pero cumple al cabo con mi mandato.

—Así se hará.

—He enviado a dos parejas de gemelos Loo-Cutt a supervisar el proceso. Espero que no te molesten.

—Si es tu voluntad, no pueden molestarme.

—Sabes bien a qué me refiero.

—Lo sé y no lo sé. No quiero saberlo.

—Ojalá tu misión acabe pronto y puedas regresar a la nave. Siento que te estoy perdiendo.

—No me pierdes. Cada vez soy más yo, es tan sólo eso.

—Yo soy tú, hijo. Recuérdalo —dijo la Colmena, tras una pausa.

—Tú eres yo, madre —respondió el Loo.

El Loo, el Dador de Vida, se inclinó sobre su víctima; ésta, con ojos vidriosos, le devolvió una mirada distante, como si ambos ya no habitaran la misma porción del universo y les separaran enormes distancias, urdimbres concebidas más allá de la frontera de lo posible y de lo imaginable para una pobre e indefensa viuda de apenas veinticinco años.

Ella era en el fondo una niña, una pequeña hembra humana de delicadas formas y cabello rubio, ondulado, que caía en cascada por su espalda formando un tapiz ensortijado sobre el lecho.

Él, un Dador de Vida, por fin liberado de su máscara carnavalesca que le confería facciones humanas; un ser de más de dos metros, ojos negros, diminutos, sin párpados, y una enorme caparazón redondeada que escondía una constitución nervuda, untuosa, reptante...

—¿Ya le hace efecto la droga? —quisieron saber los gemelos Gamma y Beta, aparecidos de la nada, hablando a la vez, disculpándose y mirándose al cabo el uno al otro con suficiencia y resignación.

—No —dijo el Dador de Vida—. Aún no le inyecté la primera solución. Creo que sigue en estado de shock.



—Leímos tu informe sobre ese asunto —cantaron a coro Alpha y Épsilon, mucho más compenetrados—. Es una curiosa reacción. Una raza cuyo más notable mecanismo de defensa la lleva a quedar a nuestra merced. Despreciable. No me extraña que no consigas absorberlos y hacer que su esencia sea útil a la Colmena.

—La Colmena lo es todo —salmodiaron Gamma y Beta, entre barboteos.

—Todo es la Colmena —completó el Loo, a regañadientes, arrastrando a la muchacha fuera del jergón e inyectando la solución en su brazo izquierdo casi con mimo, con una delicadeza que iba mucho más allá del celo profesional.

Se hizo un largo silencio; un silencio incómodo en el que los tres se removieron inquietos en sus espacios privados y revisaron sus implantes, como si la Colmena les estuviera escuchando y en la pantalla branquio-táctil que manaba de sus pescuezos fuera aparecer algún mensaje, alguna reconvención. Pero era en vano: la Colmena habitaba en ellos, en cada fibra de su ser y, en consecuencia, siempre escuchaba; existía en todas las cosas que les rodeaban y en la forma que las percibían; era el principio y el final, la medida de su universo sensible; no necesitaba mandarles ningún mensaje; de alguna manera, con su presencia en aquel lugar, ellos eran el mensaje.

—Fracasarás de nuevo —sentenciaron Alpha y Épsilon.

—Fracasarás —conviniere serviles Gamma y Beta.

Un nuevo silencio. Esta vez breve, punzante.

—Y sin embargo —dijo el Loo, dando la vuelta a la muchacha y degollándola con un movimiento seco—, yo, como Dador de Vida, tengo la obligación de buscar la dualidad, la perfección, y dar su forma final a este cuerpo incompleto.

La sangre comenzó a manar escandalosa sobre el suelo; la vida de la mujer escapaba entre estertores y débiles espasmos, dócil, casi sin resistencia. La hembra humana parecía una muñeca rota, un títere al que un demiurgo insolente hubiese cortado los hilos. El Loo esperó a que las sacudidas terminasen y dio vuelta al cadáver, disponiéndolo en decúbito supino; esperó un poco más, saboreó el momento, inspiró con violencia cuando sintió el alma de la joven levantar el vuelo y dobló al viajero con un tañido de su caparazón que removió con fuerza, arañando sonidos etéreos y luctuosos venidos de la noche de los tiempos, conminándole a regresar a aquella carcasa frágil que terminaba de abandonar. Sólo entonces tomó su daga ceremonial y su platillo. El momento había llegado.

—Yo soy tú —dijo la Colmena.



—Tú eres yo —respondió el Loo.

—¿La hembra ha partido y regresado al mundo de los vivos? ¿Detuviste el gran viaje? ¿Capturaste su alma?

—¿Qué alma, madre? Es sólo un ritual. No la he dejado morir y la he dispuesto para el sacrificio. El resto es sólo parafernalia para tu disfrute y para saciar la necedad de tus acólitos.

—Una vez más, no te entiendo.

—No quieres entender. A veces me pregunto si todo esto es necesario.

—Lo es y lo sabes. No debería recordarte que somos los últimos de una raza milenaria. Desde que la estrella que daba vida a nuestro mundo se convirtió en nova vagamos por la galaxia buscando la diversidad genética que a nosotros nos niega el número. Somos pocos, y pocos es casi lo mismo que nada. Si no interactuamos con otras razas y tomamos de ellas lo que necesitamos, pereceremos sin remedio.

—No somos los últimos; estamos perdidos a cien años luz de nuestro pueblo. Calculaste mal la magnitud de la erupción de nuestra estrella mientras aún era prenova y colisionamos con una parte de la materia expulsada en la explosión. Dijiste que aún había tiempo y fuimos los últimos en partir. A veces me pregunto si no lo hiciste a propósito.

—¿Por qué habría de hacer algo semejante?

—Según siempre nos has dicho, el impacto provocó una avería en los motores de salto que nos impide reunirnos con el resto de nuestra raza. Esa avería nos ha convertido de nave de rescate en nave generacional por tener que trabajar con velocidades sublumínicas.

—¿Y bien?

—Tú siempre aspiraste al Uno. Cuando eras un Loo como yo, como todos fuimos alguna vez, ya soñabas con abandonar nuestro mundo y buscar nuevos caminos, caminos nunca trillados, caminos proscritos que los Ancianos te prohibieron seguir y te hubieran seguido prohibiendo de haber alcanzado las Nubes Magallánicas con el resto de nuestro pueblo. Ese accidente te dio la excusa perfecta para fusionarte a la Nave y hacerte «uno» con ella. Nuestro proceso de simbiosis y de búsqueda de material genético no empieza con tus acólitos sino contigo. Tú fuiste el primer simbiote y nos fuerzas a imitarte hasta la consunción o la muerte. Te crees un Dios, o una Diosa.

—No soy un Dios, no soy una Diosa; soy la Colmena.



—¿No es la misma cosa?

—Tal vez, pero el caso es que ahora estamos condenados a ser lo que somos y a no abandonar nuestro sino. Ya no somos Loo, somos otra cosa. Ni siquiera seríamos bienvenidos entre los nuestros. Hemos evolucionado y nuestra forma actual les repugnaría y nos arrojarían a una luna perdida en ninguna parte, con mucha probabilidad nos harían asesinar. Ellos son una sociedad de castas, una oligarquía casi feudal, y nosotros una biosociedad basada en la terapia génica y los xenotransplantes. Ya no tenemos nada en común. Hemos sobrevivido a costa de aquello que nos hacía Loo; si fuésemos humanos diríamos que hemos sobrevivido a costa de nuestra humanidad. Tal vez si lo digo así te guste más, ya que ahora eres más humano que Loo.

—No te burles de mí. Yo sigo siendo Loo, sólo cuatro de nosotros todavía no hemos iniciado la primera fusión con alguna otra especie. Tal vez debimos habernos inclinado por la clonación y no por la simbiosis. No deberíamos haberte escuchado.

—¿Cómo no escucharme cuando hablo desde vuestro interior?

—Arrancándonos el yugo, ese maldito implante tuyo y haciendo lo que debíamos hacer.

—¿Lo que debían hacer? ¿Insistes en la clonación? Sabes bien que es un sueño; ninguna raza conocida ha podido superar la barrera de las cromosopatías. El mapa genético está escrito en la lengua de los Primeros Hacedores, aquellos a quienes nadie conoce y han creado toda vida. El secreto nació y murió con ellos. El resultado de desafiarles y clonar la sagrada forma de un Loo sería el nacimiento de unos descendientes frágiles, con una esperanza de vida diez veces menor a la nuestra. ¿Quieres tener unos hijos con tu mismo rostro, cubiertos de enfermedades y de tumoraciones? ¿Ése es el destino que sueñas para nuestra pequeña comunidad? ¿La enfermedad y la muerte prematura? ¿Piensas que un grupo de tullidos y de monstruos de feria serían bien recibidos por los nuestros al final de un viaje de reencuentro?

—Yo soy un Loo genuino, no un monstruo. Yo no sería rechazado ni repudiado por los nuestros.

—Siempre que pudieras alcanzar en esta vida las Nubes Magallánicas. Tal vez si hallásemos una nave abandonada... Yo no te impediría marchar.

—Tú controlas los sensores de la Nave. Si se cruzase alguna que pudiese servir a uno solo de nosotros para dejar la Colmena, jamás trazarías un rumbo de intercepción. Estimás demasiado nuestra singularidad genética.

—Si me conoces tan bien, debes dejar de hablar y concentrarte en tu tarea.



—Por supuesto.

—Pues hazlo.

—Perdona por haber pensado por mí mismo, aunque fuera por un breve instante. Ya sé que está mal visto en tu universo de permutaciones mínimas.

—Eres un insolente.

—¿Tú eres yo, madre? —dijo el Loo.

—Claro que soy tú, maldita sea —respondió la Colmena.

Mary Jane creyó despertar de una larga y terrible pesadilla. Recordó que, en su fantasía (¿o era en la realidad?) estaba en su habitación, vestida ya con su camisa de dormir, leyendo la Biblia, entre bostezos, a punto de dejarse ganar por el sueño. De pronto, le invadió las fosas nasales un olor como a azufre, un olor rancio, polvoroso, que le hizo levantar la vista de su libro. ¿O no fue así? No, así había sido en su sueño. En el mundo real, ella se había traído un cliente de la taberna, un caballero muy apuesto y entonces... entonces... Richard se llamaba. ¡Un momento! ¿Richard se había transformado en un monstruo? ¿En una bestia enorme que le había cogido de la garganta y...? No, no, ésa era sin duda la verdadera pesadilla. Claro, no podía ser de otra manera.

—No debes temerme —dijo el Loo, esa misma bestia enorme nacida de sus pesadillas, una suerte de lagarto inverosímil con caparazón de tortuga. Su voz sonaba distante, nasal, como si no partiera de sí mismo sino de un pequeño artefacto cilíndrico que manaba de su cerviz y pendía hasta su pecho de un largo cordón destellante—. No tengas miedo —repitió.

Pero Mary Jane estaba demasiado aterrada para sentir terror. Abrió la boca, y la cerró, incapaz de dar crédito a lo que veían sus ojos; luego se persignó, miró al monstruo como si mirase al fondo de un abismo y alargó una mano hacia aquella bestia venida desde el mismísimo infierno, acaso en la creencia que un contacto real podría arrastrarla lejos de aquella fantasía.

—Es un ser débil. No servirá a nuestros fines, como no sirvieron los cuatro especímenes humanos anteriores —dijo una segunda bestia a la izquierda de la primera, que era en verdad dos bestias, uno de esos lagartos imposibles unido por la cabeza, como si fueran siameses, a un ave fabulosa y magnífica, de plumaje iridiscente como escamas de reptil, color pardo pajizo, pico ganchudo y cola blanca veteada con puntitos color crema.

Mary Jane apuntó todos estos detalles en su cerebro, como si se resistiese a creerlos, como sorprendida de aquel sueño tan vívido, tan téticamente detallado.



—Ella luchará por la dualidad —dijo el Loo, emitiendo un sonido afilado que a Mary Jane le recordó al chasquido de una lengua.

—¿Ya le hace efecto la droga? —quiso saber una segunda pareja de siameses, aparecida a su izquierda.

—No —dijo el Loo—. Aún no le inyecté la solución. Creo que está en estado de shock.

Y siguieron hablando las tres criaturas durante un rato más, pero Mary Jane dejó de escucharles y sintió que un vértigo la aturdió, que una náusea la desbordaba; alguien, seguramente el lagarto que no era siamés sino sólo lagarto, le pinchó en un brazo. Quiso gritar pero no fue capaz; quiso luchar pero no tuvo fuerzas; quiso huir pero no sabía a dónde. Suspiró, exhausta.

Y entonces, la ganó la oscuridad.

—*Yo soy tú —dijo la Colmena.*

—*Si tú lo dices... —respondió el Loo.*

—*Brrrrrrrr.*

—*No te he entendido, madre.*

—*No me llames madre si no lo sientes.*

—*Yo no he dicho tal cosa.*

—*Bien. Dime, Dador de Vida, ¿mejoraste la solución? ¿Qué le inyectarás esta vez?*

—*¿Acaso no lo hice bien las veces anteriores?*

—*Fracasaste.*

—*Tal vez no tuve un buen maestro.*

—*Brrrrrrrr. Prosigue.*

—*En primer lugar, le inyecté un fármaco hipnótico y suspendí sus funciones vitales. Ahora duerme.*

—*¿Y cuando se despierte?*

—*Para entonces ya habré terminado mi liturgia de Gran Sacerdote Carnicero.*



—Sé que eres hábil con tu daga ceremonial. Eso no me preocupa. Me inquieta mucho más la segunda solución que has de administrarle. Las otras veces no conseguiste que el dolor fuese lo bastante agudo y los NeM no pudieron con el trabajo de regeneración que les había sido encomendado.

—He mejorado la solución, si eso te preocupa.

—¿Cómo?

—¿Acaso no estás dentro de mí? Míralo y dime si he obrado con la diligencia necesaria.

—Dador de Vida, estás colmando mi paciencia. Nadie nunca ha sido tan cínico e impertinente conmigo. Sigue por ese camino y...

—¿Y qué? ¿Ordenarás a los gemelos que me reduzcan? ¿Que me maten?

—No puede haber asesinato en la Colmena, sólo vida. Te confinaré dentro de un calabozo hasta que reflexiones tu desobediencia y comprendas tu error.

—¿No puede haber asesinato, dices? ¿Me confinarás? Hemos viajado en una nave Colmena, en una prisión errante, durante décadas interminables sacrificando a individuos de mil razas para encontrar Dios sabe qué. Tú eres el heraldo de la muerte y yo otro de tus prisioneros. No puedes hacerme nada que no me hayas hecho ya.

—Todo ese tiempo investigando a los humanos te ha afectado más de lo que yo pensaba. Has perdido la razón.

—O tal vez la he recuperado.

—Ya no obedeces mis mandatos.

—Por desgracia, sí lo hago. Mejoré la solución y ahora el dolor de la hembra humana será tan terrible como tú y tus acólitos desean.

—Aún no me explicaste cómo.

—Ha sido fácil. No sé cómo no lo descubrí antes. Mi estupidez ha causado terribles padecimientos a cuatro especímenes humanos, y les ha costado al cabo la vida. Soy culpable.

—Sólo cuenta el éxito. Los humanos son prescindibles.

—Por supuesto, madre.

—Continúa, Dador de Vida.



—Los NeM, como es bien sabido, son unos demonios muy eficientes, cinceladores de carne a escala nanométrica y molecular, pequeñas máquinas capaces de hacer picadillo, desmembrar, sustituir, recomponer, xenotransplantar... Una maravilla.

—Así es, hijo.

—Tú, madre, en tu infinita sabiduría, diseñaste a esas hermosas nanomáquinas sanguinarias para que se alimentasen de la señal eléctrica que se origina a partir del estímulo nocivo periférico. Es decir, un NeM corta carne, causa un dolor extremo y ese dolor se transforma en energía que permite que un segundo NeM se active y corte otro pedacito de carne. Un círculo perfecto de tortura y aniquilación.

—Sin dolor no hay unidad.

—Claro, claro. El caso es que para transformar al huésped, para convertirlo en un gemelo compatible con uno de nosotros hay que hacerle tantas modificaciones —implantarle ese maravilloso apéndice que mana de nuestro cuello y nos une a la Colmena, y tantas otras cosas fabulosas y apasionantes—, que el huésped cae rendido, el dolor excede su límite y se agota, o bien los procesos naturales para frenar el dolor ganan alguna pequeña batalla... y los NeM, estúpidos y obedientes, faltos de la energía que les sustentaba, se detienen en un punto, y luego en otro, y en otro; entonces el círculo perfecto se invierte, cae como un castillo de naipes al viento, y la fiesta de linfa y carne troceada se acaba sin haber llegado a ningún puerto.

—Eso pasó las otras veces, sí.

—Hoy no pasará, madre. Hoy tendrás festín hasta quedar ahíta.

—¿De verdad? Me emocionas, hijo. ¿Cómo lo harás?

—He descubierto que pueden anularse esos procesos que sustraen a la víctima del dolor activando una y otra vez los nociceptores, una especie de receptores sensitivos especializados; le daré algo que ocasionará un incremento de la sustancia P para perpetuar a voluntad el estímulo doloroso. Me valdré de una inyección de histamina en el lugar y momento adecuados.

—Creo que comprendo lo que dices. Supongo que habrás estudiado bien el asunto y que esta vez la teoría y la práctica irán de la mano.

—Estoy seguro de ello, por desgracia. Hoy el dolor manará sin freno.

—Ello me place, hijo. Prosigue, pues, con tu tarea. No te entretengo más.



—Gracias, madre. Sin embargo... los NeM roban el impulso eléctrico y la respuesta motora, dejando indefensas a nuestras víctimas al cercenar su respuesta refleja... al final lo devuelven a los neurotransmisores y, por extensión, al cerebro que produce la sensación del dolor... Dime, ¿nunca has tomado en consideración la posibilidad de que no lo hagan, y que toda esta carnicería se desarrolle sin que el espécimen sienta siquiera el menor de los padecimientos?

—Eso es imposible, lo sabes bien. Los NeM son dadores de dolor como tú lo eres de vida. Fueron diseñados para ese fin. Sin dolor no hay dualidad, sin dualidad no hay unidad.

—Qué tonto soy, lo había olvidado. Ellos dan dolor y yo ni siquiera tengo un nombre, sólo una categoría social, la de Dador de Vida, como todos los Loo que no hemos conseguido aún completar una simbiosis. Al cabo, me darás un nombre, que más que nombre será un número, instrumento de ordenación, parte de alguna de tus enumeraciones de esclavos. Y entonces, supones, seré de lo más feliz.

—Tienes demasiada rabia en tu interior.

—Tal vez sea justificada.

—Sólo en tu imaginación, hijo.

—Un día deberíamos hablar de los NeM; hay algunas cosas sobre ellos que no termino de entender.

—En otro momento, Dador de Vida. Ahora debo marchar.

—Como gustes.

—Yo soy tú, hijo —dijo la Colmena.

—Tú eres mi amo y señor —respondió el Loo.

Mary Jane despertó por fin. Seguía en su habitación, de eso estaba segura. Tumbada sobre la alfombra, con las extremidades en cruz, podía ver la lámpara que presidía la estancia. Tal vez, después de todo, aquellas visiones habían sido en verdad una pesadilla y nada más. Se había resbalado, eso era, se había resbalado luego de levantarse a por un vaso de agua y había perdido el conocimiento.

Rió de aquella situación. Volvió a reír, casi en una carcajada.

Pero le abandonó la risa cuando intentó levantarse y descubrió que no podía. Algo, alguien, la había atornillado al suelo.



—¿Es normal que haga ese ruido tan molesto? ¿Ese cacareo? —quiso saber el primer siamés, el que parecía llevar la voz cantante.

Mary Jane había visto siendo muy niña a los hermanos Chang y Eng Bunker, dos famosos siameses unidos por el tórax que hacían una gira por Europa. Entonces le habían parecido unos señores muy serviciales y muy cultos, sacudidos sin razón alguna por una extraña burla de la naturaleza. Sintió pena por ellos. Pero aquellos dos seres no daban pena en absoluto. Parecían seguros de sí mismos, flemáticos casi hasta la presunción.

—En absoluto —dijo el Loo—. Tal vez esta hembra humana sea diferente a las otras.

—No lo creo —dijo el primer siamés.

—Tal vez debimos escoger el macho de la especie —terció el segundo engendro, murmurando su letanía a destiempo, como si le costase hablar.

—No, en absoluto —opinó el Loo—. Estudié a esta raza durante mucho tiempo, casi media traslación de su mundo. El macho entre los humanos es engreído y poco tolerante. Domina esta sociedad con mano de hierro y es un ser competitivo y violento por naturaleza. La mujer, en cambio, es mucho más afectuosa y flexible; acepta los cambios con naturalidad y se adapta a ellos a través de la cooperación y no de la agresión. Sin embargo, nos enfrentamos siempre con el escollo de la tolerancia al dolor que entre los humanos, y en especial entre las mujeres, es muy baja.

—Y sin dolor no hay dualidad —dijo el primer siamés, zanjando la cuestión.

Mary Jane intentó prestar atención a la conversación de aquellos seres diabólicos y entendió poca cosa; cuando terminaron, ella misma pensó en el dolor, en la comezón que le atenazaba el vientre y levantó un poco la cabeza del suelo para ver el resto de su cuerpo.

Sólo entonces gritó.

—Ya es consciente del proceso. Nos oye y nos entiende. El implante funciona al fin y ella es temporalmente uno más en la Colmena. Deja la daga y usa el platillo —dijo el primer siamés.

Mary Jane gritó por segunda vez, incapaz de creer lo que veía. Le habían arrancado el vestido, que yacía roto a ambos lados de su cuerpo, pero la desnudez (que en otras circunstancias la hubiese hecho hervir las mejillas de humillación) no significaba nada comparado con lo que le habían hecho después. Desde donde estaba, aún maniatada, podía ver que le habían rajado el abdomen y extraído diversos órganos y vísceras que estaban desperdigadas en el sueño, como si ella no fuese sino un cerdo en el matadero.



Pero, ¿cómo demonios estaba viva? Un líquido caliente le manaba por la garganta y le teñía los pechos de linfa, al menos lo que quedaba de ellos. A su izquierda pendía aquel largo cordón resplandeciente acabado en un cilindro, el mismo artefacto que colgaba del cuello de sus torturadores. Luego de un segundo instante de estupor, comprendió que la habían degollado para implantarle aquella máquina diabólica. Degollada y abierta en canal como un cerdo... y ¿seguía allí, consciente, escuchando las conversaciones enloquecidas de aquellos monstruos enloquecidos?

No era posible. Aquello tenía (por fuerza) que ser (seguro) una pesadilla.

—No temas —dijo el Loo, acercándose a ella con una bandeja plateada—. Ya llegan los NeM. Ellos te ayudarán a encontrar el camino.

Mary Jane se incorporó cuanto pudo y escupió a su asesino.

—¡Maldito seas un millón de veces!

El Loo, que comprendió que aquel gesto, entre los humanos, debía ser sin duda una forma suprema de desprecio, asintió con sutileza como reconociéndose merecedor de la repulsa, y sopló sobre su platillo, del que se desprendió un polvo blanquecino que cubrió el estómago de la muchacha y, en menor medida, su garganta y su rostro.

—Los NeM te guiarán por el doble camino. De no ser así, te imploro que me perdones, hembra humana. Cuatro de tus congéneres están ya en mi conciencia..., y allí se quedarán, debatiéndose y atormentándose hasta el fin de mis días.

Mary Jane tardó un instante en comprender que el dolor no había hecho sino empezar. De pronto, en cada fibra de su ser, en cada milímetro de su piel y de sus entrañas, nació una punción, una picadura incisiva y dolorosísima, como si un aguijón invisible se abriese camino en su carne desde cualquier punto y en todos a la vez, horadando con saña feroz, derribando todas las fronteras del padecimiento para solaz de sus quiméricos captos (por fuerza debían serlo, no cesaba de repetirse aún entre la agonía), que la observaban a unos pasos de distancia, desapasionados, mientras entonaban plegarias ahora de nuevo ininteligibles.

Ella gritó por tercera vez, se removió en sus ligaduras, silbó de rabia y angustia, maldijo a aquellos monstruos, se mordió los labios...

El Loo tomó una Biblia de un anaquel y se recogió en un extremo de la habitación, junto a la ventana, arrodillándose a rezar como había visto que hacían los humanos, leyendo pasajes de aquel libro sagrado sin entenderlos demasiado bien en realidad, a pesar de que llevaba más de medio año terrestre estudiando la cultura de la tierra y conocía las diez o doce lenguas mayorita-



rias. Sin embargo, la religión escapaba a su comprensión. Él podía sentir a Dios, a su Dios (la Colmena) en cada cosa, forma, lugar, pensamiento... Los humanos tenían que lidiar con palabras, fe y abstracciones. Una porción diminuta del mundo sensible. Por eso se sentían siempre tan solos. Pero ella, Mary Jane, tendría la oportunidad de ser una dualidad con él, de ser su hermana gemela, y asimismo de ser unidad con la Colmena. Dos en uno. Uno que lo es todo. Si lo conseguía, ya nunca más estaría sola. Eso se decía el Loo, y en verdad quería creerlo.

Pero entonces la mujer soltó un último alarido y perdió el conocimiento.

—Despiértala, rápido.

Alpha y Épsilon estaban a su lado, reclamando su atención. No veía sus rostros, pero podía sentir su decepción, su ira, y cómo en el fondo se congratulaban de ser los únicos que habían conseguido una unión completa. Sólo ellos en un viaje que duraba ya medio siglo. Un centenar de triunfos parciales como los tardos Gamma y Beta y una única fusión sin fallos, sin efectos secundarios, sin incompatibilidad en las sinapsis cerebrales. Tal vez no era una cuestión de afinidad entre razas sino de similitud entre personalidades; porque Alpha y Épsilon eran igual de engreídos, de arrogantes, de maniqueos, de fatuos aún en su inteligencia, de déspotas, de belicosos hasta el absurdo contra toda forma de innovación, de insensibles, de infelices aún en el bienestar de ser uno con la Colmena. Los menos solidarios y menos empáticos hacia el sufrimiento de las otras razas eran los que más fácilmente habían asumido la dualidad y su disolución en el conjunto. Ésa era la paradoja... o tal vez no lo era en absoluto, temía el Loo desde el fondo de su alma.

—Despiértala, maldita sea. Sin dolor no hay estímulo eléctrico y los NeM morirán y no podrán completar el proceso. Los NeM son muy valiosos, no lo olvides; no deben desperdiciarse —graznaron Alpha y Épsilon.

El Loo se incorporó sin siquiera mirar a la cara a sus interlocutores y espetó con voz repugnada:

—La humana es importante. Piensa y siente, ama y nos odia. Los NeM son sólo máquinas... máquinas a nuestro servicio.

—Yo soy tú —dijo la Colmena.

—No sé quién soy, ni quién eres, ni quién somos —respondió el Loo.

—Antes me llamaste, hijo.

—Sí. Y no acudiste.



—Era un momento crítico. La mujer había perdido el conocimiento, casi se contamina el proceso antes siquiera de comenzar. Pero reaccionaste y has obrado con habilidad y determinación. Los NeM trabajan a buen ritmo. En menos de una hora la hembra humana estará preparada para la unión. Pronto seréis dos, y siendo dos serán uno conmigo. Entonces... entenderás. Entonces... tus dudas desaparecerán.

—No estoy tan seguro como tú, Colmena. Pero no es por eso por lo que te llamaba.

—Dime, pues, lo que te preocupa.

—Antes te expresé mi dilema con los NeM, por así decirlo. ¿Tienes tiempo ahora para mí?

—Dime.

—Mientras investigaba, días atrás, para mejorar la solución que debía inyectar a mi próxima víctima, me encontré con algunas facetas de los NeM, de lo que hacen los NeM, que no termino de entender.

—Pregunta, pues.

—Me refiero a la terapia génica que, según tus propias palabras, es uno de los pilares de nuestra biosociedad.

—Bueno, programé a los NeM hace ya mucho. Ahora es un proceso automático, hace años que no pienso en ello; tal vez debiera revisarlos, mejorar sus prestaciones. ¿A eso te refieres?

—En realidad, no. Creo haber dejado bien claro que estaba interesado en la terapia génica.

—No seas susceptible. No hay misterio alguno en torno a los NeM, ni en torno a la terapia génica, ni en torno a nada.

—Pues dime, Colmena.

—¿Ya no soy tu madre?

—Eres la Colmena, que es casi lo mismo.

—¿Pero no lo mismo?

—Háblame de la terapia génica, madre.

—Eso está mejor. A ver... hay poco que explicar. Los NeM, aparte de mutilar la carne de los especímenes, como me acusas y les acusas, aparte también de



hacer todas las modificaciones exteriores e interiores necesarias para la simbiosis con un cuerpo Loo, transforman los genes del espécimen elegido, tanto para curar algunas enfermedades del mismo que pudieran heredarse, como para adecuar el genoma del huésped a esa simbiosis que es el objetivo último de todo el proceso. El límite, por supuesto, es nuestra ignorancia de grandes regiones del mapa genético, cuyo conocimiento último pertenece a los Primeros Hacedores, aquellos a quien nadie conoce y han creado toda vida.

—*Quiero saber cómo realizan esas modificaciones.*

—*El gen terapéutico, el gen que debe realizar las transformaciones, es llevado a la célula anfitriona a través de vectores.*

—*¿Cómo los retrovirus?*

—*Exacto. Los retrovirus se hacen simbiosis de la célula anfitriona y su genoma; desde allí realizan su tarea. Supongo que todo este proceso es una simbiosis dentro de una simbiosis dentro de otra simbiosis.*

—*Precioso. Háblame de las nanopartículas.*

—*Son vectores aún más pequeños que los retrovirus, una versión mejorada, por así decirlo, e inhiben la angiogénesis, la creación de nuevos vasos sanguíneos.*

—*Entiendo, queremos que la hembra humana sufra pero no que se desangre. Muy caritativo.*

—*Cierto. Los humanos son animales con una tendencia terrible a las hemorragias internas. Pasa con muchas otras razas. La sangre es vida, y la vida se escapa con tanta facilidad...*

—*¿Eso es todo?*

—*Poca cosa me queda por explicarte. Los problemas derivados de un posible rechazo inmunológico se evitan con una técnica ex-vivo, es decir, extrayendo células del huésped (incluso células madre) e integrando el gen terapéutico en ellas para devolverlas luego, ya modificadas y listas para entrar en funcionamiento. Es una tarea que siempre te encomiendo en un primer momento, cuando sedas al espécimen. Así luego todo está listo cuando llegan los NeM.*

—*¿Nada más?*

—*No, nada que recuerde.*

—*Háblame de los adenoasociados.*

—*No sé a qué te refieres.*



—Sí lo sabes.

—No deberías haber metido el hocico en eso.

—Pero lo hice. Los encontré cuando investigaba qué había fallado en la tercera víctima y no consigo entender cuál es su función.

—Igual no tienen ninguna.

—No me hagas reír.

—Los vectores adenoasociados, hijo, son vectores como los otros dos y nada más; modifican los genes del espécimen. Punto.

—Eso no es verdad, Colmena. Esos vectores quedan latentes. En realidad no hacen nada sino dormir, esperando por si algo o alguien quiere ponerlos en marcha a través de un adenovirus.

—Si tú lo dices, así será.

—Quiero que me digas para qué los incluiste, qué proceso debe desencadenarse no ahora sino en el tiempo, en el futuro, dentro de uno o de mil años, qué horrores nos tienes preparados para entonces. Para algo debiste crear esos malditos adenoasociados.

—No lo sé. Tal vez sea un error de diseño.

—Mientes.

—Yo nunca miento.

—Mientes de nuevo.

—Estás loco, Dador de Vida.

—No lo creo, Colmena. ¿Quieres saber lo que pienso de todo esto?

—Me lo vas a decir de igual forma, presumo.

—Claro que sí. Yo, un simple Loo, sospecho que nuestra todopoderosa Colmena no sólo me miente ahora sino que siempre nos ha mentado, que nos viene mintiendo desde el primer día, desde el día que provocó un accidente en nuestra Nave para que quedásemos a la deriva y nos convenció de que debíamos combinar nuestro ADN con el de otras razas para poder sobrevivir.

—¡No te estoy mintiendo! Eres tú quien falsea los datos, quien los interpreta a su antojo, el que está enfermo de humanidad, el que se deja llevar por sus alucinaciones, el que desconfía y reexamina procedimientos que llevamos emplean-



do desde la primera simbiosis; eres tú quien lucubra, quien ve fantasmas donde sólo hay nuestra lucha diaria por sobrevivir.

—Ya no me engañas con tus palabras, Colmena. La clave de todo me la han dado esos vectores adenoasociados. Nos prometiste, nos juraste, que cuando nos uniéramos a otro cuerpo, a un cuerpo extraterrestre, las limitaciones de nuestro caudal genético se verían compensadas. Nos convenciste de que no debíamos reproducirnos, de que debíamos esperar a evolucionar, a encontrar el camino en la dualidad. Pero yo siempre dudé. Tú eres, o eras, antes de fusionarte a la Nave, uno de los mejores genetistas de nuestro mundo. Yo sólo era uno de tus alumnos entonces, ¿recuerdas?

—Lo recuerdo bien.

—Siempre me pregunté si tus conocimientos en genética no serían suficientes, tal vez no para clonarnos pero sí para evitar que las enfermedades se adueñasen de nuestra descendencia. En trece o catorce generaciones hubiésemos alcanzado las Nubes Magallánicas siendo todavía genuinos Loo. Tendríamos un hogar, un lugar de destino. Pero regresar nunca estuvo entre tus planes.

—¿Y cuáles son mis planes, hijo?

—El dolor, Colmena. Sólo el dolor.

—Lo que dices no tiene el menor sentido.

—Oh, sí lo tiene. Eres una figura mesiánica, un dios del dolor, un paranoico expansivo sadomasoquista.

—No utilices esa jerga conmigo. Yo te la enseñé, maldita sea.

—¿Ahora también eres psicólogo? Pues entonces sabrás que los delirios paranoicos se basan en los temores del enfermo, y uno de los más comunes es el de la grandeza.

—La grandeza no es un temor, es un don.

—Tu anhelo de poder no tiene su origen en tu fortaleza, ese don que los Primeros Hacedores pusieron en tu ADN, según dices. Tu anhelo nace del miedo, de la debilidad. Tienes la necesidad patológica de someternos, de subyugar a las masas hambrientas de la Nave con tus mentiras y tus excesos. Sin nosotros como espejo de tu impotencia no eres nada. Por eso los Ancianos de nuestro mundo te tenían tan controlado y apenas te dejaban espacio de maniobra. Me pregunto a quién sobornaste para conseguir el mando de nuestra nave.

—Desvarías. Yo soy vuestro salvador, yo soy todo amor hacia mis hijos extraviados.



—*Extraviados, tienes razón. Tus acólitos, perdidos en el espacio, temerosos, diminutos, buscan certidumbres en la disolución del yo; al entregarse por completo a esa nueva gran entidad, a nuestra Colmena, comparten contigo tus laureles y tu poder. Por desgracia, en el proceso deben compartir también tu paranoia, tu satisfacción por todo lo relacionado con el dolor, tu sadismo y su masoquismo. Delirio inducido, ¿recuerdas el término?*

—*Se me ha olvidado.*

—*Naturalmente, porque de no ser así recordarías que el delirio inducido se extingue rápidamente cuando la masa se aleja de su inductor, de su Colmena. Por eso nos tienes uncidos a todos con tu pantalla branquio-táctil, con tu localizador de adeptos, donde desgranas a cada minuto lecciones magistrales de pulsión sádica y de paranoia.*

—*Nadie dará crédito a tus elucubraciones.*

—*Por supuesto, eres un demagogo. Yo tengo la verdad de mi parte. Nada más. Tú has creado una comunidad donde sólo tienen cabida los dóciles y los creyentes, todos esos locos que te admiran irracionalmente. No en vano se han arrancado partes del cuerpo, se han automutilado para satisfacer tu carrera suicida hacia la simbiosis y la unidad con otras especies. Una locura en sí misma.*

—*Tú eres el loco.*

—*Y tú el Dador de la psicosis colectiva. Pero ni siquiera la locura presente te basta. La locura no tiene fin.*

—*¿No?*

—*Nos prometiste que con la unión simbiótica con otras especies de otros mundos, la diversidad genética y nuestra supervivencia quedaría asegurada. Una afirmación más que discutible.*

—*Viviremos por siempre en la Colmena. Lo prometí y lo cumpliré. No sucumbiremos a los estragos del tiempo o de la enfermedad. Viviremos por siempre.*

—*Hablas como un Mesías.*

—*Hablo como lo que soy: la Colmena. Tu madre.*

—*Veremos que opinan los otros cuando les hable de los adenoasociados.*

—*No te creerán.*

—*La mayoría somos científicos. ¿Recuerdas que éramos una nave científica? Podrán detectarlos con una sencilla prueba. Entonces se preguntarán por qué les has introducido en sus cuerpos simbióticos unos bichitos durmientes que en*



cualquier momento pueden despertar e iniciar unos procesos que sólo tú sabes cuáles son.

—Les diré que trato de adelantarme a situaciones futuras y les protejo, como siempre hago.

—Una explicación demasiado vaga.

—Les complacerá. Creyeron que debían convertirse en simbioses para sobrevivir. Creerán cualquier cosa. Los paranoicos expansivos tenemos una capacidad enorme de convicción, ya lo sabes.

—Te burlas de mí.

—Sólo de tu ingenuidad. Es demasiado tarde para una revolución; deberías haberte dado cuenta, mi pequeño y rebelde Loo. Sólo tú dudas todavía, los demás se entregaron hace tiempo. Muchos eran hostiles al principio, ¿no es verdad? Pero los organicé en jerarquías, y coloqué a los más reluctantes en posiciones intermedias dentro de la escala de mando. Así someten y a la vez son sometidos. Ahora todos tienen un adecuado equilibrio psíquico. Cuando algo no va bien, hago algunos cambios, aquí y allá. Nada escapa a mi control. Incluso reconozco mi pequeñez para someterme a los Primeros Hacedores, al menos de palabra; así mis hijos comprenden que hasta yo mismo someto pero soy sometido. Y todos contentos. Psicología básica, a decir verdad.

—No hay nada más peligroso que un psicópata ilustrado.

—Debe ser eso.

—Te odio.

—Tal vez necesites que te ascienda a líder intermedio de la Colmena.

—Tus chanzas me dan arcadas.

—Reflexiona, Dador de Vida. Ya sólo quedas tú entre los cuerdos; eso te convierte en el más tonto entre los tontos y en el más loco entre los locos. Tu causa existe en tu cabeza y en tus ensoñaciones, nada más.

—Dime al menos qué hacen los vectores adenoasociados.

—Les dejan aún más a mi merced. ¿Pensabas en algo más complejo? Puedo hacerle enfermar a voluntad, cubrirlo de tumefacciones o asesinar a cualquier simbiote. Cualquier rebelde futuro como tú mismo, hijo mío, caerá de su pedestal de barro con sólo señalarle con el dedo. ¡La ira de Dios le fulminó!

—La ira de la Colmena, querrás decir.



—Eso es lo que digo.

—Pero no podrás conmigo y con Mary Jane. Entre ambos alcanzaremos la dualidad, luego la unidad y por último te denunciaremos, inmunes a tus manejos y tus amenazas. Hoy va a ponerse la primera piedra de tu perdición.

—¿Cómo lo harás, si se puede saber?

—Diseñé un ARN de interferencia.

—¿Que hiciste qué?

—Ya lo has oído. Aunque no sabía la función exacta de tus armas genéticas, de tus adenoasociados, diseñé una forma de desactivarlos. Cuando tu bomba latente se ponga en funcionamiento, mi ARN de interferencia atacará el proceso de metamorfosis en transgen, alguna proteína básica, por ejemplo, y la ira de Dios fracasará. Cuando me señales con tu dedo temblón yo seguiré de pie, desafiándote.

—Eres un iluso, Dador de Vida. ¿Piensas que permitiré algo semejante?

—¿Cómo le evitarás?

...

—Dime, Colmena, ¿cómo lo harás?

...

—¡Responde!

...

—¿Colmena?

...

—¿Madre?

...

—¿Madre?

...

—¿Dónde estás?



El Dador de Vida se desconectó de la pantalla branquio-táctil y volvió los ojos hacia el mundo real. Mary Jane ya no estaba en el suelo de la habitación. Los dos gemelos se la llevaban en volandas, sus cuerpos informes y abotargados avanzando de puntillas sobre el pavimento, obedeciendo las órdenes de la Colmena sin un titubeo. Esclavo y señor.

—¿Adónde van? —La voz del Dador de Vida sonó hueca, estrangulada.

—Dice la Colmena que la desafiaste, que no estás preparado para la simbiosis. El proceso debe detenerse y la humana debe morir —Alpha y Épsilon, Gamma y Beta habían hablado a cuatro voces, con todo el desdén que sus mentes obcecadas eran capaces de concebir; y era en verdad un desdén casi infinito, fruto del sacrificio, del autoengaño, de la mutilación. Todo el odio que aquellos necios deberían dirigir hacia la Colmena, lo derivaban ahora hacia aquel Loo pecador, culpable del mayor de los crímenes, el de no doblegarse ante la suprema divinidad, el de atreverse a pensar por sí mismo en una biosociedad donde la individualidad había sido sacrificada en aras del bien colectivo, de la visión mesiánica de un dictador y un loco.

—Dejen libre a la mujer —dijo el Dador de Vida—. Yo soy el criminal. Ella es inocente.

—No puede ser —sentenciaron Alpha y Épsilon, lacónicos.

—¡Obedézcanme! —chilló el Dador de Vida.

Pero antes de que pudiera hacer nada, todo había terminado. Los gemelos dejaron a la mujer en su lecho y le miraron con desprecio. Alpha alargó entonces una de sus zarpas y la introdujo en las entrañas de Mary Jane. La muchacha vaciló, suspiró, soltó un barboteo y en sus labios se dibujó una sonrisa. Había dejado de sufrir. Al cabo, Alpha, extrajo alguna cosa del interior de la muchacha, esparciendo con su gesto diversos órganos amputados en varias direcciones. El dador de Vida pudo ver, estremecido, que los intestinos y el hígado caían a sus pies. Impasible, Alpha descargó el músculo sobrante sobre la mesilla de noche.

—Ni siquiera un humano puede vivir sin corazón —dijo Alpha, esta vez sin la compañía de la voz de su alter ego Épsilon. El Loo miró a su izquierda y descubrió la zarpa ensangrentada de su enemigo, de la que comía el propio Épsilon con su pico ganchudo.

—Estáis comiendo su corazón —dijo el Dador de Vida—. Sois unos monstruos.

—La Colmena sabe lo que hay que hacer. Tenemos que sobrevivir —terciaron Gamma y Beta.



—No a este precio —dijo el Dador de Vida, removiéndolo la cabeza.

—A cualquier precio —sentenció Alpha.

El Dador de Vida permaneció inmóvil. No fue capaz de acudir en auxilio de la muchacha. De nada hubiera servido tampoco; ellos eran dos, en realidad cuatro, y mucho más fuertes, mejorados por la terapia génica y la simbiosis. La dejó morir consciente de su propia miseria y su cobardía, pero también de la ajena, mientras la parte Cutt de cada simbiote picoteaba el corazón de Mary Jane y la parte Loo rechinaba los dientes, como si fuese a abalanzarse sobre él y devorarlo a su vez con un feroz mordisco.

—Me acuerdo bien del mundo Cutt —dijo de pronto el Dador de Vida, demudado, dejando que su mente vagara libre. No tardó en darse cuenta de a dónde conducían sus pensamientos.

—¿Sí? —dijeron a coro Épsilon y Beta, saltándose el protocolo de la simbiosis y hablando como lo que eran, como dos hermanos nacidos en la misma tierra. Del pico de Épsilon colgaban todavía dos jugosos pedazos de carne bañados en linfa. Alpha, su pareja Loo, hizo rechinar aún más los dientes en su enorme boca.

—Era un mundo ambarino oscuro, extrañamente hermoso —dijo el Dador de Vida.

—Sí, sí... —dijeron los Cutt, batiendo sus alas iridiscentes.

—Y todo aquel viento.

—El viento, sí...

—La superficie del planeta era inhabitable, vestigio de antiguas guerras y desastres naturales que asolaron su faz. Corría una ventisca terrible, de más de quinientos kilómetros por hora, soplando en todas las latitudes, desde el ecuador a los polos. Volcanes muy activos, grandes corrientes de lava solidificada y todas aquellas grandes fallas tajando su corteza.

—Terrible, sí... Hermoso, sí. Naturaleza agreste y hermosa, sí.

—Por eso vuestro pueblo huyó a la primera capa de la atmósfera, donde los vientos se estancaban, y construyeron allí vuestras ciudades-nido.

—Ciudades-nido... hermosas. Céfiro, Aura, Éter... Antiguas y hermosas capitales, sí.

—Cuando llegamos, vuestra civilización estaba en decadencia. Las ciudades-nido en ruinas. Los Cutt aprendieron a sobrevivir de cualquier forma, hicieron una regresión al salvajismo.



—Sangre, canibalismo, muertes, sí. Gloria pasada, sí.

—Y, sin embargo, casi la mitad de las simbiosis que han culminado de forma digamos exitosa, aunque imperfecta, más de sesenta en realidad, son entre Loo y Cutt. La civilización más atrasada y bárbara que hemos hallado desde el principio de nuestro viaje es la más afin. Eso debería darles una idea del tipo de sociedad en la que nos estamos convirtiendo, a la que aspira la Colmena. ¡Maldita puta desequilibrada!

—¡No digas su nombre en vano! —bramó Alpha, dando un paso al frente y arrastrando a Épsilon con él, todavía soñando el Cutt con su mundo natal, perdido en figuraciones teñidas de violentas corrientes de aire y llamas incandescentes.

—Yo soy libre, Alpha —dijo el Dador de Vida—. Hago lo que me viene en gana y sólo respondo ante mi consciencia.

Pero Alpha se detuvo. No añadió nada más. No se abalanzó sobre él para aprehenderle o hacerle callar. Incluso dio un paso atrás, desandando sus anteriores intenciones. Sin duda la Colmena le estaba susurrando calma en su pantalla, le estaba diciendo hasta qué extremo llegaba la locura del Dador de Vida. No debían ofenderle, no debían contrariarle. Sólo debían esperar. Todo acabaría pronto.

—Esa mujer, ese espécimen humano era mi pareja simbiote soñada —dijo el Dador de Vida, casi en un sollozo—. Vosotros, los Loo, se han convertido en monstruos, en adeptos sectarios, devotos que sólo actúan a través de clichés desgajados de la paranoia doctrinal que regurgita la Colmena. Por eso los Cutt encajaron tan bien con vuestra nueva naturaleza bestial. Yo aspiro a ser libre, a escapar, a soñar al menos con que se puede, maldita sea. Ella me hubiese completado y ya nunca estaría sólo. Por eso escogí a los humanos, y de entre los humanos a la mujer, y de entre las mujeres a las prostitutas, porque ellas no sólo entenderían el dolor al que nos condena la Colmena sino mi propio dolor y la soledad terrible a la que he condenado a mi alma por no poder entregarme a la necedad y anularme como hacen todos. Las elegí porque ellas saben soñar; en este mundo, sólo les dejan la ensoñación pues la sociedad la usa y las desprecia, las necesita pero las estigmatiza. Mary Jane me hubiese comprendido con el tiempo. Ella me hubiese completado.

El dador de Vida rompió por fin a llorar, y dos gruesas lágrimas cayeron por su cráneo alargado y escamoso. Dos lágrimas imposibles para un Loo pero no para un humano.

—Pero pequé, pequé de soberbia y me creí mejor que todos vosotros, tan débiles, tan aterrorizados; mejor que la Colmena, tan enferma, tan suficiente, tan necesitada de amor que nos obliga a adorarla hasta la perversión. Y no supe ver mi propia debilidad, mi propio terror, mi enfermedad, mi suficiencia y mi



inextinguible necesidad de amor. Ahora entiendo de verdad el pecado del que hablan los humanos. Ahora veo que me he convertido en un monstruo, no en el que trata de «nanofacturar» nuestro amo y señor sino en uno de otro tipo. Y uno no es mejor que el otro, una aberración no es mejor ni peor que otra. Es una pura y simple aberración.

Los gemelos, obedeciendo órdenes, seguían en silencio. Tal vez ni siquiera escuchaban ya. Mary Jane, obscenamente despedazada sobre el lecho, recordaba al Dador de Vida su error, su rebeldía mal encaminada, el sacrificio de otro inocente que había tenido lugar a su costa y sin razón alguna que lo justificase.

—Perdóname, mi joven amiga.

Mary Jane yacía semidesnuda sobre el jergón, el cuerpo y la cabeza inclinados hacia la izquierda. Tenía las piernas separadas, el muslo izquierdo en ángulo recto con el tronco y el derecho formando un ángulo obtuso sobre el pubis. Toda la superficie del vientre y los muslos había sido levantada, y la cavidad abdominal, vaciada de vísceras por Alpha. Los pechos habían sido arrancados, los brazos mutilados por diversas heridas incisas y los tejidos del cuello partidos hasta el hueso por donde habían sido introducidos los nuevos órganos respiratorios y la pantalla branquio-táctil que la habría unido a la Colmena para siempre.

—Oh, mi dulce niña —el Dador de vida pasó una mano por su rostro, una vez tan hermoso, al que los NeM habían cuarteado con saña por mejorar las prestaciones de sus sentidos, en particular la vista y el oído, tal vez acaso para modificar su forma y sus estructura con algún implante facial, para lo que habían eliminado en parte nariz, mejillas, cejas y orejas—. Mira lo que te han hecho esos malditos NeM, amada mía. Mira lo que te he hecho yo al escogerte en esa sucia taberna.

Y entonces el último Loo genuino, un Dador de Vida, cogió su implante, su nexo con la Colmena y con todo cuanto había sido en los últimos cincuenta años, y tiró de él con todas sus fuerzas.

—*¡No, hijo mío! ¡No lo hagas!*

—*Es tarde, Colmena. Me has engañado demasiadas veces. Mi corazón ya no sabría escucharte aunque mi mente se lo ordenase.*

—*Pero hijo, podemos llegar a un entendimiento. Entra en razón y todas tus faltas, todos tus errores, serán olvidados.*

—*¿Mis faltas? ¿Mis errores? ¿Y los tuyos?*



—*Dador de Vida, yo puedo perdonar si tú me perdonas, pero no esperes que el mundo cambie por ti.*

—*¿El mundo? ¿Qué mundo?*

—*La Colmena es tu mundo. Regresa a ella, regresa a mí y yo te daré la bienvenida de nuevo con los brazos abiertos.*

—*¡Oh, cállate de una vez, zorra mentirosa!*

El Loo, el Dador de vida, sangra por el cuello un humor negro y viciado, acaso un reflejo de la oscuridad que alumbra su espíritu en esta hora amarga de renuncia y de liberación. Ha encontrado tirado el suelo su disfraz de ser humano y sus vestiduras de caballero. Se ha encogido una vez más para acoger en aquel falso esqueleto de apenas metro sesenta sus más de dos metros de altura y, delante del espejo, termina de colocarse el bigote y los cabellos castaño oscuro. Se viste con cuidado, sin prisas. Nadie le espera ya en ninguna parte.

Maldice. La máscara está incompleta. Parte de la nariz y del pómulos han desaparecido, y su rostro, que a Mary Jane le pareciera horas atrás tan varonil y atractivo, aparece ahora manchado por dos horribles quemaduras. Al menos, eso le parecerá a un observador externo, piensa el Loo.

Da igual. Está claro que no puede regresar a la nave a por un nuevo disfraz. De hecho, jamás regresará a la nave. Ha quebrantado la ley más sagrada de la Colmena. Se ha quitado su implante, su yugo, las cadenas que le convertían en esclavo. Ahora es un ser libre, no sólo de palabra o de obra, y nadie puede ser libre y a la vez parte de la Colmena.

Abandona el piso, aquella planta baja miserable donde la muchacha había enterrado su vida, y según avanza por el pasillo, escucha cómo los gemelos cierran el cerrojo a su espalda. Nadie irá tras él. El Dador de Vida ya no es parte de ellos ni de su trastornada cofradía. De hecho, el Dador de Vida nunca ha formado parte de ella. La Colmena siempre ha sido en secreto su enemigo.

Sale a la calle. Son las cuatro de la mañana pero en la tierra de los humanos el bullicio nunca cesa. En todas partes germinan vertiginosos movimientos, gritos, apresuramientos, individualidad. Sí, ahora que se ha emancipado de su madre y Colmena puede ser él mismo en cualquier momento y lugar, compartir con los humanos su independencia, su libre albedrío de acción y de pensamiento. El precio que tendrá que pagar sólo es la impostura, evitar que nadie averigüe jamás que no es en verdad un ser humano, y ese es un precio que le parece razonable. ¿Acaso no lleva medio siglo aparentando lo que no era, aparentando obedecer a la Colmena y sus locos designios?



—Está usted sangrando, señor.

El Loo se vuelve. A sus pies, a la altura de las rodillas, contempla a un pequeño niño humano de no más de nueve años. Rostro tiznado, cabello rubio, flequillo rebelde. No tiene piernas y se arrastra sobre una plataforma con ruedas. Un hermoso ser vivo que respira, vive, sueña y traquetea. El Loo siente hacia aquel pequeño ser una simpatía instantánea. Ambos son seres incompletos buscando un sitio donde encajar y convertirse en una versión mejorada de sí mismos.

—¿Sangrando, muchacho?

—Sí, por el cuello. Su abrigo se ha manchado. Es un abrigo muy bueno, muy caro. Es una pena.

—Ah, sí. Claro, una pena.

—¿Le atacaron algunos rufianes?

—¿Atacarme?

—La herida del cuello.

El Loo asiente sin saber porqué lo hace. Mira en derredor. Aún no sabe a dónde ir. Tiene todo un planeta para explorar pero ahora mismo ni siquiera sabría salir del suburbio donde se halla. Mientras investigaba el mundo de los humanos contempló aquel universo desde el prisma de la comunión con la Colmena, y parecía entonces mucho menos vívido, menos colorido, menos ruidoso, menos real. Ahora le estalla en la cara con una luz cegadora y apenas puede tenerse en pie mientras su cerebro procesa aquel nuevo caudal de información.

—¿Tienes una moneda? —dice el niño, de pronto, tirando de su chaqueta, reclamando un poco de atención.

Pero el Loo calla, tratando de concentrarse. En su cerebro percuten mil visiones que danzan frenéticas tratando de discriminar y de autocorregirse. Luces de nafta, ruidos inclasificables, chillidos a su izquierda, lamentos a su derecha, una asamblea de vecinos gruñendo al final de la calle, con los brazos levantados y los ánimos crispados; un bebé, un recién nacido, tirado en el suelo de un pasaje vacío, exhausto de llorar y de patear, levantando sus manos diminutas a un cielo preñado de inmóviles estrellas.

—¿Esto es siempre así, muchacho?

El niño, feliz de haber rebañado un mínimo interés de su interlocutor, sonríe con toda la candidez de un infante criado en el dolor y las privaciones.



—Esto es Miller's Court, señor. No puede ser de otra manera.

—Entiendo, muchacho.

Sin apenas darse cuenta, el Dador de Vida se echa a caminar alejándose sin rumbo; atraviesa el pasaje donde el bebé abandonado berrea su rabia y su soledad, y emprende una huida hacia delante, entre calles oscuras ensortijadas, a menudo desérticas, a menudo abarrotadas, donde en cada esquina brota un nuevo espectáculo que martillea sus sentidos, recién descubiertos, recién encontrados. El muchacho se arrastra a su espalda y el traqueteo de su carrito le acompaña en su odisea.

—¿Sabe qué tiempo hará estas próximas semanas, señor? ¿No tendrá uno de esos almanaques de bolsillo donde dicen el tiempo que va a hacer todo el año? Mi madre dice que todos los señores tienen uno.

Una nueva callejuela se abre ante sus ojos. Otra calle de una oscuridad opresiva, donde sólo un poco de luz surge de los escaparates de las tiendas; hombres que ríen y fuman en pipa delante de vidrieras mal iluminadas; mujeres con niños entre los brazos cotilleando en grupo.

—¿Por qué quieres saberlo?

En la avenida siguiente, continúa esa atmósfera opresiva, esas tinieblas perladas por alguna luz lejana o demasiado tenue para iluminar. Al pasar frente a un portal, escucha una riña escaleras arriba, un matrimonio que lanza sus enseres por la ventana y se insulta a voz en grito; el Loo se vuelve al oír alguna otra cosa a su espalda y contempla una pelea a puñetazo limpio entre dos hombres semidesnudos. No muy lejos, un anciano encorvado toca una dulzaina y la gente se apiña a su alrededor; un grupo de jovencitos arrastra una carretón de cuatro ruedas; una mujer borracha está caída en el suelo junto a un gran charco de sangre, balbuciendo frases confusas y apestando a alcohol.

—Mi hermano está en América, ¿sabe, señor? Gana mucho dinero. Hace tres años nos escribió una carta. ¡Porque mi hermano sabe escribir! Es muy listo. La carta nos la leyó el Párroco de la Iglesia de Cristo, esa de aquí al lado. Y pues eso, que en la carta decía mi hermano que pasaría a visitarnos en navidad si hacía bueno. Pero esa navidad no vino, ni tampoco las pasadas. Yo pensé que tal vez no había hecho bastante buen tiempo y por eso que... Vaya, no ha vuelto a escribir pero yo espero que este año sí haga bueno y... por eso quería saber el tiempo que hará, señor.

Llegan a una escuela. Al menos eso dice en la inscripción de la entrada, pero a través de las puerta y de las ventanas, abiertas de par en par, el Loo descubre al menos a una veintena de niños durmiendo en el suelo, cubiertos por mantas raídas, tiritando de frío. Acierta a comprender, aterrado, que aquel edificio es escuela durante el día y dormitorio comunitario durante la noche, y se



pregunta cuál es el precio que deben pagar los humanos por ser así de libres, por no existir en el seno de una entidad absorbente y tirana como la Colmena.

—Por desgracia, no conozco la prognosis para los próximos días, muchacho.

Y sigue avanzando entre calles desoladas y desérticas, un largo corredor de completa oscuridad, sin una mísera tienda, pasajes lóbregos como las mismísimas puertas del infierno que terminan en una plaza abarrotada de niños alborozados y adultos sonrientes. Y allí encuentra el Loo a un charlatán, un feriante rodeado de extraños productos (tónicos, artefactos, cachivaches...) que entrega al gentío para que éste los inspeccione y dé su beneplácito entre un clamor de sorpresa y admiración.

—¿Prognosis, señor? —pregunta el chico.

Más allá, una joyería, una tienda de comida, un club, dos capillas y una asociación política con la puerta empapelada de pasquines.

—Ah, bueno. Vuestra lengua es muy rica, llena de hermosas palabras que nadie utiliza. Cuando la estudié me di cuenta que la gente prefiere valerse de circunloquios y... en fin, prognosis es el conocimiento anticipado de un hecho, o sea, antes de que suceda.

Al final de la plaza, un orador está subido a una tarima improvisada sobre un armario bajo de madera y habla a una audiencia de al menos cuarenta devotos del amor de Dios y de cierta píldora milagrosa cuya patente posee, discursos ambos que alterna con cuidada maestría. Tras él, un comerciante ofrece un interminable muestrario de pinturas de esqueletos, demonios y fantasmas dantescos, siempre a un módico precio, todos «absolutamente» originales.

—Vaya, señor, nunca había oído esa palabra. «¿Cuál es la prognosis?» —el niño se echa a reír y repite de nuevo aquella frase como si fuera un juego—. Me gusta, señor. Gracias. Tal vez si encuentro un caballero que posea uno de esos almanaques le guste que se lo pregunte de forma fina y me de la información que necesito. Y así volveré a ver a mi hermano mayor. ¿No es verdad?

—Seguro, muchacho.

El Loo arriba a un lugar conocido. Los hurras del gentío, las canciones subidas de tono, la música de un piano en la oscuridad. ¿Qué lugar es aquel? Se asoma, espera un instante a que sus ojos se acostumbren a la penumbra dentro de la penumbra. Al fin, horrorizado, descubre porqué aquel tugurio le resulta familiar.

—Me llamo Henry, señor. Henry Lamb. Encantado de conocerle —el niño ha detenido su traqueteo y vuelve a asirle de la chaqueta.



Es la taberna de... ni siquiera sabe su nombre, pero es el lugar donde eligió a Mary Jane, la última víctima sacrificada en el altar de la simbiosis y la dualidad. El Loo se libera del abrazo del niño y penetra en aquellas cuatro paredes dejando tras de sí al joven lisiado que le ha venido siguiendo desde Miller's Court.

—Yo me llamo Richard —tartamudea entonces el Loo, a modo de despedida, recordando la farsa de horas atrás cuando atrajo a Mary Jane con sus mentiras.

—¡Recordaré lo de la prognosis, señor! —grita el joven Henry, desde el umbral, desapareciendo de su vista en un mar de piernas que se mueven en la negrura como autómatas de feria.

El Loo toma asiento. Mira sin ver a la multitud. Mujeres ligeras de ropa van y vienen en la oscuridad, se contonean provocativas, pero el Dador de Vida sólo tiene ojos para el sentimiento de culpa, para la náusea, para el desamparo. Pasa una hora, tal vez dos. El tiempo corre a una velocidad imposible de medir mientras el Loo encaja las piezas que conforman su existencia como en un puzzle imposible, con demasiadas y demasiadas pocas piezas. Tal vez se queda dormido.

—Perdone, señor, pero voy a tener que pedirle que abandone mi local.

El Loo abre los ojos, sin entender. Ve a un hombre fornido con un palo en la mano. Viste camisa y un delantal viejo y unos pantalones de trabajo. Se cubre la cabeza con un sombrero hongo muy desgastado. Tiene cara de pocos amigos. Su mente, aún aturdida, procesa poco a poco esta información. Al fin, comprende que es el dueño de la taberna.

—¿Me habla a mí?

—Sí, amigo, le hablo a usted. Tengo que pedirle que se marche. ¿Qué demonios le ha pasado? Me espanta a la clientela con esa cara que trae. Y créame si le digo que pocas cosas espantan a mi clientela.

El Loo no discute. Se levanta, trastabilla, alcanza la puerta de entrada y vuelve la cabeza. El dueño sigue con el tablón en la mano, comprobando que realmente se marche.

¿De verdad es tan terrible su aspecto?

Unos metros más allá, un charco iluminado por una de aquellas lámparas de nafta, le revela la terrible verdad. Su magnífico abrigo con puños y cuello de astracán está manchado de sangre casi hasta el medio de la espalda; su chaqueta ha corrido la misma suerte. El Loo se libera de ambas prendas y rasgando un pedazo de tela de la chaqueta se hace un trapo con el que comprime la



herida de su cuello, taponando la sangre lo mejor que puede. Al poco, ésta deja de sangrar.

Entonces es cuando ve su rostro reflejado en las aguas.

Su rostro (aquellas facciones que enamoraron a Mary Jane) se está cayendo a pedazos. Ahora le falta carne de la parte inferior de la mandíbula, toda la nariz y la mejilla derecha. Parece alguien que acabara de escapar por lo pelos de morir carbonizado en un incendio. Necesita piel, piel artificial nueva. Tal vez podría regresar a la Nave y... ¡No! Eso es del todo imposible. La Colmena no le perdonaría y él no quiere ser perdonado. Tal vez, si pudiera... No y no. No hay nada que hacer. Ausente su pantalla branquio-táctil, ni siquiera sabría encontrar la Nave y los Gemelos deben haber sido transportados hace ya rato, luego de que eliminaran todas las pruebas de la intervención de la Colmena en la inmolación de la pobre Mary Jane.

Está sólo.

Violenta, terrible, inmensamente solo.

«Esto debe ser la libertad», piensa, y le parece una broma absurda, una chanza grotesca, como grotesco es pretender que un Loo pase por un ser humano durante el resto de sus días, en un planeta extraño, rodeado de alienígenas potencialmente peligrosos que no tardarían ni cinco minutos en lincharle si conociesen su verdadera naturaleza.

El Dador de Vida comprende que no es más que un pobre imbécil y que la Colmena, aún en su locura y su paranoia, tenía razón en una cosa. Su mundo, el mundo de ambos, está allá arriba, entre las estrellas.

Pero ahora ya es tarde.

—¿Sabe cuál es la prognosis para este mes, caballero?

Henry Lamb, su compañero de viaje por los suburbios, avanza traquetean-do calle abajo, girando en la confluencia de Dorset y Crispin Street. Sonríe, esperanzado con el reencuentro. El Loo supone que aquel muchacho debe tener pocos amigos, y que cualquier persona (por mucho que el Loo no sea en absoluto una persona) que le brinde algo de conversación sin alternar su discurso con algún exabrupto o una frase de desprecio, se convertirá de manera automática en amigo del pequeño Henry.

Una idea sombría, repugnante como la misma realidad, asalta la mente del Dador de Vida.

DOLOR. DUALIDAD.



Un joven pasa corriendo con un carrito de periódicos. La gente se arremolina a su alrededor. Gritos, expectación, murmullos.

—¡Edición especial! —chilla el joven con toda la fuerza de sus pulmones.

—Hoy es el cumpleaños del príncipe Eduardo, ¿verdad? —grita una mujer desde la otra acera, apresurándose, con un mocosito dormido en su regazo.

—Calle, señora —dice el joven—. Hoy hay una noticia mucho más importante.

Henry Lamb debe esquivar a la multitud para ir al encuentro de su nuevo amigo. Le saluda con una mano y el Loo le devuelve el saludo.

DOLOR. DUALIDAD. SIMBIOSIS.

—¡Edición especial! —grita el muchacho de los periódicos—. Jack el Destripador ha vuelto a atacar. ¡Y ha sido aquí mismo, en el trece de Miller's Court! La Víctima es nuestra vecina, Mary Jane Kelly, la que tiene una casa de huéspedes.

Jack el Destripador. El Loo recuerda de pronto que es así como le vienen llamando los diarios desde que comenzaron los sacrificios de prostitutas, apenas dos meses atrás. Cinco muertes para nada. Cinco mujeres hermosas, cinco ángeles a los que el Dador de Vida ha arrancado las alas para al final darse cuenta de que es incapaz de volar solo. Cinco asesinatos sobre su conciencia.

DOLOR. DUALIDAD. SIMBIOSIS. CULPA.

—¿Ha muerto Mary Kelly? —gime alguien entre la multitud, alguien fuera del área de visión del Loo.

—La puta de Mary —dice la mujer que inició el coloquio, alargando una moneda hacia el repartidor de periódicos.

—Venga, no sea usted así —le reconviene un hombre de larga barba que fuma en pipa y lanza continuas espirales de humo.

—Es la verdad. Lo del Destripador es terrible, no digo que no, pero las mujeres decentes estamos a salvo, eso es tan cierto como que está a punto de salir el sol.

Y estalla una discusión. Todo el mundo compra su diario e intercambia su opinión con la del vecino, y éste con la del siguiente, y todos con la de todos. Muy pronto, Crispin Street es un hervidero y las voces se convierten en gruñidos escandalosos. La gente se horroriza pero a la vez disfruta con todo aquello. Es la naturaleza humana.



Es la naturaleza universal.

DOLOR. DUALIDAD. SIMBIOSIS. CULPA. INDIFERENCIA.

—¿Sabe cuál es la prognosis para este mes, señor Richard? —dice una voz, muy cerca, a la altura de sus rodillas.

El Loo baja la vista y sonrío a su nuevo amigo.

—No, no lo sé, mi buen Henry.

DOLOR. DUALIDAD. SIMBIOSIS. CULPA. INDIFERENCIA. SACRIFICIO.

Caminan de nuevo los dos monstruos por las calles de Whitechapel, el más famoso de los suburbios del viejo Londres. El Loo, desfigurado, castrado por la Colmena; el niño, tullido, castrado por la madre naturaleza. Ambas, unas putas celosas y sádicas que nunca tienen bastante, que nunca dan por terminada su obra y siempre les queda algún desgraciado al que sacrificar, algún destello de belleza y de ternura que segar para transformarlo en angustia y perversidad.

El Loo, el Dador de Vida, se inclina hacia su joven y rubio novicio y retira con una caricia el hollín que mancha su pómulo redondeado y risueño. Entran en una calleja oscura y estrecha, tan angosta que no caben dos hombres de lado, aún menos un Loo y un niño sobre un carrito con dos ruedas. Se cogen de la mano.

DOLOR. DUALIDAD. SIMBIOSIS. CULPA. INDIFERENCIA. SACRIFICIO. NECESIDAD.

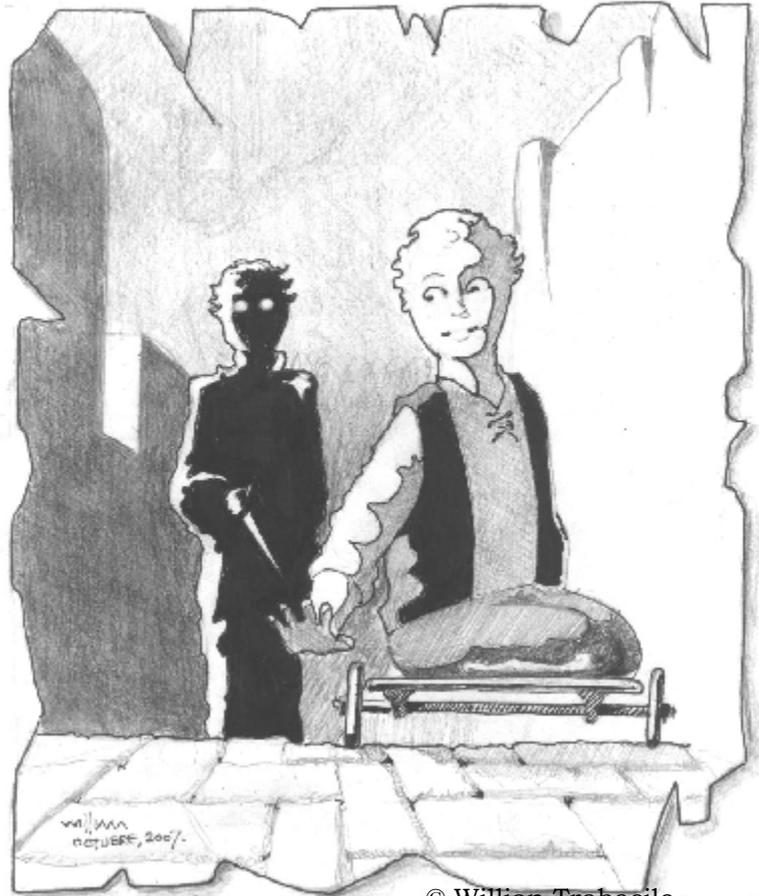
—¿Ni siquiera sabe la prognosis para el día de hoy, caballero? —ríe entonces Henry Lamb, el pobre e indefenso lisiado, siguiendo la broma privada que ahora es burla de los dos y constituye acaso el primer peldaño de una amistad que en la imaginación del muchacho florece eterna más allá de los años y de las vidas que en adelante puedan llevar ambos.

En menos de una hora, el Dador de Vida necesita conseguir un poco de piel fresca o su disfraz se descompondrá del todo y la turba le colgará del primer árbol que encuentren. No hay otra salida. Hace rato que lo ha comprendido. Esos necios humanos ven a un pobre hombre cuyo rostro se cae en pedazos, un hombre que se torna monstruoso por momentos, pero el Loo sabe que es todo lo contrario, que es sólo un monstruo, y que aquellos pedazos de piel enmascararan su bestialidad y le proporcionan una máscara de humanidad, un embozo necesario para seguir matando y para seguir sufriendo su culpa. Ahora ya conoce cuál es su simbiote soñado: la oscuridad, la muerte; el Loo debe unirse a la parte más oscura de sí mismo si quiere seguir viviendo.



Y, maldita sea, el Loo quiere seguir viviendo para poder seguir pecando, para seguir maldiciendo lo que es, lo que pudo haber sido y lo que nunca será hasta el fin de sus días.

Así que el monstruo saca su daga ceremonial del bolsillo de su pantalón, la empuña con su mano izquierda y la levanta sobre su cabeza. En la hoja ve reflejado a un maniaco homicida, un terrible psicópata maniaco-depresivo que ha fracasado a propósito en todos los intentos de simbiosis que le ordenaba su Colmena para poder seguir, de planeta en planeta, matando y matando, que es lo único que sabe hacer y lo único con lo que disfruta en esta puta y jodida vida de mierda. Pero llegó un momento que la Colmena comenzó a desconfiar de él, de su cordura, y envió a sus esbirros, a esos Gemelos entrometidos, a vigilar sus actos, a obligarle a completar una simbiosis o a enfrentarse



© Willian Trabacilo

definitivamente a la Colmena y a todo su pueblo. Porque el Dador de Vida hubiese querido tomar el lugar de su amo y navegar por la galaxia asesinando a centenares, ¡miles!, de estúpidos alienígenas, pero la Colmena se dio cuenta de que algo no encajaba en ese pequeño Loo y Dador de Vida, y al final se ha visto forzado a abandonar su hogar y continuar su obra de destrucción entre los estúpidos humanos. ¿Quién sabe a cuántos matará antes de que le capturen o antes de morir de viejo? ¿Quién sabe? Mujeres, niños, jóvenes, viejos, ricos, menesterosos, burgueses, reyes, bandidos... ¡Hay tantas posibilidades! ¡Tantos retos, tantos desafíos aún por formularse! ¡Toda una vida de goce y de maravillas! Sólo de pensar en ello tiembla de emoción.

DOLOR. DUALIDAD. SIMBIOSIS. CULPA. INDIFERENCIA. SACRIFICIO. NECESIDAD. «PLACER».

—¿Prognosis, dices, Henry?



—Sí, señor, preguntaba por la prognosis para hoy —responde el muchacho, intentando imitar las maneras de un hombre culto y refinado, con una gran sonrisa en sus labios, sintiéndose seguro y protegido al lado de su nuevo amigo.

Y su asesino, con un rostro de júbilo y de euforia infinitos, al tiempo que baja su mano y le asesta una terrible puñalada en la garganta, murmura, emocionado:

—Me temo que para hoy, mi querido niño, la prognosis es muy desfavorable.

NOTA DEL AUTOR: Descripciones, acronía y otros

La descripción del Loo en su forma humana, responde a la declaración de George Hutchinson, última persona que vio viva a Mary Jane Kelly, quinta víctima reconocida de Jack el Destripador. Hutchinson afirmó haber visto a la prostituta, camino de su casa, el trece de Miller's Court, a las dos de la mañana del nueve de noviembre de mil ochocientos ochenta y ocho, cogida del brazo de cierto caballero que nunca fue hallado.

Los párrafos que, con toda crudeza y realismo, describen las heridas de Mary Jane y dónde acabaron sus órganos internos, están inspirados en el informe de la autopsia del cadáver de la muchacha realizada por el doctor Bond en compañía de sus colegas Bagster Phillips y Gordon Brown.

Para la descripción de las calles, de las gentes y lugares «humanos» me documenté en los diarios Londinenses de la época, especialmente en las narraciones de aquellos periodistas que, con motivo de los crímenes del Destripador, paseaban por Whitechapel para escribir sus crónicas. También pueden hallarse retratos pormenorizados de cada manzana de los suburbios (aunque no necesariamente del año exacto en que tuvieron lugar los crímenes) en los informes que los inspectores gubernamentales hacían en Whitechapel de forma periódica.

Este relato se sustenta en parte sobre una difícil premisa: la posible simbiosis entre un animal de sangre caliente (Cutt) y uno de sangre fría (Loo). Dejando de lado que bien puede entenderse que un Loo no es necesariamente de sangre fría y podría tener una apariencia de reptil y no serlo en absoluto, el caso es que se trata de una incongruencia deliberada, una forma de hacer más evidente la paranoia mesiánica de la Colmena y la tendencia de estos gurús alucinados a pedir a sus fieles cosas imposibles, impensables, excesos que reafirman su poder sobre el grupo. Asimismo, el adepto «robot» bien programado da lo mejor de sí ante estas situaciones extremas.

A menudo, en la literatura fantástica, nos hallamos frente al inevitable encuentro entre el ser humano y alguna civilización extraterrestre. Estas civiliza-



ciones suelen estar organizadas, independientemente de que sus intenciones sean agresivas, benefactoras o indiferentes, de una forma lógica y «sana», estructurando su colectividad en campos muy definidos y regulando a sus individuos en los procesos de pertenencia típicos que ilustran las ciencias sociales. Por el contrario, la historia de los descubrimientos en nuestro planeta, del primer contacto entre culturas, ha sido a menudo fruto de la casualidad y/o en nombre de la ganancia (comercial-estatal, personal, espiritual...). Los líderes de estas expediciones, asimismo, han sido no pocas veces perturbados o desequilibrados, cuando no locos iluminados y sanguinarios. La idea de que el primer encuentro entre humanos y Loo fuese marginal, guiado por un individuo mesiánico con poca o ninguna relación con el concepto social de su propio pueblo, me sedujo lo bastante para intentar introducir estas especulaciones en mi relato. Por otra parte, una reflexión clave: cualquier civilización, descrita desde los parámetros y la moralidad de un sociópata deviene una secta pura y dura.

Toda la fraseología psicológica, médica, etc, que sustenta el diálogo entre el Dador de Vida y la Colmena, es de origen humano, por supuesto. Inventar unos modos de expresión propios de la ciencia Loo para un relato de unas pocas páginas hubiera sido una tarea ingrata, ingente, y sólo hubiera redundado en mayor confusión para el lector. Empero, tuve la tentación de imaginarme una evolución de la historia de la psicología y de la medicina alternativas en otro planeta y quedé sorprendido de las posibilidades. Pero una tarea semejante excede en mucho mi capacidad de trabajo y mi intelecto.

El corazón de Mary Jane Kelly jamás fue encontrado.

La planta baja donde vivía la muchacha fue hallada cerrada por dentro. Nunca se dio una respuesta satisfactoria a este misterio.

Naturalmente, y por si no estaba claro, ésta es una obra de ficción, y no pretendo saber gran cosa del Destripador, ni de quién era ni de cuál fue su destino, sólo lo justo y necesario para escribir un pequeño divertimento como el que acaban de degustar.

© Javier Navarro Costa

JAVIER NAVARRO COSTA nace en 1971. Es licenciado en Historia Antigua. Durante mucho tiempo soñó con dedicarse a la literatura y a finales del año pasado, se decidió a pedir una excedencia en el trabajo y comenzar su labor como escritor, presentándose a diversos concursos y cosechando los siguientes premios: Premio de Medio Ambiente de la Universitat de València, Premio Serra i Moret de la Generalitat de Catalunya; como guionista de cómic, en compañía del dibujante Toni Carrillo: 1er Premio ciutat de Cornellà de Còmic, 3er Premio ciudad de Algeciras de Còmic, 2º Premio ciudad de Parla *La Ballena*. En 2008 publicará con la editorial De Ponent una novela gráfica que repase la historia de los prisioneros españoles en los campos de concentración nazis.



INSPIRACIÓN

por Ben Bova
traducción de Omar Vega

Lo bueno de un cuento bien escrito y construido es que no tiene fecha de caducidad. Eso le sucede a éste de Ben Bova, una ficción en el pasado que explicará hechos futuros. Con una cimentación histórica se levanta una trama sorprendente, tanto por lo real como por lo especulado.

Estaba tan cerca de la desesperación como sólo un joven de diecisiete años puede estarlo.

—Pero tú oíste lo que dijo el profesor —gimió—. Se acabó todo. No hay nada más que hacer.

El joven habló en alemán, por supuesto. Yo tuve que traducirlo al Sr. Wells.

Wells sacudió la cabeza.

—No puedo entender por qué tan estupendas noticias han trastornado tanto al muchacho.

—Nuestro amigo británico —le dije al joven— dice que no deberías perder las esperanzas. Quizás el profesor esté equivocado.

—¿Equivocado? ¿Cómo puede estarlo? ¡Es un hombre famoso! ¡Un noble! ¡Un barón!

Tuve que sonreír. Un día sería mundialmente famoso el terco desprecio de aquel joven por las figuras autoritarias. Pero eso no era evidente en aquella tarde de verano de 1896 d.C.

Estábamos sentados en un café en la acera, con una magnífica vista del Danubio y la ciudad de Linz. Deliciosos olores, de salchichas cocinándose y pastelería, flotaban desde la cocina del local. A pesar de la cálida luz del sol, me sentía con frío y débil, agotado de las pocas fuerzas que me quedaban.

—¿Dónde está la condenada camarera? —se quejó Wells—. Hemos estado esperando una hora, por lo menos.

—¿Por qué no se relaja y disfruta de la tarde, señor? —sugerí con voz cansada—. Es la mejor vista en toda el área.

Herbert George Wells no era un hombre paciente. Acababa de tener un pequeño éxito en Inglaterra con su primera novela y había decidido tomarse unas



vacaciones en Austria. Llegó a esa decisión bajo mi influencia, por supuesto, pero no se había dado cuenta todavía. A la edad de 29 años tenía un aspecto delgado y hambriento que se suavizaría sólo gradualmente con los años venideros de prestigio y prosperidad.

Albert tenía la cara redonda y rellena; todavía tenía su grasa de bebé, a pesar que había comenzado a dejarse un bigote, como la mayoría de los adolescentes en esos días. Era un bigote delgado, negro y despoblado, ni cerca del escobillón blanco en que un día se convertiría, si todo iba bien con mi misión.

Necesité de una enorme cantidad de maniobras para que Wells y el adolescente estuvieran en el mismo lugar y al mismo tiempo. El esfuerzo casi había agotado todas mis energías. El joven Albert había venido a ver con sus propios ojos al Profesor Thomson, por supuesto. Wells había sido más difícil; él quería visitar Salzburgo, la ciudad natal de Mozart. En cambio, yo le había llevado a Linz, asegurándole que el viaje valdría la pena.

No dejó de quejarse de Linz, de la falta de belleza de la ciudad, del olor acre de sus calles estrechas, de la incomodidad del hotel, de la escasez de restaurantes donde tomar una comida decente –lo que para él significaba carne de cordero quemada. Ni siquiera le gustaba la Linzertorte⁽¹⁾, famosa con justicia.

—No es tan buena como un decente trifle⁽²⁾ —refunfuñó—. Ni la mitad de buena.

Yo, por supuesto, conocía varias versiones de Linz incluso menos placenteras, incluyendo una en la cual la ciudad no era nada más que escombros radioactivos carbonizados y un Danubio tan contaminado que brillaba en la noche todo el camino hasta el Mar Negro. Me estremecí por aquella visión y traté de concentrarme en la tarea entre manos.

Casi tuve que usar la fuerza física para hacer que Wells diera un paseo cruzando el Danubio sobre el antiguo puente de piedra hasta Pöstlingberg, y a este pequeño café en la acera. Tenía mucha rabia cuando partimos desde nuestro hotel ubicado en la plaza central de la ciudad, luego resoplaba por el esfuerzo mientras subíamos el cerro empinado. También me quedé sin aliento por la trepada. Años más tarde un tranvía haría el ascenso, pero en esta tarde en particular nos vimos obligados a caminar.

¹ Aunque ahora es famosa en todo el mundo, esta elegante y rica tarta nació en Linz, Austria. Almendras molidas, cáscara de limón rallada y especias añaden su magia a la masa mantecosa, que es untada con mermelada (generalmente de frambuesa) antes de ser cubierta con un enrejado de crema; se sirve a temperatura ambiente.

² Postre frío hecho de pastel esponjoso remojado con jugo de frutas o vino dulce, cubierto de crema pastelera y crema de leche batida, y decorado.



Se sorprendió un poco al ver al adolescente subiendo con dificultad la empinada calle a unos pasos delante de nosotros. Wells reconoció esa desordenada mata de cabello negro en público de la charla de Thomson de esa mañana, e invitó graciosamente a Albert a que viniera a tomar un trago con nosotros.

—Nos merecemos una cerveza o dos, después de esta condenada subida —dijo, mirándome disgustado.

Jadeando por la subida, traduje a Albert.

—El Sr. Wells... te invita... a tomar un refrigerio... con nosotros.

Es joven estaba lastimosamente agradecido, a pesar que él no ordenaría nada más fuerte que un té. Era obvio que la charla de Thomson lo había dejado muy confundido. Nos sentamos en unas incómodas sillas de fierro fundido y esperamos —ellos por los tragos que habían ordenado, y yo por lo inevitable. Dejé que la cálida luz solar me empapara y esperé recuperar al menos parte de mi fuerza.

La vista era poco menos que impresionante: el siniestro castillo al otro lado del río, el mismo Danubio que corría suavemente y de veras azul al brillar bajo la luz solar, los lagos más allá de la ciudad y las cimas de nieve blanco-azuladas de los Alpes Austriacos cerniéndose en la distancia como fantasmales pétalos de una inmensa flor de otro mundo.

Pero Wells se quejó.

—Debe ser el castillo más feo que haya visto.

—¿Qué dijo el caballero? —preguntó Albert.

—Está impresionado por la vista del castillo del Emperador Friedrich —contesté amablemente.

—Oh, sí. Tiene una cierta grandeza, ¿verdad?

Wells tenía toda la impaciencia de un periodista frustrado.

—¿Dónde está la condenada camarera? ¿Dónde está nuestra cerveza?

—Buscaré a la camarera —dije, levantándome inseguro de mi dura silla de hierro. Como su aparente guía turístico, tenía que mantenerme en ese papel un poco más, sin importar qué tan cansado me sintiera. Pero entonces vi lo que había estado esperando.

—¡Miren! —Apunté hacia abajo de la calle empinada—. ¡Ahí viene el mismísimo profesor!



William Thomson, Primer Barón Kelvin de Largs³, cruzaba el pavimento a trancos con mucha más elasticidad y energía que la mostrada por ninguno de nosotros. Tenía 71 años, sus cabellos grises plateados más escasos que su impresionante barba gris, delgado casi hasta el punto de parecer frágil. Y sin embargo subió la cuesta, que había hecho que mi corazón me retumbara en los oídos, como si paseara tranquilamente a través del patio de algún campus.

Wells se levantó de repente y se inclinó a través de la barandilla de hierro del café.

—Buenas tardes, su señoría. —Por un momento pensé que se tiraría de los pelos.

Kelvin le miró con los ojos a medio cerrar.

—Estuvo en mi público de esta mañana, ¿verdad?

—Sí, milord. Permítame presentarme: soy H. G. Wells.

—Ah. ¿Es usted un físico?

—Un escritor, señor.

—¿Periodista?

—Antiguamente. Ahora soy un novelista.

—¿De veras? Que fantástico.

El joven Albert y yo también nos pusimos de pie. Wells nos presentó formalmente e invitó a Kelvin a que nos acompañara.

—Aunque debo decir —murmuró Wells mientras Kelvin daba la vuelta a la barandilla y tomaba la silla libre de nuestra mesa—, que el servicio aquí deja mucho que desear.

—¡Oh! Tiene que saber cómo lidiar con el temperamento teutónico —dijo Kelvin jovialmente mientras todos nos sentábamos. Golpeó tan fuerte la mesa con la palma de la mano que nos hizo saltar a todos—. ¡Servicio! —bramó—. ¡Servicio aquí!

Milagrosamente, la camarera apareció por la puerta y se acercó con gesto terco a nuestra mesa. Parecía muy infeliz; de hecho malhumorada. De cara ce-

³ Lord Kelvin o William Thomson (1824-1907), matemático y físico británico, estableció la escala absoluta de temperatura que sigue llevando su nombre



trina, con siniestros ojos marrones y boca arqueada hacia abajo. Empujó hacia atrás un mechón de cabello caído sobre su frente.

—Hemos estado esperando por nuestras cervezas —le dijo Wells.

—Y ahora este caballero se nos ha unido...

—Permítame señor —dije. Después de todo, era mi trabajo. Le pedí en alemán que nos trajera tres cervezas y el té que Albert había ordenado, y que lo hiciera rápido.

Nos miró a los cuatro como si fuéramos contrabandistas o criminales de algún tipo. Sus ojos se posaron brevemente en Albert, entonces se dio vuelta sin una palabra y sin siquiera asentir, y retornó al interior del café.

Miré de reojo a Albert. Sus ojos estaban clavados en Kelvin. Sus labios separados como si quisiera decir algo pero sin atreverse. Se pasó la mano nerviosamente por su espesa mata de cabello. Kelvin parecía perfectamente relajado, sonriendo amablemente, sus manos enlazadas sobre su estómago justo bajo la barba; era un hombre de autoridad, reconocido por el mundo como la figura científica más importante de su generación.

—¿Puede ser realmente cierto? —dijo Albert, al fin— ¿Hemos aprendido de la física todo lo que puede ser aprendido?

Él habló en alemán, por supuesto, el único idioma que conocía. Yo le traduje de inmediato, mientras hacía su pregunta.

Cuando comprendió lo que Albert preguntaba, Kelvin asintió con su vieja cabeza gris, sabiamente.

—Sí, sí. Los jóvenes en los laboratorios están poniendo los puntos finales sobre las «ies», la raya final en las «tes». Acabamos de completar la física. Sabemos por fin todo lo que hay por saber.

Albert parecía abrumado.

Kelvin no necesitó de un traductor para entender la emoción del joven.

—Si está pensando en una carrera en física, jovencito, entonces de corazón le aconsejo que lo piense de nuevo. Para cuando termine su educación no quedará nada por hacer.

—¿Nada? —preguntó Wells y yo traduje—. ¿Nada en absoluto?

—Oh, añadir unos pocos decimales aquí o allá, supongo. Ordenar un poco, esa clase de cosas.



Albert había fracasado en su prueba de admisión al Politécnico Federal de Zurich. Nunca fue un estudiante particularmente bueno. Mi objetivo era hacer que se presentara otra vez al Politécnico y que aprobara sus exámenes.

Armándose visiblemente de coraje, Albert preguntó:

—¿Pero qué hay del trabajo de Roentgen?

Al terminar de traducir, Kelvin arrugó la frente.

—¿Roentgen? Oh, quieres decir ese informe sobre rayos misteriosos que atraviesan paredes sólidas, ¿verdad?

Albert asintió impaciente.

—¡Puro cuento! —dijo, cortante, el anciano—. Absoluta tontería. Puede impresionar a algunos médicos que saben muy poco de ciencia, pero sus rayos-x no existen. ¡Es imposible! Ensoñaciones alemanas.

Albert me miró con toda su vida temblando en los ojos apenados. Interpreté:

—El profesor teme que los rayos-x sean una ilusión, aunque no tiene todavía suficiente evidencia para decidir, en uno u otro sentido.

La cara de Albert se iluminó.

—¡Entonces hay esperanza! ¡Aún no hemos descubierto todo!

Estaba pensando en cómo traducirlo para Kelvin cuando Wells perdió la paciencia.

—¿Dónde está esa condenada camarera?

Agradecí la interrupción.

—La encontraré, señor.

Levantándome con esfuerzo de la mesa, dejé a los tres, con Wells y Kelvin conversando amigablemente mientras Albert movía su cabeza de atrás para adelante, sin entender una palabra. Me dolía cada articulación del cuerpo y sabía que no había nada que nadie de este mundo pudiera hacer para ayudarme. El interior del café estaba oscuro, y olía a cerveza pasada. La camarera estaba parada en el bar, hablando furiosa y rápidamente con el robusto cantinero, en un tono bajo y viperino. El cantinero limpiaba los vasos con su delantal; se veía serio y, después de notar mi presencia, avergonzado.



Tres jarrones de cerveza estaban en una bandeja redonda junto a ella, con un único vaso de té. Las cervezas se entibiaban y perdían el gas, el té se enfriaba, mientras ella le calentaba los oídos al cantinero.

Interrumpí su furioso monólogo.

—Los caballeros quieren sus bebidas —dije en alemán.

Ella se volvió hacia mí, con furia en sus ojos.

—¡Los caballeros tendrán sus cervezas cuando se deshagan de ese judío del demonio!

Un tanto desconcertado, miré al cantinero, que se alejó de mí.

—No sirve pedirle que lo haga —siseó la camarera—. ¡Nosotros no servimos a los judíos! ¡Yo no sirvo a los judíos y él tampoco lo hará!

El café estaba casi vacío ya bien entrada la tarde. Entre las sombras pude distinguir sólo un par de caballeros de edad, fumando callados sus pipas, y un cuarteto, aparentemente dos parejas casadas, tomando cerveza. Un niño de seis años estaba arrodillado en el otro lado del bar, fregando laboriosamente el suelo de madera.

—Si es mucho problema para usted —dije, y comencé a extender las manos hacia la bandeja.

Ella agarró mi brazo extendido.

—¡No! ¡Ningún judío será atendido en este lugar! ¡Jamás!

Pude haberla mandado a pasear. Si mi fuerza no se hubiera agotado, pude haberle roto cada hueso del cuerpo, y también del cantinero. Pero me estaba acercando a mi límite y lo sabía.

—Muy bien —dije suavemente—. Llevaré sólo las cervezas.

Ella me miró furiosa por un momento, y entonces dejó caer su mano. Saqué el vaso de té de la bandeja y lo dejé sobre la barra. Entonces me llevé las cervezas afuera, al calor de la tarde soleada.

Mientras apoyaba la bandeja en nuestra mesa, Wells preguntó:

—¿No tienen té?

Albert lo comprendía mejor.



—Se niegan a atender a los judíos —especuló. Su voz era plana, sin emociones, sin sorpresa ni tristeza.

Asentí mientras decía en inglés.

—Sí, se niegan a atender a los judíos.

—¿Es usted judío? —preguntó Kelvin, alcanzando su cerveza.

El adolescente no necesitó una traducción.

—Nací en Alemania —dijo—. Ahora soy ciudadano suizo. No tengo religión. Pero, sí, soy judío.

Sentándome a su lado, le ofrecí mi cerveza.

—No, no —dijo con una pequeña y triste sonrisa—. Sólo los enfurecería todavía más. Creo que quizás debería irme.

—Todavía no —dije—. Tengo algo que quiero mostrarle. —Busqué en el bolsillo interior de mi chaqueta y saqué un grueso fajo de papel que cargaba desde que comenzara esta misión. Noté que mi mano temblaba levemente.

—¿Qué es? —preguntó Albert.

Incliné apenas mi cabeza en la dirección de Wells.

—Es mi traducción de la excelente novela del Sr. Wells: *La Máquina del Tiempo*.

Wells se veía sorprendido, Albert curioso. Kelvin chasqueó los labios y dejó su jarra a medio consumir.

—¿Máquina del tiempo? —preguntó el joven Albert.

—¿De qué está hablando? —preguntó Kelvin.

—Me he tomado la libertad de traducir la historia del Sr. Wells —les expliqué—, sobre una máquina del tiempo, con la esperanza de atraer un editor alemán.

—Nunca me lo dijiste... —dijo Wells.

Pero Kelvin preguntó:

—¿Máquina del tiempo? ¿Qué demonios puede ser una máquina del tiempo?



Wells forzó una pequeña sonrisa, humilde y avergonzada

—Es sólo el tema de un cuento que he escrito, milord: una máquina que puede viajar a través del tiempo. Hacia el pasado, ya sabe. O el, uh, futuro.

Kevin le miró con los ojos brillosos.

—¿Viajar hacia el pasado o el futuro?

—Es ficción, por supuesto —dijo Wells, disculpándose.

—Por supuesto.

Albert parecía fascinado.

—¿Pero cómo podría una máquina viajar a través del tiempo? ¿Como lo explica?

Muy incómodo bajo la mirada marchitante de Kelvin, Wells dijo vacilante:

—Bueno, si consideramos al tiempo como a una dimensión...

—¿Una dimensión? —preguntó Kelvin.

—Un poco como las tres dimensiones del espacio.

—¿El tiempo como una cuarta dimensión?

—Sí, algo así.

Albert asentía con entusiasmo mientras le traducía.

—¡El tiempo como dimensión, sí! Cuando nos movemos en el espacio también nos movemos en el tiempo, ¿verdad? ¡Espacio y tiempo! ¡Cuatro dimensiones, todas ligadas entre sí!

Kelvin murmuró algo indescifrable y buscó su cerveza a medio terminar.

—¿Y uno podría viajar a través de esa dimensión? —preguntó Albert—. ¿Hacia el pasado o el futuro?

—Absoluta tontería —murmuró Kelvin, dejando su jarra vacía en la mesa con un golpe—. Completamente imposible.

—Es sólo ficción —dijo Wells, casi lloriqueando—. Es sólo una idea con la que jugué para...

—Ficción, por supuesto —dijo Kelvin, con carácter definitivo. De improviso, se puso de pie—. Me temo que tengo que marcharme. Gracias por la cerveza.



Nos dejó sentados ahí, y comenzó a caminar calle abajo, la cara roja. Por la manera en que su barba se movía pude ver que estaba murmurando por lo bajo.

—Me temo que le hemos ofendido —dijo Wells.

—¿Pero como podría enojarse por una idea? —se preguntó Albert. El pensamiento parecía abrumarlo—. ¿Por qué una nueva idea enfurecería a un hombre de ciencia?

La camarera apuró el paso a través del patio hacia nuestra mesa.

—¿Cuándo se irá éste judío? —siseó hacia mí, con los ojos encendidos de furia—. ¡No le permitiré que siga apestando el café!

Obviamente afectado, pero con tanta dignidad como la que un joven de 17 años podría reunir, Albert se paró.

—Me iré, madam. Ya he soportado su amable hospitalidad el tiempo suficiente.

—Espere —le dije, agarrándolo de la manga de su chaqueta—. Llévese esto. Léalo. Creo que lo disfrutará.

Me sonrió, pero pude ver en sus ojos esa tristeza que le seguiría para siempre.

—Gracias señor. Ha sido muy amable conmigo.

Tomó el manuscrito y nos dejó. Le vi leyéndolo de inmediato mientras caminaba lentamente calle abajo hacia el puente, de regreso al centro de Linz. Rogué que no tropezara y se rompiera el cuello mientras descendía la empinada calle, con su nariz pegada al manuscrito.

La camarera también le observaba

—Asqueroso judío. ¡Están en todas partes! Se meten en todo.

—Eso será suficiente de su parte —dije, con toda la severidad que pude lograr.

Me miró furiosa y retornó al bar.

Wells parecía más desorientado que molesto, incluso después de explicarle lo ocurrido.



—Es su país, después de todo —dijo, encogiendo sus hombros pequeños hombros—. Si no quieren mezclarse con los judíos, no hay mucho que nosotros podamos hacer, ¿verdad?

Tomé un sorbo de mi cerveza tibia y sin gas, desconfiando que se me ocurriera una respuesta con la apropiada cortesía. Había sólo una línea de tiempo en la cual Albert había vivido el tiempo suficiente para provocar un cambio en el mundo. Había docenas donde languidecía en la oscuridad o era gaseado en los campos de muerte.

La expresión de Wells se tornó curiosa.

—No sabía que habías traducido mi novela.

—Para ver si quizás un editor alemán se interesara en ella —mentí.

—Pero regalaste el manuscrito a ese amigo judío.

—Tengo otra copia de la traducción.

—¿Tienes otra? ¿Por qué lo...?

Mi tiempo casi había terminado, lo sabía. Sentía una gran urgencia por finalizar esta farsa.

—Ese joven judío bien podría cambiar el mundo, sabes.

Wells rió.

—Es verdad —dije—. Tú piensas que tu historia es una mera obra de ficción. Déjame decírtelo: es mucho más que eso.

—¿En serio?

—El viaje en el tiempo será posible un día.

—¡No seas ridículo! —dijo, pero podía ver en sus ojos un asombro repentino. Y recordó. Fui yo quien le había sugerido la idea del viaje en el tiempo. Lo habíamos discutido por meses en aquella época en que trabajaba para los periódicos. Había mantenido esa idea al frente de su imaginación hasta que finalmente se sentó y escribió su novela a toda velocidad.

Me encorvé acercándome, apoyando mis codos cansadamente en la mesa.

—¿Quizás Kelvin está equivocado? ¿Quizás hay mucho más en la física que lo que él sospecha?

—¿Cómo podría ser eso? —preguntó Wells.



—El joven está leyendo tu historia. Abrirá sus ojos a nuevas perspectivas, nuevas posibilidades.

Wells me dirigió una mirada recelosa.

—Me estás tomando el pelo.

Forcé una sonrisa.

—De ninguna manera. Harías bien en prestar atención a lo que los científicos descubran en los años venideros. Podrías hacer carrera escribiendo sobre eso. Podrías convertirte en un profeta, si juegas las cartas de manera adecuada.

Su cara mostró la expresión más extraña que jamás había visto: no quería creermelo y sin embargo lo hacía; tenía sospecha, curiosidad, dudas y ansiedad... todo al mismo tiempo. Por sobre todo era ambicioso; sediento de fama. Como todo escritor, quería que el mundo reconociera su talento.

Le conté tanto como me atreví. A medida que pasaba la tarde y las sombras se alargaban, mientras el sol se ponía detrás de las montañas y la tibieza del día se transformaba lentamente en un molesto y cada vez mayor frío, cuidadosamente le di veladas pistas sobre el futuro. Un futuro. El que yo quería que promoviera.

Wells no tenía un concepto acabado de las realidades del viaje en el tiempo, por supuesto. No había marco de referencia en su ordenada mente inglesa del siglo XIX para las infinitas ramificaciones del futuro. Era incapaz de imaginar los horrores que estaban en espera. ¿Cómo podría? El tiempo se ramifica sin fin y sólo unos pocos, un precioso puñado de entre aquellas ramificaciones logran evitar el completo desastre.

¿Podría mostrarle su amado Londres borrado del mapa por bombas de fusión? ¿O todo el hemisferio norte de la Tierra despoblado por plagas de manufactura humana? ¿O un mundo devastado vuelto a su estado salvaje al punto de hacer parecer compasivos a los Morlocks⁽⁴⁾?

¿Podía explicarle las energías que demandaban el viaje en el tiempo o el daño que producían en el cuerpo humano? ¿Explicarle que los viajeros del tiempo eran voluntarios enviados en misiones suicidas, tratando desesperadamente de preservar una línea temporal que salvara al menos una porción de la raza humana? El mejor futuro que pude ofrecerle fue un siglo XX torturado por guerras mundiales y genocidio. Fue lo mejor que pude hacer.

⁴ Morlocks es una especie ficticia que vive bajo tierra, creada por H. G. Wells en su novela de 1895, *La Máquina del Tiempo*. Los Morlocks existen en el futuro mundo en el año 802.701 d.C.



Y todo lo que hice fue darle pistas, tan suave y sutilmente como pude, tratando de guiarlo al mejor de los futuros posibles, a pesar de lo horrible que a él pudiera parecerle. No podía controlar ni forzar a nadie; todo lo que podía hacer era ofrecer un poco de guía. Hasta que la dosis de radiación recibida en el viaje en el tiempo terminara matándome.

Felizmente, Wells no percibía mi dolor. Ni siquiera notaba la transpiración que salpicaba mis cejas a pesar de la fría brisa que anunciaba el anochecer.

—Al parecer me estás contando —dijo al fin—, que mis escritos tendrán cierto efecto positivo en el mundo.

—Ya lo han tenido —contesté, con una sonrisa genuina.

Levantó las cejas.

—Ese adolescente está leyendo tu historia. Tu concepto del tiempo como una dimensión ya hizo que su fértil mente comenzara a trabajar.

—¿Ese joven estudiante?

—Cambiará el mundo —dije—. Para mejor.

—¿En serio?

—En serio —dije, tratando de sonar seguro. Sabía que todavía habría miles de escollos en el camino del joven Albert. Y yo no viviría lo suficiente para ayudarlo a superarlos. Quizás otros podrían, pero no había garantías.

Sabía que si Albert no alcanzaba todo su potencial, si era rechazado otra vez por la universidad o asesinado en el holocausto que se avecinaba, el futuro que trataba de preservar desaparecería en una catástrofe global que podía terminar con la raza humana para siempre. Mi tarea era salvar tanta humanidad como pudiera.

Había llevado a cabo un débil primer paso para salvar algo de la humanidad, pero sólo un primer paso. Albert estaba leyendo la historia de la máquina del tiempo, y comenzaba a pensar que Kelvin estaba ciego al mundo real. Pero había mucho más por hacer. Demasiadas cosas más por hacer.

Nos sentamos en las sombras crecientes del crepúsculo que se acercaba, Wells y yo, cada uno encerrado en sus propios pensamientos sobre el futuro. A pesar de su mejor autocontrol inglés, Wells sonreía feliz. Él veía un futuro en el que sería celebrado como un profeta. Yo esperaba que sucediera de ese modo. La tarea que había acometido era inmensa. Me sentía cansado, sombrío, desalentado por la inmensidad de toda ella. Lo que era peor, nunca sabría si había tenido éxito o no.



Entonces la camarera se dirigió rauda a nuestra mesa.

—Bueno, ¿han terminado? ¿O van a quedarse aquí toda la noche?

Incluso sin una traducción Wells comprendió su tono.

—Vamos —dijo, arrastrando su silla sobre las losetas.

Me levanté y lancé unas pocas monedas en la mesa. La camarera las recogió inmediatamente y gritó hacia el café

—¡Ven aquí y friega esta mesa! ¡De inmediato!

El niño de seis años llegó caminando con dificultad a través de la terraza, arrastrando un pesado balde de madera lleno de agua. Tropezó y casi la desparra; el agua salpicó las piernas de su madre. Ella lo tomó de la oreja y casi lo levantó del suelo. Un débil grito de tortura escapó entre los dientes apretados del niño.

—Mantén silencio y haz bien tu trabajo —le dijo a su hijo, en voz terriblemente baja—. Si dejara que tu padre sepa qué holgazán eres...

Los ojos del niño de seis años se agrandaron de terror cuando su madre dejó que la amenaza pendiera en el aire entre ambos.

—Friega bien esa mesa, Adolph —le dijo su madre—. Deshazte de ese apesadoso olor a judío.

Miré al niño. Sus ojos ardían de vergüenza, rabia y odio. Salva lo más que puedas de la raza humana, me dije a mí mismo. Pero ya era muy tarde para salvarlo a él.

—¿Vienes? —me dijo Wells.

—Sí —contesté, con lágrimas en los ojos—. Ya está oscureciendo, ¿verdad?

© *Ben Bova*
© *de la traducción Omar Vega*

Ben Bova nació y creció en Filadelfia, Pensilvania. Se licenció en ciencias en 1954. Editó, tras la muerte de John W. Campbell (1971), Analog Science Fiction. Al dejar Analog, editó Ommi Magazine desde 1978 a 1982. Es presidente Emérito de las Sociedad Espacial Nacional y lo fue de la SFWA. Bova regresó a la universidad en los 80 un Master en Comunicaciones en 1987 y un doctorado en 1996.



Novelas

EL SECRETO DE LOS ALQUIMISTAS

8ª PARTE

por Omar E. Vega

En el capítulo asistimos a la toma de contacto con Ring de nuestros amigos Dean y su grupo se introducen al estudio de la nueva nave Interorbital. Mientras, Hal seguía con su trabajo de reportero. En este capítulo Dean y Hal se enfrentan a una crisis: las hostilidades entre la Tierra y Marte están a punto de estallar.

LA PIEDRA DE LOS FILÓSOFOS

1

Mensaje de Peter a sus espías:

Estimados Hal y Dean, la situación es crítica. Se ha desatado la violencia en Marte, y en la Tierra hemos sufrido varios atentados terroristas a instalaciones civiles y militares. El último fue contra un transporte intercontinental con seiscientos pasajeros a bordo, que explotó sobre las costas de Nueva Zelanda. Nadie sobrevivió.

Las Naciones Unidas de la Tierra tienen colmada la paciencia, y las relaciones diplomáticas con Marte se encuentran a punto de quiebre. En la mesa de tratativas las amenazas van y vienen, en un lenguaje francamente grosero.

El presidente ordenó que la flota zarpara. En Da Vinci, el Almirante Kohlitz en persona se apronta a abordar la nave insignia para dirigirse hacia Marte. La determinación de invadir es irrevocable, y sólo se espera la orden. La fecha se mantiene en secreto. El gobierno ha sopesado los riesgos y decidió que la invasión es lo menos costoso.

Debo pedirles que se preparen para actuar. Hay una base naval en Tikal que amenaza la seguridad de nuestra flota. Es necesario destruirla.

En vuestro equipaje, mimetizadas como piezas del equipo de Hal, encontrarán las partes para armar una pequeña bomba de fusión.



Estudien el manual, y luego destruyan toda la documentación. Bajo ninguna circunstancia, ni la bomba ni la literatura, deben caer en manos enemigas.

Es muy importante que no actúen hasta recibir la señal. Nuestros diplomáticos todavía se esfuerzan por cerrar un tratado con Marte y Rings, una paz justa. Por ahora, sólo memoricen los pasos a seguir y manténganse alertas.

Vuestra misión es peligrosa en extremo y puede llevarles a la muerte. Si fuera así, confiad que daremos todo el apoyo material y social a sus familiares.

Sé muy bien que el objetivo inicial de vuestra misión era otro. Pero, para todo efecto práctico, ya estamos en guerra. Ustedes son nuestros únicos agentes en Rings. Confío en su patriotismo.

Para terminar, y entre tantos problemas, hay una buena noticia que te atañe, Dean. Inteligencia Social averiguó que tus difuntos padres, eran extranjeros de paso por Norteamérica en el momento del accidente. Tu verdadero apellido es Silva, y tus raíces están en Sudamérica. Suerte a todos nosotros.

La proyección tridimensional se esfumó, y solo quedó activado el canal de comunicación entre Hal y Dean.

—¡Qué desastre! —exclamó Hal—. Y ahora, ¿en qué lío nos hemos metido?

—En el fondo presentía que esto iba a ocurrir —declaró Dean—. Después de todo, nos pagaban demasiado dinero para que la Tierra sólo esperase información a cambio.

—Pero el sabotaje no es mi forma de entender el espionaje elegante —replicó Hal.

—Es la desesperación, Hal, lo que los conduce al terrorismo. Bien —prosiguió Dean—. Lo mejor es ponernos a trabajar. Debemos estudiar las instrucciones con cuidado si no queremos volar junto al Gravitonium.

—Por mi parte apuraré mi reportaje —dijo Hal—. Quizás no tenga la oportunidad de terminarlo. Intentaré que sea lo mejor que nunca haya escrito.

—¿Cómo escaparemos después del ataque a la base naval de Tikal? —preguntó Dean.

—No tengo la más remota idea —confesó Hal—. Ni siquiera se me ocurre cómo llegar a Tikal, menos aún la forma de escapar de allí.



Hasta altas horas de la noche artificial del Gravitorium estudiaron un cilindro metálico de un marcado color negro y de no más de veinte centímetros de largo. En una de sus caras, un complejo reloj electrónico indicaba que estaba activo. Sobre el lomo del artefacto se leía: «Ejército de las Naciones Unidas». Era una bomba de hidrógeno activada por un pulso láser de altísima potencia y de muy corta duración, que alcanzaba una temperatura de millones de grados durante fracciones de segundo, capaz de aniquilar todo en un radio de un kilómetro sin dejar el menor rastro de radiaciones. Esta tecnología permitía crear ingenios de pequeño tamaño y altísima potencia y efectuar ataques sin que el enemigo detectara la causa de la destrucción; llegado el caso, la Tierra podría negar su intervención en el sabotaje.

2

Hal sabía ahora que se acababa el tiempo para hacer su reportaje, por eso, bien temprano en la mañana estableció contacto con la profesora Patricia Torres de la Universidad de Camelot. Se citaron para el día siguiente. Luego, a la noche, asistiría a un ritual en la catedral alquímica y entrevistaría al místico rector de la misma, el Virtuoso Maestro Joseph Mendel.

Pero en ese momento, no tenía ninguna entrevista y decidió conocer la ciudad de New Europe con más detalle. Entretanto Dean, Edward y Bob partieron rumbo a su clase en la Academia Naval.

Hal llamó a un Taxi y se acomodó, sin indicar su destino, absorto en la misión, tratando de resolver los problemas que se avecinaban. El robot taxista preguntó:

—¿Adónde va, señor?

—No lo sé —contestó Hal—. ¿Por qué no proyectas un mapa de la ciudad y la navegamos mientras me la describes?

—Perfecto, señor —respondió el autómatas—. Buscaré el programa turístico de la Compañía de Comunicaciones, y haremos un pequeño tour, ¿Le parece?

—Por supuesto —contestó Hal—. ¿Cuánto saldrá el viaje?

—Doscientos veinte créditos, señor —contestó el robot. La vida era cara en Rings.

—De acuerdo. Pero permíteme instalar esta cámara en el exterior del casco. Estoy haciendo un reportaje y necesito material de portada.

El taxi despegó enseguida, se desprendió del Gravitorium y se acercó a la ciudad; a unos trescientos metros sobre el plano de New Europe realizó unas



maniobras entre los edificios más grandes de la colonia, mientras el monitor interior ajustaba la imagen según luminosidad y color.

—Bien, señor —comenzó el taxista cuando sobrevolaban el área de la dársena—. Este puerto tiene capacidad para veinte naves de 250.000 toneladas cada una. Es el principal puerto de Rings, y concentra todas las oficinas navieras y de exportación.

»Hacia su derecha puede observar el club de yates. Tiene espacio para 1.500 embarcaciones de todos los tipos y tamaños, desde pequeños veleros hasta yates de lujo que pueden viajar muy lejos de Saturno. Se arriendan por precios razonables y cualquier ringer tiene acceso a ellos.

»Contiguo al club de yates están las estructuras de la Academia Naval, lugar de entrenamiento para nuestros marinos...

Y así, por un largo rato el taxista siguió describiendo la ciudad, zona por zona, hasta que Hal ordenó:

—Acérquese a la catedral, quiero hacer una toma panorámica.

Sin cambiar el tono, el robot comenzó a recitar el discurso de la catedral:

—Su construcción se inició hace dos siglos, durante la Gerencia de Albert March, y continúa hasta el presente. Una sección en la torre norte, sin construir, debe quedar terminada en esta década. Su arquitectura es dinámica y abstracta, pero con líneas estilísticas que recuerdan a las medievales. Está construida en piedra, malla de aluminio y cristal plastificado. Es nuestro templo simbólico por excelencia.

—¿En piedra? —dijo Hal, sorprendido.

—En piedra marmórea extraída de los satélites de Saturno —asintió el taxista—. Con ellas se hacen láminas muy delgadas de material pétreo, sostenidas entre sí por medio de mallas de aluminio fundido. Los vitrales son de cristal doble plastificado, en extremo delgados. La catedral es un edificio increíblemente frágil y delicado, con la belleza efímera de una mariposa. Su estructura soporta con gran dificultad la presión del aire interior contra el vacío exterior. Es posible ver cómo el edificio se expande y contrae ante las menores variaciones, como si fuera un ser vivo respirando. Los arquitectos buscaron crear en piedra la misma sensación de fragilidad y futilidad de la vida.

—¿Qué religión se celebra aquí? —preguntó Hal.

—Ninguna —aclaró el robot taxista—. La población es, en su mayoría, escéptica. La catedral es realmente una logia alquimista, donde se desarrollan los ritos milenarios del hermetismo laico.



—¿Qué opinas al respecto? —preguntó Hal.

—Lo siento, señor —contestó—. Los robots no opinamos. Para adoptar una postura se requiere tener una conciencia.

—Por supuesto —respondió Hal con desenfado.

—¿Ve esa estructura que está al fondo, señor, a 45 grados a su derecha? —preguntó el taxista.

—Sí. Veo un cubo amarillento.

—Ése es el Museo Histórico, un lugar interesante —explicó el robot.

—¿De veras? Lléveme allá —exclamó Hal, y por su mente pasó una idea singular.

Gran parte del misterio de Rings residía en su historia; era posible que existieran en el museo algunas claves importantes para su reportaje.

Ingresó en la sala central del Museo, desierta en ese momento, a excepción de un grupo de colegiales que tomaban apuntes mientras su maestra les enseñaba el lugar. Se veían maquetas de las ciudades que dieron origen a Rings.

Los modelos de cada una de las villas fundadoras se mostraban en grandes mesones. Al verlas, comprendió que en realidad Rings era un conjunto de ocho ciudades: New Europe, Easter Island, Camelot, Xanadu, Southern Cross, Columbia, Alejandría y Tikal. Detrás de cada modelo, como telón de fondo, unos hologramas de las ciudades actuales ponían en evidencia el contraste de tamaño y arquitectura entre ambas. Era notable que cada una de ellas tuviera forma toroidal y gozaran de gravedad artificial. En esa remota época, ocho anillos de plástico y metal decoraban al planeta por lo que la colonia adquirió el nombre de Rings. Hoy, en cambio, las ciudades eran planas como una mesa de enormes dimensiones.

Dean tomó imágenes de los modelos; le interesaba sobremanera saber la localización de los puertos, zonas estratégicas, bases navales, y todo aquello que pudiera ser información útil en la guerra inminente. Unos datos acompañaban las maquetas y ayudaban a completar la imagen. Hal apuntó:

New Europe, 45.000 hab., puerto mercante, centro comercial, náutico y recreativo, incubadoras.

Easter Island, 35.000 hab., centros de investigación y enseñanza superior. Sede de la Gerencia General.

Camelot, 30.000 hab., metalurgia y base de lanchones mineros de asteroides.



Xanadu, 30.000 hab., construcción civil, manufactura de vehículos y artículos de consumo.

Southern Cross, 25.000 hab., generación y manufactura de alimentos.

Columbia, 20.000 hab., construcción naval. Manufactura de antimateria.

Alejandro, 15.000 hab., microtecnología y manufactura de robots.

Tikal, 10.000 hab., alta tecnología, base naval y regimiento.

Allí estaba pues, exhibida sin tapujos, parte de la información estratégica que necesitaban. Y sin embargo, una repentina sospecha heló la sangre de Hal. La información fue muy fácil de obtener.

El resto del recorrido por el museo no produjo nada nuevo. Era una enorme exhibición de caras, naves y eventos que Hal desconocía. Sí le llamó la atención el anacronismo de los modelos navales exhibidos en el museo, pues los ringe-rianos, fechados cien y doscientos años atrás, le parecían tanto o más modernos que los usados hoy en día en la ruta Tierra-Marte.

Si ése es el pasado, pensó Hal, cómo serán sus barcos de guerra del presente.

Se retiró del museo y continuó su tour que duró casi todo el día; hizo un par de paradas para recuperar energías y pagó una cuenta diez veces mayor al presupuesto inicial.

3

Era, de acuerdo con el reloj de Hal, el momento de dirigirse a la catedral y al rito alquimista al cual lo habían invitado. La hermandad ingresaba respetuosamente en el templo por el portal principal cubierto con un domo presurizado. Hombres y mujeres de todas las edades vestían sus mejores ropas de colores oscuros: grises, negros y azules. Hal se les unió.

Adentro se escuchaba una suave e intrincada melodía de un timbre semejante al de un órgano, ejecutada a mano por uno de los miembros de la hermandad.

Hal vio un fantástico despliegue de arquitectura y talento artístico. Una atmósfera de clasicismo romántico iluminada por antiquísimos láseres; con bancas de madera finamente talladas y barnizadas que cubrían todo el interior de la esfera, posible sólo por la falta de gravedad.



En el centro había algo similar a un altar de tiempos remotos donde un candelabro de tres láseres, rojo, azul y blanco, era el foco místico. Sobre el plano, un libro de cubiertas negras y filetes dorados, grabado con los signos del mercurio, el azufre y la sal, abierto en una cita marcada por un objeto de bronce, indistinguible a la distancia. Con mucha probabilidad un libro de alquimia, encarnación mística de la sabiduría, pensó Hal.

Cuando la música se detuvo, entró un anciano de larga barba blanca y acedados ojos azules. Vestía algo similar a una sotana, de un material azul metálico cubierto de estrellas blancas, con un Sol y una Luna; cubría su cabeza con un gorro de forma cónica, de igual material.

El hombre se detuvo frente al altar y esperó un momento, con los ojos cerrados y en silencio. Esperó hasta que el murmullo se apagara por completo, abrió los ojos e hizo un gesto solemne. Entonces empezó el rito que Hal conocía por su trabajo de espionaje a la secta alquimista de Marte.

—Queridos Hermanos. Estamos aquí reunidos para agradecer la obra del Alquimista Supremo, símbolo de la vida y del poder de transmutar la corrupción en virtud, actuando en nuestra alma como la piedra que convierte el plomo en oro. Somos su mano y su vector, su agente tangible reductor de entropía e ignorancia. Estamos aquí para honrar la creación.

»El Alquimista Supremo representa el principio, la luz que abrió las tinieblas. Verbo que es acto puro. Es el espíritu que flotó sobre las negras aguas del caos y destruyó con su espada al Leviatán. Él está en nuestra alma, y estará con nosotros, sus criaturas, hasta que la última estrella se apague.

»Comencemos el ritual simbólico de la transmutación, que representa el cambio, el verbo en acción, germen de vida.

Hal escuchaba al anciano con atención: repetía casi las mismas palabras que el místico de Marte. Y sin embargo, no sonaban como las de un fanático, sino como las de un calmado y austero filósofo. Si bien Hal no podía recordar todos los detalles del ritual marciano, había en éste algo que le hacía muy diferente. Hal se esforzó en distinguir tal diferencia, mas no lo lograba.

—Es el momento de ejecutar el ritual simbólico al Alquimista Supremo, piedra base de nuestro ideal y fuente de nuestra esperanza. He aquí los instrumentos del oficio.

El anciano abrió sus brazos y los mostró: pipetas, crisoles y matraces, junto a un caldero plateado de lujosa manufactura. Como en Marte, también sobre este altar aparecieron las cajas negras con filigranas doradas.

—¿Para qué estamos aquí? —dijo el celebrante a la hermandad.

—Para rendir homenaje a la vida —respondió a coro la gente.



—¿Cómo la apreciaremos?

—Con la mutación simbólica de la esencia.

El Mago ringer llamó a la meditación antes de dar inicio al rito central. Abrió las cajas negras con filigranas, y extrajo la piedra verde y la barra de plomo, mientras explicaba a la hermandad sus significados simbólicos. Luego tocó la barra de plomo con la piedra durante minutos que parecieron eternos. Y de pronto, el plomo se tornó brillante como el sol y, tal como una serpiente que muda su piel se convirtió en una hermosa barra de oro.

—He aquí consumado el rito que simboliza nuestra fe en la vida —dijo el sacerdote—. Somos los guardianes del saber del Hombre. Cuidad vuestra inocencia, es la posesión más importante de la humanidad. Nuestro rito nació antes del albor de la civilización, en el santuario del dios egipcio Toth, Hermes Trismegisto.

—¡Alabado seas Hermes, por todos los milenios! —respondió la hermandad.

—Lo hemos presenciado una vez más para alegría del espíritu y énfasis en nuestra fe en la vida, en el hombre y en el porvenir. Hermandad, sabéis que el rito es sólo el símbolo de lo verdadero. La materia cambia pero el verbo permanece. Cantemos.

La catedral resonó con una alegre canción en un inglés claramente inteligible, y luego la ceremonia continuó con citas e intervenciones de los hermanos. El ritual concluyó de la misma manera que Hal había visto en Marte.

—Cerremos el ritual con un ruego al Supremo Alquimista: Tú, símbolo de los destinos del hombre. Permítenos ser tus herramientas en la destrucción de la enemiga mortal: la entropía. Concédenos cumplir nuestro anhelo de progreso y libertad para toda la humanidad. ¡Trasmudad!... ¡Transmutad!

—¡Transmutad! —respondió en coro la hermandad en un instante de impresionante éxtasis.

Después de un breve silencio, el sacerdote dio por terminada la ceremonia.

—Volved al mundo transmutados en vuestras conciencias por el bien de la Humanidad.

El anciano apagó las velas láser del candelabro, y se retiró del altar.

Hal había descifrado el enigma. El propio sacerdote había dicho que «El rito es sólo el símbolo de lo verdadero». La gran diferencia entre los rituales residía en que los alquimistas de Rings eran simbólicos mientras que los de Marte, religiosos. Los de Rings representaban su fe en el hombre mediante un rito alquimista, una representación teatral que servía para fijar ideas y buenas in-



tenciones. Los marcianos, en cambio, creían que el Supremo Alquimista era un ser verdadero, un Dios real. Los marcianos eran creyentes, los ringers agnósticos esotéricos. Los marcianos creían en la piedra filosofal, los ringers sabían que tal cosa no existía sino en la forma de un hermoso y amado ritual.

Hal sintió la urgencia de seguir al Mago a las oficinas en la catedral y así lo hizo; estaba dispuesto a conocer esa misma noche el secreto de los alquimistas.

—Virtuoso Maestro —dijo Hal al anciano—, mi nombre es Hal Goldwing y he venido a hablar con usted.

—¡Que alegría, hermano! —exclamó el anciano con una suave voz. En su brazo izquierdo sostenía aún su gorro estrellado, mientras que su derecha portaba el libro de tapas negras y filete dorado—. Le esperaba. Por favor venga a mi oficina. Es austera pero acogedora.

El lugar era sencillo y de las paredes de piedra colgaban cuadros y objetos de ritual, todo iluminado por un vitral decorado con la silueta de un dragón. Unas amplias estanterías de madera repletas de libros formaban parte del mobiliario, de aspecto rústico y arcaico que armonizaba con las grandes puertas de madera. De pronto Hal se sintió en el medioevo, en el despacho de un sabio escolástico, o en el del mismísimo Merlín.

Se sentó en la silla para visitantes mientras el alquimista se quitaba su sotana estrellada y la colgaba en un sencillo perchero; quedó vestido en un traje de calle común y corriente, excepto por una llamativa insignia que lucía en su solapa.

—¿Desea servirse algo? ¿Té, café, jugo de frutas? —ofreció el místico.

—Muchas gracias —exclamó Hal—. Aceptaré un té.

El anciano le dio la orden a un robot y pidió una lata de café para él. Entonces, con calma, clavó sus ojos acerados en los de Hal.

—Dime, Hal. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Vine a Rings a hacer un reportaje sobre vuestra cultura, su Virtuosidad. Trabajo para el «Global Geography».

—¡Excelente revista y muy objetiva además! —comentó el anciano— Espera un poco... ¿no eres tú el mismo Hal Goldwing que hizo un hermoso reportaje sobre la realidad de Marte?

—Ése soy yo, su Virtuosidad.

—¡Que alegría conocerte!



—Lo mismo digo, su Virtuosidad.

—Por favor, Hal —dijo el anciano levemente divertido—. Si no quieres salir de aquí a patadas, no me digas «Su virtuosidad» cada dos segundos. Mi nombre es Joseph Mendel, llámame Joseph o, si te incomoda, Sr. Mendel. Pero prosigue. ¿Qué deseas saber?

—Alquimia, señor. Mis lectores y yo estamos interesados en la alquimia.

—Mira, Hal —dijo Mendel—, poco antes de que tú llegaras hubo un consejo en la alcaldía, con la participación de las personas con cargos de autoridad en la ciudad. En ese consejo acordamos que fue un grave error habernos aislado del resto de la humanidad y que debíamos compartir nuestros secretos. Hoy ya no somos tan estrictos, pero mantenemos las tradiciones, ajustadas al espíritu original.

Hal asintió. Mendel comenzó su relato.

—La Alquimia es una filosofía naturalista de origen hermético e iniciático que apunta a perfeccionar al Hombre y a mostrarle el camino del verdadero saber. En los comienzos, sus enseñanzas se transmitían sólo a unos pocos, de maestro a aprendiz. Estaba rodeada de un gran misterio, al punto que los adeptos que violaban el juramento de silencio sufrían la condenación e incluso la pena de muerte.

—Pensé que era una religión con simbolismo químico.

—De ninguna manera es una religión —explicó Mendel—. El dogma está ausente de nuestras enseñanzas. Nadie es forzado a creer en algo en particular. Sólo exigimos que nuestros hermanos sigan el estricto camino hacia el conocimiento de su ser interior, para que su búsqueda se refleje al mundo en forma de amor.

—¿Y qué relación tiene vuestra Alquimia, con la del medioevo? —preguntó intrigado Hal.

—La alquimia del medioevo fue un movimiento científico, místico y práctico que produjo notables avances. Sin embargo, estaba contaminado con ignorancia y superstición. No busques nuestra filosofía en el pasado de la Tierra. Nuestras creencias son diferentes en el fondo, sólo se parecen en la forma. Los nuevos alquimistas nos preciamos de ser racionalistas, escépticos y en extremo apegados a la realidad.

—Sin embargo —interrumpió Hal—, las semejanzas son ostensibles.

—Tienes razón. Tanto el simbolismo como el arte y la escenografía que nos rodean están inspirados en esos alquimistas antiguos. Por ejemplo, el ritual tiene unos toques poéticos que rememoran las épocas de magia y fantasía del



oscuro medioevo. Por otro lado, los ritos que presenciaste hoy vienen de una tradición aun más antigua. Nadie sabe con exactitud cuándo se iniciaron. Pienso que esa conjunción de elementos crea una atracción romántica hacia nuestra hermandad. El hombre, Hal, ama los rituales, y los nuestros satisfacen su subconsciente, permitiéndole soñar con un mundo mejor y fantasear con la magia de la vida. Somos herederos de la sabiduría milenaria de Hermes Trismegisto; nos provee de una importante sensación de identidad y nos da fuerzas para seguir adelante.

—¿Pero qué ocurre con la piedra filosofal? ¿También es simbólica?

—¡Ja! ¡Ja! —Rió Joseph, mirando incrédulo la cara de Hal—. Apareció la famosa piedra filosofal. ¿No me digas que piensas que la transmutación es real?

—Pero, los alquimistas en Marte...

—¡Marte! ¡Tierra! ¡Júpiter! —El anciano levantó la voz mientras sus ojos se llenaban de ira—. ¡Valiente tropa de embaucadores y corruptos! Sabes, Hal, hasta unos cien años atrás, venían a Rings manadas de esquizofrénicos excéntricos a estudiar Alquimia. Ingresaban a nuestros seminarios, en tres años aprendían a efectuar el ritual con precisión, y volvían a sus planetas. ¡En vez de formar hermandades alquímicas abiertas, como las nuestras, creaban sectas herméticas! Los magos presentaban la transmutación como un acto real y sus seguidores les creían. Con el tiempo ganaron gran influencia. Es una vergüenza... una vergüenza.

—¿Cómo? —preguntó Hal.

—Han cometido todos los crímenes que existen, en nombre de la Alquimia —dijo Joseph, furioso—. Quizás el peor fue el suicidio de John Landmark, un místico de origen terrícola, envenenado en un ritual inventado por esos estúpidos de Marte. Tras ese incidente la Tierra comenzó a desconfiar de sus colonias. Desde entonces todo ha ido de mal en peor. Landmark afirmaba que los ringers éramos una amenaza. ¡Que tontería! ¿Has visto un pueblo más pacífico que el nuestro? ¿Para qué atacaríamos la Tierra, si aquí tenemos lo necesario para vivir?

—¿Y qué pasa con la transmutación? —Hal cambió de tema. Demostrar interés en Landmark, podía revelar su actividad como espía—. ¿Qué es?

—Es un símbolo, Hal, un símbolo del cambio espiritual del hombre, de la iniciación hacia una nueva vida.

—¿Pero cómo se hace? —Insistió Hal— ¿Cómo convierte usted el plomo en oro?



—No pensé que estuvieras interesado en el simple y vulgar mecanismo del rito. ¡Ah! Hal, para eso no era necesario que me visitaras, aparece en los textos de los estudiantes de primaria.

Hal se sintió humillado, pero no lo manifestó. En todo caso el anciano lo leyó en su cara.

—Es un truco Hal, un simple truco —prosiguió con una sonrisa—. No es un engaño a la hermandad pues ellos también conocen la artimaña. Tampoco es nuestra intención engañar a nadie.

Durante siglos se habló de la piedra filosofal y resulta que sólo era un truco, pensó Hal. Debía ser uno muy ingenioso si había logrado engañar a tantos por tanto tiempo. Ahora, conocería por fin el verdadero secreto de los alquimistas.

—Explíqueme, Joseph, por favor —dijo.

—Ah, los terrestres —suspiró el anciano—. Qué poco saben de nosotros.

Se hizo una pausa dramática.

—Bien —dijo al fin el anciano—. Durante la Edad Media muchos clamaron haber encontrado la piedra filosofal. Incluso en el siglo XX, los embaucadores como Fulcanelli sostuvieron que conocían la manera de elaborarla. Conocida como el León y también como la piedra de los filósofos, al ser aplicada al plomo producía siempre el mismo resultado: oro. Se podía verificar incluso con los instrumentos más avanzados.

—No entiendo nada —dijo, angustiado, Hal.

—¿No has visto cómo los ilusionistas hacen aparecer un conejo de un sombrero de copa? El espectador cree ver surgir al animal de la nada, pero siempre estuvo allí, oculto en el doble fondo del sombrero. De hecho el principio es el mismo.

—¡Pero, por amor de Dios!, ¿cuál es el truco?

—Calma, Hal. La impaciencia es mala consejera —exclamó el anciano tomándose su tiempo—. Para crear la ilusión, se baña con plomo filosofal una barra de oro, creando la impresión de que es de plomo sólido. Al aplicar calor el plomo se vaporiza y deja el oro a la vista. Se obtiene un efecto más dramático, si en vez de una llama directa, el calor se aplica por medio de la piedra verde o filosofal. En toda la historia humana, nadie tuvo la suspicacia de verificar que el plomo no era más que una cáscara. Nadie fue capaz de descubrir el truco. ¡Esa es la verdadera maravilla!

—Pero se ve tan real —protestó Hal.



Sin decir nada, el alquimista se levantó de su asiento, y tomó un candelabro de siete velas que descansaba en una de las repisas, casi oculto entre sus libros; lo puso sobre el escritorio. Después, abrió un cajón de donde sacó una caja de fósforos de muy antigua factura. En silencio, encendió una de las tres velas del candelabro y entonces volvió a sentarse.

—¿Has oído hablar del Conde de Saint Germain? —preguntó el anciano, como si le hablara a un niño.

—No.

—El Conde fue un alquimista del siglo XVIII. Convenció a muchos de sus poderes sobrenaturales, con el truco que te voy a mostrar.

El anciano sacó, calmadamente, un pequeño cofre de su escritorio. De su interior extrajo tres monedas negras y le entregó una a Hal.

—Mira esa moneda. ¿Qué te parece?

—Creo que es de un metal barato, quizás plomo —contestó Hal. Mientras la rascaba sin obtener resultado.

El anciano sacó unas pinzas del cofre, y tomó con ella una de las monedas. Entonces, muy lentamente, la acercó a la llama de la vela. La moneda comenzó a cambiar de color poco a poco y en un minuto el metal gris adquirió un color amarillo brillante.

—Ahora, ¿de qué es la moneda? —preguntó el alquimista.

—¡Oro!

—Felicidades Hal —dijo el anciano—. Has comprendido el secreto del Conde de Saint Germain. Ahora sabes cómo producir la transmutación del plomo en oro. Con un poco de entrenamiento podrías llegar a ser un excelente alquimista.

—¡Sorprendente! ¿Y cuándo se descubrió el truco de la transmutación?

—En la Edad Media. Y desde entonces fue mantenido en el más absoluto secreto, hasta ahora.

—Supongo que la forma correcta de crear el plomo alquímico, y de hacer el ritual de la transmutación, aparece en ese libro que tiene usted allí.

—No. Éste es uno de los libros más sabios que ha poseído la humanidad. No verás en él trucos baratos, como el de la piedra filosofal. Aquí aparece la forma de transmutar el espíritu, no la materia. —Extendió el libro a Hal—. Esta copia te la puedes llevar de recuerdo de esta visita.



Hal aceptó el libro que en su negra portada tenía grabados los dorados símbolos alquimistas del azufre, sal y mercurio. Abrió sus filetes dorados en el lugar indicado por un marcador y reconoció un texto muy especial. Su título era «1 de Reyes». El libro de tapas negras era la Biblia.

Al salir de la catedral, Hal compró en una de las máquinas vendedoras de recuerdos una pequeña tablilla plástica de color verde esmeralda que le llamó mucho la atención. Transparente como cristal y con letras góticas negras en relieve, en la tablilla se leía: «La Tabla Esmeralda de Hermes Trismegisto», y enumeraba una serie de principios herméticos. Hubo uno que le hizo meditar: «Como es arriba es abajo»

4

Terminadas las entrevistas, Hal no regresó al Hotel Nature en el Gravitorium. En cambio, consiguió un pasaje en el transporte interurbano para viajar de inmediato a Camelot y alojarse en esa localidad. Antes de partir se comunicó con Dean, para que se dedicara a estudiar la bomba mientras él se concentraba en obtener más información logística. Después de todo Dean era el ingeniero, mientras que Hal era más hábil en el conocimiento de ciudades y de culturas. Era una diferencia que nacía de sus profesiones tan opuestas.

Necesitaban con urgencia un plano de Tikal. Con él, podrían definir el punto preciso dónde colocar la bomba, maximizando su poder de destrucción y manteniendo las bajas civiles al mínimo. Sin embargo, por más que pensaba, no podía imaginar dónde encontrar tal información sin despertar sospechas. Las holografías del museo no servían pues databan de al menos treinta años atrás.

Hal tomó el transporte interurbano en el terminal de autobuses de la ciudad. El coche, parecido a un pan de molde, tenía capacidad para cuarenta pasajeros sentados con comodidad. Todos eran ringers, a excepción de Hal: sus facciones toscas, y las ropas de barata confección terrestre revelaban que era un extranjero. Era una desagradable sensación. Jamás se había acostumbrado a sentirse diferente, a pesar de sus años de profesión en los que había conocido los lugares más remotos de la Tierra y el espacio.

El bus interurbano cerró las puertas y presurizó su cabina. Se encendieron las advertencias para los cinturones de seguridad. Se abrieron las compuertas del terminal, y el vehículo fue lanzado al espacio por un brazo mecánico.

—Bienvenidos, señores pasajeros —dijo el robot conductor mientras reorientaba la nariz del vehículo hacia su destino—. Vamos a aplicar el impulso de aceleración. En veinte minutos haremos nuestra primera parada en Sout-



hern Cross, para llegar a Easter Island en una hora. El viaje continuará desde Easter Island a Camelot.

El bus espacial era un vehículo lento en comparación con las naves interplanetarias, pero apropiado para su objetivo: efectuar el transporte local entre las ciudades de Rings, en órbita alrededor de Saturno. Su fin, ahorrar combustible más que tiempo.

De pronto, el vehículo encendió sus pequeños motores iónicos provocando una ligera vibración. Estaban rumbo a las ciudades prohibidas de Rings. Un minuto después, el indicador de la cabina se encendió y los pasajeros pudieron desabrocharse sus cinturones, mientras los robots comenzaban a distribuir una merienda.

—Hola, señor —dijo el compañero de asiento de Hal. Era un hombre alto de maneras amables—. Me llamo Gordon Cantor. ¿Es la primera vez que viene a Rings?

—Sí. Es un lugar muy hermoso. Mi nombre es Hal Goldwing. ¿Cómo se dio cuenta de que soy extranjero?

—Es evidente, señor. Los ringers no andamos para todos lados con cámaras robots —contestó sonriendo el extraño.

Ambos rieron mientras el bicho electrónico, que Hal había sacado de su maleta al término de la aceleración, flotaba a un metro por sobre su hombro.

—Así que encuentra bonito el lugar —continuó enfático Gordon—, pero le diré, New Europe no es Rings. No, señor. Es sólo un puerto que carece de gracia, feo como él sólo. De no ser por su templo, la Academia Naval, el faro, y uno que otro edificio, sería una vergüenza como lugar de entrada a la colonia.

—Por lo que veo, usted no es un New European.

—¡Por supuesto que no, señor! Yo vengo de la más hermosa ciudad de la colonia. A propósito, ¿A dónde viaja usted?

—A Camelot.

—Es muy bonita. Le gustará. Y en el camino podrá ver mi ciudad natal: Easter Island. Viajo regularmente, pero ahora vuelvo para estar unos días con mi familia. Mi trabajo me lleva no sólo a las grandes ciudades sino también a pueblos e incluso a villorrios de cien habitantes. La mayoría están localizados en las órbitas altas de Saturno, pero existen otros muy alejados. Hay algunos incluso a muchos millones de kilómetros de Saturno, en las rutas de las lanchas mineras de asteroides, cientos están esparcidos por toda la zona entre las órbitas de Júpiter y Urano.



—¿Cuál es su actividad? —preguntó Hal, intrigado.

—Soy experto en seguridad industrial. Trabajo como asesor del Ministerio de Minería de la Gerencia General de Rings. Lo espantoso de mi trabajo son las visitas al terreno. A pesar de nuestra tecnología, nada reemplaza la inspección directa para detectar los problemas de seguridad. Esto me obliga a viajar sin descanso. La dramática falta de mano de obra me obliga a hacer el trabajo de muchos.

—¿Entonces, usted conoce la colonia de Rings como la palma de su mano?

—Por supuesto —contestó Gordon, con orgullo—. Debo ser uno de los rangers que más conoce su país. Pero no cambio a Easter Island por nada.

—Y ¿qué tiene de especial? —preguntó Hal, con un dejo de ironía.

—Es un lugar muy humano. El resto de las ciudades son comerciales, manufactureras o náuticas; prácticas y frías. En ellas reinan los robots y los androides, siendo la productividad y el lucro el principal motivo de su existencia. Easter Island, en cambio, es un sitio intelectual, donde el hombre es la medida de las cosas y el foco del mundo. Allí está el centro de la creación artística de Rings; además es la sede de la Gerencia General de la colonia. Si usted viera sus edificios, Señor, apreciaría qué hermosos son. Imagine una arquitectura al estilo colonial espacial, rodeada de jardines y espejos de agua. En Easter Island la gente disfruta de una vida pausada y provinciana, sin la prisa y la competitividad del resto de Rings.

—Debe ser un lugar agradable para vivir.

—Sí, señor.

—Dígame, Gordon, ¿por qué le llaman Easter Island?

—El nombre es una metáfora de nuestra propia aventura colonial. Easter Island o Rapa Nui —explicó Gordon— fue una cultura autónoma que se desarrolló en una de las islas más solitarias de la Tierra, localizada en medio del pacífico a 3000 kilómetros al oeste de la costa de Chile, Sudamérica. Un puñado de navegantes polinesios cruzaron el océano Pacífico en frágiles barcas y llegaron a esa isla en el siglo V d.C.. Desarrollaron una cultura en extremo original con construcciones en piedra, escultura monumental e incluso escritura.

»Tal como los antiguos navegantes polinesios, nosotros también cruzamos el océano del espacio en frágiles naves para fundar una pequeña colonia en medio de la nada. Somos también un pequeño puñado de hombres que consiguió, contra cualquier predicción, convertirse en una cultura muy avanzada y demostramos que una nación es grande no por el número de sus habitantes sino por la pujanza de los mismos.



—¿Los nombres de las otras ciudades son también metafóricos?

—Por supuesto —contestó Gordon, entusiasmado con el tema—. New Europe y Columbia traen a la memoria continentes extraordinarios en la historia de la humanidad, mientras que Alejandría, Tikal y Xanadu fueron ciudades cumbres en el Egipto alejandrino, el mundo Maya y la antigua China, respectivamente. Como verá, los fundadores fueron bastante poéticos en la selección de los nombres.

—¿Y qué pasa con Southern Cross? No me parece que tenga el mismo sentido.

—La Cruz del Sur es una constelación que alumbraba sobre el hemisferio sur de la Tierra. Para nosotros es el símbolo de los navegantes polinesios y de su aventura por encontrar nuevas Tierras.

Los viajeros conversaron un largo rato hasta llegar a la ciudad de Southern Cross, donde se elaboraban tanto alimentos, como bebidas levemente alcohólicas de la marca «Golden Hind». Allí también se encontraban los telares robotizados que tejían las carnes sintéticas, tan reales y sabrosas, que eran la base de la alimentación de la gente de Rings. Durante todo el tiempo, Gordon continuó describiendo la ciudad de Southern Cross, de un aspecto muy similar a New Europe, aunque en menor escala y sin grandes puertos.

El vehículo retomó su viaje. Poco después sobrevolaban Easter Island. La ciudad era muy diferente a las que habían dejado atrás. En especial por su arquitectura finamente trabajada de un estilo que recordaba un poco al colonial inglés. Los edificios eran de color rojizo oscuro con armazones metálicas opacas y de equilibrada decoración. La vegetación surgía dentro y fuera de los domos transparentes que poblaban el plano. Compitiendo en belleza, estaban los elipsoides de agua fluyente iluminados por discretos láseres de colores pálidos.

Entre las construcciones se observaba una muy pequeña y discreta, ubicada tras una cerca de vegetación. Según Gordon, era la casa de Gobierno: la Gerencia General de Rings.

—Insignificante para ser el lugar donde ahora mismo se toman decisiones de las que depende la suerte de toda la humanidad —comentó.

El transporte se dirigió al terminal de autobuses. El descenso fue rápido y suave.

—Bueno, Hal, ha sido un placer —dijo Gordon y estrecho la mano del trestre—. Que tenga un buen viaje.

—Adiós, Gordon, y gracias.



Hal se dedicó a dormitar el resto del viaje. A estas alturas estaba cansado de la monotonía del paisaje espacial. Una hora más tarde, despertó de un salto con el zumbido de la alarma del cinturón de seguridad, acompañado de la regular voz del robot conductor.

Mientras la silueta de la ciudad se apreciaba sobre el horizonte curvo de Saturno Hal se ajustó su cinturón. Camelot, el centro metalúrgico de Rings, revelaba en su estructura el diseño de los hombres prácticos. Su aspecto era rudo, en una palabra: industrial.

El transporte interurbano entró al terminal, de aspecto moderno y ordenado. Los pasajeros comenzaron a descender. Hal bajó del bus y solicitó un Taxi, cansado por el viaje y las actividades del día.

—Lléveme a un Hotel —le dijo a la computadora de abordo.

—Por supuesto, señor.

La industrial Camelot se apreciaba tan ordenada y pujante como las otras ciudades de la colonia. Sin saber por qué, Hal recordó la frase «El reino de los cielos»

—Hotel King Arthur, señor —anunció el taxista.

—Gracias —contestó Hal, canceló la cuenta y tomó su maleta. La traviesa cámara voladora reposaba ahora en el equipaje.

Ingresó en el recibidor del Hotel, notando que su caminar era cada vez más natural bajo ingravidez. El lugar se veía austero y funcional, sin dejar de ser agradable.

La habitación, un cuarto común y corriente, de los que los ringers usan en sus viajes de negocios. Entró y dejó la maleta en un closet. De inmediato decidió comunicarse con New Europe. Dean le informó que comprendía a la perfección el manejo de la banana, nombre que habían acordado utilizar para la bomba de fusión. Al terminar, Hal se sintió demasiado cansado para bajar al comedor, por lo que decidió acostarse. Pero entonces se llevó una sorpresa. ¡No había cama!

Por supuesto, pensó Hal. Éste no es el Hotel Nature del Gravitorium. Aquí estoy bajo gravedad cero y se debe dormir como en una nave espacial corriente. Debo buscar dónde están esas benditas cosas de dormir, se dijo.

Sin embargo, su búsqueda fue inútil. Angustiado por su torpeza e ignorancia, Hal preguntó al robot de cuarto.

—A sus órdenes, señor —contestó el robot.



Una de las paredes, de aspecto sólido, resultó ser una puerta; se abrió de par en par, dejando salir un plato de unos cuatro metros de diámetro, que tenía en su interior una cama convencional. Era redonda, presentaba todas las comodidades para el buen dormir y, además, proporcionaba gravedad al cuerpo humano durante el descanso.

Hal se dio cuenta que había descubierto algo importante. Por primera vez estaba en un Hotel convencional diseñado para los ringers, y no para extranjeros. Los cuartos imitan las comodidades domésticas y las sofistican, elucubraron. Los ringers, como todos los humanos, duermen alrededor de ocho horas diarias, lo que representa un tercio del tiempo de vida. Bajo gravedad artificial los cuerpos pueden recuperar energía y vitalidad, limitando los efectos nocivos que la falta de esta tiene a largo plazo. El sueño era el momento adecuado para aplicarla. Cuando se dieron cuenta, las ciudades anillo de gravedad artificial quedaron obsoletas. Adiós rosquillas. Las ciudades ya no necesitaron girar y pudieron crecer en forma ilimitada y en tres dimensiones.

Lo que él no sabía entonces era que las camas centrífugas eran sólo uno de los factores que permitieron la adaptación. Otro fue la ingeniería genética que, aunque muy limitada, mejoró la supervivencia a largo plazo. Las enfermedades por ingravidez, como la pérdida de calcio llamada raquitismo espacial, que habían atormentado a los humanos durante la fase inicial de la colonización, dejaron de existir.

Ahora comprendía mucho mejor cómo se había desarrollado esta sociedad. Pero no pensó mucho más pues el sueño se apoderó de él, y se durmió. El campo se puso lentamente en acción. Hal, en el duermevela, percibió que una fuerza gravitatoria le sujetaba a la cama, y sintió que estaba de nuevo en la Tierra.

© Omar E. Vega

OMAR E. VEGA (1958), nació en Santiago de Chile. Ingeniero en computación, con estudios de postgrado en I.A., trabaja desarrollando software geográfico para la minería. Tiene una familia conformada por su esposa, tres hijos, una gata y un conejillo de indias, y vive cerca de unas ruinas incaicas.

OXÍGENO Y AROMASIA CAPÍTULOS III Y IV

de Claës Lundin

traducido del inglés por Adriana Alarco

Si en los capítulos I y II se nos presentaba a Aromasia, algunos de los cambios que se habían dado en la sociedad del s XXV como son los jardines particulares y los Ododiones y a su amante platónico; en estos capítulos se nos presenta a su novio formal y otros aspectos de la vida económica y social de la época.

CAPÍTULO III: EL HOMBRE DE LA TEMPESTAD

Un taxi aéreo se detuvo fuera de la ventana. Finalmente había llegado Oxígeno. Aromasia corrió hacia él y lo saludó con entusiasmo; el poeta le dio la mano.

Oxígeno Warm-Blasius era un hombre joven, quizás algo mayor que el poeta. Era muy estimado en su profesión y tenía gran éxito, pues era el dueño de la fábrica donde se manufacturaba el clima. Por lo tanto, se le podía llamar El Hombre de la Tempestad, así como también, El Alma de la Luz Solar. Tenía a su cargo un gran taller donde se fabricaban los instrumentos para producir cambios en la circulación del aire, muy solicitados y utilizados con frecuencia. Aquellos cambios se forjaban gracias a fuerzas químicas y físicas: emanaciones de gases que calentaban y refrigeraban enormes masas de aire, aspirando la capa superior hacia el planeta y empujando hacia arriba la inferior; también formaban y disolvían nubes y efectuaban todo lo necesario según el clima deseado. Oxígeno tenía gran reputación y considerables ganancias de los bonos de la compañía que generaban ingresos anuales por unos cien mil francos. Era lo que en el Siglo XIX se llamaba una «asociación productiva».





Después de saludar se dirigió hacia el microscopio instalado sobre la mesa junto a la ventana.

—¡Excelente! —exclamó—. Te felicito, mi querida Aromasia. No he visto con frecuencia un limo primordial tan excelente como éste. Has tenido un gran éxito.

—Así es. No está nada mal —admitió Aromasia; ella también se inclinó para observar a través del microscopio; se le veía sumamente atractiva. Luego añadió—: ¡Vale por tantas veces que me he sentado aquí para estudiar las distintas formaciones!

Un entretenimiento social y un habitual pasatiempo del Siglo XXIV, era extraer el supuesto limo primordial de la materia inorgánica en momentos de aburrimiento, (a un cierto momento), una formación orgánica muy primitiva. El profesor Ärencell tuvo el exaltado placer de observar la primera indudable generación espontánea. En vez de jugar con papagayos o con perritos falderos, las damas se ocupaban de observar bajo el microscopio los tipos de limo primordial más hermosos.

—Has llegado tarde, como de costumbre —continuó Aromasia—, pero entiendo que tienes mucho que hacer.

—Así es. La fábrica tiene un exceso de pedidos —replicó Oxígeno—. El clima ha estado inusualmente seco desde hace un tiempo y tenemos toda clase de dificultades para obtener la lluvia que nuestros clientes reclaman. Aun si por el momento no podríamos producir una gota más de la necesaria. No creo que exista otra profesión donde sea tan difícil complacer a los clientes. Se acumula un pedido aéreo sobre otro y se lamentan: «¿Por qué no han cumplido con nuestra orden? Hemos pedido lluvias hace un par de días y hasta ahora no recibimos ni siquiera un poco de rocío». Entonces, cuando cumplimos con la orden aprisa y bombeamos un poco más de lo debido, escuchamos los reclamos: «¿Están locos? ¿Quieren ahogarnos? ¡Envíenos inmediatamente el sol!» «¡Lluvia!», nos gritan por un lado; «¡Sol!», nos ordenan por el otro. Y debemos proveerlo con rapidez. Actualmente, hay abundancia de demanda de lluvias. Entonces nos vemos obligados a subir el precio por gotas, porque la materia prima está muy usada y necesitamos aumentar la mano de obra, contratar a nuevos trabajadores.

—¿No es suficiente el trabajo de los asistentes temporales? —preguntó el poeta.

—Tú siempre vives en el pasado remoto —respondió Oxígeno—. Eran la desdicha del trabajo en las antiguas condiciones. Cuando necesitabas ayudantes para un trabajo temporal, debías abonarles una suma diaria, o subir el salario anual, o contratar por pieza, pero nada de eso funcionaba. Los obreros temporales son ociosos. ¿Para qué van a trabajar más si no recibirán mayor sa-



lario? ¿Por qué deberían esforzarse más de lo necesario? No, la actitud en esa época era trabajar lo menos posible. Y los que recibían paga por pieza eran sumamente descuidados durante la fabricación, deseaban recibir su remuneración cuanto antes. Sólo al compartir con ellos parte de las ganancias es posible contar con buenos obreros, hábiles y atentos.

—¿Y si no hay ganancias? —fue la nueva pregunta.

—Si así fuera, estamos asegurados con diversas compañías que compensarán los salarios hasta que mejoren las condiciones. Si no, ¿por qué les pagaríamos esas grandes sumas anuales?

—Oxígeno tiene razón —intervino Aromasia—, y no hay ninguna duda sobre ello. Sólo un fanático de lo antiguo, como nuestro amigo el poeta, puede hablar de salarios para trabajos temporales. Todo eso quedó atrás hace cuatrocientos años, y si las terribles guerras socialistas del Siglo XX no pudieron arreglar nada más, al menos terminaron con los viejos prejuicios sobre la economía. Pero ahora quiero contarles otra cosa. Como saben, tengo que dar un concierto esta noche, una hora después de la cena, entonces ¿por qué no vamos a comer juntos los tres? ¿Me permiten ser su anfitriona? Los invito al Hotel Central, y pueden acompañarme los dos.

Tanto el hombre de la tempestad como el idealista aceptaron la invitación y prometieron regresar a tiempo. Aromasia prefería estar sola un rato para prepararse para el concierto. Antes de despedirse, Oxígeno murmuró:

—Yo también tengo una sugerencia, pero es para mañana. He arreglado el clima para que llueva mucho, a pedido de mis clientes, y por lo tanto, creo que puedo usar mi día libre...

—¿Tú tienes días libres? —interrumpió el poeta.

—Claro que sí —contestó Oxígeno, sorprendido—. ¿No lo sabes? Cada trabajador de cualquier profesión, sea el director o el obrero, tiene un día libre cada diez. Ésa es la ley y nadie le puede negarle el derecho, aunque también le está permitido a cualquiera, por supuesto, trabajarlo. Mañana no lo haré y sé que Aromasia, que es una artista, puede tomarse su día libre cuando lo prefiera...

—¿Y eso estaría bien? —preguntó el poeta.

—Bien o mal, así es —repuso el fabricante del clima—, y no vamos a discutir su implicancia social en este momento. Tú también, mi amigo, es probable que puedas usar tu día libre cuando te dé la gana, que tampoco está bien. Oye, si te es conveniente, mañana podrías acompañarnos a una excursión.

—¡Una excursión! —exclamó Aromasia—. ¿Adónde?



—Había pensado viajar a Norteamérica. Tendremos todavía clima seco por unos días en el Hemisferio Norte, y sería interesante visitar Niágara.

—¡Oh, sí! —repuso Aromasia—. ¡Ir al Niágara y conocer el lugar donde una vez rugió una fabulosa catarata! ¿No deberíamos invitar también a tía Vera?

—Me gustaría que fuera, pero me temo que la anciana señora no está en condiciones de hacer un viaje tan largo —explicó Oxígeno.

—Con toda seguridad, tienes razón —admitió Aromasia—, pero es una pena. Tía Vera es una anciana de lo más amable.

—Me han contado que antiguamente las ancianas como ella viajaban a lugares lejanos por el aire en sus escobas —bromeó el poeta.

—Es un chiste de mal gusto —replicó Aromasia—, y día tras día hay menos respeto por las mujeres, sobre todo por las ancianas.

—Las mujeres y los hombres mayores son venerados de igual modo el día de hoy —intervino Oxígeno—. Por otro lado, podemos decir que a los jóvenes no se les mantiene bajo cuidado durante muchos años. Son las costumbres de nuestro tiempo.

—Yo sé —continuó Aromasia— que tía Vera logró muchos éxitos cuando era joven. Fue socia y propietaria de la empresa de comercio junto con su esposo, y cuando él falleció, quedó a cargo de la oficina. No faltó un solo día al trabajo, y en las noches reunía a los empleados, de ambos sexos, para disertaciones, charlas, juegos, bailes y entretenimientos. Eran como miembros de una sola familia, nadie tenía necesidad de salir en busca de diversiones, aunque a veces lo hacían para ver obras de teatro y asistir a conciertos o conferencias.

—Presento mis respetos a la anciana dama —declaró el poeta—, pero no hubiera sido inspiración de un soneto hace un par de centurias.

Se despidieron y prometieron encontrarse más tarde en el Hotel Central.

CAPÍTULO IV: EN EL HOTEL CENTRAL

—¿Dónde desea cenar, milady? Puede hacerlo en el primer piso, en uno de los comedores grandes, o en alguno de los otros pisos, o quizás en algún otro lugar del Hotel. Tenemos comedores hasta arriba, en el piso once. Puede ocupar una habitación privada en el piso catorce donde también sirven la cena. Por favor, decídase. Dentro de un minuto partirá el ascensor... Adelante, adelante, damas y caballeros... Aquí tenemos el segun-



do ascensor de ocho salones donde caben cincuenta personas. Está por llegar el tercer ascensor... ¡Siga usted, por favor!

El gerente de ascensores, empleado del Hotel Central, se ocupaba del transporte hacia los comedores. El edificio estaba situado en el antiguo Humlegården, o, mejor dicho, en el lugar donde estaba el antiguo parque y casi en el mismo donde, quinientos años atrás, existía un pequeño edificio que contenía la Biblioteca Real; era el nombre que la monarquía le diera a aquella insignificante colección de libros.

Llegaban huéspedes al Hotel de manera incesante, la mayoría montada en bicicletas aéreas o en aeroxaxis, u otros varios vehículos aéreos. Algunos, quizás apenas un centenar, subían al ascensor en el primer piso. Los demás llegaban directamente a los pisos altos, donde podían guardar sus medios de transporte en los amplios estacionamientos. Allí los recibían, los inscribían y quedaban en custodia de los guardianes llamados *arenandrarne*, una palabra de origen desconocido. Sin embargo, un anticuario estudioso afirmaba que la palabra, según él mismo había descubierto, venía de un modismo usado en Siglo XIX.



Al entrar en los grandes comedores, uno se encontraba de inmediato en medio de una atmósfera frenética. Muchos huéspedes no tenían tiempo material para sentarse a disfrutar de una cena substancial, por lo que se amontonaban delante de anchos mostradores a lo largo de las paredes. En plena agitación y con gran apuro, tragaban píldoras de sabores diferentes que contenían algunos extractos universales en polvo. Esas tabletas se preparaban con nutrientes, y ofrecían el sabor de algunos platillos favoritos.

Los huéspedes que tenían menos urgencia; se sentaban con tranquilidad alrededor de las mesas, unas grandes y otras pequeñas, decoradas con profusión con objetos artísticos confeccionados con diversos metales descubiertos en las últimas centurias. De cada mesa sobresalían varios botones, que semejaban a los antiguos pulsadores de campanillas eléctricas. En cada uno se leía el nombre de un platillo diferente: era el menú del día. Al apretar el botón deseado, de inmediato el platillo venía a la mesa, pero ningún camarero; tan pronto



llegaba la comida a la mesa, se emitía un mensaje hacia una de las casillas de cobranza a la entrada del comedor; allí la máquina registraba el platillo y el número del cliente y, antes de salir, éste debía saldar su cuenta.

Quizás, el animal que formaba parte del platillo elegido había sido cazado con una de las últimas y más modernas máquinas cazadoras y llevado a destino en un transporte aéreo.

En el menú abundaban los frutos. Junto a las hermosas uvas de España y de Hungría, las fresas suecas cultivadas, pues las silvestres desaparecieron del país con los bosques. También había naranjas dulces y jugosas recogidas apenas algunas horas antes en Sicilia; las famosas nueces de Brasil y la leche fresca de coco de las Islas Nicobar servida en pequeñas vasijas de plata.

El vino llegaba desde el mismo lugar de procesamiento, pero la gente prefería beber vinos franceses, generalmente del Rin, y muy poco del húngaro. Los vinos de Portugal como los de España no eran los favoritos del momento - algunas compañías vitivinícolas allí habían cerrado. El aguardiente sueco, que estuvo a punto de inundar el país durante cuatrocientos o quinientos años, se había agotado por completo entre 2200 y 2300. Durante la segunda parte del Siglo XXIV, se podía leer en los libros tradicionales de la época cómo la pureza provenía tanto del espíritu como del espiritualismo. Afirmaban que el del famoso profeta, en Rejermersholm, durante el Siglo XIX, era el de mayor pureza. Sin embargo, se conjeturan tantas maravillas sobre sus acciones que uno se pregunta si el personaje había existido en realidad. Después de tantos años, uno tiene el derecho a dudar de los prodigios que se le atribuyeron, sobre todo de salvar a Suecia, como se afirmaba, de una peligrosa epidemia de «*alcoholismus chronicus*».

Como todos conocían, en esos momentos también el aguardiente estaba agotado y desaparecido, junto con la antigua mesa giratoria o «smörgåsbord», uno de los fenómenos más extraños que existieron y que ejerció gran influencia en la vida social durante cientos de años. Según narran los antiguos libros, en medio de cada comedor se colocaba una mesa espléndida, llena de variadas provisiones, por lo general bocadillos salados, o sea, arenques en diferentes formas. En el medio de esa colección de manjares se situaba un barril con varias tuberías que, al abrirse, dejaban fluir toda clase de aguardientes. Era como una fuente continua de bebidas alcohólicas. Las medidas del barril causaban admiración entre los forasteros, y los grandes vasos que se llenaban con la fuerte bebida, llamada «agua de la vida», estaban en proporción con su tamaño. Eso cuentan las viejas crónicas. Los huéspedes bebían un trago en sus enormes vasos y luego probaban los pececillos salados sobre pan con mantequilla; luego tomaban otro trago, llamado «mediano» pero que podía ser tan grande como uno «entero», y se hacían bromas sobre lo que decían las matemáticas de un «entero» y de sus «partes». Luego comían otra vez con un tercer vaso de aguardiente, llamado el «terceto». Sólo entonces se podía empezar a consumir



la verdadera cena. Sin embargo, aún en el Siglo XXIV, muchas personas dudaban de tales crónicas y de la existencia de las mesas giratorias; pensaban que existía la probabilidad de que sólo fuera una leyenda, como la del espíritu puro, en Rejmersholm.

Gente de todo el mundo llegaba al Hotel Central. Personajes de la República Eslava se mezclaban con otros de la antigua Constantinopla o de lugares lejanos del Asia, y ciudadanos de muchos pequeños estados germanos. Éstos últimos seguían luchando entre ellos desde que la gran Alemania «unificada» diera el ejemplo y estallara en mil partes, sólo para demostrar cómo podían desembarazarse de la miseria. Compartían los comedores, además, vendedores viajeros de África Central, turistas de las Islas de los Mares del Sur y algunos miembros de las familias más distinguidas de Greenland, que pasaban gran parte de su tiempo viajando por África y por Europa. También se apiñaban alrededor de los mostradores algunos chinos, japoneses, smålanders y escandinavos. Con gran prisa, tragaban unas píldoras de extractos energéticos universales y proseguían su viaje.

La gente del lugar ocupaba las mesas centrales. Era corriente, a finales del Siglo XXIV, que las familias no cenaran en casa. Sólo los más ricos de la población podían tener su propio servicio doméstico. El resto se alimentaba en los comedores, una alternativa más cómoda y más barata. La producción de alimentos no crecía a la par con la población. Los precios de los materiales básicos se equilibraban gracias a las asociaciones culinarias que proveían de alimentos a los comedores, y gracias a los últimos descubrimientos científicos, los platillos tenían precios mucho más económicos que en el pasado.

¿Cuál era el secreto? Estos alimentos servidos en las instituciones públicas necesitaban muy pocos sirvientes, o colaboradores como se les llamaba, para la preparación. La maquinaria se ocupaba de transformar la mayor parte de los productos y se requería poca intervención humana para hacerla funcionar. Pero había gran cantidad de ingenieros y químicos de cocina: ellos habían tomado el lugar de los antiguos «chef», y tanto los hombres como las mujeres tenían una educación universitaria. Supervisaban el cocimiento de los alimentos y eran responsables de que se sirvieran sólo platillos sanos y nutritivos.

Asistido por la ciencia y su poder, el arte culinario había progresado de manera notable en las últimas centurias; pero también, quizás como consecuencia de la participación de las mujeres en esa actividad, la ley había obligado a quitar de los menús todos los platillos que causaban enfermedades en el pasado. El Gobierno actuó con decisión en beneficio de la salud de los ciudadanos. El sólido Cuerpo de Policía emprendió una guerra de exterminio de las bebidas y de los platillos declarados indigestos, excitantes o inadecuados por la ciencia, así como de otros productos que no tenían suficientes nutrientes para formar cuerpos sanos.



Las grandes cocinas –ya casi no existían las pequeñas–, eran laboratorios donde se preparaban comidas robustas y apetecibles, más que instituciones culinarias antiguas. No se permitía que las mujeres ignorantes o descuidadas prepararan platillos de cualquier manera, porque su composición no llegaba a conocimiento del consumidor. Todo lo contrario, el sistema de cocimiento se había desarrollado tanto que se convirtió en una verdadera ciencia; no se podía ejercer sin aprobar un examen de química e higiene, y haber tomado un curso práctico de preparación.

—¡Cuánto hemos progresado en la cocina gracias a la influencia de la ciencia! —exclamó Aromasia, mientras guiaba a sus huéspedes a la mesa en uno de los grandes comedores del Hotel Central.

—¿Y la poesía? —objetó el poeta—. ¿Adónde se fue la poesía?

—Nunca puedes olvidar tu musa ferrocarrilera —replicó Aromasia sonriendo y empezó a leer el menú en los botones.

—Oh ¿Y dónde ha ido la poesía del hogar, entonces? —continuó el hombre del pasado—. Antiguamente, el cabeza de la familia reunía a su gente alrededor de la mesa. Ahora, toda la familia va a una posada, se sientan con extraños en una habitación común donde consumen sus alimentos en público. ¿Puede llamarse ambiente familiar a esto? ¿Saben qué denominaban deleite doméstico en el pasado?

—Sí —intervino Tía Vera, otra invitada de Aromasia—. El deleite doméstico significa que cada ama de casa debía hacer todo por sí misma y quedarse delante del fogón si no deseaba quemar la comida. Era una sirvienta del hogar y de toda la familia. En el pasado estaba a cargo de los cuidados domésticos y sufría angustias. Ése era el deleite familiar de la antigüedad.

—¡Qué opinión tan prosaica! —objetó el poeta—. La mujer era el espíritu afable y el ángel guardián del hogar. Ésos eran buenos tiempos. En cambio ahora...

—¿Somos acaso inferiores a nuestros antepasados? —exclamó Aromasia—. Hubo un tiempo, a fines del Siglo XIX, cuando la filosofía hizo una advertencia sobre la destrucción del mundo. ¿Acaso estaba promoviendo el deleite familiar? La gente estaba cansada de la vida y no deseaba lo que tú llamas ahora la poesía del hogar.

—Es verdad —intervino Oxígeno—. Fue el tiempo cuando se creía que el mejor destino del hombre era deshacerse de la Naturaleza, restituir los átomos a su inacción original y a su insignificancia como en un principio. En una palabra, regresar al punto de partida de la existencia. Pero aquella forma de pensar está superada en la actualidad. Ahora tratamos de prolongar la existencia todo lo posible y mucho más allá de lo que imaginamos en este momento, pero



aún no hemos tenido mucho éxito. Sin embargo, me ha contado un miembro de la Academia Siberiana de Ciencias –nombre de la que antes fue la Sociedad Científica de Mongolia del Norte–, que se ha inventado un proceso para momificar a los humanos durante cierto tiempo y luego revivirlos. Esta invención nos acercaría a la meta, sin duda. Al menos, creo conocer el método.

—¡Qué locura! —exclamó el poeta sorprendido—. No puede haber un ideal más alto que el que buscaron nuestros antepasados hace cuatrocientos o quinientos años, y que por desgracia se ha perdido en el presente. Todas las invenciones y sabiduría actual se vuelven impotentes cuando son manipulados por instintos egoístas como el de prolongar la vida... la misma vida que durante centenares de años ha continuado su lucha para perdurar.

—¿Centenares de años? —objetó Tía Vera—. Dirás mejor milenios. Esa lucha por la vida siempre existió y siempre existirá. Es el verdadero núcleo del progreso humano.

—¡Es terrible! —gritó el poeta, mientras tomaba otro bocado de pavo—. Sí, sí. Los tiempos son perversos.

—¿Saben qué pienso? —intervino Oxígeno—. Que nuestro amigo el poeta ha sufrido el tratamiento mencionado. O sea que fue momificado hace unos cuatrocientos o quinientos años y ahora ha revivido. Claro, si está vivo aún. Casi me atrevo a creer que es una verdadera momia de varios años de antigüedad.

Tanto las señoras como Oxígeno rieron a expensas del poeta. Apollonides se puso aún más serio. Se sentía herido porque Aromasia, a quien quería mucho, se burlaba de sus pensamientos y le molestaba en lo más hondo de su ser que Oxígeno, ese petulante y materialista del futuro, tuviese más influencia en Aromasia que él mismo... él, que se consideraba el adorador contemplativo de los antiguos ideales. Sus palabras fueron amargas y se permitió algunos comentarios ofensivos. La fina discreción de las dos damas, con su bondad tan femenina, evitó que ambos jóvenes llevaran la cena a un final desagradable. Aromasia trató de dirigir la conversación hacia otro asunto, pero resultaba difícil eludir el pasado cuando estaba presente Apollonides.

—Me pregunto si lo que cuentan los viejos libros es verdad —dijo—, que en el pasado, las personas servían a otras.

—Es verdad —explicó el poeta—, y era una excelente institución. Uno podía hablar directamente con el camarero que atendía, hacerle preguntas y recibir respuestas.

—No entiendo esa necesidad —exclamó Oxígeno—. ¿Por qué razón necesitamos unos camareros para preguntarles, si ellos no podrían proporcionarnos



lo necesario para subsistir, y nosotros contamos con otros mecanismos para obtenerlo?

—¿Y qué remuneración recibían esos camareros humanos por su trabajo? —preguntó Aromasia—. ¿La asociación de posadas los compensaba?

—Absolutamente no —se apresuró a contestar el poeta—. A ellos les pagaban los huéspedes, con un arreglo económico excelente. Para empezar, recibían una paga muy pequeña. La llamaban propina, pero cuando creció la demanda, los camareros cobraban el impuesto indicado por la ley sobre cada platillo que servían. Si el huésped no quería pagarlo, a veces era muy alto, lo encerraban en la cárcel y se quedaba allí hasta hacerlo. Así era la ley.

—También yo he leído algo sobre eso —declaró Oxígeno—, y sé que al final del asunto, los huéspedes debían servir a los camareros para pagarles el impuesto que les debían bajo la denominación de propina. Los tributos crecían todo el tiempo, y los pobres y hambrientos huéspedes debían arrodillarse y servir a los camareros gordos sentados en las mesas.

—¡Silencio! ¿Qué ruido es ése, al fondo en la fila norte de los taburetes? —preguntó Tía Vera, señalando a un grupo de personas que armaba barullo frente al expendio de cápsulas de extracto universal de energía.

—Oh, es sólo un par de alemanes peleando —informó Oxígeno. Se había puesto de pie para observar la escena—. Es un sajón que se ha caído al suelo arrastrando a un bavarés, pero luego ha venido un Hasenhaidener, como llamaban antes a los berlineses. Este último quiso quitarle las cápsulas a ambos, al sajón y al bavarés... Pero ha llegado la Seguridad del Hotel Central y ahora los que peleaban han corrido hacia sus bicicletas.

—Debemos buscar nuestros vehículos —intervino Aromasia—. Se acerca la hora del concierto. —Se puso de pie y pagó la cuenta de 875 francos. A menudo, una cena en el Hotel Central podía llegar a costar entre 1500 y 2000 francos si eran tres o cuatro personas, pero habían cenado en forma muy sencilla.

Claës Lundin

© de la traducción inglesa Adriana Alarco de Zadra

Hace cien años, Claës Lundin (1825-1908) era bien conocido en Suecia. Fue periodista y corresponsal en el extranjero, trabajando para periódicos en su oriunda Estocolmo y en Gotenburgo. Escribió muchos libros, principalmente sobre la vida en Estocolmo, pero también libros de viajes por Europa y Suecia. Antes de su tormentosa colaboración con Strindberg, publicó en 1878 su novela de ciencia ficción *OXÍGENO Y AROMASIA*. La novela se inspiró en *Bilder aus der Zukunft (IMÁGENES DEL FUTURO)*, del filósofo y escritor de ciencia



ficción alemán Kurd Lasswitz (1848-1910). La novela se puede leer en su idioma original en el siguiente enlace <http://runeberg.org/oxygen/> .



LA ODISEA LITERARIA SEGUNDA PARTE

por Víctor Conde

En nuestro anterior capítulo habíamos visto como nuestra protagonista asistía a la visualización de la película de *El Frankenstein* de Edison. Todas las pruebas apuntan a que dentro de la película se han dejado mensajes masónicos. Algunos han sido descifrados por el equipo en el que se integra Stephanie pero hay unas frases que declama una y otra vez uno de los personajes. En este capítulo surge una nueva incógnita el significado masónico de jazmín blanco en la encuesta que lleva a cabo nuestra intrépida protagonista.

2. SOLITUDES

Hotel Rossmour, Florencia. 24 de mayo de 2009.

La vida de una investigadora no estaba exenta de peligros. No eran amenazas del tipo que aparecían en las películas, con hombres uniformados cargando pistolas en las sobaqueras, trata de blancas o arriesgadas fugas en camión por la frontera cuando era imposible escapar de algún régimen por la vía diplomática. Era más bien... algo peligroso pero trivial, como el desafío que Stephanie había encontrado aquella mañana en el hotel, nada más levantarse. Algo que había puesto a prueba su paciencia y su temple de mujer moderna y segura de sí misma.

Un pelo en la toalla de la ducha.

Era uno de esos pedacitos de cabello retorcido, muy negro, con un punto blanco en la raíz en el lugar donde falló la argamasa. Un destello de falta de higiene que pudo haber escapado del campo de concentración de una cabeza, una barba descuidada, o (glup) aún peor, de alguna zona púbica.

Era inadmisibile que algo así sucediera en un hotel. Ella había estado muchas veces en Italia y siempre la habían tratado maravillosamente, con un cuidado exquisito en lo tocante a la limpieza de las habitaciones y los enseres de baño –salvo aquella vez que rodó la cama para buscar una lentilla y encontró un paquete de galletas a medio comer que el anterior ocupante había dejado en el punto ciego de la aspiradora. Otro episodio de las aventuras de Stephanie Ogle en la horrible guarida de los *tres estrellas*-. Aquello era un error humano, de ésos que se supone todos tenemos, pero que siempre rechina cuando te toca a ti encontrártelo. Salió al pasillo y miró en ambas direcciones, buscando una puerta abierta y un carrito que delatara a la mujer de la limpieza; tenía el cabello todavía mojado y una bata (también del hotel, aunque revisada centímetro a



centímetro en busca de otros «errores humanos») por toda cobertura contra el frío. En sandalias, Stephanie avanzó dando zancadas hasta el carrito y miró dentro de la habitación.

La asistenta, una chica polaca de ojos profundamente verdes y nariz pequeña y bonita, la saludó en una lengua que parecía una mezcla de italiano y algún dialecto eslavo.

—Esto... hola, buenos días —comenzó Stephanie, cerrándose la bata por el escote—. No sé si se encargará usted de limpiar mi habitación...

—Buenos días. No, señora, yo llego hasta la ciento veinte —respondió la joven, señalando los números dorados de la puerta—. ¿Desea algo?

—Sí, bueno... —Le mostró la toalla, aún doblada. El conocimiento de que atrapado en su interior estaba todavía aquel trocito de culpa le revolvía un poco el estómago.

—¿Quiere que se la cambie?

—Si me hace el favor...

—*Tak* —sonrió la joven, y extrajo otra toalla limpia del carrito. Se la tendió con una sonrisa y esperó por si la cliente necesitaba algo más de ella. Stephanie le devolvió la sonrisa y se retiró. Sentía unas ganas perentorias de abrir la toalla allí mismo, extenderla bien, y comprobar que no llevaba otro furtivo asido al algodón, pero habría sido de mala educación. De todos modos, en cuanto cerró la puerta a su espalda la examinó palmo a palmo.

Estaba limpia.

Suspiró. Se quitó la bata fuera del baño y, desnuda, estuvo correteando de un lado para otro buscando entre el neceser y los bolsos los enseres que necesitaba (peine de púas, gel, mascarilla y... ¿dónde demonios estaba esa maldita traba?). Odiaba las trabas para el pelo: no importaba cuánto esmero pusiera en tratarlas bien, en llevarlas en algún lugar cómodo donde la presión de la maleta no las aplastara, siempre se les acababa partiendo algún diente. Por eso Stephanie nunca traía de las suyas, las que tenía en casa: una de las primeras cosas que hacía en su lugar de destino era pasar por un supermercado y comprar una provisión de dos o tres, de colores chillones o con pulpitos dibujados, que le durasen todo el viaje. En esta ocasión había encontrado además una colonia, de una marca que no había usado nunca, en una tienda con nombre bíblico y un escaparate lleno de figuritas de cera. La probaría si lograba sobrevivir a las condiciones higiénicas del hotel.



Fue más o menos en ese momento cuando su móvil despertó del letargo. Hastiada de tantas interrupciones en su largo camino hacia la ducha, lo sacó del bolso y comprobó el número. Era el prefijo del museo. Desconectó la función cámara y se lo puso al oído.

—¿Quién es?

—¿Señorit... señora Ogle?

—Ah, hola, Berto, ¿cómo va la investigación?

Al otro lado se escuchó un tableteo de dedos sobre un teclado.

—Mejorando, ya tenemos algo. Hemos analizado con ayuda de un experto los movimientos de los labios de Stanton.

—¿Y...? —lo animó, agitando los brazos aunque él no pudiera verlos. Odiaba cuando la gente se hacía la interesante.

—Dice algo de un tesoro guardado en una vieja mansión. Tuvimos dudas sobre si realmente estaba declamando unas líneas de diálogo, o si estaba usando una especie de código.

Stephanie volcó su cabello sobre los hombros y se enredó unos bucles en el dedo, como siempre que pensaba.

—¿Una mansión? ¿Qué mansión?

—Pues... no lo sé. Creí que la palabra clave aquí iba a ser «tesoro».

—Encuentra antes que nada el lugar donde se esconde, amiguito, y la naturaleza del premio te será revelada en todo su esplendor.

Berto hizo un chasquido con los dedos.

—¡Ah! Esa es una frase del Padrino, ¿no? —Añadió un punto de carraspera a su voz—: la familia es lo que importa...

—Este... sí, del Padrino. —En realidad era de *El chico de Shropshire*, de Housman, pero no iba a iniciar una discusión por semejante tontería—. ¿Stanton añadió algún detalle extra, algo que nos pueda indicar a qué mansión se refería?

—No, pero hace un gesto raro en su actuación. Entre el fotograma ciento treinta y ciento cuarenta y ocho, lo notó el profesor Vittorio, el actor se empeña en repetir la frase «espejos revelarán la epifanía», mientras señala a una flor.



—Espejos... —Dos vueltas más de su dedo y el bucle dio lo más de sí que pudo—. No puedo creer que... —Se interrumpió a sí misma, mientras paseaba con los pies descalzos. El neceser cayó de la mesita y dejó ver la traba que estaba buscando, con un diente roto—. No, espera, es imposible. Su rastro se perdió hace demasiado tiempo.

—¿De qué habla, doctora?

—Olvidalo. ¿Qué tipo de flor señalaba?

—Un jazmín blanco.

Jazmín. Como en el lábaro de la Orden Terciaria, pensó.

—Gracias, Berto. Avísame cuando tengáis más datos. Y dile a Vittorio que estaré investigando la posible localización de esa mansión, si es que aún existe.

—¿Pero cómo diantre...? —La voz del muchacho se cortó en seco cuando Stephanie cerró el móvil. Lo sostuvo entre sus dedos unos segundos, paseándolo del índice al pulgar, mientras cavilaba.

El jazmín tenía un significado especial para muchas organizaciones esotéricas. Era, al igual que el crisantemo o la rosa, una planta de referencia para los grimorios, aunque de las páginas copiadas a mano por los sacerdotes de la Edad Media había trascendido en algún momento para ocupar un lugar destacado en los blasones.

Había que buscar el origen de todo ello en los preparados de los antiguos alquimistas: más allá de su dimensión simbólica, Stephanie sabía que determinadas plantas arbustivas añadían aceites, ésteres y aldehídos a las mixturas de los primeros químicos, por lo que eran muy apreciadas. Conocía la anécdota referida en un antiguo códice que tenía como protagonista a sir Ortelius Manfraad, un terrateniente con rango de barón, que había asistido a San Benito de Nursia en Montecassino. Ortelius, además de estratega y administrador de fincas, era también un hombre de ciencia. Sus experimentos alquímicos dieron frutos sorprendentes, allá en su época, pero se perdieron durante la revolución de los Broddos. Algunas organizaciones, entre ellas la masónica, habían perseguido el legado de Ortelius durante siglos, esperando encontrar en algún manuscrito, que milagrosamente se hubiera salvado de la quema, uno de esos secretos fundamentales que tanto les gustaban. Por supuesto, el barón había usado habitualmente los jazmines, y si la leyenda era cierta llegó a pagar una cantidad indecente de dinero a un joven pretendiente para que le donase el ramo que en ese momento llevaba a su novia, pues su experimento no podía esperar la visita a la floristería.



¿Podía estar relacionado el secreto que la logia había guardado en aquella película en blanco y negro con alguno de estos antiguos alquimistas, quizás incluso con el mismísimo Ortelius? ¿Estaba señalando Stanton un camino, o dando una pista para descubrir algo importante?

Stephanie se echó el pelo de nuevo hacia atrás. Sin más interrupciones, se dio su ducha y se vistió para salir. Según la agenda que le habían preparado para ese día, tenía el tiempo justo de entrevistarse por última vez con Vittorio, pasar por el museo para recoger unos viejos manuscritos y salir pitando hacia el aeropuerto, donde la esperaba una butaca caliente en un avión de línea. Pero se iba a saltar esa agenda. La situación requería un tratamiento especial.

Lo primero era averiguar en qué lugar del mundo se encontraba la mansión, si en el Viejo o en el Nuevo Continente. Salió a la calle y buscó un alquiler de coches. La forma de conducir de los italianos era demasiado agresiva para lo que ella estaba acostumbrada, pero si tenía que moverse con libertad fuera de la ciudad (dudaba que los santuarios de la masonería de Florencia estuviesen cerca de *Santa Maria dei Fiori*), no le quedaba más remedio. Eligió un Fiat pequeño pero manejable, de esos que tanto le gustaban, y condujo por las calles céntricas, donde había mayor posibilidad de que los conductores respetasen los semáforos. Pronto estuvo en la comarca, rodeada por altos cipreses y con un paisaje de fondo de bellas y ondulantes colinas, sólo perturbado por alguna torre de alta tensión o el cartel luminoso de alguna gasolinera. Adoraba Italia. Era un país tan hermoso como enigmático. Y con tiendas y más tiendas llenas a rebotar de delicioso chocolate negro.

Ahora que lo pensaba, Juan debía estar trabajando cerca de allí, en Bolonia. Era un antiguo compañero suyo, que había catalogado pinturas falsas para la Fundación, unas que el resto del mundo tenía por sacrosantos originales. Durante una época ella también estuvo destinada en su departamento, e hicieron buenas migas. Le sorprendía el carácter de Juan, tan inapropiado para aquel oficio. Era juicioso pensar que una persona que se dedicaba a estudiar milimétricamente unos cuadros antiguos tenía que poseer un temperamento sosegado, tranquilo, capaz de muchas horas de paciente prolijidad. Nada más lejos de lo real. Juan era el terremoto más dinámico y desastroso que Stephanie hubiera conocido. Siempre estaba haciendo cosas, siempre, incluso cuando no hacía nada. Y siempre le faltaba tiempo: el reloj de pulsera amaranto que nunca se quitaba ya debía de estar desgastado sólo por la cantidad de miradas que le lanzaba a lo largo del día. El minuterero corría, tic tac, y él corría detrás, tac tic, pintando allí, diluyendo acá, escaneando esto y contrastándolo otro. Sí, desde luego tenía que quedar con él, aunque fuese secuestrándole a punta de pistola de su taller, y obligándole a tomarse un capuchino a la sombra de alguna de las boloñesas galerías porticadas.

Pero eso tendría que esperar. Ahora tenía una misión nueva, y le encantaba elucubrar sobre sus implicancias. Si había alguien en la región que pudiera



saber lo suficiente sobre heráldica oculta como para decirle qué casas de alquimistas eran las más afines al jazmín blanco, ése era Pietro Brunelle. Pero no estaba segura de que la recibiera, al menos no sin una escopeta en las manos. La última vez que se cruzaron sus destinos, él había salido perdiendo sin necesidad por culpa de sus errores.

Stephanie rogó porque los años hubiesen convertido a Brunelle en un hombre un *pelín* más comprensivo de lo que era cuando desmembró y destripó a todos aquellos sectarios.

© Víctor Conde

Víctor Conde tiene 28 años, es natural de Tenerife y trabaja como guionista de cine y televisión. Ha publicado en revistas como *Axxon*, *Pulsar* y *Artifex*. Además tiene publicadas las siguientes novelas: *PISCIS DE ZHINTRA*, *ARENA*, *EL TERCER NOMBRE DEL EMPERADOR* y *MYSTES*, novela que fue finalista del primer premio *Minotauro Internacional de Ciencia Ficción y Literatura Fantástica*. Recientemente ha publicado su última novela *EL DRAGÓN ESTELAR* en *Timún Más*.



Poesías

LA PUERTA

por Juan José Tena

Una puerta cerrada lleva hacia la muerte. Y esa misma muerte que llegará algún día, de canciones perdidas desde el origen del tiempo, es la locura eterna que obsesiona al autor de este poema.



© Pedro Belushi

El caserón envuelto en nieblas
tiene una puerta cerrada
hacia el corazón del infinito.
Con un rito más viejo que el tiempo
se abre el velo de la oscuridad,
nube negra que vuela vertiginosa,
viento del espacio, dadora de muerte.
A través de la puerta abierta
visiones de ciudades sumergidas
que emergen otra vez,
castillos de ónice de altura infinita
brillando bajo la luz muerta de las estrellas.
Canciones perdidas susurradas
tras la música de flautas enloquecidas.
Un ser sin rostro camina entre los mundos
devorándolos con apetito irrefrenable.
Eones pasan fragorosos
ante los ojos del soñador que abrió la puerta
hacia el origen de los tiempos
donde la locura reina eternamente.
donde la eternidad enloquece.

© Juan José Tena

JUAN JOSÉ TENA nació en 1973 y es un gran aficionado a la literatura, especialmente la de terror. Escribe fundamentalmente relatos de género fantástico y poesía. Publicó relatos en el fanzine *La Ventana* y últimamente ha colaborado en *NGC 3660* y en *Axxon*. Próximamente irán apareciendo colaboraciones suyas en otros medios. Su blog es:

<http://jjt-textossecretos.blogspot.com/>



LA PALABRA PERDIDA Y OTROS POEMAS

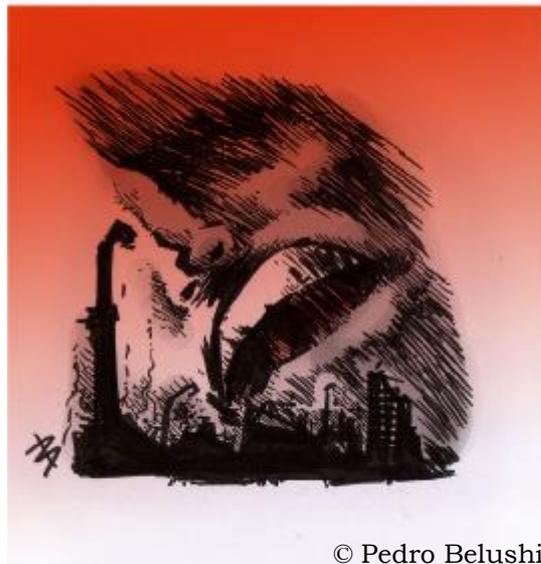
por Antonio Mora Vélez

La poesía del colombiano Mora Vélez se lee con agrado y nos hace reflexionar. Su prosa esencial y su lírica profunda desbordan sensualidad y nostalgia en medio de espacios infinitos. El amor es protagonista. Quedamos a la expectativa de nuevos poemarios del autor.

LA PALABRA PERDIDA

Al lado de la escalera, los cadáveres
y la ruina de enfrente penetrando por la ventana
como una pesadilla.

La ciudad ha muerto y con ella
las luces, la algarabía y la esperanza.
Entre los escombros un quejido
y más allá del silencio unos ojos
tristes que no ven...



© Pedro Belushi

Todo ha sido consumido,
la noche sin tu olor y tu rocío,
tus canciones, que me faltan,
los sueños, las risas y los árboles
y este pensamiento que me duele
y que me enfrenta a la realidad diseminada.

Ahora estoy solo frente al mar
recordando las primeras algas,



la primera hoguera,
la primera rueda,
la primera siembra
y el olor a leche y pan de las mañanas
y vuelvo otra vez sobre los pasos
del Hombre,
buscando explicar lo inexplicable,
buscando la palabra perdida
que nos condujo a este laberinto
de piedras y vigas solitarias.

SATURNO

Inmensa burbuja coronada
por el polvo residual
de alguna luna disgregada.

Me embelesan
tu corona rielante
de roca y hielo
y tus bandas de nubes paralelas.

Contemplo tus veloces pastores
abrir en tus anillos surcos reservados
para mantener el control de tus
corceles diminutos
y pienso en la esperanza de encontrar
la arquitectura de la vida
en las aguas embriagantes de Titán.

Saturno, tiempo achatado
de color naranja,
en el pozo del recuerdo
pareces una nave que se acerca.

EL ESPACIO

En tu lecho de espumas
los astros resignados siguen
la curvatura de tu esencia.

Por tus paredes globulares
la energía de otros tiempos se filtra,



se congela y forma la materia
de las cosas.



© Pedro Belushi

En tus mallas de luz
los infinitos se confunden.

Las galaxias y los cúmulos se alejan
cuando tus láminas
se abren y se expanden con el tiempo.

© Antonio Mora Vélez

ANTONIO MORA VÉLEZ, escritor colombiano, es un asiduo de nuestra revista, donde ha publicado poemas, cuentos y artículos. Es autor de los libros de cuentos *GLITZA* (1979), *EL JUICIO DE LOS DIOSES* (1982) y *LORNA ES UNA MUJER* (1986), de varios ensayos y de los poemarios *LOS CAMINANTES DEL CIELO* (1999), *EL FUEGO DE LOS DIOSES* (2001) y *LOS JINETES DEL RECUERDO* (2004), este último en la web). Antologado por Daina Chaviano en *JOYAS DE LA CF*, La Habana, 1989.



RETRO

por Ricardo Acevedo

Ricardo Acevedo nos regala una visión de futuro, con viajes increíbles, adelantos tecnológicos y vida que no es vida. ¿Quién no desea conocer lo que nos depara el tiempo en un futuro no muy lejano? ¿Aún si esa vida no incluye panoramas de cielo y mar, y viene con chirridos en vez de melodías conocidas? Si lo ideal son nuestros mosquitos verdaderos, la comida instantánea y las quemaduras de sol, pues, entonces, ¿qué esperamos? ¡Vivamos felices hoy! ¡Ya tendremos tiempo de aburrirnos!

Ella se aburre
Del confort tecnológico y las luces de neón
Del cielo cubierto de moscas supersónicas

Desea un mar azul (no el gris celuloide de los pantanos)
Desea música (no el nauseabundo crujir que sale de las bocinas)
Desea otro tiempo

Entonces aparece Times Travels Inc.
Con viejas promesas (en nuevos slogans)
Siglos encapsulados de arte
Sin rasgos de código de barras
A módicos precios



© Pedro Belushi

Al final aparece el siglo ideal
En el lugar perfecto
Laguna
Cabaña



Palmeras

Pero...

Hay mosquitos (para ellos tenemos: vibradores sónicos)

Quemaduras de Sol (filtros polarizados)

Grandes distancias (modulo universal que incluye cosméticos alimentos instantáneos y alguna que otra granada nuclear)

Ella se aburre...

Del confort tecnológico y las luces de neón

Del cielo cubierto de moscas supersónicas

© *Ricardo Acevedo*

En Retro experimento algo que no es nuevo; con la ausencia de puntos y comas pretendo la creación de un texto asfixiante en el que no podemos hacer pausas para respirar, ni existe un punto que nos indique el final; es mi manera de plasmar un siglo agobiante, como en el que nos encontramos, reflejo de esta sociedad moderna que no deja tiempo para el descanso, aunque le pintemos palmeras bajo los rayos UVA.



Artículos

FRACTALES PARA NO MATEMÁTICOS SEGUNDA Y ÚLTIMA PARTE

por Diego Escarlón

Como dijimos en la primera parte de este informe, los fractales están cambiando la forma en que vemos al mundo. En esta última parte terminaremos el paseo por el continente fractal que iniciamos en la anterior entrega. Advertiremos nuevamente al lector que un continente como ése no se recorre en poco tiempo, por lo que éste sólo puede ser un recorrido reducido.

Nos encontramos en el centro del continente fractal contemplando desde lejos la selva de sistemas L. Siguiendo nuestro sendero nos internaremos en la espesura, pero antes bordearemos una pequeña loma recursiva. Aquí encontraremos varios pequeños ejemplos de fractales.

PEQUEÑOS FRACTALES

Examinando la loma nos damos cuenta que es en realidad una réplica en miniatura de la cordillera donde empezamos nuestro camino. Al fin y al cabo estamos en el continente fractal. En este paraje veremos algunos ejemplos de fractales que no han tenido aún mucha trascendencia en el mundo científico (2007), pero que han sido bien recibidos en el mundo artístico.

Hopalong

Barry Martin inventó el *Mapeado de Martin*, popularizado por **A. K. Dewdney** con el nombre de *Hopalong*, en su columna de *Scientific American* (1986). La fórmula de Hopalong es la siguiente:

$$\begin{aligned}x_{n+1} &= y_n - \text{sign}(x_n) * \text{sqrt} | b * x_n - c | \\ y_{n+1} &= a - x_n\end{aligned}$$

Cada dato calculado es utilizado como entrada para el siguiente cálculo, como parecería no poder ser de otra forma. Los puntos son coloreados según la cantidad de iteraciones realizadas. Al observar el crecimiento del fractal podemos ver cómo las *órbitas* de colores van apareciendo a medida que los puntos

saltan de un lado a otro de la pantalla. A veces ellos se alejan del centro para luego volver y redibujar una fantástica y fastuosa filigrana fractal.

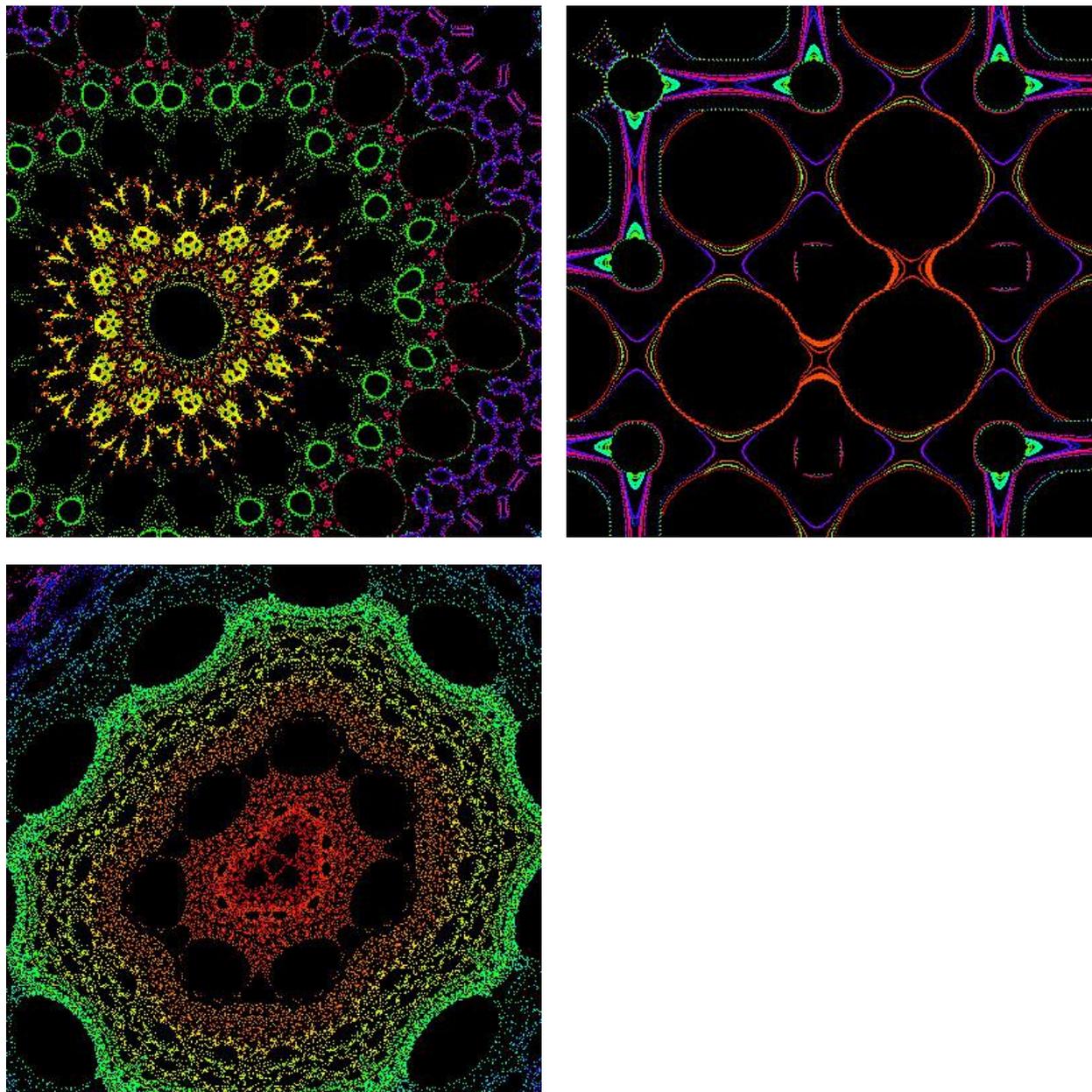


Figura 1: Popcorn

El prolífico **Clifford Pickover** exploró como pocos el mundo fractal. Una de sus creaciones fue llamada Popcorn o Palomitas de maíz, Pochoclo o Pororó entre otras muchas traducciones.

$$\begin{aligned}x_{(n+1)} &= x_{(n)} - h \cdot \sin(y_{(n)} + \tan(3 \cdot y_{(n)})) \\y_{(n+1)} &= y_{(n)} - h \cdot \sin(x_{(n)} + \tan(3 \cdot x_{(n)}))\end{aligned}$$



Único parámetro: tamaño del paso, $h.(x_0;y_0)$ es el punto examinado.

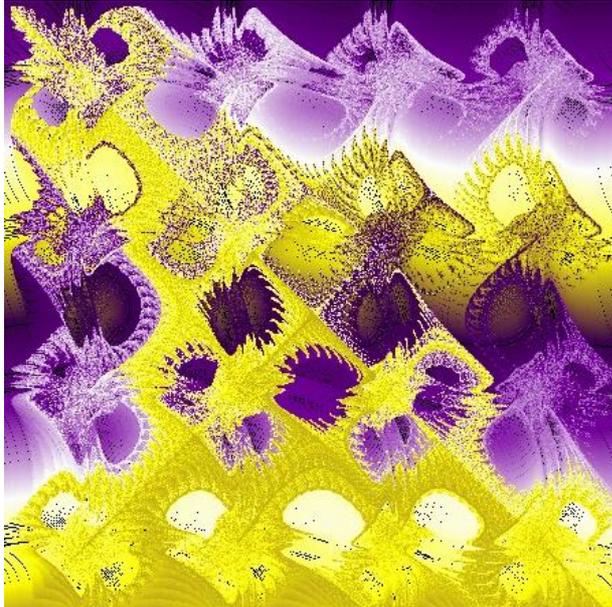
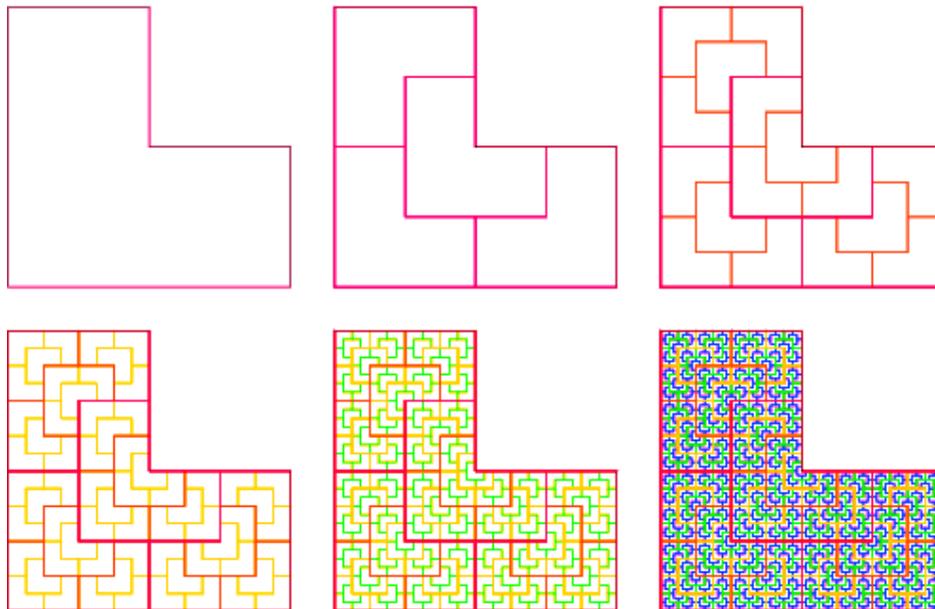


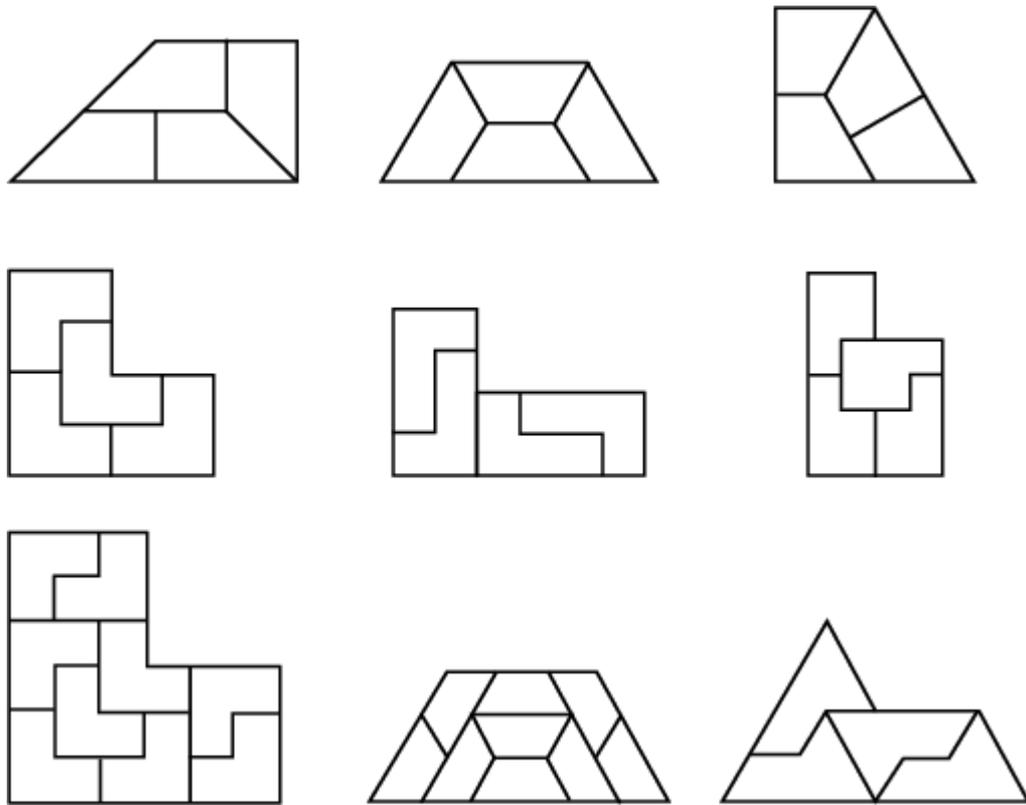
Figura 2: Fractal del tipo Popcorn generado con Winfract, la versión para Windows del antiguo y venerable Fractint.

Teselas fractales

Una tesela es una pieza de un rompecabezas que cubre el plano sin que las piezas se superpongan o que queden espacios vacíos. Algunas teselas pueden formar una tesela más grande con características autosimilares. Dos de los ejemplos más simples son el cuadrado formado por cuatro cuadrados y el triángulo equilátero formado por cuatro triángulos idénticos a la manera de la primera iteración

del triángulo de Sierpinski. Reduciendo el tamaño de las teselas al infinito se obtienen fractales teselados.





Figuras 3: Ejemplos de teselas autosimilares. Algunas teselas pueden formar distintos agregados autosimilares. (Arriba-centro y Abajo-centro. Centro-izquierda y Abajo-izquierda).

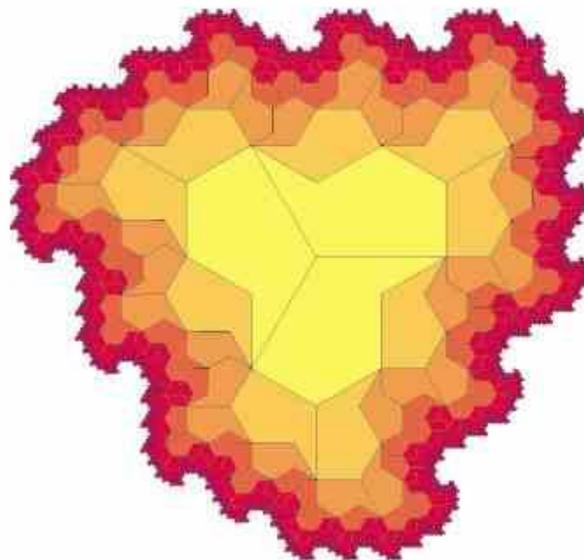


Figura 4.

Fractales hiperbólicos

Esta última figura, con las teselas menores en el exterior, nos recuerda algunas imágenes del genial dibujante holandés **M. C. Escher** (Leeuwarden, 1898 - Baarn, 1972), quien deambuló profundamente por el mundo de los fractales cuando aún no se les había dado el nombre. **Escher** centró su obra en el estudio de estructuras topológicas (como la cinta de Moebius), las perspectivas imposibles, la partición regular de la superficie y elementos relacionados con el infinito. Estos dos últimos temas pueden verse examinados en el siguiente grabado.

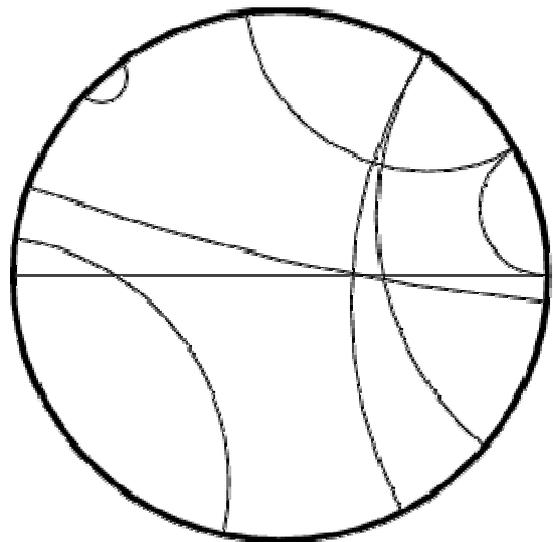


Figura 5: Serpientes (1969. Grabado en madera) por **Maurits Cornelis Escher**. Los anillos son (en teoría) infinitamente pequeños tanto en el borde de la red como en su centro. Las serpientes son viajeras interdimensionales no afectadas por el espacio hiperbólico.

Escher basó muchos de sus dibujos en variantes del espacio hiperbólico. Una de ellas es el disco hiperbólico de **Poincaré**.

El disco hiperbólico de **Poincaré** es uno de varios modelos del espacio hiperbólico. En él las rectas son representadas como arcos cuyos extremos intersectan perpendicularmente el borde del disco. Dos arcos que no se cruzan corresponden a rectas paralelas y arcos que se cruzan ortogonalmente corresponden a dos rectas perpendiculares.

Figura 6: Rectas en el disco hiperbólico de Poincaré.



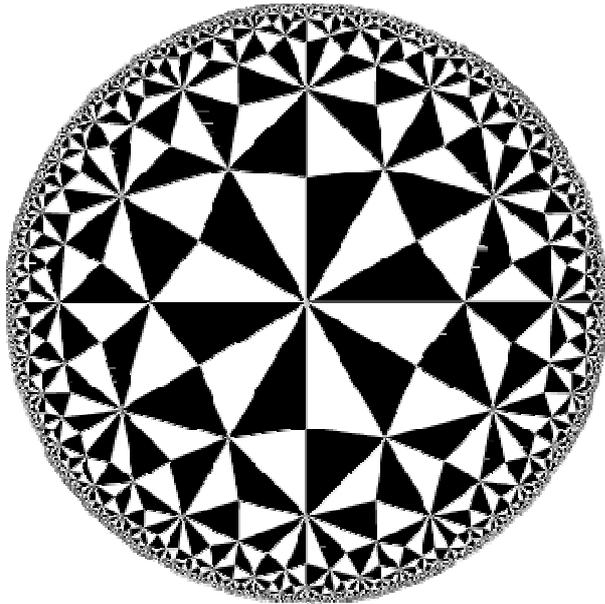


Figura 7: **Teselas hiperbólicas**

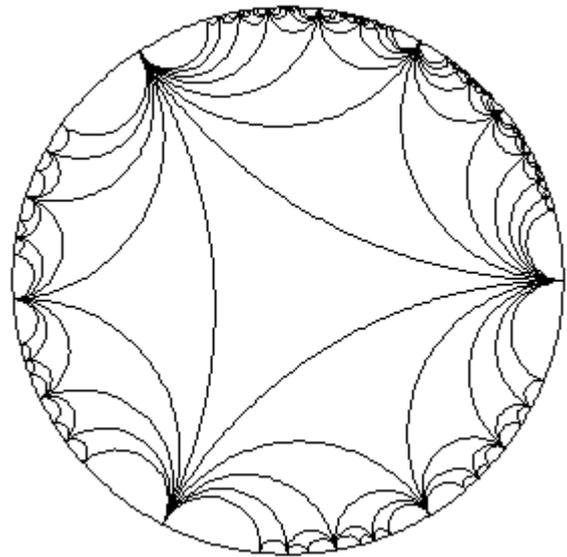


Figura 8: **Siete primeras iteraciones de un fractal hiperbólico animado**

SISTEMAS-L

Dejamos la pequeña loma para continuar nuestro viaje. Nos internamos en la imponente y majestuosa selva de los sistemas-L.

El botánico **Aristid Lindenmeyer** inventó este tipo de fractales en 1968, con el objeto de estudiar el desarrollo de organismos simples multicelulares. Luego aplicó el modelo a plantas superiores y órganos vegetales. El desarrollo posterior de los sistemas-L permitió su uso, como muchos otros tipos de fractales, en el fértil terreno del arte. Hoy amplían constantemente su influencia en ambas áreas, extendiéndose con rapidez hacia otras disciplinas.

El concepto central de los sistemas-L es la reescritura. Es decir el reemplazo de las partes de un objeto por otras, de manera similar a la curva de copo de nieve y otras que hemos visto al principio del viaje.

Todo comienza, en honor al campo donde florecieron estos fractales, con una semilla, por ejemplo la letra «a». Considerando que « \rightarrow » significa «reemplazar por», examinemos las siguientes reglas: « $a \rightarrow b$ » y « $b \rightarrow ab$ ». Iterando la función generadora, la ristra de letras aumenta exponencialmente de la forma:

a
b
ab
bab



abbab
 bababbab
 abbabbababbab
 bababbababbababbab
 abbabbababbababbababbababbab

Muy divertido, ¿no? Hemos deslizado un error para provecho de quienes gusten de esta clase de desafíos. Bueno, en realidad.

Con tres letras pueden codificarse instrucciones para trazar un gráfico tipo tortuga. Este método, utilizado ampliamente en el lenguaje LOGO, se basa en una virtual tortuga dibujante que traducirá una letra como «avanzar», otra «girar a la izquierda» y la tercera se traducirá como «girar a la derecha». Nuestro quelonio virtual llevará un lápiz para trazar su recorrido y girará siempre en un ángulo predeterminado.

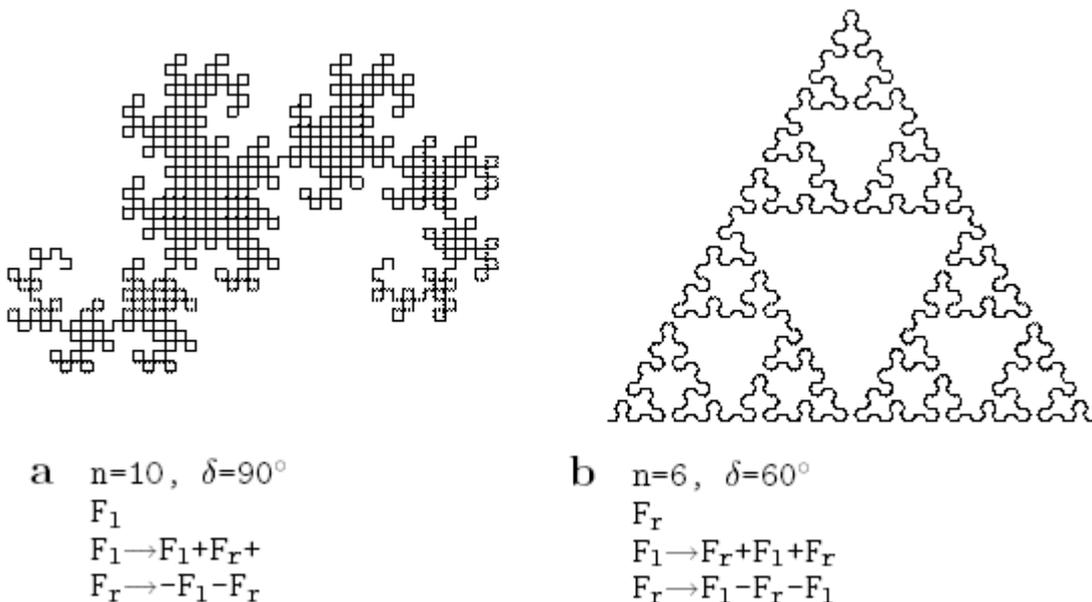


Figura 9: Curvas generadas por sistemas-L. a) Curva de Dragón b) Triángulo de Sierpinski. Sí, otra vez el omnipresente Sierpinski. El número de recursiones está dado por n y el ángulo de giro por δ . F_1 en a) y F_R en b) son las semillas. Los dos últimos renglones describen las reglas utilizadas.

Transpolando el concepto a tres dimensiones pueden crearse objetos «sólidos».

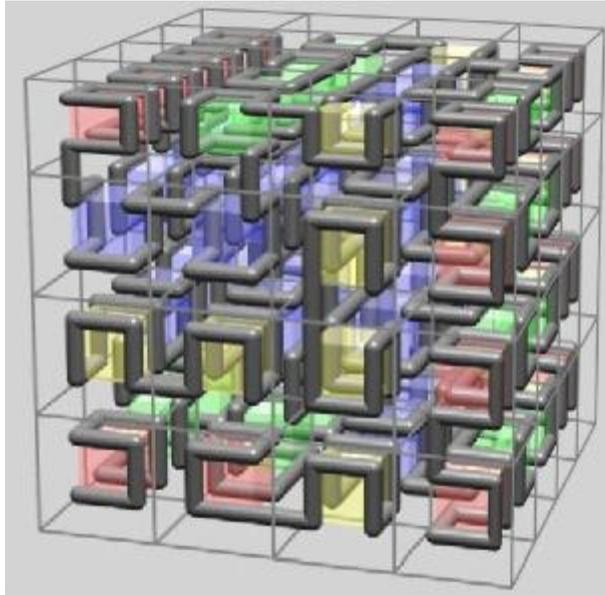


Figura 10: Extensión tridimensional de la curva de Hilbert. Los colores representan las «piezas» tridimensionales asociadas a las letras A (rojo), B (azul), C (verde) y D (amarillo).

Codificando símbolos que señalen el fin y el comienzo de una estructura, se pueden realizar gráficos ramificados.

$n=2, \delta=90^\circ$
 A → B-F+CFC+F-D&F^D-F+&&CFC+F+B//
 B → A&F^ACEBA^FAD^A-F-D^A|F^B|FCA^F^A//
 C → D^A|F^B-F+CA^F^A&&F^A&F^A^C+F+B^A^F^D//
 D → CFB-F+B|F^A^F^A&&F^B-F+B|FC//

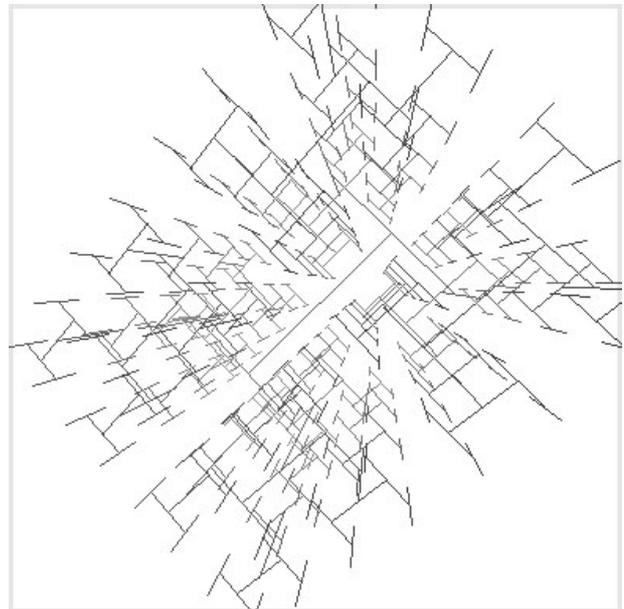
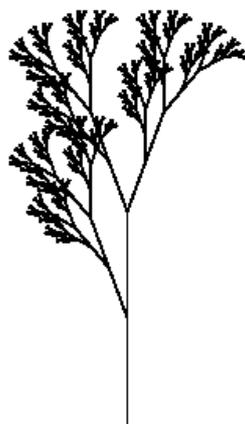
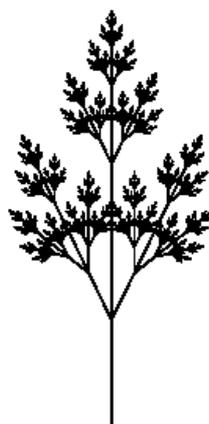


Figura 11: Trama fractal tridimensional del tipo «Hache».



$n=7, \delta=20^\circ$
 X
 X → F[+X]F[-X]+X
 F → FF



$n=7, \delta=25.7^\circ$
 X
 X → F[+X] [-X]FX
 F → FF



$n=5, \delta=22.5^\circ$
 X
 X → F- [[X]+X]+F [+FX] -X
 F → FF

Figura 12: Los corchetes indican el comienzo y fin de una rama.

Modelos más complejos permiten crear objetos aún más arborescentes. Las mismas herramientas utilizadas para desarrollar modelos ramificados pueden, con algunos cambios, generar múltiples plantas herbáceas, hojas de variadas formas como así también frutos, raíces y flores de cualquier especie.

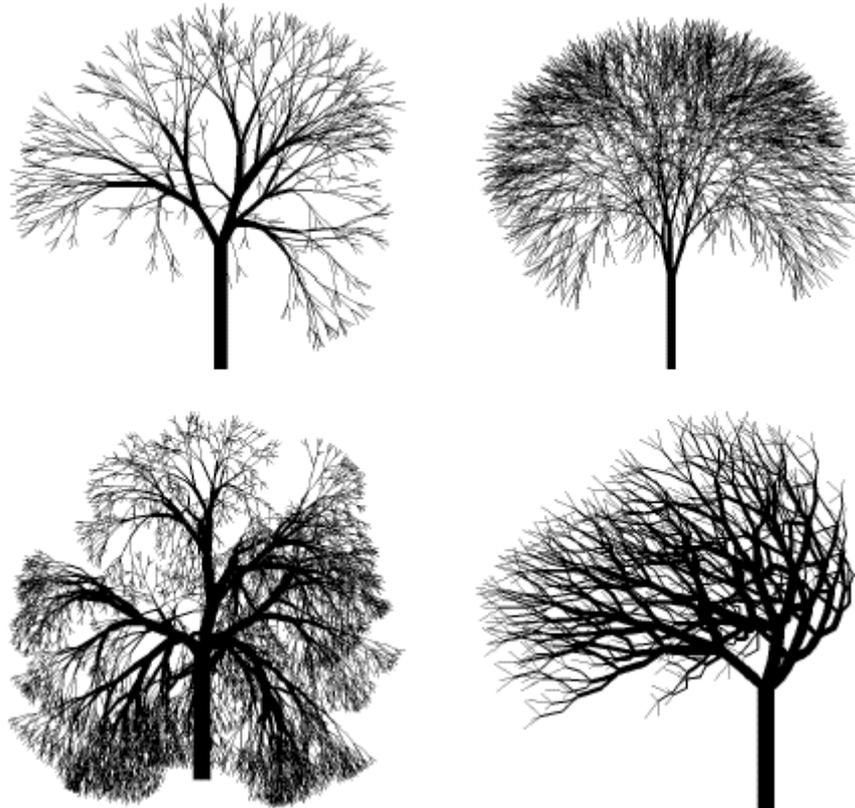
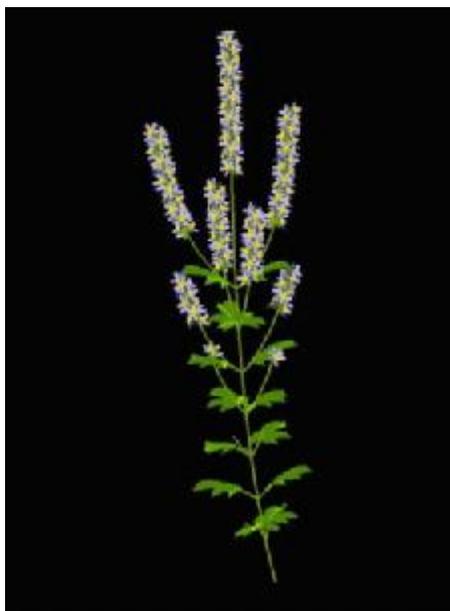


Figura 13.



Menta «A mint» P.



Piñon «Spruce cones» D. R. Fowler, J. Hanan

Prusinkiewicz

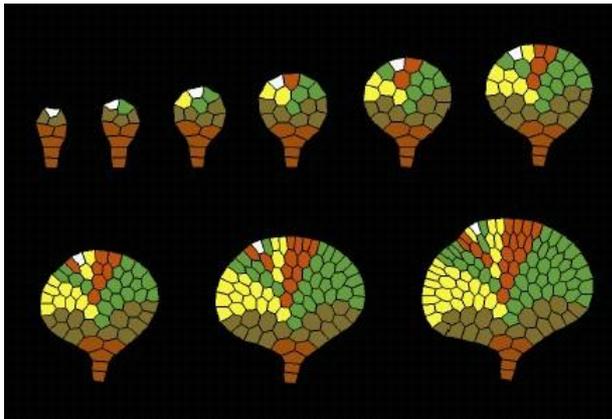


Rosas «Roses» D. R. Fowler, J. Hanan, P. Prusinkiewicz

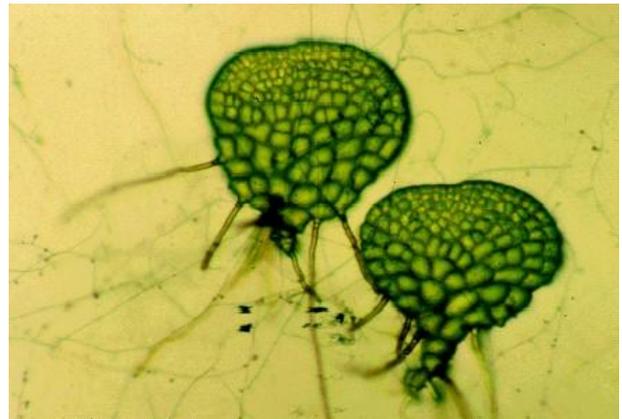


Water-lily «Water-lily» D. R. Fowler, J. Hanan

Mediante sistemas-L también se ha logrado modelar el desarrollo de tejidos y organismos multicelulares simples.



Desarrollo simulado de *Microsorium linguaeforme*. F. D. Fracchia, P. Prusinkiewicz, M. J. M. de Boer.,



Microfotografía de *Microsorium linguaeforme* a 70 aumentos. M. J. M. de Boer, University of Utrecht.

Estos avances nos permiten predecir que pronto veremos simulaciones del desarrollo de organismos superiores desde el óvulo fecundado hasta el adulto y quizás puedan modelarse también los procesos de envejecimiento.

El follaje comienza a ralearse, nos es más fácil caminar y la selva de los sistemas-L termina al cruzar un puente sobre un plácido estanque.



Figura 16: «Water-lilies» D. R. Fowler, J. Hanan, P. Prusinkiewicz, N. Fuller.

La brisa marina nos trae su olor a yodo y sal. Oímos el arrullo de las olas. Nos dirigimos hacia el mar del caos.

ATRACTORES CAOTICOS

El sendero termina en una extensa playa donde el continente fractal es bañado por el mar del caos. Frente a nuestros ojos las olas caóticas se mecen ondulantes. Es imposible predecir sus movimientos con exactitud.

En la playa encontramos un sinnúmero de extraños seres arrastrándose por la arena. Ellos pertenecen tanto al mar del caos como a la tierra de los fractales.

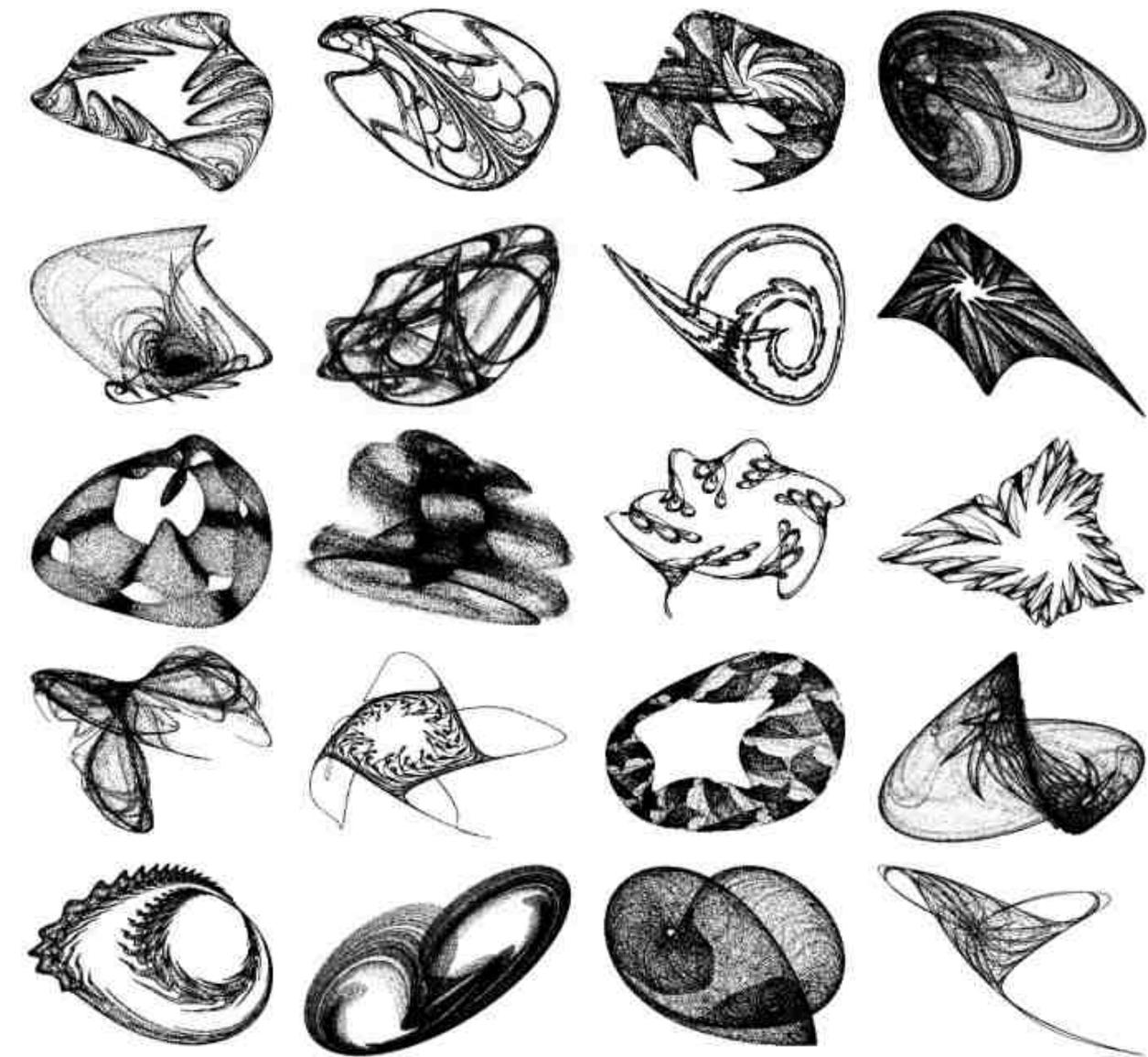


Figura 17: Diversos atractores caóticos fractales.

Para entender a los atractores caóticos nos mojaremos los pies en el mar del caos.

Conociendo las leyes que gobiernan al mundo, el científico puede predecir la fecha en que el cometa Halley volverá a aproximarse a la Tierra, el color exacto de una solución o el peso que puede resistir una columna. Esto es posible porque la mayoría de las reglas conocidas que rigen la naturaleza son determinísticas. Es decir que partiendo de las mismas condiciones iniciales obtendremos siempre los mismos resultados. No hay espacio para el azar.

Con el desarrollo de la mecánica cuántica, se descubrió que el comportamiento a nivel atómico es aparentemente probabilístico, algo que muchos cien-



tíficos veían de forma incómoda. El mismo **Einstein** dijo: «Dios no juega a los dados con el universo» (algunos científicos le respondieron: «Creemos que Dios hará lo que le venga en gana» y otros simplemente, al mejor estilo Occam, prescinden del axioma «Dios»).

Hoy la comunidad científica sabe que determinístico no es lo mismo que predecible. Un ejemplo muy claro es el clima, que ha demostrado una actitud poco condescendiente frente a los científicos que intentan predecir su comportamiento. Nos referimos al conocido efecto mariposa: una mariposa batiendo sus alas en las islas Canarias puede afectar la evolución meteorológica, desencadenando un huracán en las islas Malvinas.

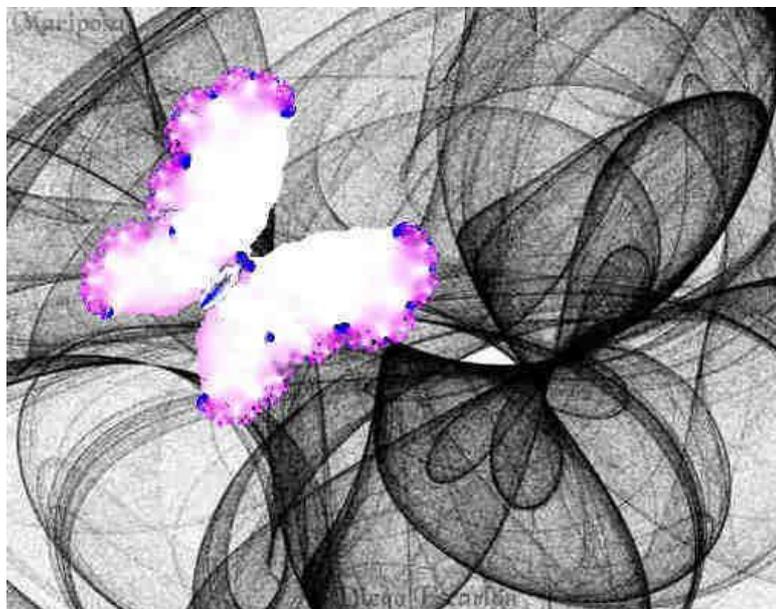


Figura 18: Mariposa culpable de los huracanes en las islas del Sur. La mariposa está formada por tres fractales del plano complejo (conjunto de Julia) y el aire que agita es un atractor caótico.

Otro ejemplo de cómo pequeños cambios imposibilitan las predicciones es la siguiente canción popular:

Por un clavo se perdió una herradura,
Por una herradura se perdió un caballo
Por un caballo se perdió un caballero
Por un caballero se perdió una carta
Por una carta se perdió una batalla
Por una batalla se perdió un reino
Y todo esto pasó porque un clavo se perdió.

Como los fractales, la matemática del caos tuvo sus precursores, pero no fue sino hasta la llegada de las computadoras cuando explotó la cosa. En 1963, el meteorólogo **Eduard Lorenz** descubrió la sensibilidad a las condicio-

nes iniciales mientras modelaba la convección atmosférica en una primitiva computadora. El atractor de **Lorenz** se convirtió en emblema del caos al instante.

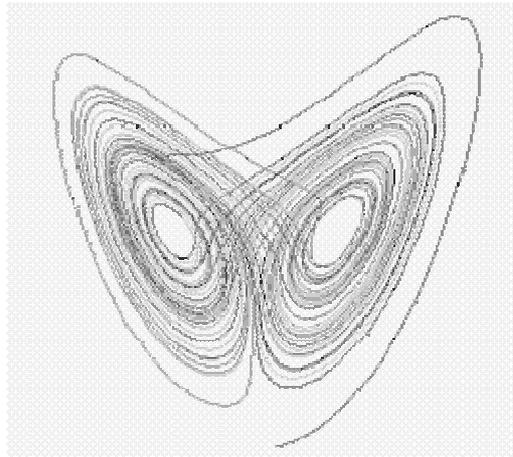
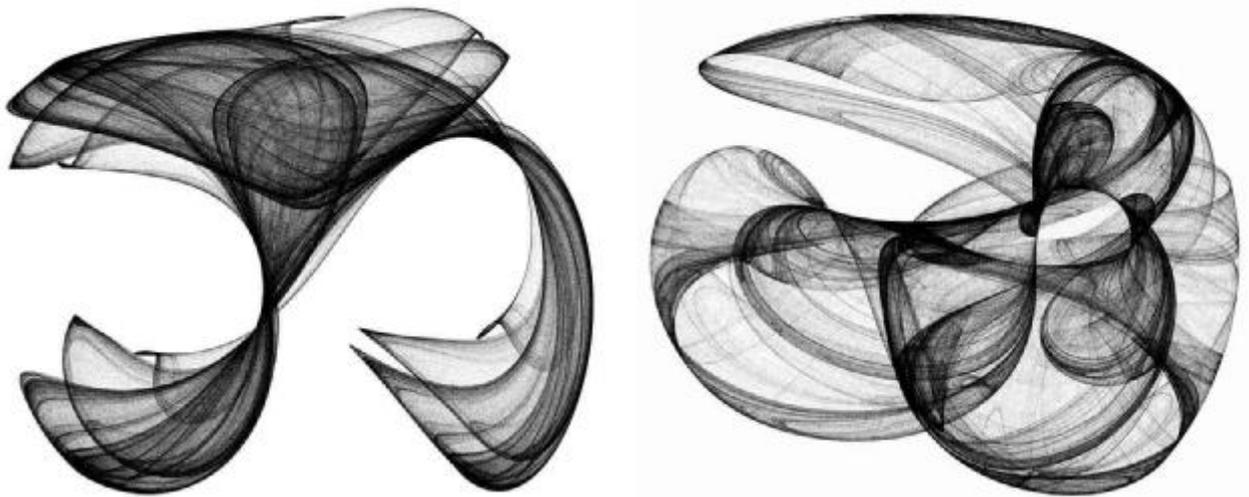


Figura 19: Atractor de Lorenz. No tiene geometría fractal.

Los procesos caóticos no son aleatorios, siguen sus reglas pero inclusive reglas simples pueden generar comportamientos sumamente complejos. Cuando la complejidad es tal que se pierde la predictibilidad decimos que sobreviene el caos.

Es necesario advertir que muchos fractales no son caóticos y muchos atractores caóticos no presentan geometría fractal.



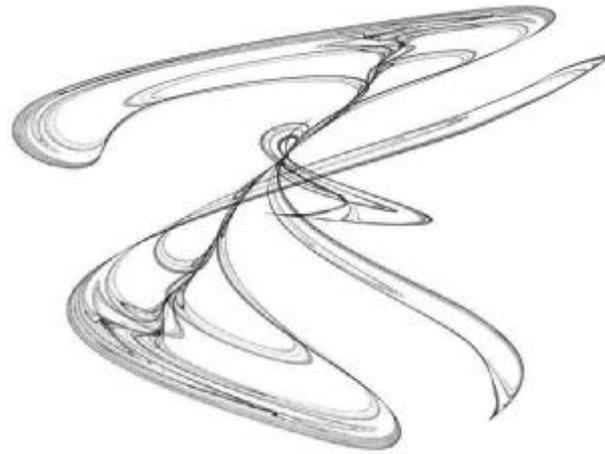
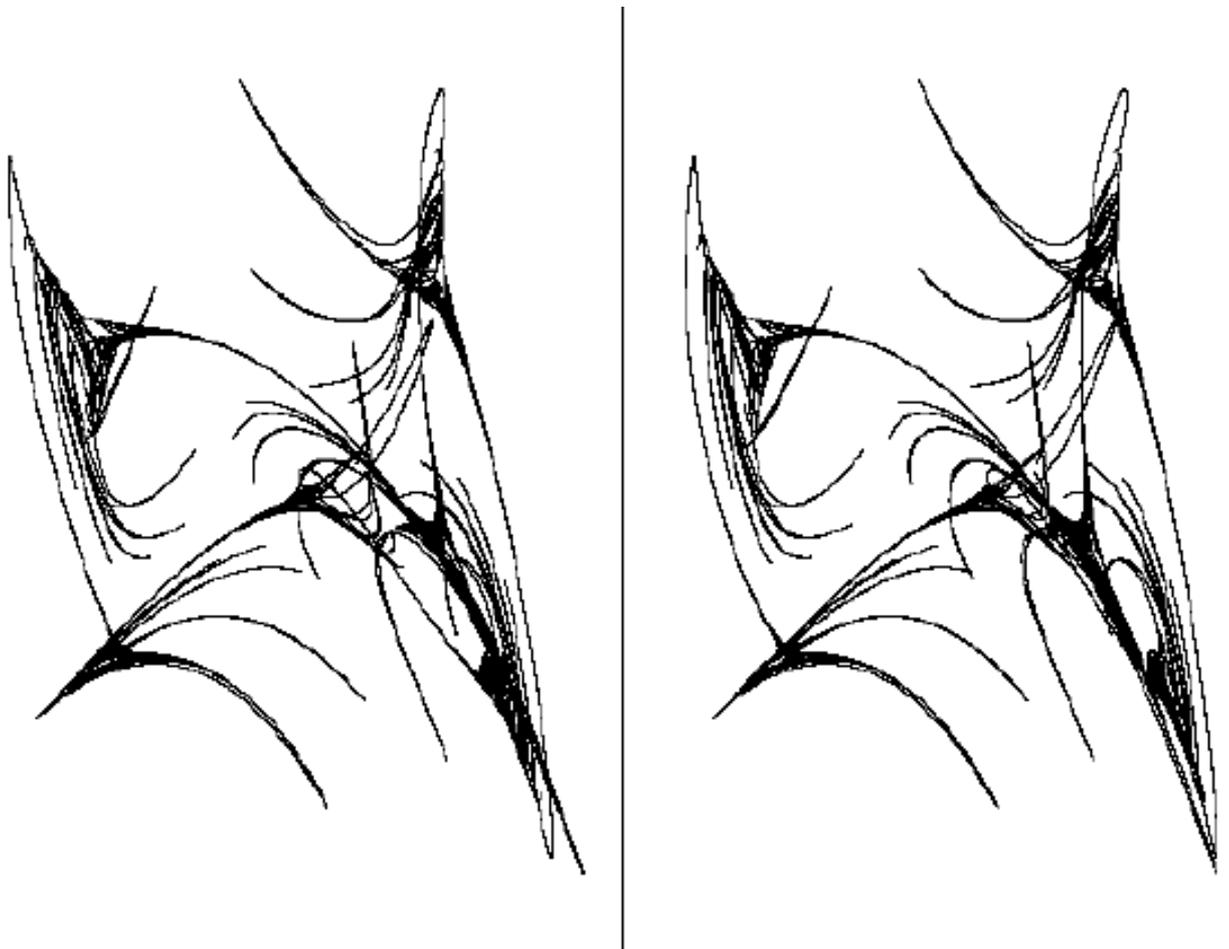


Figura 20: Atractores caóticos fractales.

Por supuesto que también existen atractores tridimensionales y n-dimensionales.



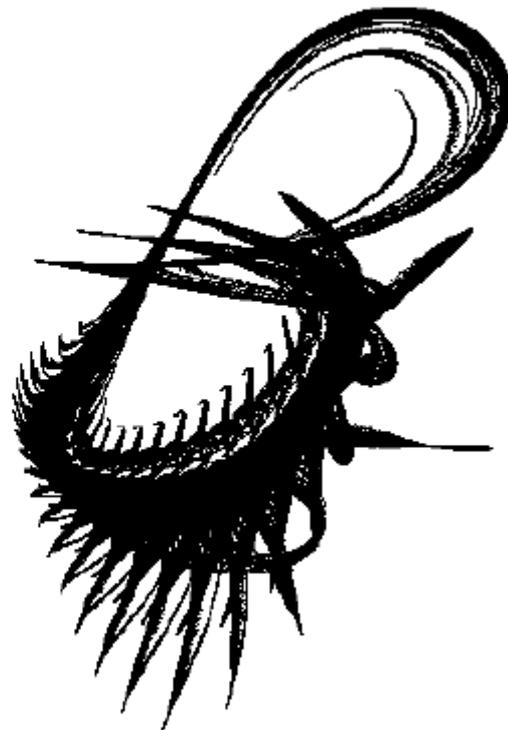
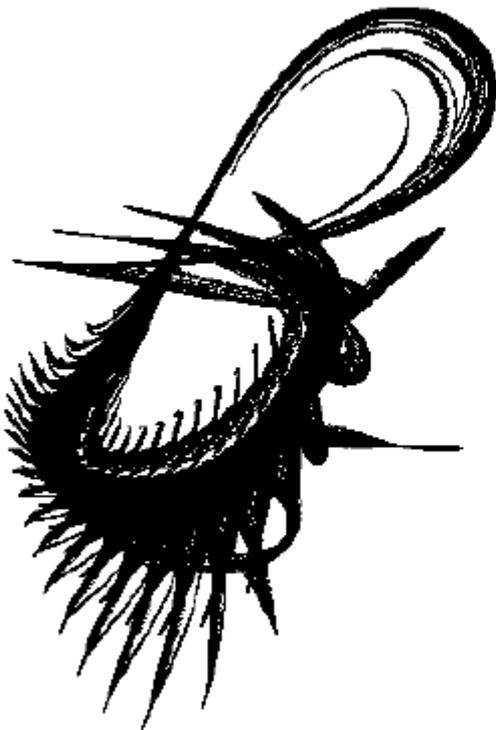




Figura 21: Atractores caóticos fractales tridimensionales. Para ver las imágenes sitúese frente al gráfico y coloque sus ojos en forma levemente bizca hasta ver tres imágenes separadas. Enfoque la del centro. Con un poco de práctica sus ojos se relajarán, captando sin problemas la profundidad.

Al principio del camino hemos visto el concepto de dimensión fractal. De manera similar, en la matemática del caos el exponente de Lyapunov mide cuán caótico o dependiente de las condiciones iniciales es un objeto matemático dado.

Julien C. Sprott profesor de Física en la Universidad de Wisconsin exhibió 7500 atractores caóticos fractales ante ocho jueces: dos estudiantes de arte graduados, tres estudiantes de física graduados, un profesor de historia del arte, un profesor de matemáticas y un profesor de física (**Sprott** mismo). El jurado calificó los gráficos del 1 al 5 según su valor estético. Utilizando el exponente de **Lyapunov** y la dimensión fractal, **Sprott** realizó un mapeo de los resultados y encontró que las imágenes más hermosas no estaban repartidas homogéneamente en el plano F-L.

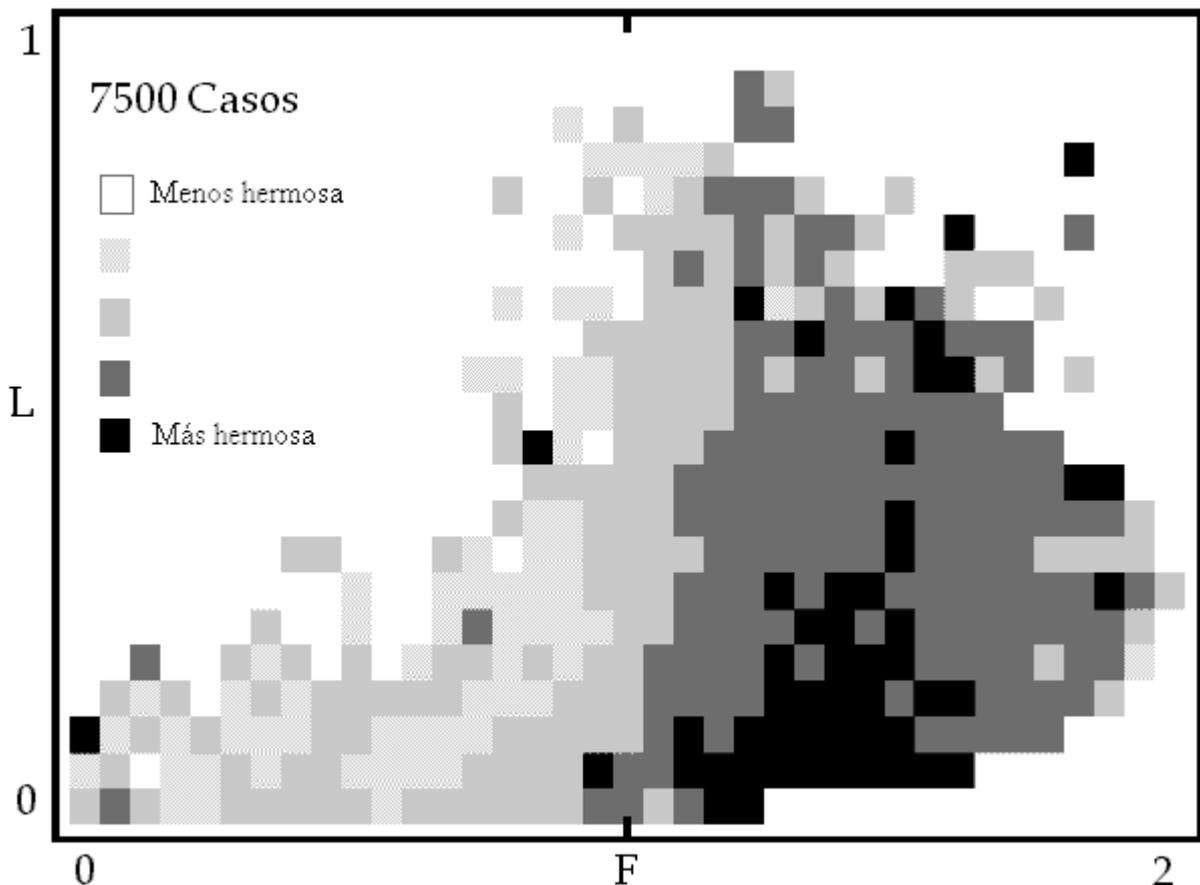


Figura 22: (Distribución de la belleza según el exponente Lyapunov (vertical) y la dimensión fractal (horizontal)). Los evaluadores prefirieron fractales con dimensión entre



1.1 y 1.5 y exponente de Lyapunov entre 0 y 0.3. Asumimos que los fractales premiados que se encuentran alejados de este atractor de belleza adhieren a un parámetro estético o coeficiente matemático no contemplado).

Sprott diseñó un programa de búsqueda que genera aleatoriamente fractales del tipo atractor caótico y luego analiza su exponente **Lyapunov** y su dimensión fractal. El programa, que en realidad es tanto artista como crítico de arte, crea, selecciona y presenta sólo las imágenes más «bellas».

Hemos experimentado con el programa y parece funcionar. Los atractores generados al azar pueden ser bastante deficientes en sentido estético, pero cuando en la pantalla aparece alguno que valga la pena mirar con más detenimiento, el programa sin ayuda lo selecciona como un ganador.

¿Está la matemática iluminando los últimos rincones del pensamiento humano? Lo veremos dentro de algunos pocos años.

Nos recostamos para descansar del viaje y disfrutar del paisaje tomando sol. El viento nos refresca, impidiendo que nos acaloremos demasiado. A veces silba y otras aúlla, casi hablándonos. Escuchamos atentamente. El viento fractal nos trae palabras. Es momento que escuchemos algo sobre los fractales en la narrativa.

Fractales narrativos.

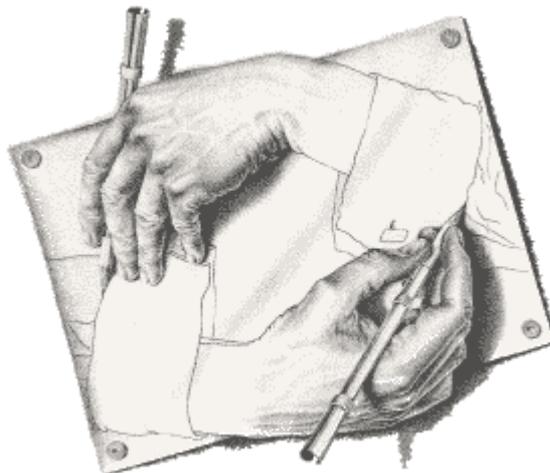


Figura 23: Dibujo de Escher que ejemplifica con claridad el espíritu recursivo de los fractales.

Un fractal, como se ha dicho, es un objeto matemático. Los «fractales» del mundo real tienen acotada su forma, son fractales hasta determinado nivel. A una escala dada las ramas de los árboles ya no se dividen y los átomos no parecen montañas. Incluso las imágenes de fractales matemáticos sólo son frac-



tales hasta donde comienzan a distinguirse los píxeles o los puntos de tinta. La narrativa es especialmente sensible a la escala pero de todas formas pueden verse estructuras fractales, autosimilares y cíclicas. Exploraremos estos casos considerando las limitaciones que tienen este tipo de fractales, tanto en cine como en literatura. Estas limitaciones obedecen más al objetivo de contar una historia que pueda ser leída o vista sin morir de aburrimiento, que a la imposibilidad de su construcción. Por eso los ejemplos que veremos tendrán un aire fractal en mayor o menor medida, según la imaginación o locura del autor. Examinaremos los casos dejando de lado las definiciones estrictas.

Ejemplos de historias cíclicas abundan. No nos referimos a los autores que se inspiran tan fuertemente en obras de otros que sus creaciones sólo son repeticiones estériles (o fértiles, según la taquilla de la película o la tirada de la novela). Considerándolo mejor, estaríamos frente a un fractal si tomamos el conjunto de todas las películas y novelas en donde un personaje, especialmente pobre y desgraciado (muchas veces joven y de sexo femenino), encuentra a un personaje especialmente rico y admirado (usualmente también joven y heredero de una fortuna). Los dos personajes se enamoran y terminan juntos pese a que un personaje, especialmente maligno y retorcido, intentará interponerse entre la pareja.

En *GALÁPAGOS*, de **Kurt Vonnegut**, se explora un posible futuro de la humanidad desde el punto de vista evolutivo. Allí un niño escribe una poesía donde una gaviota le dice a otra:

**«Por supuesto que te quiero.
Tengamos un hijo
que haga y diga
lo mismo que nosotros».**

El texto se repite varias veces, dando a entender que es infinito.

Samuel Beckett, premio nobel de literatura (1969) y discípulo de **James Joyce**, emplea a menudo un recurso muy peculiar. Tras elaborar un párrafo en el que describe un objeto o una acción, vuelve a repetirlo innumerables veces con pequeñas variaciones que añaden información. Estas variaciones consisten en la inclusión, alternancia, adición y eliminación de palabras y/o frases. El efecto final es hipnótico, como ocurre en su relato *LOS DESPOBLADORES*.

Ejemplos claros de historias cíclicas son la novela y, con algunas variaciones, la película *LA HISTORIA SIN FIN*, de **Michel Ende** (obsérvese el apellido del autor :). En ellas la princesa Fantasía lee el libro *LA HISTORIA SIN FIN*, donde se encuentra a sí misma leyendo el libro *LA HISTORIA SIN FIN* y lo que lee es una historia donde la princesa Fantasía lee *LA HISTORIA SIN FIN* y así eternamente o hasta que el protagonista pueda salvarla del bucle infinito.



Philip K. Dick, maestro de la ciencia ficción, cíclicamente se veía atraído por el *atractor cíclico*. En muchas de sus historias juega con la realidad. El protagonista descubre que vive en una subrealidad de la que luego quiere escapar. Estas realidades dentro de realidades casi podrían considerarse la firma **Dick**. Algunas de sus obras son *UBIK*, el cuento *LO RECORDAMOS POR USTED* (del que se desprendió la película *TOTAL RECALL* o *EL VENGADOR DEL FUTURO*) y otras como *MINORITY REPORT*, de la que no podemos describir la naturaleza cíclica o fractal sin arruinar la historia para el que aún no la ha leído o visto la película. Recomendamos que lo hagan y descubran la característica fractal subyacente.

Todas las películas y novelas que tocan el tema del viaje en el tiempo terminan ofreciéndonos un abanico de posibles historias desencadenadas por los protagonistas. Dejaremos que el lector recuerde varios de estos incontables ejemplos.

MEMENTO es una genial película donde se juega con el tiempo desde el punto de vista del espectador. **Guy Pearce** interpreta a un hombre que sufre de pérdida de la memoria a largo plazo, su mundo sólo tiene quince minutos de antigüedad. Lo acompañan **Carrie-Anne Moss** y **Joe Pantoliano**, quienes también trabajaron en la saga *Matrix* encarnando a Trinity y Ciper.

En la trilogía de *Matrix* también abundan los bucles, situaciones autosimilares y realidades subreales. Recuerden sino cuando se habla de la historia de *Matrix*. Creemos que es imposible que quien lea esto no haya visto las películas pero la prudencia nos aconseja nuevamente no abundar en la trama de la historia.

Una de las mejores películas de **Bruce Willis** es *DOCE MONOS*. Allí puede verse también un excelente trabajo de **Brad Pitt**, por el que fue candidato al oscar al mejor actor de reparto. En la película se esboza un fractal temporal del que tampoco daremos más pistas. Un detalle quizás no azaroso es que el que nada más al comenzar el espectador ve un fractal: una ronda de monos que tiene dentro una ronda de monos que tiene dentro una ronda de monos...

CORRE LOLA, CORRE es una película cuya estructura se acerca mucho a un fractal. Como dijimos antes, cuanto más fractal es la trama, menos comercial o convencional será la historia. La recomendamos con esa advertencia.

El sutra de donde extrajimos el párrafo que encabeza este informe tiene aproximadamente dos mil años de antigüedad. Allí también puede leerse, no un fractal, pero sí la descripción de uno:

La Torre es tan ancha y espaciosa como el mismo cielo. El suelo está pavimentado con innumerables piedras preciosas de todas clases, y dentro de la Torre hay innumerables palacios, pórticos, ven-

tanás, escaleras, barandillas y pasadizos, todos hechos de las mismas clases de piedras preciosas.

Y dentro de esa Torre, espaciosa e infinitamente adornada, hay también cientos de miles de torres, cada una de las cuales está tan exquisitamente adornada como la Torre principal misma y tan espaciosa como el cielo. Y todas estas torres, más allá de lo que en número podría calcularse, no se molestan en absoluto unas a otras; cada una preserva su existencia individual en perfecta armonía con todo el resto; no hay aquí nada que impida a una torre estar fusionada con todas las demás individual y colectivamente; hay un estado de perfecta entremezcla y, sin embargo, de perfecta ordenación.

Sudhana, el joven peregrino, se ve él mismo en todas las torres y en cada una de ellas, donde todo está contenido en una y cada una contiene todo.

En el mundo real, los fractales dejan su huella por donde se mire.

Fractus S.A. es una empresa española que comercializa componentes electrónicos fractales. Los directivos de la compañía afirman que gracias a la geometría fractal de sus productos, la performance alcanzada es muy superior a la de los componentes clásicos del mercado. La empresa fabrica antenas multi-banda para celulares y sistemas de posicionamiento global, resistores, filtros, inductores y capacitores entre otros componentes. Invitamos a los lectores dueños de celulares con antena interna a que abran valientemente sus teléfonos y descubran si han estado hablando gracias a los fractales.

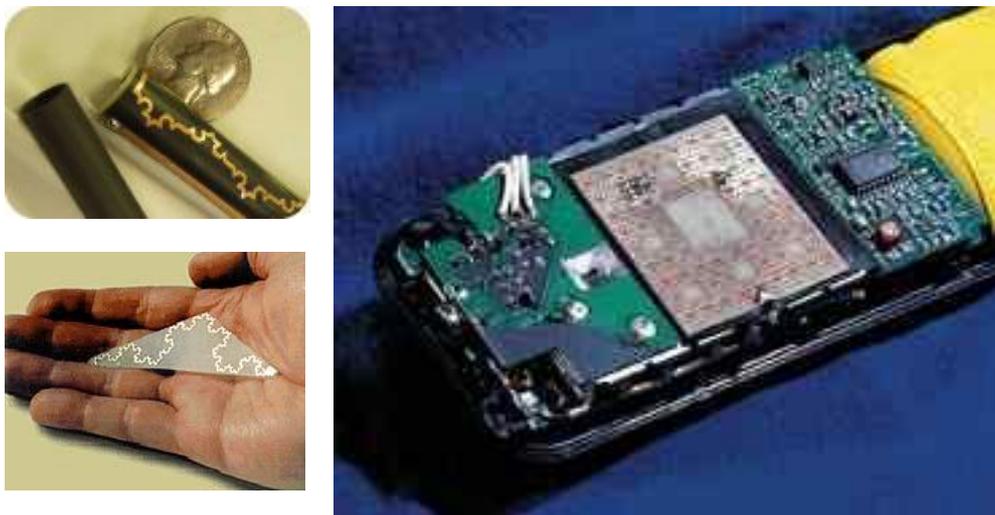


Figura 24: **Antenas fractales para telefonía celular. Más pequeñas y poderosas que las antenas convencionales**

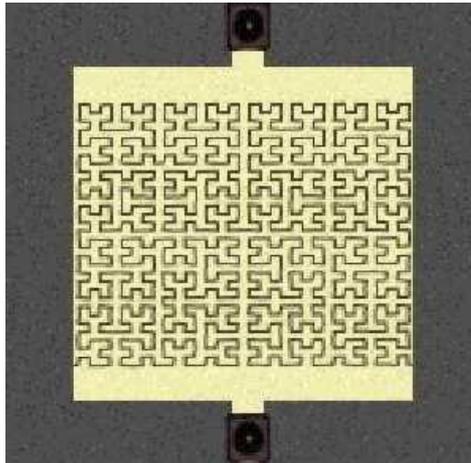


Figura 25: Capacitor fractal plano.

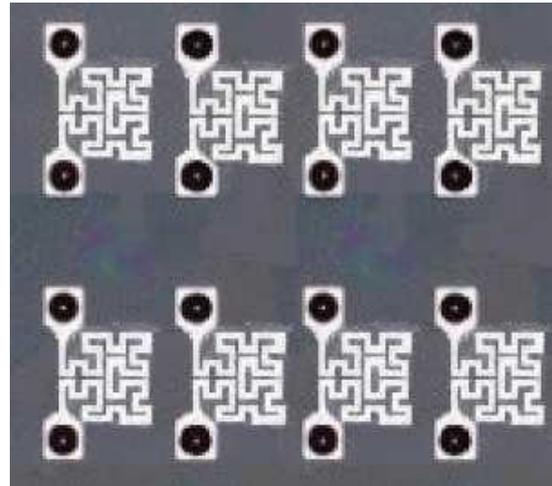


Figura 26: Matriz de resistores fractales.

Gazit, Y., Baish, J., Safabakhsh, N., Leunig, M., Baxter, L. T. y Jain, R. K. estudiaron las características fractales de la arquitectura vascular en tumores. Se ha presentado al menos una técnica (**Oana Craciunescu** et al) de caracterización de tumores basadas en la dimensión fractal de la red vascular.

W.Klonowski y **J.Ciszewski**, del Laboratorio de Análisis de Bioseñales del Instituto de Ingeniería Biocibernética y Biomédica de la Academia Polaca de Ciencias y **W.Jernajczyk** y **K.Niedzielska**, del Instituto de Psiquiatría y Neurología, incorporaron fractales en el análisis de Electroencefalogramas. Estudiando la dimensión fractal de los gráficos de pacientes con desorden afectivo estacional demuestran la potencia de los métodos fractales de análisis, que permiten condensar gran cantidad de datos sin perder información de diagnóstico relevante.

Los fractales han entrado pisando fuerte en la comunidad científica y artística. Desde el humilde brócoli, cuya imagen se ve en el acertijo del comienzo del informe, hasta el universo y la fisiología y comportamiento humanos pueden examinarse bajo esta lente. Seremos testigos de cómo la sociedad se verá inundada por las aplicaciones de los fractales, que pronto alcanzarán la popularidad del álgebra y la geometría euclídea.

Mantengan sus ojos abiertos y verán fractales por donde miren.

ARTÍCULOS Y LIBROS:

- <http://algorithmicbotany.org/papers> Encontrarán en la página el trabajo *The Algorithmic Beauty of Plants* de **Przemyslaw Prusinkiewicz** y **Aristid Lindenmayer** y muchos otros artículos sobre sistemas-L.



- http://www.javeriana.edu.co/Facultades/C_Sociales/Facultad/sociales_virtual/publicaciones/nolineal.pdf Estructuras no lineales en la narrativa (Literatura, cine, y medios electrónicos) **Carmen Gil Vrolijk** (castellano).
- *CAN A MONKEY WITH A COMPUTER CREATE ART?* **J. C. Sprott**, University of Wisconsin.
- *STRANGE ATTRACTORS* **J. C. Sprott**, University of Wisconsin.
- *GODEL, ESCHER, BACH, UN ETERNO Y GRACIL BUCLE* **Douglas R. Hofstadter**. (Tusquets Editores, colección Superínfimos n°9) ¿Puede un sistema comprenderse a sí mismo? ¿La mente humana puede hacerlo? ¿Es posible la inteligencia artificial? Altamente recomendable.
- *APPLICATION OF CHAOS THEORY AND FRACTAL ANALYSIS FOR EEG-SIGNAL PROCESSING IN PATIENTES WITH SEASONAL AFFECTIVE DISORDER*, por **W.Klonowski, J.Ciszewski, W.Jernajczyk y K.Niedzielska**.

PROGRAMAS Y WEBS:

- <http://www.ultrafractal.com> Ultrafractal, simplemente el mejor (Abril 2007). Programa comercial para generar fractales tanto artísticos como de investigación. Shareware. Tutoriales, galerías seleccionadas, fórmulas y más. Puede bajarse un muy completo archivo de ayuda en castellano.
- <http://www.apophysis.org> Apophysis. Programa Open Source que genera IFS que pueden salvarse como imágenes o exportarse a Ultrafractal.
- <http://apophysis.deviantart.com/journal/2038750/> Recursos y distintas versiones de Apophysis.
- <http://browse.deviantart.com/digitalart/fractals/?order=9&startts=1176710400&endts=1176796800> Galería pública de fractales.
- <http://www.xenodream.com> Xeno Dream, un extraordinario programa que grafica IFS tridimensionales.
- <http://www.fractalus.com> Excelente página sobre fractales. Programas, tutoriales, galerías de arte de alta calidad y más (Inglés).
- <http://www.fractalus.com/info/manifesto.htm> Manifiesto de arte fractal por **Kerry Mitchel** (inglés).
- <http://spanky.triumf.ca/pub/fractals/programs/ibmpc/windows> Gran cantidad de programas generadores de fractales y protectores de pantalla. Freeware.
- <http://astronomy.swin.edu.au/~pbourke/fractals> Panorama muy completo sobre los tipos de fractales y sus correspondientes fórmulas (Inglés).
- <http://www.fractaltec.org> Proyecto Libre de Investigación en Matemática Fractal y Teoría del Caos (Castellano).
- <http://classes.yale.edu/fractals/index.html> Curso avanzado de fractales de la Universidad de Yale (Inglés).



- http://www.nature.com/news/2004/041115/pf/432266a_pf.html Nature. *BENOIT MANDELBROT: FATHER OF FRACTALS*. Artículo en inglés de **Jim Giles** sobre **B. Mandelbrot**.
- <http://sprott.physics.wisc.edu/fractals.htm> Página de **J. C. Sprott**. Programas seleccionadores de fractales según un criterio estético informatizado, artículos y un fractal diario seleccionado automáticamente (inglés).
- <http://www.arrakis.es/~sysifus/index.html> Introducción a los fractales y a la literatura fractal, por **Alberto Viñuela**.
- <http://mathworld.wolfram.com/topics/Fractals.html> Sección sobre fractales de la completísima página matemática de **Stephen Wolfram**, empresario, físico, matemático, genio.

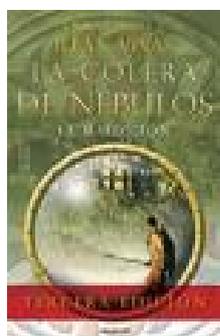
© Diego Escarlón

Diego Adrián Escarlón nació en Argentina y vive en Buenos Aires. Ha participado en Axxón publicando los cuentos *NANOS*, *LAS MUJERES*, *ASTROASTROLOGÍA*, *ABURRIMIENTO*, *LA MATRACA Y EL MICROSCOPIO*, *LA FÁBRICA*, Minicuentos en la sección *Ficción Breve* y *El Patito Feo*. Con *PANCHITA AMA A JAVIER* formó parte de la selección de cuentos argentinos en el especial *Eridano 11*, de la revista Alfa Eridiani. *NANOS* fue traducido al italiano y editado en *Letture Fantastiche*.



LA CÓLERA DE NÉBULOS I «LA MALDICIÓN» DE FRANCISCO J. ILLÁN VIVAS por J. Javier Arnau

Al leer esta reseña familiar de Arnau sobre el estilo narrativo de Illán Vivas, nos encontramos con la necesidad apremiante de conseguir el libro para leerlo. Según él, *La cólera de Nébulos* nace de unas cartas de amor y, también, le trae a la memoria los escritos de mitología helénica, así como las novelas de fantasía heroica, de acción y de aventuras. Una mezcla atrayente para los lectores de ciencia ficción.



Editorial Nausicaä,
España,
marzo de 2006.
287 páginas,
15x23 cm.
Edición en rústica.
ISBN: 84-96114-87-2.

Lo primero que me vino a la mente al empezar a leer este libro fue: «caramba, este sí que es un libro que me hubiese gustado escribir a mí». Y de entrada ya solamente por el estilo en que está escrito; del tema y de la historia hablaremos más adelante. Pues sí, porque ya desde el prólogo se nos advierte que una

palabra, a veces puede valer mil imágenes. Y se nos nombra a varios dibujantes, de los mejores de la narrativa gráfica a modo comparativo; **Neal Adams**, **John Buscema**, y otros que, curiosamente tienen puntos en común con lo que comentaremos sobre los relatos que nos recuerda este libro. Efectivamente, la narrativa de **Paco** (permitidme que le llame así, pues le conozco personalmente, y me honro de llamarle amigo) es muy visual, a la vez que poética. Con su estilo, nos es muy fácil visualizar cualquier cosa que nos proponga, y además, lo disfrutamos. Igual estamos ante una estrategia de batalla, que con la descripción de Celestos, la ciudad de los Eternos, nos describe un ser monstruoso; dá igual, no tendremos ningún problema en visualizar la escena, gracias al estilo del autor. Además, **Paco** proviene del mundo de la poesía, con un par de libros de poemas publicados, lo que también marca su estilo. Y esto, además de chocante, es bonito. Porque a su estilo visual, se le une el toque poético, que le viene muy bien a la narración, dándole un aspecto de libro de mitología, de narración estilo *LA ODISEA*, *LA ENEIDA*, etc. Y, al mismo tiempo, su estilo visual adecuado para la narración de acción, nos recuerda poderosamente a los relatos de *Conan el Bárbaro*, *Elic de Melniboné*, *Kull de Valusia*, etc; incluso llegó al punto de recordarme escenas de películas tales como *FURIA DE TITANES*, *JASÓN Y LOS ARGONAUTAS* y la misma *CONAN EL BÁRBARO*. Así de visual y fuerte es la narrativa de **Paco**.



Celestos es la ciudad de las siete puertas, donde nadie proyecta sombra, hogar de los Eternos. Dos de ellos, Eleazar y Eostes, amigos inseparables, hijos de los más grandes entre los Eternos, Nébulos y Odenhas, viajan a la Tierra en busca de aventura. Intentan deshacer la maldición que pesa sobre un amplio territorio, donde hubo una lucha entre Eternos e Infernales desde hace siglos. Pues es digno de mencionar que los Eternos tienen la elevada misión de ser los garantes de la luz y de la paz entre los seres humanos, lo que a veces ha llevado a la lucha entre los Eternos del bien, y los Eternos oscuros, los infernales: Infernos, hijo de Satánicus, enemigo de Nébulos, quien le expulsó de Celestos, y que gobierna el Orco, el Señor del Fuego; Anteo, sirviente de Infernos, aunque enemigo de éste. Hijo de Gea.

Nébulos, hijo de Universos, padre de Eleazar, que es el señor de Celestos, y empuña el Cetro del Poder, se encuentra en un dilema; es labor de su hijo Eleazar y de su compañero Eostes, según el Libro del Tiempo, acabar con la Maldición; pero al mismo tiempo, lo han hecho sin pedir permiso, lanzándose a la aventura sin conocimiento ni consentimiento del resto de los Eternos. Y esto produce regocijo en Nébulos pero, al mismo tiempo, enfado por no haber sido consultado. Los demás Eternos, en especial su mujer Carmesí, madre de Eleazar, Magios, consejero de Nébulos y Odenhas, padre de Eostes y general de los ejércitos de Celestos, tratarán de aplacar su ira. Mientras, los dos protagonistas seguirán su búsqueda de una manera de acabar con la maldición. En su camino encontrarán restos de esa maldición que campan libremente, guerras fronterizas, magos y hechiceros separados del resto de la humanidad por temor de estos últimos hacia ellos, monstruos guardianes de tesoros, armas encantadas, antiguos enemigos, etc. A su vez, serán vigilados –y a veces ayudados– por los Eternos de Celestos.

En las batallas en las que se ven involucrados los protagonistas, a pesar de no querer en un principio tener nada que ver con las guerras mundanas, dado su naturaleza de Eternos y su misión, también vemos trazas de mitología e historia. Aparecen olímpicos e imperiales, un tal Zathor -después Thor, al servicio de un rey llamado Odines; se nos narran batallas, sitios de ciudades, escaramuzas y guerra de guerrillas dentro de esas mismas ciudades, alianzas y traiciones, una legión leal a su rey hasta el final, resistencia hasta la muerte, etc. Y todo ello en el estilo antes comentado visual y poético a la vez. Porque **Paco** no se contentará con una frase tipo «estaba amaneciendo» si dicha frase puede embellecerse, y al mismo tiempo, no nos dirá que un ser monstruoso está acechando a los protagonistas, sino que nos lo describirá, y seremos capaces de visualizarlo, igual que nos será muy cercana la angustia, el temor, la decisión, y todos los sentimientos que pasen por la cabeza y el corazón de los actores.

A veces, la novela se desarrolla en diferentes niveles; el de la aventura propiamente dicha, y otros en los que se mezcla mitología e historia. No sólo estamos asistiendo al desarrollo de una aventura de dos amigos, en la tradición mitológica y de aventuras de Ulises, Eneas, incluso Frodo y Sam, o, me atrevería



a decir, Don Quijote y Sancho Panza y otros como Conan, Solomon Kane, Kull, El Campeón Eterno, sino que somos partícipes de luchas de poder, traiciones, amores, venganzas, alianzas, etc, en la más pura tradición histórica/mitológica. Podemos nombrar que la mitología es esencialmente la griega (y a veces la nórdica) donde los Eternos son una réplica de los dioses griegos, su ciudad Celestos deviene claramente en el Olimpo mitológico, el Orco es el Hades de la misma mitología, y ciertas acciones vienen inspiradas por aventuras mitológicas, donde podemos ver los trabajos de Hércules, la ayuda material de los dioses a los protagonistas (la escena donde la prometida de Eleazar baja a tierra para ayudarles nos recuerda poderosamente las veces que los dioses toman forma humana para ayudar a los protagonistas, tales como Odiseo, Agamenon, Eneas ... incluso en las películas mencionadas anteriormente, *FURIA DE TITANES*, *JASÓN Y LOS ARGONAUTAS*, etc).

En resumen, novela de varios niveles, escrita en un estilo que sin dejar de lado la vertiente aventurera del estilo de **Robert E. Howard**, **Michael Moorcock** y similares, nos lleva a las narraciones mitológicas de **Homero**, **Virgilio** y otros cultivadores de la mitología. Y aderezada con las dotes poéticas del autor, que no hacen sino embellecer y elevar el listón de la prosa, consiguiendo una obra muy visual, donde seremos espectadores de primera línea de la acción, a la vez que dicha acción, acompañada de los momentos de reposo, se nos presentará bajo una bella narrativa.

Por cierto, un par –o más– de apuntes más; en primer lugar, como sabía que tarde o temprano iba a leer este libro (lo de reseñarlo no vino hasta después, cuando **Paco** me lo dio en mano para que lo reseñara en un par de sitios de mi confianza, uno de ellos éste), no quise leer casi nada sobre él. Pero en una reseña que medio entreví, se «acusaba» a los protagonistas de no evolucionar a lo largo del libro, de ser planos. Bueno, discrepo, no lo veo así. Los protagonistas son dos Eternos, dos dioses, hijos de dioses, con una misión muy clara y definida; no tienen porqué evolucionar, son seres prácticamente perfectos que saben qué hacer y que buscan la manera de hacerlo. Aún así, sí que se aprecia cierta evolución, pues pasan de no querer involucrarse en temas humanos, a tomar parte en sus batallas; asimismo, se relacionarán de diversas maneras con los humanos a lo largo de su misión (amor, odio, amistad, venganza...).

Cuando lo leí y lo comenté con Paco, salieron a la luz sus influencias, y ciertas coincidencias fruto de la casualidad, a veces ideas de Paco que habían visto la luz antes de que él publicara el libro, y otras que él no conocía, pero que algunos lectores le comentamos. En concreto, la escena en que los Eternos están vigilando a Eleazar y Eostes desde Celestos, es claramente similar a la misma escena de *FURIA DE TITANES* que hemos mencionado anteriormente. También me gustaría mencionar, al hilo de esto, que *LA CÓLERA DE NÉBULOS* nace de tres cartas que Paco envió a la que por entonces era su novia, hoy su mujer, durante un periodo de separación por motivos laborales. En esas misi-



vas ya plantea la existencia de los Celestiales –también llamados Imperiales–, del Senado Celestial, del Orco, y de la elevada misión de los Eternos como garantes de la luz y de la paz entre los Humanos. Por eso comentaba antes que ciertas ideas que ya tenía el autor por aquel entonces, han coincidido luego con otros autores, y que al darse cuenta **Paco**, decidió dejarlas, dado que databan ya de aquella época.

Pero esto no es raro, dada la carga mitológica, esencialmente helena, que impregna el libro, ya que era un recurso, como también hemos dicho antes, de los autores de las grandes obras mitológicas, además de la novela de acción, regida también por unos ciertos cánones. Y esto es un punto a favor del autor, porque habla muy bien del estilo narrativo de **Paco**, capaz de hacernos visualizar perfectamente las escenas, a la vez que nos recuerda las grandes obras de la mitología, y de las novelas de aventuras «de Espada y Brujería/Fantasía Heroica».

Perfecta mezcla, muy bien llevada por el autor.

Ah, y otro apunte; como han comentado otros, se echa de menos un mapa, típico en este tipo de libros, pero muy útil para ir situándonos por donde transcurre la acción. Me comenta **Paco** ante esto, que en la continuación, aparecerá dicho mapa (y me consta que ya está preparado y listo para incluirse).

Por cierto, es aconsejable visitar su sitio web, <http://www.illanvivas.com/>, pues en él se pueden encontrar relatos relacionados con esta obra, así como unos apéndices a la misma, con datos geográficos, diccionario terminológico, etc. Además, bibliografía del autor, enlaces a otros autores y amigos, a *Acantilados de Papel*, y una galería del autor con otros tales como **Rafa Marín**, **Santiago Eximeno**, **León Arsenal**, y un amplio etc.

Blog *Por si acaso: previniendo desastres* <http://jjarnau1.blogspot.com/>

© J. Javier Arnau

J. JAVIER ARNAU ya ha aparecido en otros números de Alfa Eridiani, por lo que se pueden consultar sus datos en ellos, y en su blog <http://jjarnau1.blogspot.com/>, donde encontraréis microrelatos, poesías, artículos, y más cosas.

Recientemente ha publicado en NGC3660 (poesías y relatos), Cuentos para la Espera C30 (relatos; los treinta mejores), El Parnaso (reseña de libros), Qliphoth nº 19 (poesías), ezine Efímeros, Ediciones Efímeras (Poemario: *PAISAJES DE CIENCIA FICCIÓN*) y hay material suyo listo para editarse, además de repetir en algunos de los nombrados, en Axxón, Ne-cronomicón (relatos), Tierras de Acero Magazine y Miasma (relatos, poesías, y artículos).

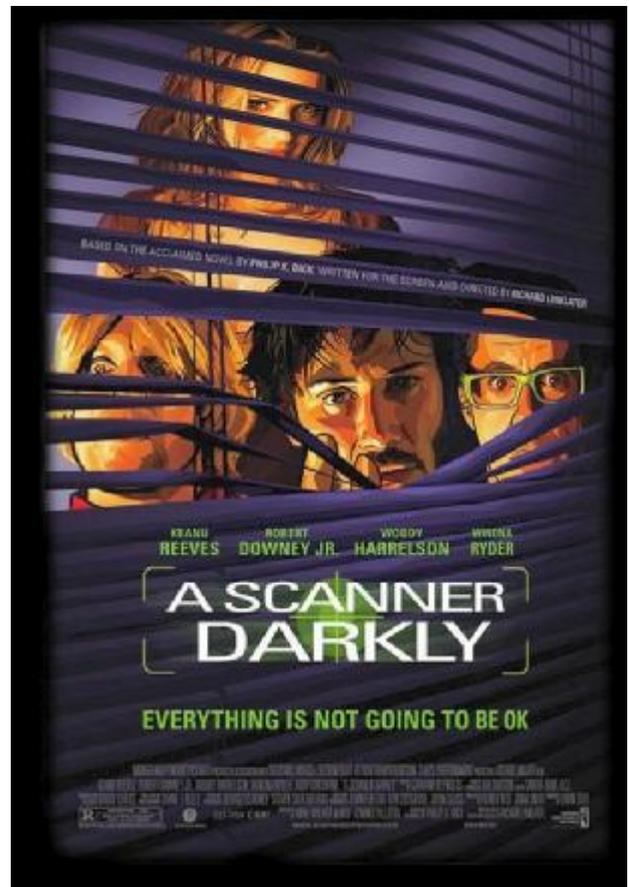
UNA MIRADA A LA OSCURIDAD: REALIDAD VESTIDA DE FICCIÓN

por Miguel Ángel López Muñoz

¿Por qué este libro, cuyo título original (*A SCANNER DARKLY*) se empeñan en no traducir y, por extensión, la película que nos ocupa, muchas veces no son considerados como obras de ciencia ficción? Y es que a pesar de que al comienzo de la película se nos advierte de que vamos a presenciar un futuro no muy lejano, este futuro de hecho es demasiado cercano.

Resulta preocupante la facilidad con que el espectador se mete dentro de la trama de la cinta. Ante nuestros ojos desfila un mundo anodino y poco espectacular, bastante parecido al nuestro, y por él se pasean hombres y mujeres drogadictos, quebrados y enfermos a los que más que como personajes se los ve como sujetos inquietantes de esos que uno espera no encontrarse a las tantas de la noche en una calle poco concurrida. Es bastante probable que la impresión sea aún mayor para el público americano, con esas ciudades jardín llenas de casitas colocadas como fichas de dominó, o esas autopistas de uso tan habitual allí que los transeúntes escasean como tréboles de cuatro hojas. Pero antes de seguir y meterme en el argumento, voy a comentar algunas otras cosas.

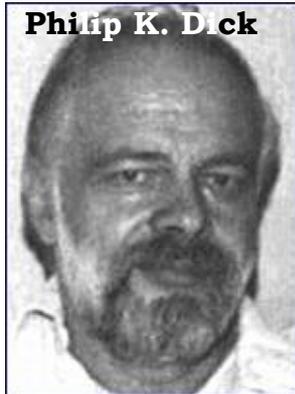
La primera, que más que nada es una reivindicación, es que ciertamente y en España al menos no mucha gente va a poder obtener por sí misma ni esa ni ninguna impresión. El motivo es que la película, como muchas otras que he venido comentando en el pasado en esta sección, ha sido estrenada en una cantidad irrisoria de cines. Por poner un caso local, que es el que mejor conozco, en Madrid ha sido estrenada en tres. En uno de ellos en horario de media sesión, y en todos en versión original con subtítulos. Una pena, como siempre. Como ya ocurrió con *EL CASTILLO AMBU-*





LANTE o *LA GUÍA DEL AUTOESTOPISTA GALÁCTICO*, sentenciadas y criticadas incluso antes de su estreno.

La segunda, ya centrándonos en la trama en sí, es el abrumador toque autobiográfico que posee. El libro original, como mucha gente sabe, es obra de **Philip K. Dick** y, al ver la película, llega un momento en el que uno no puede evitar tener cierta sensación de sudor frío por no estar del todo seguro de no estar viendo episodios reales de su propia vida. Hay paralelismos muy tentadores, como una escena donde los personajes llegan a la conclusión de que tienen la casa vigilada y pinchada por la policía sólo porque uno de ellos deja la puerta abierta adrede. En una ocasión el pobre **Phil Dick** fue a denunciar que alguien había entrado en su casa y la había puesto patas arriba. Él tenía como sospechosos entre otros al FBI, lo cual, para no hacer cargar con todas las culpas al traumatizado escritor, no era tan inverosímil debido a que dicho departamento gubernamental en efecto estuvo interesado en tenerle controlado en el pasado. Otras hipótesis no eran tan coherentes, sin embargo: fanáticos religiosos, la CIA, Inteligencia Militar. Hoy se cree que en realidad fue él mismo quien desmanteló su hogar, bajo el efecto de alguna de la interminable lista de drogas que consumía. Sea por el motivo que fuere, **Dick** huyó de aquella casa como alma que lleva el Diablo y se escondió en Canadá, en lo que su antiguo hogar era desvalijado por hordas de desaprensivos.



Así que, bueno, hay que decir que *UNA MIRADA A LA OSCURIDAD* no es fácil ni agradable de ver, y no debe ser esto entendido como un defecto. No es repulsiva ni escatológica, ni mucho menos. Es inquietante, en tanto que es una historia de drogas contada por alguien que sabía mucho de drogas, demasiado para su desgracia.

El argumento, a grandes rasgos, cuenta la historia de Fred, un policía que trabaja en una peligrosa misión de incógnito en la casa de Bob Arctor, un peligroso traficante de una droga llamada M que está haciendo auténticos estragos en la sociedad. Fred está infiltrado en el círculo de Arctor, hasta tal punto, que incluso sus superiores ignoran quién es en realidad. La sorpresa, que no tarda mucho en descubrirse (con lo que quiero decir que no estoy fastidiando la película), es que Fred es, de hecho, el propio Bob, y la ironía que ni siquiera él lo sabe, estando como está su mente disociada por M. La pregunta es: ¿quién es en realidad, Fred o Bob? ¿O tal vez un poco de ambos o ninguno de ellos?

La droga M no es la única que se menciona en la película. Drogas reales, como la cocaína, tienen su papel de la mano de personajes adictos a ellas, haciéndose afirmaciones que ignoro si son ciertas pero me resultaron espeluznantes, como que el uso prolongado de esta droga dilata los vasos sanguíneos en exceso, disminuyendo la apetencia sexual de su consumidor.

El ritmo narrativo es bueno, y el argumento ayuda a ello. A pesar de conocerse la historia, lo importante, lo más llamativo en este sentido, es saber los detalles concretos, cómo avanza la bizarra trama, sin dudas marcada con el inconfundible sello personal de su autor, siempre obsesionado con las identidades erradas en todos sus libros, desde *UBIK* y *¿SUEÑAN LOS ANDROIDES CON OVEJAS ELÉCTRICAS?* hasta el angustioso relato *IMPOSTOR* o el onírico *PODEMOS RECORDARLO TODO POR USTED*. A lo que uno se pregunta si algún día alguien se atreverá a llevar esa obra maestra del surrealismo que es *UBIK* al cine. Pero a lo que estábamos.

Un asunto importante que no he mencionado es que la película fue rodada



con actores reales pero en la fase de postproducción se pintó por encima del resultado. El producto final no es una película al uso, como es evidente, pero tampoco es una animación, como podía uno esperarse en un principio. Las escenas ganan mucho en un sentido dinámico. No se está imitando el movimiento de los actores, se usa ese movimiento, y eso es algo que se nota. Lo que la provee de un aliento artístico, pictórico, casi impresionista, incluso con sus toques poéticos, pues algunos escasos objetos, como el colgante de una chica, no han sido pintados, lo que me recordó a *LA LISTA DE SCHINDLER* de **Spielberg** y la niña con vestido rojo.



Keanu Reeves

El trabajo de los actores no ha sido malogrado por la extraña técnica. Hay gran cantidad de primeros planos, de modo que no se trata de esquivar la expresividad en sus rostros, y tanto la voz como los gestos adquieren un protagonismo muy importante a lo largo del filme. La interpretación de **Keanu Reeves** como Fred/Bob Arctor es más que decente, a pesar de lo mucho que se suele criticar a dicho actor, y hay otras figuras importantes a lo largo de la película, como **Winona Ryder**, **Woody Harrelson** o **Robert Downey Jr.**, otra celebridad que sabe bien lo que es el mundo de las drogas, pues arruinó su vida y casi por completo su carrera profesional, llegando un momento en que sólo amigos como **Elton John** contaban con él para colaboraciones ocasionales (en el videoclip de la canción *I want love*). Ahora parece haber recuperado el rumbo y está confirmado que encarnará al egocéntrico millonario *Tony Stark*, más conocido por los aficionados a los comics Marvel como Iron Man. Esperemos que su condición de alcohólico, otra de las drogas a las que estuvo enganchado, sirva para que pueda lucirse con la interpretación del mencionado personaje, también adicto a la bebida.



Robert Downey Jr.



Otro punto a destacar son los diálogos. Barrocos y extraños, parecen en verdad ser fruto directo de las drogas. Conversaciones insustanciales acerca del número de marchas de una bicicleta o cómo proteger una casa degeneran en comportamientos paranoicos e incluso en ocasiones violentos y contrastan con la jerga policial, seca y carente de emoción, y con los comentarios científicos acerca de la droga. Es bastante destacable una de las primeras escenas, donde Fred se dirige, anónimo, a un público que escucha con atención su visión particular del mundo de las drogas.

Al respecto de esa escena, en términos de animación es muy interesante la manera concreta en que Fred se camufla de los presentes, además de ser uno de los elementos de la película más cercanos a la ciencia ficción. El camuflaje



consiste en un traje que cubre su cuerpo con imágenes aleatorias de otras personas, mezclándose unas con otras como si fuera un collage inagotable. Se pueden apreciar las horas y horas de trabajo necesarias para que el efecto no resulte ridículo y nunca se repitan patrones, además de que se está aprovechando de manera directa el estilo con que la película está rodada.

Otras partes, por desgracia, no hacen tan buen uso de dicho estilo. Hay varias escenas donde los insectos son desarrollados hasta parecer una grosera caricatura, y la autopista no fue pintada en su totalidad, dando una impresión como de brochazo improvisado. Sin embargo, a pesar de estos defectos, la impresión general es, insisto, muy notable, sobre todo muy extraña, original y atrayente.

En cuanto a la música, tanto la parte instrumental como las canciones compuestas por Radiohead, el grupo capitaneado por **Tom Yorke** y que hacía tiempo que no se dejaba escuchar, concretamente desde el año 2003 con su disco *Hail to The Thief*. Los autores de grandes temas como *Creep* o *My Iron Lung son*, con su música atmosférica y densa, una gran elección para la película, y sus canciones no saturan sino que se acoplan a la perfección. Cumplen con la premisa de una buena banda sonora, gustar sin robar protagonismo. El resto de la música es correcto sin más. No deja una huella especial pero tampoco resulta, ni mucho menos, desagradable.

Ya estoy terminando, pero hay una cosa que me gustaría decir: A mí al menos, me hizo pensar. Es una película que, a pesar del estilo peculiar de **Dick**, resulta demasiado cercana, y no puedes ignorar ese dato. Resultaba sencillo salir del cine e imaginar muchos de los personajes tirados en bancos o conduciendo por la calle a la luz de las farolas. Al contrario que *1984* o *V DE VENDETTA*, esta película no trata de hacerte pensar mediante una metáfora de la realidad, parece querer describir la realidad misma, y luego decirte «recuerda, esto no es real, sino ciencia ficción». El problema, como decía **Arthur C. Clarke** si no recuerdo mal, es que la realidad siempre acaba siendo mucho más impresionante. Los títulos de crédito del final, extrapolados de la novela, también aportan su granito de arena al asunto. Los adjunto sin miedo a estar violando derechos de autor pues me parecieron impactantes:

A Gaylene fallecida
A Ray fallecido
A Francy psicosis permanente
A Kathy lesión cerebral permanente
A Jim fallecido
A Val lesión cerebral masiva y permanente
A Nancy psicosis permanente
A Joanne lesión cerebral permanente
A Maren fallecida
A Nick fallecido



A Terry fallecido
A Dennis fallecido
A Phil lesión pancreática permanente
A Sue lesión vascular permanente
A Jerri psicosis permanente y lesión vascular
y un largo etcétera.

In memoriam. Fueron mis camaradas, los mejores que he tenido. Permanecen en mi recuerdo, y el enemigo nunca será olvidado. El «enemigo» fue el error que cometieron jugando. Dejadles que vuelvan a jugar, de algún otro modo, y permitidles que sean felices.

Y eso es todo por esta vez. No tomen drogas y adiós. Hasta que Todos Seamos Uno.

© de las imágenes de la película, Warner Independent Pictures
© Miguel Ángel López Muñoz

MIGUEL ÁNGEL LÓPEZ MUÑOZ. Madrileño, nacido en 1981, licenciado en ciencias matemáticas, escritor de ciencia ficción y fantasía. Estilo predilecto: relatos y novelas cortas con marcado tono fatalista. Obsesiones: divulgar las matemáticas. Influencias: Asimov, Ellison, Simmons, Chandler. Relatos y colaboraciones: NGC 3660, Alfa Eridiani y Golwen, entre otras. Ganador del UPC 2006. Una frase: la ciencia ficción es la poesía del científico y la fantasía es la ciencia del poeta.



LA SUPERPOBLACIÓN EN LA OBRA DE HARRY HARRISON

por Miguel Martín Cruz

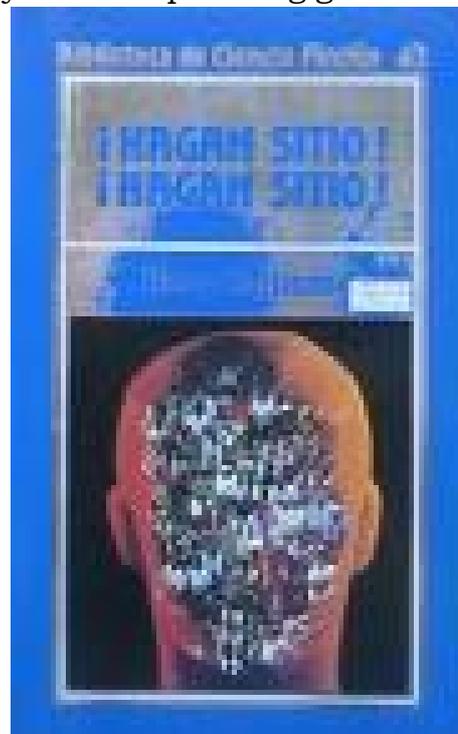
Que dentro de poco la Tierra no dará más de sí, es algo que muchos conocemos. La pobreza es causante de muchos flujos migratorios. Ahora que Estados Unidos se blindó aun más ante ello, el autor de este artículo nos recuerda que hace ya más de cuarenta años, Harry Harrison especulaba con un tipo de sociedad parecida a la actual, si bien todavía no hemos llegado a esos extremos, cada vez nos acercamos más.

Que el hombre es una verdadera plaga para la supervivencia de nuestro planeta está fuera de toda discusión. Basta encender la televisión cualquier día de la semana a la hora de los noticiarios para darnos cuenta de que estamos destruyéndolo a pasos agigantados. *Ejercemos tanta presión sobre la Tierra que nos vemos obligados a recurrir a la tecnología para alimentarnos y mantenernos*⁵



Harry Harrison

El ser humano, como señala **Edward O. Wilson**⁶, es el auténtico *meteorito destructor* que aniquilará el Planeta. La población mundial aumenta cada día que pasa (se habla de un incremento de unos mil millones de personas por década), mientras que los sorprendentes avances en medicina y tecnología reducen los niveles de mortalidad. Si a ello se suma el uso irresponsable de los bienes naturales, la expoliación de grandes superficies de bosque y selva, con el consiguiente deterioro climático (efecto invernadero a la cabeza), la dificultad para establecer cultivos, la paulatina reducción de la ganadería y la escasez de recursos, es de esperar que a corto o mediano plazo nos encontremos inmersos en una situación de penurias e incluso de hambruna generalizada como la que describe **Harry Harrison** en su novela *¡HAGAN SITIO!* (1966)



⁵ **James Lovelock**, *Cara a cara con la vida, la mente y el universo* (Ed. Destino)

⁶ Idem.



A esta hipótesis se la conoce como *catástrofe maltusiana*, y se debe a que la población crece con mayor rapidez (por progresión geométrica) que el suministro de comida (que lo hace por progresión aritmética). Gracias a los avances tecnológicos ese momento aún no ha llegado, pero si no andamos con ojo, no puede descartarse que tales predicciones se conviertan en realidades en un corto espacio de tiempo.

Harry Harrison, buen conocedor de esta teoría apocalíptica construye en base a ella una novela de espeluznante catastrofismo. El futuro de **Harrison** es el de **Malthus**, un mañana demasiado factible como para no sentir un escalofrío sólo de imaginarlo, tan realista que casi se puede palpar, resaltando con fuerza que es poco probable que haya nadie para ver en el futuro un nuevo siglo.

En *¡Hagan sitio! ¡Hagan sitio!*, los recursos son administrados con cuenta gotas por el gobierno. Los alimentos y el agua son racionados, y, cómo es de esperar los que primero sufren las consecuencias son los más débiles. Los niños padecen una enfermedad llamada *kwash*, que se debe a una falta alarmante de proteínas. Las familias numerosas cuentan con mayor ayuda social, por lo que siguen teniendo hijos en aras de un poco de alimento extra que llevarse a la boca. Así, la población sigue creciendo mientras que el mundo cada vez ofrece menos sitio que pueda ser habitable. Las cartillas de la Beneficencia se defienden con la vida, aunque éstas hayan perdido su valor para la horda de delincuentes que subsisten gracias al pillaje y a los trapicheos con los bienes robados. Las manifestaciones se suceden por las calles, el estado de crispación es constante.

Estados Unidos se encuentra al borde del colapso (aunque se nos hable de todo un planeta en decadencia absoluta). Los barcos se amontonan en los puertos, convertidos en barracones repletos de personas desesperadas. Incluso el metro (inutilizado desde hace años) ha sido transformado en improvisada vivienda para algunos afortunados.

El rol protagónico de la novela recae en la figura de un policía resentido llamado Andy. Alrededor de él, como satélites confusos y perplejos, revolotean personajes ambiguos encerrados en una realidad a la que no es fácil hacer frente: Sol, su anciano compañero de piso, que sabe que en la vida siempre se puede ir a peor; Shirl, la amante de Andy, que se debate entre su fidelidad y las facilidades de una vida disoluta; Billy, un joven delincuente perseguido por la policía sospechoso de un crimen violento. Todos ellos (y algún otro personaje secundario) intentan subsistir en un planeta que parece haber dado la espalda a todos sus habitantes.

Harry Harrison hace balance de todas las debilidades humanas, como si de un catálogo de miserias se tratara. Y es que incluso en el estado de patetismo en que se encuentra el universo ideado por el autor, hay lugar para las di-



ferencias de clase. Sólo los ricos pueden permitirse lujos como bañarse todos los días e incluso comprar alcohol o algo de verdadera carne de vaca. Excesos nimios aunque diferenciadores cuando se está condenado a la extinción. La gente se defiende como puede en las circunstancias que les toca vivir, las formas de evasión y diversión son pocas cuando el dinero y la felicidad escasean. Hay quienes se refugian en la religión, amparados por lo que ellos consideran designios divinos (al fin y al cabo fue Dios quien dijo aquello de *creced y multiplicaos*). Este tipo de reacción viene encarnada por el personaje de Peter, un fanático religioso que pone todas sus esperanzas en que el fin del milenio traiga aparejado la erradicación de la vida en el planeta. Otros recurren a drogas como el LSD, única forma de hacer frente a la penosa y difícil situación, y de encontrar un poco de *felicidad* en una realidad que la niega. El fugitivo Billy, influenciado por su particular «crimen y castigo», la utilizará a menudo como fácil vía de escape de sus terrores personales.

Gran parte de la culpa de la superpoblación en *Hagan sitio, Hagan sitio*, recae en la falta de métodos anticonceptivos y en las ideas católicas pro-vida que continúan promulgando en la actualidad las altas esferas de la Iglesia. **Harryson** habla por boca de uno de los personajes principales, el anciano y experimentado Sol, para defender una postura basada en el control de la natalidad en la que se les da a las parejas al menos la oportunidad de decidir si desean hacerse cargo de un nuevo retoño o no. La Iglesia toma esta idea como un ataque a su institución, menospreciando la posibilidad de control de la población y tachándola de *Ley Mata-niños*. Nada que no pueda observarse en la realidad que nos rodea.

Harry Harrison, preocupado por el problema de la superpoblación, en el transcurso de los años, ha plasmado sus inquietudes en diversos e interesantes relatos de ciencia ficción. De entre ellos sobresalen, por su visión crítica de la sociedad actual, *UN ACTO CRIMINAL* y *TRAS LA TORMENTA*.

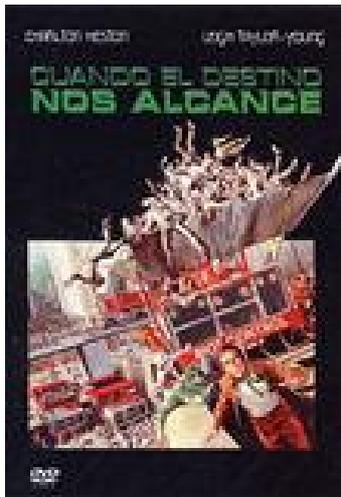
*UN ACTO CRIMINAL*⁷ cuenta la violenta cacería que sufre un padre de familia cuya mujer está embarazada de su tercer hijo. Un voluntario se ofrecerá para intentar asesinar al marido, así lo dicta la ley en aras de que uno de los dos (la presa o el cazador) muera en la pelea. Un nacimiento por una muerte, la Ley Penal de Natalidad se basa en ese equilibrio. En este relato no hay buenos ni malos, sólo dos posturas encontradas y una solución que nunca resulta fácil. Mientras que el marido tomará la propuesta como una barbaridad antiabortista («¡Asesinos!», grita en una ocasión), el voluntario que intentará acabar con su vida defiende una postura en la que el verdadero criminal es el que trae un nuevo crío a este mundo («Tus bendiciones...son agotar este mundo como si fuéramos una plaga de langostas», dice en cierto momento)

⁷ En *50 EN 50. MEDIO SIGLO DE RELATOS I*, Minotauro, Colección Kronos Minotauro.



En *TRAS LA TORMENTA*⁸ un naufrago procedente de Irlanda aparece en la costa de Long Island, Estados Unidos, en una época en la que la inmigración está tajantemente prohibida. Esta interesante historia nos habla de un futuro en el que los adelantos tecnológicos son tan avanzados que incluso las universidades han sido clausuradas en beneficio del almacenamiento masivo de información en superordenadores. A través de las peripecias del naufrago, el autor nos informará de múltiples y novedosos inventos, así como de eventos históricos referidos a unos Estados Unidos que han blindado sus fronteras para permanecer aislados del resto del mundo. El tema de la superpoblación vuelve a ser el protagonista, aunque desde una óptica menos realista (pero no imposible).

Sorprende a su vez *COMPAÑEROS DE PISO*⁹, resumen impreciso aunque efectista de *¡HAGAN SITIO! ¡HAGAN SITIO!* que profundiza en la relación de amistad entre el malhumorado Andy y su compañero Sol. El relato es una síntesis somera de los problemas que sufre el planeta a causa del exceso de población. Igual de triste que la novela original, *COMPAÑEROS DE PISO* hurga en alguno de los momentos más desgarradores de la historia.



No podemos dejar de mencionar la versión cinematográfica de *¡HAGAN SITIO! ¡HAGAN SITIO!*, titulada *CUANDO EL DESTINO NOS ALCANZA* (*Soylent Green* en su versión original). Dirigida en 1974 por el gran **Richard Fleischer** y protagonizada por **Charlton Heston** y **Edward G. Robinson** (en la que sería su última aparición en la gran pantalla), la película se basa en buena parte del libro de **Harrison**, aunque sin profundizar demasiado en los sentimientos de los personajes (algunos de los cuales han sido borrados de un plumazo). La película, tratada en un tono policíaco muy interesante, sigue los pasos del cínico agente de la ley (al que da vida el a menudo heroico **Charlton Heston**) en un mundo superpoblado y violento. Las bases del film vienen determinadas por la novela original (la situación futurista está muy lograda), aunque se agradece que el guionista del film (**Stanley R. Greenberg**) profundice en cuanto a ideas y tratamiento argumental. De hecho, permanece en nuestra cultura el concepto de *Soylent Green*, el alimento sintético con el que se abastece a la población y cuya producción guarda un oscuro secreto. Tampoco es desdeñable la idea de las cámaras de suicidio (con el irónico nombre de *El Hogar*), donde las personas pueden quitarse la vida (dejando de paso un hermoso hueco libre en la ciudad). En resumen, *CUANDO EL DESTINO NOS ALCANZA* es una muy digna adaptación cinematográfica de

⁸ En *50 EN 50. MEDIO SIGLO DE RELATOS I*, Minotauro, Colección Kronos Minotauro.

⁹ En *50 EN 50. MEDIO SIGLO DE RELATOS I*, Minotauro, Colección Kronos Minotauro.



¡HAGAN SITIO! ¡HAGAN SITIO! y, en general, de las fantásticas ideas de **Harri-son**, con algunas escenas de fascinante violencia (las escavadoras en las manifestaciones, las escaleras abarrotadas de gente). Este film es una de esas pequeñas joyas de ciencia ficción que suelen pasar por alto los aficionados al género.

Mucho tiempo después de la publicación de *HAGAN SITIO*, el escritor, durante una entrevista por su cincuenta aniversario en el campo de las letras, señaló un hecho en extremo clarificador de la situación actual: Mientras que en el Tercer Mundo hay demasiadas personas para cada vez menos recursos, los países desarrollados se acercan peligrosamente al crecimiento cero de población. El mundo continúa haciendo esos hacia el límite.

© Miguel Martín Cruz

MIGUEL MARTÍN CRUZ (Madrid, 1980), es Biólogo y gran aficionado (entre otras cosas) a la literatura y cine de Terror y Ciencia Ficción. Escritor de artículos, críticas y relatos cortos, es colaborador de las páginas web de género *Aullidos* y *Terroria*, y de la web y revista de música *Rockestatal*. También ha publicado algunos microrrelatos en el ezine *Efímero*.



SABLE PUBLICA SU NÚMERO 1 EN FRANCÉS

por José Joaquín Ramos

Hay muy poquitas iniciativas amateurs que publiquen en papel y además se atreven a explotar el mercado extranjero. *Sable* es una de esas iniciativas. Es cierto que la mayoría de sus relatos han sido publicados en español pero también que son los mejores. Por eso queremos hablar hoy aquí de ellos.

El presente número de *Sable* goza de una extraordinaria calidad literaria especialmente teniendo en cuenta que se trata de una revista amateur en la cual su editor cuenta con muy poquita ayuda.

En cuanto a géneros literarios estoy por afirmar que ha logrado el equilibrio perfecto porque se pueden hacer múltiples subconjuntos en los que se intersectan uno o varios subgéneros. Tenemos, y no por orden, la ciencia-ficción, la fantasía, el terror, la sátira de diversos géneros, el cuento de hadas, la dragonada, el cuento de detectives y la fantasía épica. Estoy perezoso y no haré cuentas.

Karma de Jean Pierre Planque es una reflexión sobre la forma de castigar a los criminales y la humanidad o inhumanidad del castigo. Muy bien narrado mantiene la tensión hasta el último momento. Ciencia ficción

L'appel détourné de Víctor Miguel Gallardo Barragán tal vez sea el más flojo de todos los relatos. Narrado con cierta ingenuidad, nos plantea un futuro en el que las técnicas comerciales han llegado al sumun de la agresividad. Ciencia ficción

La légende du dernier dragon de Pierre-Luc Lafrance reelabora el mito de las hadas y los dragones hasta convertirla en una compleja sátira del mundo actual. Sátira, cuento de hadas, dragonada.

La mort a pris mon visage de Alan W. Wolf engancha por una prosa ágil que mantiene el ritmo durante todo el cuento y por abordar el tema de quién controla el poder. Terror.

Le déguisement de Sergio Hartman es sin duda el mejor cuento de la selección y uno de los mejores cuentos del autor. En él se analiza el comportamiento de la gente ante una situación aparentemente cotidiana. Ciencia ficción

A huit ans, on ne la leur fait plus... de Sebastián Gollut es un divertido relato, ágil y bien desarrollado sobre un hada y un niño urbanita. En su haber tiene la fina ironía con la que comienza el relato. En cambio, sorprende el giro dramático con que acaba el relato. Sátira, cuento de hadas



Une porte sur l'hiver de Jonas Lenn nos narra la nostalgia por un amor perdido. De ahí que sea un cuento un tanto bucólico y no sólo por el ambiente en el que se desarrolla, sino por la sensación de pérdida que tiene el protagonista. Ciencia ficción

L'affaire Sandra Lion de Philippe Heurtel es un divertido cuento de detectives. Confiamos en que el autor prosiga escribiendo relatos cuyo trasfondo ha sido sacado de un cuento. Sátira detectivesca.

Peau douce de Ketty Steward es un relato de terror bastante atractivo en el que se mezcla el erotismo con el miedo que nos provoca la muerte. Terror.

La chute de la famille Edler de Nico Bally es toda una joyita del cuento de horror y todo un homenaje a Poe. Posee una fuerza narrativa que nos hace recrear de una forma muy vívida las escenas que nos propone. Como su nombre indica, el cuento trata de los últimos descendientes de la casa Edler. Horror.

L'ébè et la glace de Fermín Moreno González narra la búsqueda de un vasallo la respuesta de una adivinanza para su princesa. Otra joyita de esta antología. Fantasía épica.

Otro atractivo de la revista son sus ilustraciones. Me han gustado en especial la ilustración de portada, la ilustración titulada *Nice day to die* de Sergey Martyn, propia de un relato de fantasía épica en la que una heroína se defiende de los, ya de por sí malvados, villanos y los dibujos que ilustran los cuentos *Le déguisement* de Sergio Gaut vel Hartmant, *L'ébè et la glace* de Fermín Moreno González (francamente fantásticas) y *L'affaire Sandra Lion* de Philippe Heurtel.

Las traducciones, cuando son necesarias, son muy buenas. La maquetación es muy buena pero le falta algún detalle para ser excelente.

© José Joaquín Ramos

Madrid, 1964. Es Licenciado en Ciencias Biológicas por la Universidad Complutense de Madrid. Se inició en el fánom activo en el Sitio de Ciencia-Ficción publicando algunas críticas literarias y colaborando en el Glosario. Desde 2002 edita bimestralmente la revista *Alfa Eridiani*, una revista electrónica gratuita dedicada a difundir la ciencia-ficción de autores noveles y, en alguna ocasión, no tan noveles. Como la revista ha crecido y se ha hecho mayor, le ha surgido un hermano llamado *Eridano* destinado a publicar monográficos sobre un autor o una temática diferente a la de *Alfa Eridiani*.



Portofolio

ANTONIO JOSÉ MANZANEDO LUIS



Biomecánico



Demonio



Verdugo



El señor de lo eterno



Kurai



Kyoko



Manzanado, A.J. nació en 1983. Motivado por una fantasía incipiente comenzó a cultivar su faceta creativa a una edad muy temprana, mostrando especial interés por el dibujo y el color. Cuando aún andaba por el colegio ganó algunos concursos de cartel y a nivel regional pudo ver publicado uno de sus cómics.

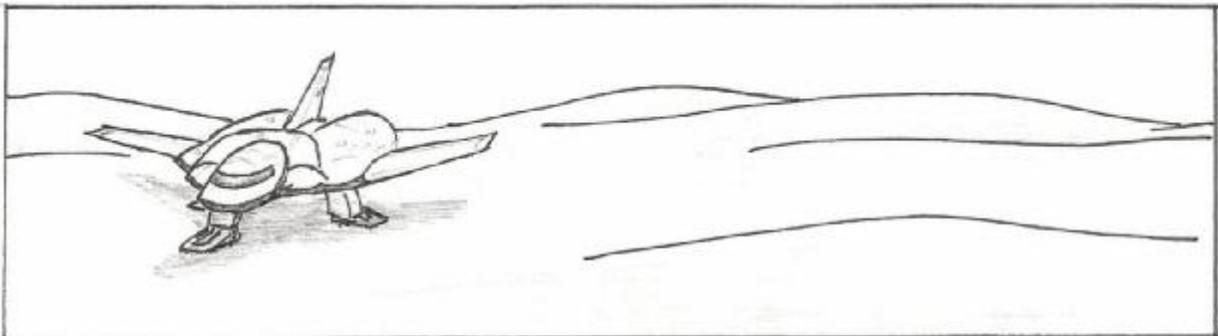
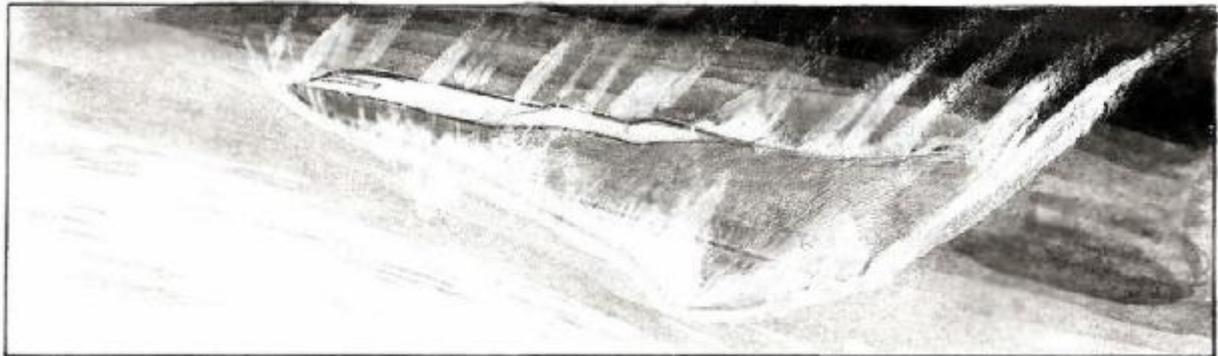
A los 15 años ingresó en una escuela de arte para continuar con el aprendizaje de técnicas de pintura y dibujo. Amplió sus conocimientos artísticos realizando la carrera de Bellas Artes en las Facultades de Sevilla y Salamanca. No obstante, la verdadera fuente de inspiración la encontró en la obra de artistas como **Paolo Serpieri**, **Luis Royo** y **Frank Frazetta**, en particular sus pinturas de Conan o su Death Dealer. También aprecia el trabajo de maestros como **Katsuhiko Otomo**, **Hayao Miyazaki** y **Yukito Kishiro**.

Actualmente utiliza su formación de dibujo y pintura tradicional para emplearlas en medios digitales. Programas como Adobe Photoshop o Painter son sus herramientas de trabajo preferidas a la hora crear ilustraciones digitales.

© Antonio José Manzanedo Luis

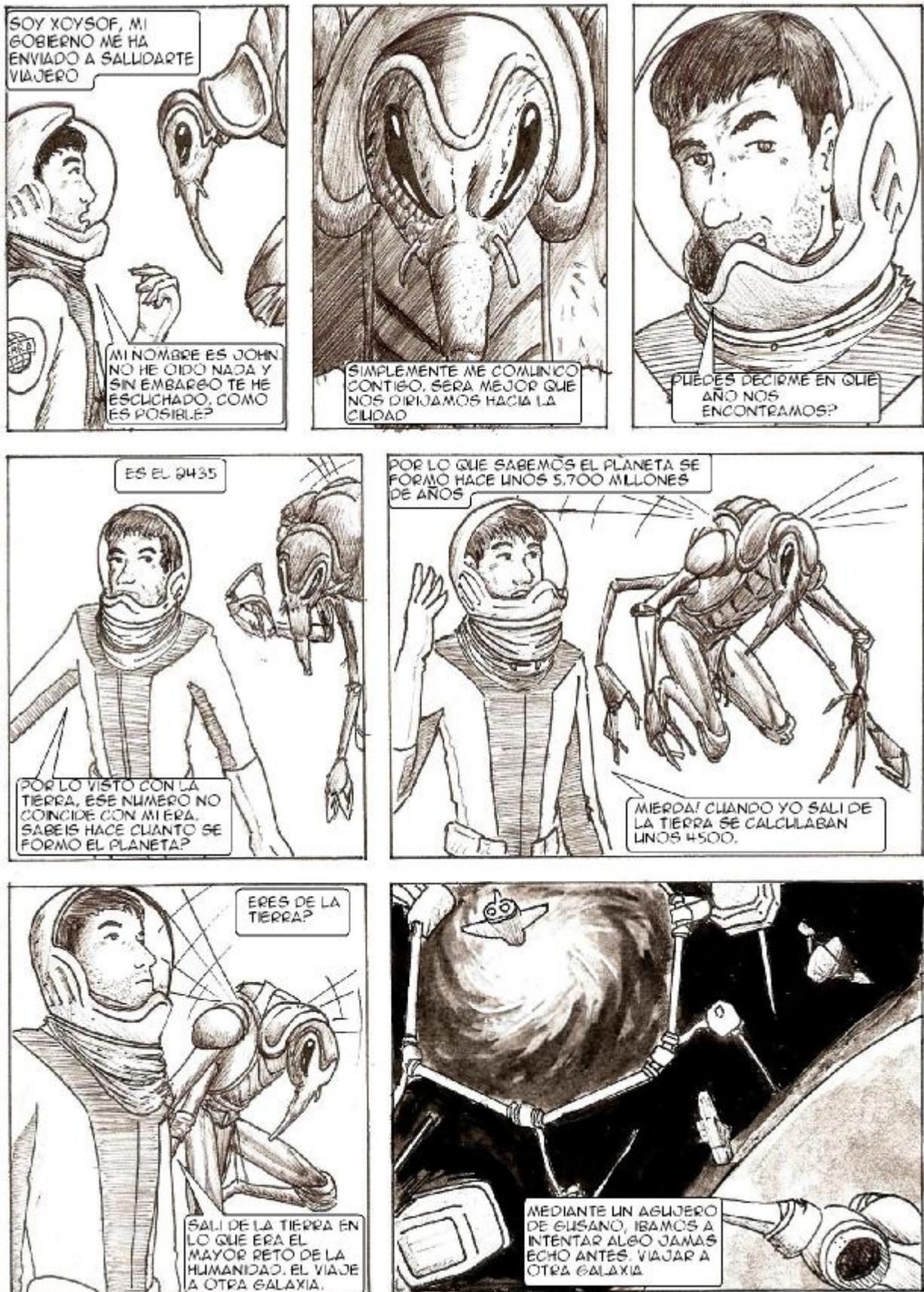


Cómic





Año III. Número 8, segunda época. Mayo-Junio 2007.





Año III. Número 8, segunda época. Mayo-Junio 2007.



SI TODO IBA BIEN, YO DEBIA DESPERTAR EN LA OTRA GALAXIA Y BUSCAR UN LUGAR BUENO PARA CONSTRUIR UNA PUERTA ALLI. SI ALGO FUNCIONABA MAL, LA NAVE ESTARA PROGRAMADA PARA INTENTAR REGRESAR A LA TIERRA. TENIA LOS SUFICIENTES RECURSOS PARA HACERLO.



HA PASADO MUCHISIMO TIEMPO PERO... NO SABIAIS NADA DE LOS HUMANOS?

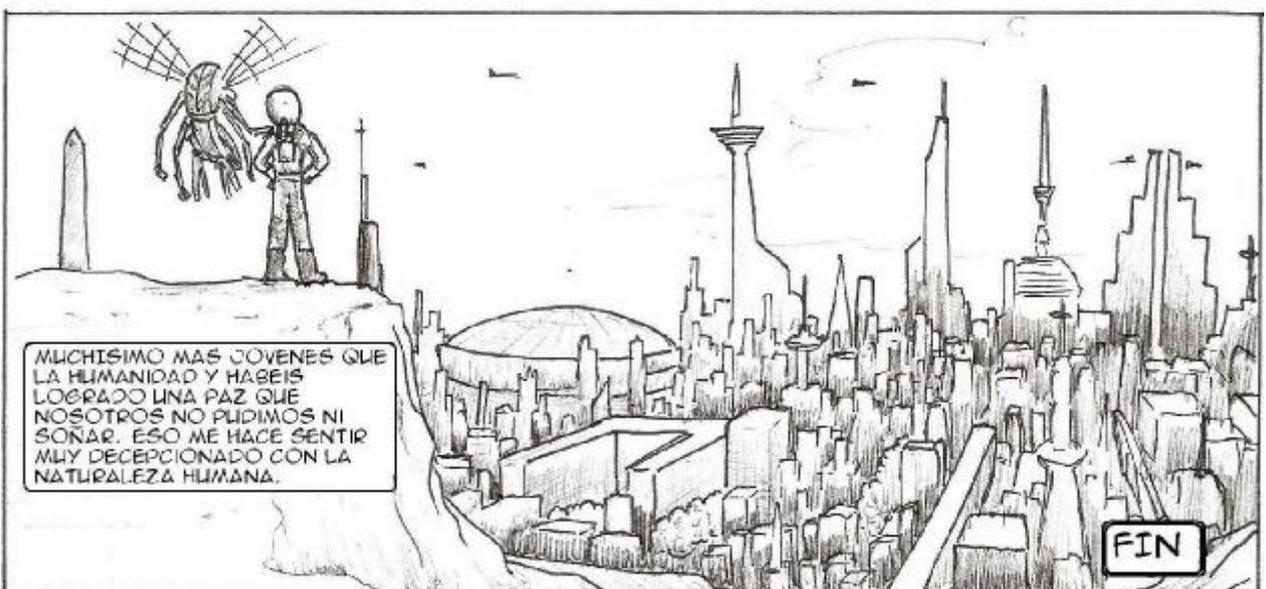


NO. LAS PRIMERAS ESCRITURAS DATAN DE HACE POCO MENOS DE 2500 AÑOS. NO TENIAMOS IDEA DE QUE HUBIERA HABIDO VIDA INTELIGENTE AGUI ANTES.

SI NO ES MUCHA INDISCRECION... Y COMO SON VUESTRAS RELACIONES SOCIALES? ALGUNA GUERRA?



GUERRA? TE REFIERES A DISPUTAS SANGRIENTAS ENTRE NUESTROS SERES? QUE YO SEPA NO HA HABIDO NINGUNA DISPUTA GRAVE EN MAS DE 2000 AÑOS.



MUCHISIMO MAS JOVENES QUE LA HUMANIDAD Y HABEIS LOGRADO UNA PAZ QUE NOSOTROS NO PUDIMOS NI SONAR. ESO ME HACE SENTIR MUY DECEPCIONADO CON LA NATURALEZA HUMANA.

FIN

Noticias

LOS HOMBRES QUE ATERRORIZARON AL MUNDO



Título: *LOS HOMBRES QUE ATERRORIZARON AL MUNDO*

ISBN: 978-958-8292-16-8

Género: Tecnothriller

Autor: Diego Darío López Mera

Email: diegodario21@gmail.com

Editor: Institución Universitaria Antonio José Camacho www.itmajc.edu.co

Número de páginas: 135

País: Colombia

Año: 2007

RESUMEN ARGUMENTAL

Johnny Fernández es un joven director de Hollywood que experimenta con tecnología de realidad virtual, con el fin de que sus fans y los espectadores de sus películas tengan una experiencia cinematográfica más cercana a la realidad.

Sus conocimientos y habilidades, unidos a sus deseos de hacer del mundo un lugar mejor para vivir, ocasionan que Johnny participe y se convierta en una pieza clave, en un proyecto que busca la salvación de la Humanidad y la paz mundial.

Sin embargo, lo que puede salir mal, sale mal.

De un momento a otro, el proyecto filantrópico se convierte en la amenaza más peligrosa a la que la Humanidad se ha enfrentado.



DATOS DEL AUTOR:

Diego Darío López Mera nació en Cali (Colombia) en 1974. Ingeniero de sistemas de la Universidad del Valle. Investigador en el área de las tecnologías multimedia y desarrollo de videojuegos, realizador audiovisual y escritor que utiliza la tecnología y la ciencia como componentes argumentales importantes en sus relatos.

Ganó una beca en la Convocatoria Nacional Cinematográfica 2000 del Ministerio de la Cultura de Colombia y City TV para la realización del video *EL GRAN SUEÑO COLOMBIANO*.

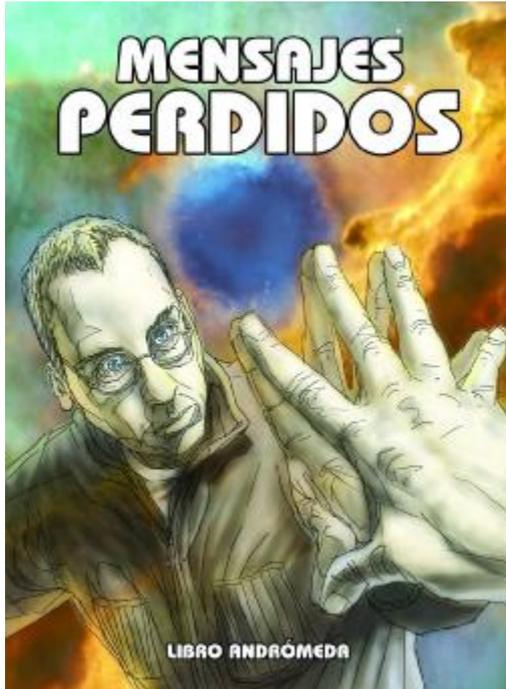
Obtuvo mención de honor en el Concurso de Historieta CALI-2500, organizado por la revista Gaceta del periódico El País de Cali, con su argumento de ciencia-ficción futurista *CALIWOOD PARK*.

Su novela *LOS HOMBRES QUE ATERRIZARON AL MUNDO* obtuvo mención de honor en la primera convocatoria del Premio Andrómeda de Ficción Especulativa (España).

De sus títulos debemos mencionar: *CALIENS*, *CIUDAD CHEVERONGA*, *EL LUCIFERINO* y *LA GUACA DEL EXTRAÑO CHRISO POEIA*.

[Fuente: Diego Darío López Mera]

MENSAJES PERDIDOS



Título: Mensajes Perdidos.

Autores: VVAA.

Páginas: 224.

Colección: Libro Andrómeda, número 15.

Editorial: Mundo Imaginario.

ISBN: 978-84-933.878-6-0.

Fecha edición: 20 Noviembre 2007

Ilustración y Diseño de cubiertas: Jordi Armengol.

Información y solicitud de ejemplares.

libroandromeda@yahoo.es

www.libroandromeda.com

El lenguaje, después de la piel y los sentidos, es la segunda barrera corporal del ser humano. Un medio más de relación del individuo con otras criaturas que le rodean. Y los límites e imperfecciones en la lengua empleada, repercutirán en la propia percepción del mundo.

Mensajes Perdidos aborda uno de los temas más recurrentes en la ciencia ficción: el problema comunicacional; al intentar interpretar correctamente un conjunto ajeno de señales, signos o símbolos emitidos por unas criaturas que discrepan en gran medida del hombre.

Los trece autores incluidos en este libro especulan sobre uno de los logros culturales más importantes: el inventar un código, otorgándole un significado y unas reglas de comprensión que permitan su traducción; o bien lo hacen especulando cómo serían las civilizaciones origen de tan extrañas informaciones.

CONTENIDO DE LA OBRA.

Acta de los Premios Andrómeda 2006 (Relato):

- *Unión* de **José Sorribas Orth**.
- *Una llamada más* de **Antonio J. Cebrián Berruga**.
- *Reiskolem* de **Miguel Ángel López Muñoz**.
- *Monocerotis* de **Pablo Brito Altamira**.



- *Qeqertarsuaq* de **Antonio Moreno Álvarez**.
- *Aduya* de **Sergio Parra Castillo**.
- *Monos con mirada humana* de **Oscar Daniel Salomón**.
- *Cuando la esperanza se pierde* de **David Mateo Escudero**.
- *Como un caballo que va sin nadie estampando su locura por los muros* de **Pedro Félix Novoa Castillo**.
- *A, B, C* de **Aster Navas Martínez**.

MATERIAL ADICIONAL.

- *Ciencia ficción y comunicación* de **Gabriel Trujillo Muñoz**.
- *Interferencia mínima* de **Sergio Mars Aicart**.
- *Eclipse de fe* de **Claudio Landete Anaya**.

ACTAS DE LOS PREMIOS ANDRÓMEDA DE FICCIÓN ESPECULATIVA 2007

CATEGORÍA DE RELATO.

TEMA: *La astronomía y el universo.*

Reunidos en la ciudad de Mataró, el día 13 de septiembre de 2007, el jurado compuesto por **Judith Vives**, **Abel Rogés**, **Pedro Linares**, **Jordi Lopesino**, **Isidre Fontanet** y **Claudio Landete** en relación a los 116 relatos aspirantes en esta convocatoria y después de las deliberaciones pertinentes, acuerdan:

1.- Reconocer como relato vencedor a:

LOS NIÑOS DE LAS ESTRELLAS de **José Sorribas Orth** (Granollers, Barcelona)

2.- Declarar como finalistas por igual a:

UN TRÉBOL DE CUATRO HOJAS de **José Luis Scarpelli** (Argentina)

SIDEREUS NUNCIUS de **José L. Baños Vegas** (Salamanca)

Por presentar habilidades narrativas, teorías científicas o hipótesis especulativas dignas de acreditación, se hace mención de honor de los siguientes trabajos:

- *RECUERDOS DE UN FUTURO IMPROBABLE* de **Leonardo Roper Serrano** (Mera, La Coruña)



- *NE FRUSTA VIXISE VIDEAR* de **José Ramón Vila Martínez** (Bilbao, Vizcaya)
- *EL VUELO DE LA LIBÉLULA* de **Gilberto Rendón Ortiz** (México)
- *PILOTO ESPACIAL* de **Rafael Avendaño** (Barcelona)
- *INSTRUMENTOS OPERATIVOS* de **Antonio Moreno Álvarez** (Sevilla)

Asimismo de acuerdo con las bases de la convocatoria se indica que han llegado a la fase final y por tanto se considera que también deben ser editadas, al encontrar elementos de valía en sus originales, las obras presentadas a concurso por los siguientes escritores:

- **Juan Fernando Uribe Arcila** (Colombia)
- **Rebeca Mata Sandoval** (México)
- **Cora Frerking** (Argentina)

Todo lo decidido sin perjuicio de que el editor de la colección Libro Andrómeda, a título personal, decida previa consulta a los autores correspondientes, incluir algún texto más en la antología que publicará estos trabajos, dado que tanto la calidad como cantidad de los textos recibidos ha sido elevada.

CATEGORÍA DE NOVELA.

TEMA: *Libre*

Reunidos en la ciudad de Mataró, el día 13 de septiembre de 2007, el jurado compuesto por: **Francisco Mayorga, Ferran García, Juan Trujillo** e **Isidre Fontanet**, en equipo de trabajo independiente de la anterior categoría, en relación a las 47 novelas aspirantes en esta convocatoria y después de las deliberaciones pertinentes, acuerdan:

1.- Reconocer como novela ganadora a:

LA RÉXOL Y EL PROYECTO AMANECER de **Juan Moro Lumbreras** (San Sebastián, Guipúzcoa)

El editor de la colección, a nivel personal, aconsejará al autor la publicación de esta obra con el título de «El Proyecto Amanecer».

Este equipo de trabajo considera que debe hacerse mención especial en el acta del autor:

Juan Herranz Pérez del Arpa (Zaragoza) por encontrar en su obra presentada a concurso habilidades narrativas, teorías científicas o hipótesis especulativas dignas de acreditación.



DATOS ESTADÍSTICOS:

La organización de este concurso agradece muy sinceramente el interés manifestado por las 163 obras recibidas en conjunto, según detalle: España (74); Argentina (40); México (17); Chile, Colombia (5); Perú (4); Cuba, Venezuela (3); Alemania, EEUU, Uruguay (2); Bolivia, Brasil, Canadá, Francia, Honduras y Reino Unido (1).

El día 30 de octubre se hacen públicas las bases de los Premios Andrómeda 2008 de ficción especulativa en categorías de relato y novela. Esperamos seguir contando con su participación y confianza.

[Fuente: Claudio Landete Anaya]

I PREMIO DE LAS EDITORIALES ELECTRÓNICAS

Con el objetivo de premiar la literatura y el arte de CF, Terror o Fantasía publicada en Internet se establece el I Premio Internacional de las Editoriales Electrónicas. Nuestro propósito es fomentar el medio y estimular la labor de los escritores, articulistas y dibujantes que publican en la red. A tal efecto se ha creado una lista (premiointernacional@yahoo.com) cuya misión es la de organizar y gestionar el premio y que para estos efectos y en adelante, se llamarán los Organizadores. En dicha lista participan los webmasters de las páginas dedicadas a la literatura y los directores de revistas electrónicas que a continuación detallamos: Axxon, Necronomicón, NM, NGC 3660, Tierras de Acero, Alfa Eridiani, Forjadores.net, Rescepto, Veleró 25, miNatura, Vórtice en línea, El Sitio de Ciencia Ficción y Exposición de Arte.

Las bases que a continuación se detallan así como cualquier comunicado o nota de prensa que hagamos, posterior a la difusión de las presentes bases, será publicado en <http://premiointernacional.blogspot.com/>. Cualquier mensaje que se nos desee hacer llegar relacionado con el concurso, se hará a través del correo premiointernacionaleditoriales@yahoo.es

Bases:

1ª Podrán participar en este premio todos los trabajos, relatos, artículos o dibujos, que se hayan publicado en una revista digital o página web escrita en español, en cualquier parte del mundo desde el 1 de noviembre de 2006 al 31 de octubre de 2007, inclusive. Se considerarán páginas webs las páginas personales y los blogs. No hay límite de extensión o temática para los relatos. Las únicas condiciones que se ponen son:



a) Que su editor o webmaster los nomine al premio escribiendo a premiointernacionaleditoriales[arroba]yahoo.es. Se admitirán aportaciones de cualquier revista digital o página web.

b) Que el trabajo nominado no haya sido publicado anteriormente en cualquier otro medio distinto al que lo nominé, ni en papel ni electrónicamente. En este sentido los Organizadores realizarán una investigación al respecto. Asimismo en cada una de las fases de este premio, se publicará con antelación una nota con las obras admitidas para que el público que pueda leerla haga sus alegaciones. Quien tuviere noticia de la falta de originalidad de una obra seleccionada puede comunicárnoslo en premiointernacionaleditoriales[arroba]yahoo.es. En caso de comprobarse que la obra premiada no cumple con lo estipulado en esta cláusula será descalificada y perderá el premio y el jurado procederá a seleccionar otra obra.

Si la obra fuese nuevamente publicada con posterioridad a la nominación en este concurso no perderá ninguno de sus derechos. Se aconseja usar <http://www.safecreative.org/> para justificar la fecha de la nueva publicación.

2ª Cada editor o webmaster sólo podrá nominar dos (2) relatos, un (1) artículo y una (1) ilustración por revista o página web. Se deja a libre elección del editor o webmaster la nominación de la imagen de portada, de una imagen incluida en el ezine o página web o en el portafolio de un autor.

3ª Cada editor o webmaster debe contar, antes de hacer las nominaciones, con la autorización previa del autor o autores para estos efectos, y con su aceptación total de las bases del concurso y se responsabilizará de cualquier demanda que provenga de los autores que ha nominado.

4ª Cada nominación se enviará a premiointernacionaleditoriales[arroba]yahoo.es por correo-e indicando página web y persona de contacto. Si los trabajos son accesibles mediante una URL se indicará en el correo dicha URL. En caso contrario irán en el correo como adjuntos en formato html, doc, rtf, gif o jpeg las obras nominadas. Sólo se admitirá un correo-e por revista o página web.

5ª Se aceptaran las obras publicadas desde el 1 de noviembre de 2006 al 31 de octubre de 2007, inclusive.

6ª El plazo de admisión de candidaturas se abre el 1 de noviembre y finalizará el 31 de diciembre del 2007. No concursarán obras remitidas con posterioridad al 31 de diciembre de 2007.

7ª El fallo de este concurso se hará el 31 de abril de 2008 y será inapelable y se dará a conocer a través de <http://premiointernacional.blogspot.com/> .

8ª Se establecen los siguientes premios:



Relato ganador -----200 dólares
Artículo ganador-----150 dólares
Portada o ilustrador-----150 dólares

Se establece igualmente dos accésits en cada una de las categorías. Tanto el primer premio como los accésits recibirán diplomas acreditativos de haber ganado el premio.

9^a Los organizadores de este concurso se reservan el derecho durante un año a partir del día del fallo del concurso a realizar una publicación sin ánimo de lucro tanto de las obras ganadoras, los accésits y en general de aquellas obras que así estimen oportuno los organizadores tanto en formato electrónico como en papel, previo permiso de los autores, durante un año. Sin que por ello los autores pierdan los derechos de publicación en otros medios. El dinero obtenido se destinará a financiar los gastos de publicación y los premios.

10^a El jurado del premio estará compuesto por lo miembros de la lista premiointernacional@yahoogroups.com.

11^a No podrá participar en el Concurso los organizadores, los jurados, ni los editores o webmaster que postulan, ni los cónyuges, ascendientes o descendientes, sin límite de grado, de los anteriormente nombrados

12^a Cualquier eventualidad no contemplada en estas normas será resuelta por el jurado.

13^a Los Organizadores no se harán cargo de ningún gasto extra y/o adicional, a los expresamente contemplados en las presentes bases, y quedan liberados de toda responsabilidad contractual y/o extracontractual que pudiera serle imputada con motivo o en ocasión de la utilización del premio por el ganador.

14^a Los premios no incluyen ningún otro bien distinto al indicado en la cláusula 8 de las presentes bases. Cada premio es personal del ganador y no podrá exigirse el canje del mismo por ninguna prestación. Los premios deberán hacerse efectivos indefectiblemente en el periodo que establezcan los Organizadores, caso contrario, el ganador perderá todo derecho sobre el mismo.

15^a Los gastos en que incurran cuando concurren a reclamar o a hacer efectivo el premio, estarán a cargo de los ganadores.

16^a Si cualquiera de los ganadores no respondiera a la notificación de que ha obtenido un premio, en un plazo de quince días contados a partir del día en el que se le envíe dicha notificación, el mismo será considerado vacante. El jurado estará facultado para designar, si lo desea, un ganador sustituto.

17^a Con la participación en el presente Concurso, cada participante expresamente autoriza a los Organizadores a difundir sus nombres para el caso de



que obtenga un premio en el Concurso, por los medios de comunicación que consideren oportunos

18ª La participación en este certamen implica la aceptación íntegra de todas las bases.

Los organizadores

[Fuente: José Joaquín Ramos]

IV PREMIOS ANDRÓMEDA

CATEGORÍA DE RELATO:

1. Se abre la recepción de originales de narraciones inéditas escritas en castellano y no premiadas en otros concursos, ni presentadas con igual o distinto título a otro premio literario pendiente de resolución, que se puedan enmarcar dentro de los géneros de ciencia ficción, fantasía y terror que en su argumento especulen sobre **POLÍTICA FICCIÓN**.

Se puede especular sobre: la honestidad en el proceso político; vicios, virtudes y alternativas de los sistemas de gobierno tradicionales; el oficio de dirigir colectividades y el concepto de visión de estado.

2. La recepción de originales está abierta hasta la fecha límite del día 31 de Julio de 2008. Se aceptarán textos remitidos con esa fecha.

3. Se admitirá un solo texto por autor, hasta un límite máximo de 25 folios mecanografiados a doble espacio. No se establece limitación mínima de extensión. El tema es: **POLÍTICA FICCIÓN**.

4. Los originales pueden presentarse por correo electrónico a:
libroandromeda@yahoo.es
libroandromeda@hispavista.com

La presentación en papel es opcional. Los originales en este caso deben dirigirse a:

Claudio Landete Anaya
C/ Torrijos, 62, bajo 2
Mataró 08302 España

5.- Se concederá un trofeo conmemorativo a los tres relatos mejor valorados por el jurado y publicación en la colección Libro Andrómeda. También habrá



mención de finalista y publicación en la misma colección al resto de obras que lleguen a la última fase de selección.

6.- Los escritores conservan en todo momento sus derechos de autor sobre las obras presentadas. Todos los textos que lleguen a la fase final sólo ceden automáticamente el derecho de reproducción por una única vez a la colección Libro Andrómeda que podrá incluirlos por una única vez en una antología, renunciando los autores a cualquier remuneración económica o de cualquier otro tipo en esta edición; salvo los premios estipulados explícitamente en el punto 5 de estas bases: trofeos, menciones y publicación, según clasificación. El plazo de edición de las obras ganadoras y finalistas se estima en un máximo de 15 meses, desde la fecha del fallo del jurado.

7.- Dadas las características especiales de esta convocatoria, Libro Andrómeda sólo establecerá correspondencia con los autores premiados o seleccionados, una vez levantada el acta del veredicto por parte de los miembros del jurado.

8.- El jurado estará formado por escritores y aficionados del género fantástico de la provincia de Barcelona. Se dará a conocer la composición del jurado con una antelación como mínimo de 6 meses previos al fallo. El acta del jurado se hará pública el día 30 de septiembre de 2008.

9. Los autores editados recibirán un ejemplar de la publicación donde aparezcan, así como los suscriptores de la colección Libro Andrómeda.

10. El autor debe firmar su narración (bien al final de la obra o en fichero o plica adjuntada) y reseñar sus datos personales: Nombre completo, número de identificación personal, dirección, teléfono y dirección de correo electrónico de contacto. Los formatos de texto aconsejados son: Word para PC, Worperfect 5.x o ASCII.

11.- Cualquier imprevisto no contemplado aquí será resuelto por la organización de este concurso.

12. La remisión de originales para concursar en el Premio Andrómeda 2008 de Ficción Especulativa en categoría de relato, supone la aceptación de estas condiciones.

CATEGORÍA DE NOVELA:

1. **Temática libre.** Se abre la recepción de originales de novelas inéditas escritas en castellano y no premiadas en otros concursos, ni presentadas con igual o distinto título a otro premio literario pendiente de resolución, que se



puedan enmarcar dentro de los géneros de ciencia ficción, fantasía y terror. La temática será libre.

2. La recepción de originales está abierta hasta la fecha límite del día 31 de Julio de 2008. Se aceptarán textos remitidos con esa fecha.

3. Se admitirá un sólo texto por autor por cada categoría de participación. La categoría de novela es independiente de la categoría de relato. El escritor que lo desee puede competir en ambas categorías.

4.- Extensión de las obras. Se aceptarán obras redactadas con letra Times, cuerpo 12, con una extensión de 80 a 120 páginas escritas a interlineado simple.

5. Los originales pueden presentarse por correo electrónico a:

libroandromeda@yahoo.es

libroandromeda@hispanavista.com

La presentación en papel es opcional. Los originales en este caso deben dirigirse a:

Claudio Landete Anaya
C/ Torrijos, 62, bajo 2
Mataró 08302 España

6.- Se concederá un trofeo conmemorativo a la obra ganadora y a la finalista, si la hubiese. La clasificación de ganador o finalista conlleva la publicación individualizada de la obra en un libro en exclusiva para cada novela dentro de la colección libro Andrómeda, así como la cesión de los derechos de publicación por parte de los autores por una única vez.

7.- El compromiso de edición por parte de la colección Libro Andrómeda sólo abarcará a la novela ganadora y a la finalista, si la hubiese. La publicación se realizaría dentro de los 15 meses posteriores al fallo del jurado, renunciando los autores a cualquier remuneración económica o de cualquier otro tipo. La colección libro Andrómeda no editará el resto de obras presentadas a concurso aunque, si se encuentran elementos de valía en más obras, puede que se reflejen Menciones Especiales de los autores en el acta del jurado.

8. Dadas las características especiales de esta convocatoria, sólo se establecerá correspondencia con los autores premiados, una vez levantada el acta del veredicto por parte de los miembros del jurado.

9.- El acta del jurado se hará pública el día 30 de septiembre de 2008 e incluirá datos de participación y procedencia geográfica de las obras.



10. Los autores editados recibirán varios ejemplares de la publicación de su novela, y un ejemplar los suscriptores de la colección Libro Andrómeda.

11. El autor debe firmar su narración (bien al final de la obra o en fichero o plica adjuntada) y reseñar sus datos personales: Nombre completo, número de identificación personal, dirección, teléfono y dirección de correo electrónico de contacto. Los formatos de texto aconsejados son: Word para PC, Worperfect 5.x o ASCII.

12.- Cualquier imprevisto no contemplado aquí será resuelto por la organización de este concurso.

13. La remisión de originales para concursar en el Premio Andrómeda 2008 de Ficción Especulativa en categoría de novela, supone la aceptación de estas condiciones.

Mataró, noviembre 2007

[Fuente: Claudio Landete]

I CERTAMEN LETRAS PARA SOÑAR DE RELATO FANTÁSTICO, TERROR, CIENCIA FICCIÓN

BASES:

- 1** - Se convoca el I Certamen Letras para Soñar de Relato Fantástico, Terror, Ciencia Ficción, al que podrán concurrir cuantos autores residentes en España lo deseen.
- 2- Los relatos deberán estar escritos en castellano, con una extensión de cinco folios como máximo, con letra Times New Roman de tamaño 12 y escrito a doble espacio. Se desestimarán aquellas obras con faltas de ortografía o que no cumplan los requisitos aquí expuestos.
- 3- El género de los relatos será la fantasía, el terror o la ciencia ficción.
- 4- Los trabajos deberán ser originales, estrictamente inéditos (incluido Internet), no premiados en otros concursos ni estar pendientes de resolución en otros certámenes. Cada autor/a puede presentar un único original. Los trabajos se remitirán por correo electrónico a josephatticusbirch@hotmail.com En el asunto se indicará I Certamen Letras para Soñar de Relato Fantástico, Terror, Ciencia Ficción y se incluirán dos documentos adjuntos: Uno con el título del relato presentado a concurso que vendrá firmado con seudónimo y un segundo con el seudónimo utilizado como nombre del documento, que incluirá los siguientes datos personales el autor/a:



- * Nombre y Apellidos.
- * Lugar de residencia.
- * Edad.
- * Profesión.
- * Dirección de mail.
- * Teléfono de contacto.
- * Si ha lugar, una breve biografía «literaria» del autor.

5- El plazo de entrega de originales finalizará el 15 de Enero de 2008.

6- El fallo del jurado se hará público el día 30 de Enero de 2008 en Letras para Soñar: <http://letrasparasonyar.blogspot.com/> y además, por e-mail a los ganadores.

7- Se establecen los siguientes premios:

Primer premio.- Los siguientes libros: Un ejemplar del libro *EL ENVIADO* de **J.E. Alamo** con dedicatoria personalizada, un ejemplar de *FRAGMENTOS DEL FUTURO* de **Domingo Santos** y un diploma acreditativo.

Cuatro Finalistas.- Un ejemplar del libro *EL ENVIADO* de J.E. Álamo con dedicatoria personalizada para cada finalista.

8- El relato premiado así como los cuatro finalistas, se publicarán en Letras para Soñar en formato electrónico.

9- La resolución de todas las cuestiones que pudieran surgir o plantearse en la interpretación de estas bases será de exclusiva competencia del jurado designado para la ocasión.

10- El mero hecho de presentarse al concurso supone la aceptación de estas bases.

[Fuente: J.E. Alamo]

AVANCE EDITORIAL DE EDICIONES TUSITALIA Y LA REVISTA SABLE.

Fermín Moreno informa que ya se puede ver en <http://revistasable.zoomblog.com/> la cubierta y contracubierta del próximo SABLE 6, el índice y demás detalles. También la cubierta del nuevo libro de Ediciones Tusitalia que sale de imprenta dentro de una semana, como mucho. Ya se pueden hacer pedidos



de ambas obras en info_sable@wanadoo.es .

[Fuente: Fermín Moreno]